

BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA OSCENSE

23



HUESCA, 2006-2008

BOLSKAN

BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA OSCENSE

23



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

HUESCA, 2006-2008

Edita: INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES
(Diputación de Huesca)

Director: Vicente Baldellou Martínez

Secretario: Isidro Aguilera Aragón

Consejo de Redacción: María José Calvo Ciria, Adolfo Castán Sarasa,
Carlos Esco Sampériz, Lourdes Montes Ramírez y Pilar Utrilla Miranda

Redacción y Administración: Instituto de Estudios Altoaragoneses
Parque, 10. E-22002 Huesca
Teléfono 974 294 120 - Fax 974 294 122
www.iea.es – iea@iea.es

Imprime: COMETA, S. A. – Ctra. Castellón, km 3,400 – 50013 Zaragoza

Depósito Legal: HU. 242-1984

ISSN: 0214-4999

ÍNDICE

<i>Los abrigos de Gallinero (Bárcabo, Huesca). Cuarenta años después del doctor don Antonio Beltrán (1968-2008), por Philippe Hameau y Albert Painauc</i>	9
<i>Aportaciones sobre el origen y evolución de uno de los arrabales islámicos de Barbastro: la excavación arqueológica de la era de San Juan (Cerler, 11), por José Ignacio Royo Guillén y Julia Justes Floría</i>	51
<i>Resultado de las actuaciones arqueológicas realizadas en el solar de la calle Coso Alto, 38-40 (Huesca), por Ignacio Lafragüeta Puente</i>	111
<i>Aproximación al estudio de la perspectiva en el arte levantino, por Manuel Martínez Bea</i>	127
<i>Nota sobre una arenisca atípica aparecida en excavaciones en el casco antiguo de Huesca, por José Antonio Cuchí, Julia Justes, María Pilar Lapuente y Hernando Royo</i>	135

Los abrigos de Gallinero (Bárcabo, Huesca). Cuarenta años después del doctor don Antonio Beltrán (1968-2008)

Philippe Hameau* - Albert Painaud**

RESUMEN

En la confluencia del barranco de la Choca y del río Vero, en un espectacular entorno mineral, fueron pintados numerosos abrigos en el Neolítico. Las cuatro oquedades de Gallinero forman un particular conjunto. En todas se encuentran pinturas esquemáticas, en particular en el abrigo II, que presenta un panel compuesto por 64 figuras ejecutadas en varias fases. En esta pared domina un cuadrúpedo con cuernos, que identificamos como un cáprido. Encima de este panel se encuentra una plataforma colgada a la que solamente se puede acceder mediante un andamio. Presentamos varios argumentos que permiten identificar esta plataforma como un espacio de reclusión en el marco de los ritos de iniciación.

SUMMARY

Many shelters have been decorated with paintings in the Neolithic age in a spectacular mineral environment, in the confluence of Choca and Vero rivers. The four recesses of Gallinero form a particular group. All show schematic animal figures, mainly the shelter II with its 64 signs that are painted in many graphic stages. On this wall a horned four-legged animal is identified as a caprine. Above this panel, a hanging platform is accessible only by a scaffolding.

We give different arguments to identify this platform as a cloistering space in relation with transition rites.

«Podemos asegurar que el arte prehistórico es la expresión de las ideas mediante grafismos, que tales expresiones reflejan la mentalidad del pueblo y del momento en que fueron ejecutadas, que sobre ellas se acumula una fuerte carga de tradición, que se elabora un sistema técnico de representación y se alcanzan notables cumbres estilísticas y estéticas, y que importa menos su cronología absoluta con arreglo a las pautas tradicionales que la cultural...».

Don Antonio Beltrán Martínez¹
(Alquézar, octubre de 2000).

1. PRIMERAS EXPLORACIONES

1.1. De la sierra de Guara...

En el norte de Aragón se encuentra el macizo montañoso de la sierra de Guara, que forma parte de los prepirineos centrales de la península ibérica. Se-

* Maître de conférences LAMIC, Université de Nice-Sophia Antipolis. hameau@unice.fr.

** Museo de Huesca. albpainaud@yahoo.es.

¹ Don Antonio Beltrán Martínez, doctor en Filosofía y Letras y licenciado en Derecho, catedrático emérito de Prehistoria de la Universidad de Zaragoza y, por oposición, de Arqueología, Epigrafía y Numismática desde 1949, secretario general del Comité de Arte Rupestre del ICOMOS, presidente de la IX Comisión de Arte Rupestre de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (UISPP). Falleció el 29 de abril de 2006 a la edad de 90 años.

parado de la cadena de los Pirineos por una ancha depresión orientada de este a oeste, este macizo calizo de relieve muy accidentado está cortado por profundas gargantas con orientación norte-sur en su gran mayoría. El macizo de la sierra de Guara ha atraído desde siempre, por sus características geológicas y paisajísticas, a exploradores y a eruditos. A partir del final del siglo XIX las visitas se intensifican. Unos montañeros, sobre todo franceses, como Lacotte-Mignard y su guía Henri Passet, exploran las crestas de las gargantas del Mascún en 1870. Al año siguiente, con el mismo guía, Lalanne realiza una segunda exploración del Mascún. En 1872 unos oficiales ingenieros españoles logran la primera ascensión al total de Guara (2.077 m). En 1874 Alphonse Lequeutre, acompañado por los guías Henri Passet y Michel Bas, prospecta y describe el Mascún inferior. De 1882 a 1885 el conde de Saint-Saud realiza exploraciones exhaustivas de la mentada sierra y dibuja los primeros mapas de la región.

1.2. ... Al río Vero

En la parte oriental de la sierra de Guara se abre el cañón del Vero. Este río tiene su fuente al este del lugar de Pueyo de Morcat (Boltaña). La mayor parte del año su curso está seco hasta las proximidades del pueblo de Lecina, donde se alimenta de las aguas de la fuente perenne de Verrala. A partir de allí cruza una amplia meseta a través de cuatro gargantas fluvio-kársticas escarpadas, cortadas en calizas eocenas: las gargantas de Lecina, de los Oscuros, de las Clusas y de Villacantal, desde donde un sendero escarpado sube hacia la aldea medieval de Alquézar. A continuación sigue un curso más calmado a través de un valle que se abre hacia las tierras bajas.

La primera visita conocida al río Vero es la del geólogo Lucas Mallada y Pueyo, creador de la Paleontología española, entre los años 1874 y 1876. Busca informaciones para su publicación *Sinopsis de las especies fósiles que se han encontrado en España*. En 1889 el francés Albert Tissandier, acompañado por el guía Pujo, realiza los primeros grabados conocidos de la zona del río Vero, así como del pueblo de Alquézar.

En 1906 el montañero y fotógrafo francés Lucien Briet, ayudado por su guía Lorenzo Viu, toma las primeras fotos del río Vero. En 1907, en el artículo «Le bassin supérieur du *río Vero*», expresa la fuerte impresión que le provocan los paisajes de la confluencia de la garganta de Lecina y del barranco de la Choca:

Les parois [...] vous accaparent et vous ravissent. [...] Un tableau géologique merveilleux. [...] Ses falaises se courbent de manière à édenté les caps abrupts qu'elles projettent [...] des frontons retraités en gradins d'amphithéâtre. [...] Une paroi d'un rouge stupéfiant. [...] Les murailles de la garganta de Lecina se sont oxydées comme des panneaux de fer dont la rouille s'amparerait. [...] Les murailles montent bâties au fil à plomb. [...] La garganta atteint son maximum de dilatation. [...] Ses magnifiques courtines, aussi riches en couleurs que bien découpées [...] on dirait autant de bastions. [...] Une suite de demi-colonnes patinées par les siècles. Un sommet coiffé en éteignoir, imite une tourelle.

Le subyugan los acantilados horadados por múltiples cavidades, entre otros los de Gallinero: «Parmi les nombreuses falaises que j'ai admirées dans le Haut-Aragon, la grande muraille cannelée du *barranco de la Choca* est une de celle qui m'ont le plus émue».

Sin embargo, hay que esperar a 1967 para que se tengan noticias, por primera vez, de las pinturas rupestres de la garganta de Lecina. Es el espeleólogo francés Pierre Minvielle quien, habiendo recorrido las cavidades y los barrancos de la región desde 1951, las descubre en el curso de una campaña de prospecciones en 1965-1966. Se encuentra entonces acompañado por su esposa Anne-Marie, por Jean Grangé y Jean-Marie Thuilleaux. En su artículo «Les quatre canyons du *río Vero*», redactado para la revista francesa *Montagne et Alpinisme*, escribe:

... Entre temps, les parois se sont élancées, la gorge a pris de l'ampleur, nous sommes dans le barranco de Lecina. Soudain, après un méandre, coup de théâtre: une falaise pourpre, légèrement arquée, percée d'innombrables grottes, impose son formidable fronton. On songe à la Cité Perdue, et si l'on se donne la peine d'escalader la muraille pour atteindre ces cavernes, l'image littéraire devient, d'un coup réalité. Dans ces niches, les traces d'un habitat ancien fourmillent, sur le sol, sur les murs, partout. Certaines peintures font penser à l'art Aurignacien [...]. Quel archéologue compétent viendra un jour éclairer de son savoir les origines de cette étrange cité?

Plus loin, ce grandiose fronton alvéolé est brusquement sectionné. C'est le confluent avec la gorge de la Choca aux portes monumentales où est blotti l'oratoire de Saint Martin [...]. Au-delà, on y rencontre d'élégantes aiguilles d'une centaine de mètres de hauteur [...] et une

imposante paroi [...], les alvéoles réapparaissent sur les deux parois, à profusion. Elles anastomosent, forment entre elles des ponts et des tunnels, illustration inégalable de l'image éculée «dentelle de pierre». Le nom de ce lieu «el Gallinero», le Poulailier, traduit peut être les préoccupations agricoles des habitants de la région, mais s'applique fort mal aux hirondelles folâtres et aux aigles royaux qui y ont élu domicile.

2. LOS ABRIGOS DE GALLINERO

2.1. Primeras investigaciones

En 1968 el profesor de la Universidad de Zaragoza Antonio Beltrán (fig. 1) lee el artículo de Pierre Minvielle. Una frase le llama la atención: «Certaines peintures font penser à l'art Aurignacien». Se entera también de que el 22 de enero de 1969 Minvielle ha solicitado a la Dirección General de Bellas Artes la autorización para realizar trabajos de investigación en la zona de la garganta de Lecina. Sin esperar más, el 29 de enero de 1969, en pleno invierno, Antonio Beltrán y algunos miembros, profesores y alumnos, del Departamento de Prehistoria y de Historia Antigua de la Facultad de Filosofía y Letras suben hasta el pueblo de Lecina. Allí, con la ayuda desinteresada de algunos



Fig. 1. Don Antonio Beltrán Martínez.

aldeanos y sus mulas, toman el camino hacia los abrigos de Gallinero y realizan las primeras prospecciones de los abrigos inferiores hasta el 2 de febrero de 1969. Al día siguiente Antonio Beltrán entrega a la Dirección General de Bellas Artes un informe preliminar con una sucinta descripción de los abrigos estudiados. Adjunta también la lista de los participantes en la expedición y destaca la ayuda prestada por los habitantes de Lecina². Varios abrigos pintados acaban de ser descubiertos en esta zona: Gallinero, Escalertas y Fajana de Pera.

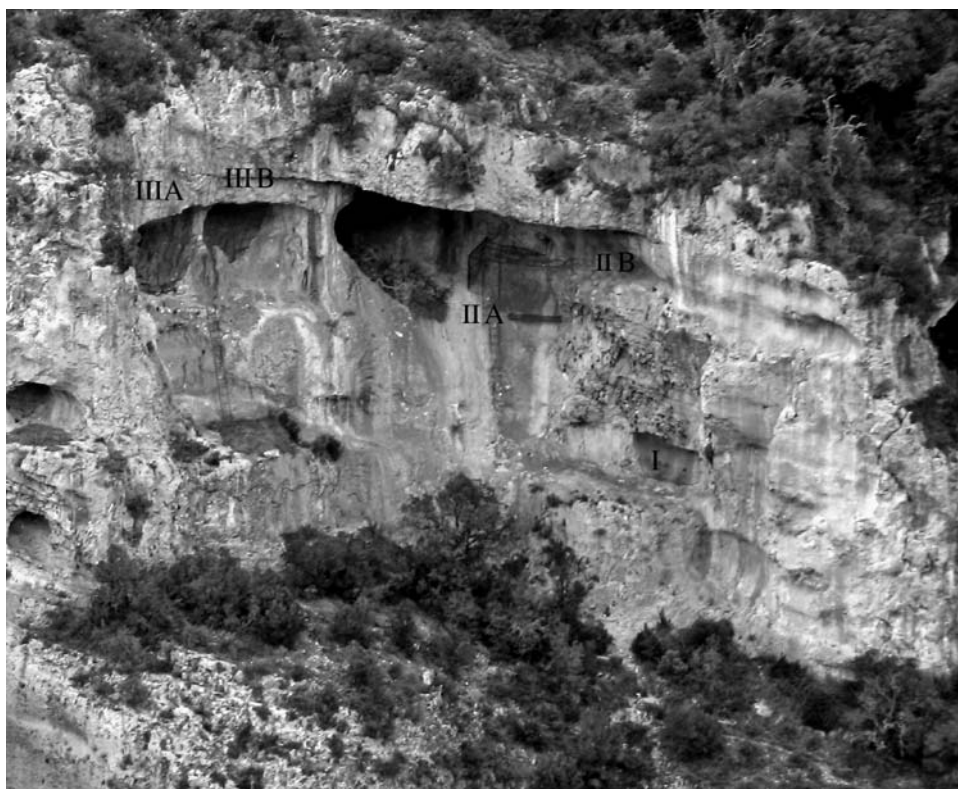
Antonio Beltrán publica un primer artículo en un libro de homenaje a J. Esteban Uranga (BELTRÁN, 1971). Vuelve cuatro veces al lugar, y en 1972 presenta los calcos completos en el volumen XIII de la serie de las Monografías Arqueológicas de la Universidad de Zaragoza (BELTRÁN, 1972). Su estudio se centra sobre todo en las figuras pintadas, con poca atención a la descripción de los abrigos y al paisaje circundante. Escribire en la primera página de su artículo:

Las primeras noticias se deben a Pierre Minvielle, y las exploraciones las hemos realizado en cuatro ocasiones, desde 1969, con enormes dificultades, ya que a algunos covachos ha sido necesario ascender por paredes verticales atados con cuerdas y con la ayuda de montañeros especializados, colgados sobre el abismo. Digamos, ante todo, que estamos seguros de que debe haber otras muestras de estas pinturas en los numerosos covachos inaccesibles, ya que hemos encontrado algunas en bastantes de ellos, desconocidas todas por los naturales del país.

2.2. Prospecciones sistemáticas y estudio de los abrigos del río Vero

A partir de 1978 Vicente Baldellou, director del Museo de Huesca, comienza una prospección intensiva y sistemática de la cuenca del río Vero. Las investigaciones se realizan, en un principio, con la ayuda del grupo espeleológico de Peña Guara y después con María José Calvo y Albert Painaud, a los cuales se añade pronto Pedro Ayuso. Lorenzo Castillo, vecino de Alquézar, fue en numerosas ocasiones el guía del

² Son el alcalde del pueblo de Lecina, don Vicente Villacampa Plana, don Jesús Berges Montel y don Antonio Peñar Peñar. El Departamento de Prehistoria y de Historia Antigua está representado por A. Beltrán, I. Barandiarán, M. Beltrán, M. P. Casado, M. C. Alcrudo, M. T. Andrés, A. Domínguez e I. Molinos, con los entonces alumnos M. A. Magallón, F. Burillo y J. Lostal.



a



b

Fig. 2. El conjunto de los abrigos de Gallinero: vista general y detalle de los abrigos III A y III B.

grupo de investigaciones del Museo de Huesca, gracias a su buen conocimiento del territorio. Muy pronto, como preconizaba Antonio Beltrán, se descubren numerosos abrigos pintados. A día de hoy las prospecciones de esta amplia zona aún siguen sin estar acabadas.

En 1986, después de haber obtenido la autorización verbal de Antonio Beltrán, Albert Painaud realiza, con la ayuda de Carmen Arduña y Mariano Laguna, nuevos calcos de las pinturas de los abrigos de Gallinero. Se precisan más de quince días de trabajos. Diez son necesarios, exclusivamente, para el calco del panel de Gallinero II; para realizarlos el dibujante se encuentra colgado de una cuerda encima del vacío. Estos trabajos son objeto de una memoria de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales bajo la dirección de Jean Guilaine. Antonio Beltrán forma parte del tribunal como especialista de arte esquemático (PAINAUD, 1989). Más tarde María José Calvo retoma los calcos de los abrigos de Gallinero en su tesis doctoral (CALVO, 1993).

En 1993 los abrigos de Gallinero se protegen con la ayuda de rejas, según la política de protección de

los abrigos con pinturas desarrollada por el Parque Cultural del Río Vero. El dispositivo de cerramiento permite acceder a unos lugares hasta entonces inaccesibles, en particular el panel del abrigo II, y se descubren algunos detalles que hasta entonces habían escapado a la observación de los investigadores. En febrero de 2007 Albert Painaud y Philippe Hameau realizan el último examen de los abrigos de Gallinero en el marco de una investigación sobre la organización espacial e iconográfica de los abrigos con pinturas esquemáticas en la confluencia del Vero y de la Choca (HAMEAU y PAINAUD, 1997, 2004 y 2006).

2.3. Descripción de los abrigos de Gallinero

El conjunto de Gallinero se compone de cuatro abrigos pintados (figs. 2 y 3). Se encuentra más o menos a mitad de la pendiente, en la orilla derecha del Vero y en la confluencia con el enorme barranco de la Choca. Abierto al sureste, se pueden distinguir dos pisos de cavidades. Una primera repisa, situada a 7 m por encima de la base del acantilado, tiene en su

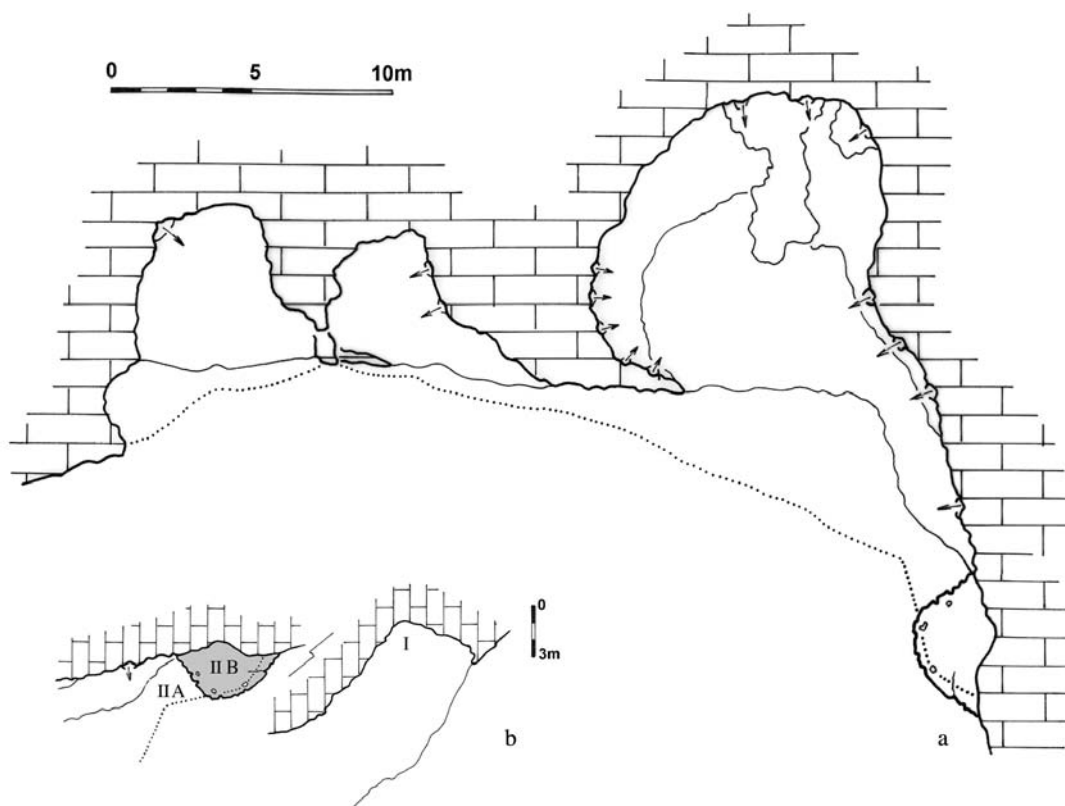


Fig. 3. Plano de Gallinero al nivel de la segunda cornisa (abrigos III A, III B, II A y II B).
Abajo a la izquierda: la plataforma colgada (II B) y el abrigo I.

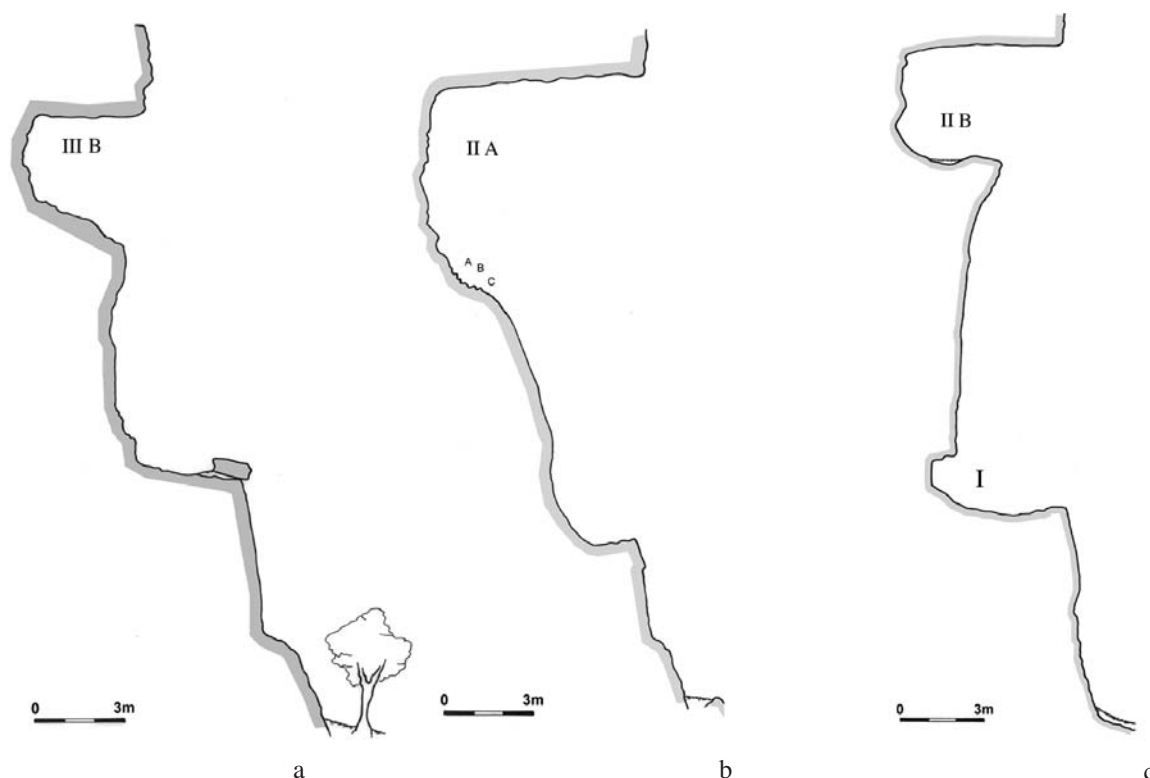


Fig. 4. Cortes verticales del conjunto de Gallinero a la altura de los abrigos III A, II A y II B.

extremo oriental una cavidad: se trata del abrigo I. Una segunda cornisa, 10 m por encima de la primera, alberga dos conjuntos de cavidades: el abrigo II A y su plataforma colgada II B, en el lado este; y los abrigos gemelos III A y III B, en el lado oeste (fig. 4).

El abrigo I es una simple oquedad de 6 m de anchura, 2 de profundidad y 3 de altura. Las paredes, de color anaranjado, no presentan ninguna particularidad física. Las representaciones pintadas se encuentran agrupadas en la parte más profunda y han sido dibujadas a la altura de los ojos. A pesar de todo, un pequeño trazo corto ha sido pintado fuera de la oquedad, 6 m a la izquierda del grupo de figuras.

El abrigo II, ubicado bajo un desplome, semeja una gran rotonda de 10 m de diámetro que se prolonga, al este, en una estrecha y pendiente cornisa de 6 m de largo, y, en altura, en una plataforma colgada de 4 m de largo (fig. 5). El suelo de la rotonda es inclinado. Algunos huecos retienen sedimentos eólicos. Vestigios de un antiguo piso estalagmítico ocupan el fondo de la sala. El techo y una parte de las paredes se encuentran cubiertos por una capa ne-gruzca. En las paredes se aprecian numerosos burletes de calcita. Ninguna pintura es visible en la rotonda; la decoración se ha realizado en la cornisa

oriental. El panel pintado se extiende en una superficie de 5 m longitud, por encima de un suelo que se hunde y en una zona solo accesible gracias a las muescas naturales, a veces profundizadas por el hombre, o a entalladuras trabajadas por él. El emplazamiento de estas muescas se corresponde con la amplitud del panel pintado. La pared es de color anaranjado y presenta varios resaltes. Su parte oriental, desprovista de pinturas, se encuentra cubierta por un velo de calcita.

La plataforma llamada II B se encuentra colgada a 3 m por encima del nivel de las muescas. Mide 4 m de largo y 3 de profundidad, bajo un techo que se sitúa a 4 m por encima del suelo. Es de planta más o menos semicircular. El centro lo ocupa una cubeta natural, poco profunda, de 2 m de largo. Esta depresión está rellena de sedimentos eólicos. No se ha descubierto en ella ningún resto mueble. El suelo se encuentra agrietado en varios sitios. Algunas piedras han sido colocadas en la periferia de la plataforma. Dos entalladuras son visibles: una muesca excavada en el suelo, en el borde de la repisa, en el lado oeste, y otra, por encima de la primera, en la pared, a 0,70 m del suelo. Las dos conservan huellas de golpeteo. La pared es de color anaranjado, llegando al gris en la parte de-

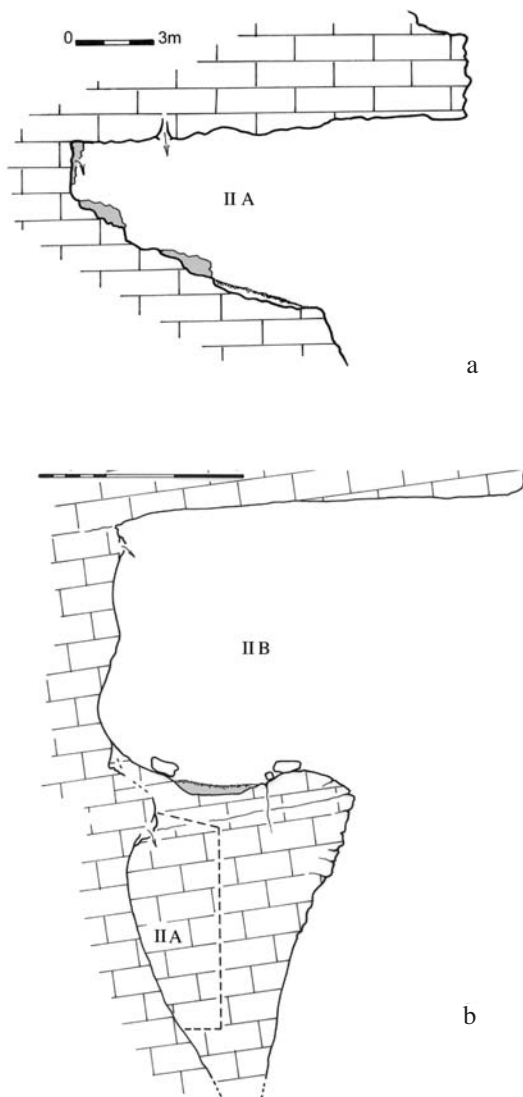


Fig. 5. Corte del abrigo II A e indicación de los suelos estalagmíticos.
Corte de la plataforma colgada II B, con indicación de la reja que protege las pinturas del abrigo II A.

lantera del desplome rocoso. Se ven restos de pintura en el centro de la pared.

Los abrigos III A y III B son dos oquedades más o menos iguales en tamaño (III A: 6 x 6 m; III B: 7 x 5 m), y con una sección aproximadamente circular. Las paredes son anaranjadas, y se desconchan con facilidad, lo que repercute en la conservación de las pinturas.

2.4. Descripción de las representaciones pintadas

Antonio Beltrán había ya descrito en 1972 la casi totalidad de las figuras pintadas del conjunto de Gallinero. Para aligerar la presentación retomamos el inventario bajo la forma de cuadro. La iconografía se compone de 106 figuras. Quizá hay más, porque en algunos casos es muy difícil determinar el límite de una figuración pintada o evidenciar superposiciones de figuras. En numerosos ejemplos parece evidente que los trazos que se pueden observar son únicamente los vestigios de una figura más importante en su origen.

La mayor parte de las representaciones (60,3% del total) corresponden al abrigo II A. En el abrigo I se cuentan 12 figuras (11,3%) agrupadas en la parte más profunda de la oquedad. Las cavidades III A y III B suman un total de 28 figuras (26,4%) diseminadas sobre el conjunto de las paredes.

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL I	1	Trazo vertical realizado con el dedo (digitación). Pintado en el exterior del abrigo.	5,5 cm	2 cm	180 U
GAL I	2	Representación de un cuadrúpedo con largos apéndices y larga cola segmentada. Los dos trazos verticales, que representan los apéndices frontales, se prolongan para dibujar las dos patas delanteras del animal. Las patas traseras no estarían representadas.	13 cm	17 cm	483 U
GAL I	3	Cuadrúpedo con una cola larga segmentada. Las patas delanteras se representan con dos trazos verticales que continúan por encima de la línea del cuerpo para dibujar unos largos apéndices frontales. Un tercer trazo vertical, prolongado por encima del dorso del animal, puede representar una pata trasera.	13,3 cm	13,5 cm	483 U
GAL I	4	Esta figura se compone de un trazo horizontal, sobre cuya parte central se han pintado tres pequeños trazos verticales. En la parte inferior se observa un largo trazo vertical debajo de las figuras 2 y 3. En la zona inferior del trazo horizontal y de parte del trazo vertical está pintado un apéndice vertical. Podría tratarse de dos animales enfrentados.	31,5 cm	16,5 cm	179 U
GAL I	5	Grupo de manchas de color rojo claro, sin identificación posible.			179 U
GAL I	6	Arboriforme compuesto por dos trazos verticales divergentes, con cuatro barras horizontales hacia el lado izquierdo y tres hacia el lado derecho.	15,5 cm	12 cm	483 U
GAL I	7	Restos de un arboriforme de color rojo claro, pintado debajo de la figura 6. De composición similar al anterior, consta de dos trazos verticales divergentes, cuyas barras horizontales se encuentran bastantes difuminadas.	19,7 cm	11 cm	179 U
GAL I	8	Posible antropomorfo masculino compuesto por un eje vertical y dos trazos que lo cortan perpendicularmente: uno, en su mitad, y el otro, en el cuarto superior. Del mismo color que las figuras 9 y 10, presenta un aspecto más difuminado.	16,9 cm	15,6 cm	483 U
GAL I	9	Posible representación antropomorfa acéfala, cuyo brazo izquierdo estaría levantado. Del mismo color que las figuras 8 y 10, su textura es más granulosa.	10,3 cm	8,9 cm	483 U
GAL I	10	Representación humana en T. Del mismo color que las figuras 8 y 9, pero de una textura pictórica diferente.	7,5 cm	18,7 cm	483 U
GAL I	11	Trazo vertical en forma de gancho hacia la izquierda.	7 cm	4,5 cm	179 U
GAL I	12	A 0,85 m de la figura 11 se encuentran estos restos. Se trata de tres grupos de manchas de pintura.	— —	— —	180 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	1	Arboriforme inclinado hacia la izquierda, con cuatro apéndices a la izquierda y cinco a la derecha, el superior de los cuales se tuerce hasta situarse en paralelo al trazo vertical. La parte inferior de la figura acaba en una representación ancoriforme.	21 cm	10,5 cm	484 U
GAL II A	2	Cuadrúpedo girado hacia la izquierda, representado en posición ascendente. La cabeza tiene en su parte superior un gran apéndice que se prolonga por debajo de la línea del cuerpo para representar, posiblemente, una pata. Solamente están pintadas tres patas. La cola es larga y segmentada.	10,5 cm	10 cm	484 U
GAL II A	3	Cuadrúpedo muy tosco girado posiblemente hacia la izquierda y representado, como el precedente, en posición ascendente. Se pueden distinguir cuatro patas, una cola corta y, a la izquierda, una mancha que formaría la cabeza.	7,8 cm	9 cm	484 U
GAL II A	4	Cuadrúpedo de idéntica factura que las figuras 2 y 3. Girado hacia la izquierda en posición ascendente. Se pueden observar las cuatro patas y la cabeza, representada por una gruesa mancha. Los cuadrúpedos 2, 3 y 4, paralelos entre sí, parecen de la misma factura.	9 cm	8,7 cm	484 U
GAL II A	5	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. Una línea horizontal forma el cuerpo, mientras que un trazo vertical perpendicular dibuja la pata delantera y uno de los dos grandes apéndices frontales. Un segundo trazo, en ángulo recto con la línea del cuerpo, representa la cabeza. Las otras tres patas son también visibles. La cola es horizontal. Por encima del cuerpo se observa una mancha de pintura.	9 cm	9,8 cm	484 U
GAL II A	6	Cuadrúpedo girado hacia la derecha. Tiene dos grandes apéndices frontales. Solo están representadas dos patas; la línea de la posterior sobresale por encima del trazo del cuerpo. La cola está segmentada.	10,5 cm	9,5 cm	484 U
GAL II A	7	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente descendente. El cuerpo es largo, la cola es segmentada, las cuatro patas están representadas y la cabeza tiene dos largos apéndices frontales.	7,5 cm	11 cm	484 U
GAL II A	8	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. La línea del cuerpo se prolonga en una larga cola arqueada. Las dos patas traseras son cortas y muy nítidas, mientras que las delanteras, más largas, acaban en manchas informes. Dos apéndices dibujan la cabeza.	9 cm	13 cm	484 U
GAL II A	9	Cuadrúpedo en posición horizontal girado hacia la derecha. La corta cola está ligeramente inclinada hacia abajo. Las cuatro patas están representadas. Dos largos apéndices forman la cabeza.	11,4 cm	10,3 cm	484 U
GAL II A	10	Cuadrúpedo girado hacia la derecha. Se distinguen tres patas y una cabeza bastante tosca con dos apéndices frontales. Parece llevar algún bulto sobre el dorso. No tiene cola.	9 cm	10,7 cm	484 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	11	Cuadrúpedo girado hacia la derecha. Se distinguen tres patas, una cola recta y dos apéndices frontales que forman la cabeza. El apéndice anterior sigue debajo del cuerpo para dibujar la pata delantera.	10,6 cm	9,2 cm	484 U
GAL II A	12	Soliforme de siete brazos. Parece que han sido pintados alrededor de una pequeña circunferencia. El brazo inferior es el más largo. Esta figura se encuentra pintada justo delante del cuadrúpedo 9.	6,5 cm	5,4 cm	484 U
GAL II A	13	Restos de un posible cuadrúpedo en posición ascendente. Parece tener la cabeza hacia la derecha. El dibujo del cuerpo es tosco. Solo se perciben dos patas. Parece tener clavado algo en el dorso.	9,8 cm	6,5 cm	484 U
GAL II A	14	Cuadrúpedo en posición ascendente girado hacia la derecha. El voluminoso cuerpo deja ver una cola corta y gruesa, una cabeza poco determinada y cuatro cortas patas. Una línea segmentada que se encuentra encima de la cabeza podría ser el resto de un apéndice frontal, parecido a los de las figuras 51 ó 55.	12,5 cm	11,8 cm	484 U
GAL II A	15	Mancha de pintura en forma de arco de círculo. Sin posible interpretación.	1,7 cm	6,8 cm	484 U
GAL II A	16	Restos muy poco visibles, sin interpretación posible.	8,8 cm	6,1 cm	484 U
GAL II A	17	Trazo segmentado compuesto por una línea corta horizontal, a la derecha, y por otra vertical más larga.	8,6 cm	5 cm	484 U
GAL II A	18	Restos de pintura formando varias manchas. Sin identificación posible.	12,6 cm	8,9 cm	484 U
GAL II A	19	Cuadrúpedo en posición ascendente girado hacia la derecha. El cuerpo se prolonga en una larga cola arqueada. Tiene dos apéndices frontales muy largos. Las cuatro patas están dibujadas. Se encuentra aislado a la derecha del arboriforme.	17,7 cm	20,4 cm	484 U
GAL II A	20	Línea vertical ligeramente curvada hacia la derecha con dos trazos cortos perpendiculares en la parte superior, uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda. En la parte central dos trazos perpendiculares parten hacia la izquierda. Esta figura se encuentra pintada en un ángulo rocoso y, por su nitidez, no parece que esté borrada. Podría ser un cuadrúpedo pintado en posición vertical con la cabeza hacia arriba.	13,5 cm	10 cm	484 U
GAL II A	21	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. Una línea bastante gruesa forma el cuerpo y dibuja la cola arqueada hacia arriba. Las cuatro patas representadas son cortas. Sobre una cabeza prominente se alzan dos apéndices frontales cortos. Encima del dorso aparecen restos de pintura, así como debajo de la cola, donde, además de manchas difusas, se ve un trazo mas intenso.	9,5 cm	11,7 cm	484 U
GAL II A	22	Restos de un posible cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. Se podría distinguir la cabeza con dos apéndices cortos, la pata delantera y la parte anterior del cuerpo.	9,5 cm	8 cm	484 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	23	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El cuerpo es ancho, y la cola, muy larga, está arqueada hacia abajo. Posee dos apéndices frontales bastante largos. Las cuatro patas se encuentran pintadas; son claramente más largas la primera y la cuarta.	7,5 cm	16 cm	484 U
GAL II A	24	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El cuerpo, de un solo trazo, se prolonga en una cola ligeramente segmentada. Dos apéndices cortos configuran la cabeza. Se distinguen las cuatro patas. La figura se encuentra bastante borrada.	7,5 cm	12,8 cm	173 U
GAL II A	25	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. La cabeza, bastante gruesa, tiene dos apéndices frontales largos. El cuerpo se prolonga en una larga cola arqueada hacia abajo. Las cuatro patas están pintadas, siendo la posterior mucho más larga. Sobre esta figura, bastante difuminada, se superpone la figura 26, que ocupa una posición inmediatamente inferior.	12,5 cm	18 cm	173 U
GAL II A	26	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. La cabeza está dotada de dos apéndices redondeados que se superponen a las patas de la figura 25. El cuerpo, bastante grueso, se prolonga en un inicio de cola, que está borrada, así como la pata anterior, de la cual se percibe nítidamente el inicio para luego desaparecer debajo de la figura 27a.	17 cm	20 cm	173 U
GAL II A	27a	Restos de un cuadrúpedo en posición ascendente, casi vertical, girado hacia la derecha. Se distingue el cuerpo arqueado y las cuatro patas, que casi se juntan en la parte inferior. La zona posterior de esta representación se encuentra parcialmente bajo la figura 23.	10,4 cm	11,5 cm	173 U
GAL II A	27b	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El cuerpo, bastante grueso, se prolonga en una cola larga y recta, que desaparece bajo la pata delantera de la figura 23. La cabeza está formada por dos grandes apéndices terminados en punta; el anterior parece, en parte, difuminado y separado del testuz.	4,7 cm	8,4 cm	173 U
GAL II A	28	Restos de un cuadrúpedo, del cual subsiste el cuerpo con una joroba, tres patas y una larga cola inclinada hacia abajo. Este animal se encuentra girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente.	9,8 cm	5,5 cm	173 U
GAL II A	29	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente. El cuerpo es macizo, de forma rectangular y con una joroba en el dorso a la altura de las patas traseras. La cola es recta y dibujada hacia abajo. Las patas son más bien pequeñas y la cabeza, con un testuz largo, está dotada de dos apéndices largos y finos.	9,8 cm	15 cm	173 U
GAL II A	30a	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente. El cuerpo es grueso y se prolonga con una larga cola arqueada hacia abajo. Se distinguen solamente tres patas; la delantera se prolonga por encima de la línea del cuerpo para formar el apéndice posterior de la cabeza. Una mancha alargada forma la cabeza y se afina hacia arriba para dibujar el apéndice anterior.	8 cm	17,1 cm	484 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	30b	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente. En parte borrado, se distingue solamente la cabeza, dos largos apéndices que terminan en punta, la pata delantera, que es continuación del apéndice anterior, y las extremidades inferiores de las otras tres patas. Esta figura se encuentra justo debajo del cuadrúpedo 30a, y el arranque del dorso parece estar pintado debajo de la pata delantera de esta figura. La cola, recta e inclinada hacia abajo, se confunde con el testuz del animal 31.	12,4 cm	18,4 cm	484 U
GAL II A	31	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El cuerpo es grueso y carece de cola. Se distinguen perfectamente las tres patas traseras. A la altura de la cabeza se ve con claridad el apéndice frontal izquierdo, que termina en punta. A la derecha, un largo trazo, desconchado en el extremo superior, se prolonga para definir la pata delantera del mismo animal, así como el apéndice y la pata delantera del cuadrúpedo 32, pintado inmediatamente debajo de la figura 31.	10,5 cm	12 cm	484 U
GAL II A	32	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El cuerpo, formado por un trazo ancho, se prolonga con una larga cola arqueada hacia abajo. Se aprecian perfectamente las cuatro patas. La delantera está configurada por el trazo que se prolonga hacia el apéndice de la figura 31, al igual que la segunda pata, tal como se ha descrito en dicha figura. El animal carece de testuz.	9,8 cm	12,7 cm	484 U
GAL II A	33	Restos de un gran cuadrúpedo girado hacia la derecha. El cuerpo, grueso y ligeramente jorobado, se prolonga con una cola corta que termina en punta. Una larga línea vertical forma, a la derecha, el apéndice y la pata delantera. Otro trazo, ligeramente arqueado, dibuja el apéndice de la derecha.	24,3 cm	18,9 cm	484 U
GAL II A	34	Restos de un posible cuadrúpedo en posición ascendente girado hacia la derecha. Se puede ver una cola segmentada y larga, y los restos de patas unidas a lo que queda del cuerpo. En la parte derecha se aprecia lo que podrían ser los restos de unos apéndices frontales.	13 cm	9,3 cm	484 U
GAL II A	35	Cuadrúpedo con representación antropomorfa. El animal está en posición horizontal girado hacia la derecha. Una larga línea curva dibuja el cuerpo y la cola. Los apéndices frontales son largos y se prolongan por debajo de la línea del cuerpo: el de la derecha, para representar la cabeza, y el de la izquierda, para formar la pata delantera, en parte borrada. Otro trazo vertical configura la pata anterior restante. Las patas posteriores no están pintadas. La representación humana se encuentra situada encima del dorso del animal. Un trazo vertical forma el torso, con brazos en forma de asa a cada lado. Esta figura acéfala está representada de frente.	11,4 cm	14,2 cm	484 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	36	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición descendente. El cuerpo está representado por un solo trazo, un poco más grueso en el centro. Tiene una cola muy corta. Los dos grandes apéndices frontales se prolongan por debajo de la línea del cuerpo para dibujar la cabeza y la pata anterior. Se ven también las otras tres patas, más bien cortas.	10,3 cm	9,5 cm	484 U
GAL II A	37	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. El cuerpo, de un grueso trazo, acaba en una cola segmentada hacia abajo. Dos grandes apéndices se prolongan por debajo de la línea del cuerpo para formar la cabeza y la pata anterior. Solo se ven tres patas.	5,2 cm	8,4 cm	484 U
GAL II A	38	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El trazo del cuerpo termina en una larga cola segmentada hacia abajo. La cabeza se prolonga con un apéndice en punta; la línea de un segundo apéndice continúa para dibujar la pata anterior. Se observan las otras tres patas.	11,2 cm	11,3 cm	484 U
GAL II A	39	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. La representación es la misma que en las figuras anteriores. Tiene dos largos apéndices y una cola segmentada hacia abajo. Encima del dorso del animal se ve un trazo vertical. Debajo de las patas se distingue lo que podría ser el resto de otra figura desaparecida a causa de los desconchados de la zona. La imbricación de los restos con la figura no permite disociar las dos representaciones.	16,3 cm	17,5 cm	484 U
GAL II A	40	Restos de un posible cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. El cuerpo es grueso. Se puede distinguir el arranque de dos apéndices frontales y el inicio de la cola. El animal se encuentra muy difuso, sobre todo en su parte inferior.	4,5 cm	5,5 cm	484 U
GAL II A	41	Dos trazos verticales paralelos. En la parte superior del de la izquierda sale otro trazo con una inclinación de más o menos a 45° hacia la izquierda. En la parte superior una grieta limita la figura, pero se ve pintura por encima. El mal estado del soporte no ha permitido la conservación de la figura, que, en su estado original, podría parecerse al arboriforme n.º 6 del abrigo I.	13,4 cm	8 cm	484 U
GAL II A	42	Esquematismo situado en la parte alta del panel pintado. La parte superior hace pensar en unos grandes cuernos sobre un trazo inclinado hacia la izquierda, que se une, en su parte inferior, con otra línea que viene de la derecha.	15 cm	9 cm	484 U
GAL II A	43	Cuadrúpedo situado por encima de la figura 42. Muy borrado, se encuentra girado a la derecha en posición ascendente. La cola es recta. Los apéndices frontales son muy estrechos en su base y redondeados en su parte superior. Solo se contemplan tres patas, más bien cortas.	4,5 cm	11 cm	484 U
GAL II A	44	Restos de un posible cuadrúpedo girado hacia la izquierda en posición horizontal. Se ve la parte posterior de un cuerpo grueso, las dos patas traseras y una larga cola arqueada parcialmente borrada en su extremo.	6,3 cm	12,7 cm	484 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	45	Cuadrúpedo girado hacia la izquierda en posición horizontal. Un largo trazo hacia abajo dibuja el cuerpo, que termina en una larga cola segmentada. Dos largos apéndices, estrechos en la base y redondeados en la parte superior, están pintados sobre el testuz, que se alarga. Las cuatro patas son, igualmente, bien visibles. A 3,5 cm por detrás de la cola se encuentran unos restos consistentes en tres pequeñas manchas redondeadas del mismo color que la figura.	13 cm	17 cm	484 U
GAL II A	46	Pequeño cuadrúpedo girado hacia la izquierda en posición ascendente. Posee dos grandes apéndices sobre una cabeza que se alarga hacia abajo. El trazo del cuerpo se curva y se ensancha hacia la cola. Se distingue solamente una pata.	6,8 cm	8 cm	484 U
GAL II A	47	Representación en forma de punta de flecha. Sobre un trazo vertical salen, desde la extremidad superior, dos trazos oblicuos más o menos del mismo tamaño. El de la derecha se encuentra algo borrado.	7 cm	7,6 cm	484 U
GAL II A	48	Pequeño cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. Se percibe un apéndice frontal muy grande, un cuerpo pequeño con una cola segmentada hacia abajo, que se endereza en su parte final, y dos patas. Este animal está pintado encima de otros dos que se encuentran colocados uno encima del otro.	9,3 cm	7,4 cm	484 U
GAL II A	49	Cuadrúpedo girado hacia la derecha y en posición ascendente. El cuerpo es muy grueso, los apéndices frontales son largos y están representados sobre un testuz que acaba en punta. La cola es un trazo recto hacia abajo. Las cuatro patas son muy cortas. Se encuentra debajo de la figura 48.	15,3 cm	19,6 cm	484 U
GAL II A	50	Figura, muy borrada, de un cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. El trazo del cuerpo se prolonga en una larga cola en semicírculo que llega por debajo del animal hasta la pata delantera. Los apéndices, que se ven sobre una cabeza alargada, no son muy nítidos. Sobre el dorso del animal se encuentran otros dos trazos verticales, que se juntan con dos patas de la figura 49. Están representadas las cuatro patas del animal. Esta figura se encuentra debajo del animal 49.	10,6 cm	11,9 cm	484 U
GAL II A	51	Cáprido girado hacia la derecha en posición ascendente. La línea del cuerpo, de un solo trazo, se prolonga en una cola corta y levantada. La cabeza parece girada hacia la derecha y se ven, claramente, dos pequeñas orejas y dos grandes cuernos segmentados hacia el exterior. Las cuatro patas se agrupan por parejas (delanteras y traseras).	13,2 cm	16,2 cm	173 U
GAL II A	52	Soliforme compuesto por un círculo central, cuyo interior no está pintado, y nueve radios divergentes. Tiene una forma ligeramente ovalada, con tres radios en la parte superior, tres en la parte inferior, dos a la derecha y uno a la izquierda.	6,6 cm	8,5 cm	173 U
GAL II A	53	Soliforme situado a la derecha y un poco más abajo que el anterior. Su forma es cuadrada. Sobre él se han pintado dos trazos verticales y dos horizontales, mientras que en la parte inferior sale un radio a cada lado. En total son diez radios divergentes.	8,5 cm	7,6 cm	173 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II A	54	Restos de un posible cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente. Se podrían distinguir la línea del cuerpo, una pata trasera y un apéndice frontal.	9,6 cm	6,5 cm	173 U
GAL II A	55	Cáprido girado hacia la derecha y en posición ligeramente ascendente. Se observan la línea del cuerpo, dos patas y dos grandes cuernos segmentados hacia el exterior.	10,3 cm	10,4 cm	173 U
GAL II A	56	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. Se observan dos grandes apéndices frontales terminados en punta y una cabeza alargada hacia abajo. La cola está segmentada hacia abajo y se han representado solamente dos patas.	8,2 cm	10,8 cm	484 U
GAL II A	57	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ascendente. Tiene dos grandes apéndices, que acaban en punta, y una larga cola segmentada, que describe un ángulo recto hacia abajo. Se observan solamente tres patas.	9,8 cm	8,7 cm	484 U
GAL II A	58	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. Muy borrado, deja ver los apéndices frontales, la cola segmentada en ángulo recto hacia abajo y dos patas.	9,2 cm	4,3 cm	484 U
GAL II A	59	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. Se ven claramente las cuatro patas, las dos anteriores abiertas hacia la derecha y las dos posteriores abiertas hacia la izquierda. La cola es larga y arqueada. El cuerpo es grueso. La cabeza se aprecia como una gran mancha redondeada.	10,3 cm	15,4 cm	175 U
GAL II A	60	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. El cuerpo, grueso, lo define una larga mancha que acaba en una cola corta curvada hacia arriba. En el arranque de esta misma cola se encuentra pintada una segunda cola, larga y segmentada hacia abajo en ángulo recto. El testuz se adorna con dos largos apéndices muy delgados que se prolongan debajo del cuerpo para configurar las patas delanteras. Las dos patas traseras son bastante más largas que las delanteras.	17,6 cm	18 cm	175 U
GAL II A	61	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. El grueso cuerpo termina en una larga cola segmentada hacia abajo y más ancha en su extremo. La cabeza está diferenciada del cuerpo y adornada con dos largos y delgados apéndices. Las cuatro patas son de igual longitud. En el dorso se distingue una joroba.	17 cm	14,9 cm	175 U
GAL II A	62	Restos de un cuadrúpedo girado hacia la derecha. Se pueden ver dos grandes apéndices frontales, una larga cola segmentada hacia abajo y dos patas muy borradas.	6,4 cm	6 cm	484 U
GAL II A	63	Restos de un cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente. Se puede observar la línea del cuerpo, que acaba en una larga cola horizontal, y los restos de tres patas.	4 cm	10 cm	484 U
GAL II A	64	Restos de un cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición ligeramente ascendente. Se ve el trazo del cuerpo, pero la cola está borrada, así como una parte de los apéndices frontales. Se distinguen solamente tres patas.	6,5 cm	8,4 cm	484 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL II B	1	Restos de un trazo digital vertical.	2,4 cm	1 cm	173 U
GAL II B	2	Restos sin posible identificación.	2,7 cm	4,1 cm	173 U
GAL III A	1	Restos de pintura formando una mancha vertical que, en la parte superior, forma un ángulo hacia la izquierda.	12,7 cm	15,3 cm	180 U
GAL III A	2	Posibles restos de una figura antropomorfa. Se distinguen las piernas, el cuerpo y el cuello; la figura es acéfala. El individuo parece llevar en la mano derecha una cuerda. Hay que resaltar que esta representación se encuentra casi fuera del abrigo, exactamente en la parte superior del acceso al covacho.	14 cm	20,6 cm	179 U
GAL III A	3	Restos de pintura formando una mancha sin interpretación posible. A 3,5 cm debajo de este resto se encuentra un trazo digital horizontal de 1,2 cm. A 18 cm a la izquierda aparecen tres pequeñas manchas superpuestas verticalmente, con una distancia de 5 cm entre cada una.	12 cm	6,4 cm	179 U
GAL III A	4	Trazo digital realizado en dos tiempos. Un primer segmento oblicuo hacia la derecha se prolonga con un segundo más vertical. Se distingue perfectamente la unión de los dos trazos sin pintar.	20,1 cm	1,7 cm	180 U
GAL III A	5	Restos muy borrados de un posible cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición descendente. Se distingue la parte trasera del cuerpo, con una pata, mientras que el trazo de la derecha sería un apéndice frontal del animal.	10,7 cm	21,1 cm	180 U
GAL III A	6	Soliforme compuesto por diez radios dispuestos irregularmente alrededor de un círculo central, cuyo interior está sin pintar.	14,8 cm	17,4 cm	188 U
GAL III A	7	Trazo vertical terminado en su parte superior en ángulo recto hacia la derecha. Un desconchado de la pared afecta a la figura e impide aventurar a qué corresponden los restos de la zona central y la superior izquierda de la representación.	11,5 cm	7,3 cm	180 U
GAL III A	8	Cuadrúpedo en posición horizontal girado hacia la derecha. El cuerpo, formado por una línea horizontal, termina con una larga cola en forma de arco hacia abajo. Se distinguen perfectamente las cuatro patas y dos largos apéndices ligeramente curvados hacia atrás. Se encuentran pintados en la parte superior de la línea del cuerpo y no son la prolongación, como en otros casos, de las patas delanteras. La cabeza no se distingue. Debajo de la parte delantera del animal, y prolongándose hacia abajo, hay una larga mancha de pintura más clara.	18,3 cm	16,3 cm	179 U
GAL III A	8a	Mancha de color anaranjado pintada debajo de la parte delantera del cuadrúpedo n.º 8.	18,2 cm	4,4 cm	180 U
GAL III A	8b-c	Manchas que se encuentran en la parte delantera del cuadrúpedo n.º 8, una, y otra, en la parte superior trasera de la misma figura. Carecen de posible interpretación. Son del mismo color que el animal mencionado.	9,2 cm 15,2 cm	8,9 cm 14,3 cm	179 U 179 U
GAL III A	9a-b	Restos afectados por desconchados de la roca. Quedan solamente dos manchas de pintura sin posible interpretación.	5,9 cm 9,6 cm	7,4 cm 6,2 cm	483 U 180 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL III A	10	Soliforme afectado por un desconchado de la pared, del cual queda solamente la parte derecha. Se ven seis radios que debían de cruzarse en el centro.	12 cm	9,5 cm	483 U
GAL III A	11	Posible soliforme o arboriforme. Los restos de la figura, muy afectados por desconchados de la roca, no permiten una interpretación precisa. Nos inclinamos hacia un soliforme porque en la parte inferior aparece un círculo muy borrado, cuyo interior no está pintado, y porque la presencia en este abrigo de varias representaciones parecidas nos hace incidir en este sentido.	15,4 cm	9,5 cm	483 U
GAL III A	12	Cuadrúpedo en posición horizontal girado hacia la derecha. El cuerpo, realizado con un trazo horizontal, termina en una larga cola segmentada hacia abajo. Se ven las cuatro patas, mientras que los apéndices frontales, muy largos, y la cabeza del animal están afectados por desconchados de la roca.	14,5 cm	13 cm	195 U
GAL III A	13	Mancha vertical de color muy claro. Se encuentra en la pared de separación de los abrigos III A y III B.	42 cm	9 cm	480 U
GAL III A	14	Soliforme cuya parte derecha ha desaparecido por un desconchado de la roca. Se ve todavía el círculo con el centro sin pintar y cinco radios.	13 cm	10 cm	484 U
GAL III A	15	Restos sin interpretación posible, al estar afectados por desconchados en la pared. Solamente se pueden apreciar algunos trazos y pequeñas manchas.	20 cm	26 cm	484 U
GAL III	*	Pequeña cavidad de la pared entre los abrigos GAL III A y GAL III B. Esta pequeña oquedad, a 2 m del suelo, se encuentra contorneada con pintura roja muy difusa.	23 cm	25 cm	480 U
GAL III B	1	Cruciforme pintado de forma muy tosca. Se ubica a la entrada del abrigo, en la pared de separación de las cavidades GAL III A y GAL III B. El trazo vertical, mucho más intenso, se encuentra pintado sobre la parte horizontal, más difusa.	22 cm	23 cm	483 U
GAL III B	2	Mancha de pintura muy difuminada que se encuentra, junto a otras más pequeñas, en varios sitios debajo del cruciforme.	10,4 cm	6,3 cm	484 U
GAL III B	3a	Posible cuadrúpedo en posición horizontal girado hacia la derecha. Pertenecer a un grupo de tres, muy afectados por un gran desconchado en la pared rocosa. Se distinguen todavía el cuerpo y una posible cola larga y segmentada hacia abajo. Pueden apreciarse restos de las patas y una posible cabeza, que carece de cualquier apéndice.	16,7 cm	7 cm	483 U
GAL III B	3b	Posible cuadrúpedo girado a la derecha, cuya parte delantera ha desaparecido. Se distingue solamente el cuerpo con la cola horizontal, además de unas largas patas traseras que parecen mezclarse con otros restos de pintura.	11 cm	16 cm	483 U
GAL III B	3c	Posible cuadrúpedo girado hacia la derecha. Queda solamente la línea horizontal del cuerpo y parte de las dos patas traseras. Se encuentra debajo de las otras figuras animales 3a y 3b. En la parte izquierda del grupo de representaciones se distinguen restos de pintura y, en particular, un pequeño trazo vertical en la parte baja del panel pintado.	7,6 cm	19,7 cm	483 U

ABRIGO	N.º	DESCRIPCIÓN	ALTURA	ANCHURA	PANTONE
GAL III B	4	Figura muy afectada por los desconchados de la pared. Podrían ser dos cuadrúpedos representados uno encima del otro; los dos estarían girados hacia la derecha. La figura superior habría sido pintada sobre el animal inferior, de forma que los trazos correspondientes a las patas desbordarían ampliamente la superficie de la representación subyacente. Se ven restos de las colas arqueadas hacia abajo. Del esquematismo inferior se distingue parte de la cabeza, con un apéndice frontal recto y largo, que se confunde con la pata del animal superior. Debajo de las figuras aparecen manchas de pintura más clara.	21,4 cm	13,8 cm	483 U
GAL III B	5	Cuadrúpedo de gran tamaño en posición horizontal girado hacia la derecha. El cuerpo, largo y algo ancho, acaba en una larga cola arqueada hacia abajo. La cabeza, representada por una mancha redondeada, se adorna con dos grandes apéndices doblados hacia el exterior en la parte superior. Se ven perfectamente tres patas; la cuarta está afectada por un desconchado de la pared. Se observan también manchas de pintura más clara debajo de la figura, sobre todo en la parte delantera del animal.	15,6 cm	20,7 cm	483 U
GAL III B	6	Cuadrúpedo girado hacia la derecha en posición horizontal. El cuerpo, grueso en la zona de la cabeza, se va afinando hacia la cola, que sigue la línea del cuerpo y acaba casi en punta. Dos apéndices anchos y cortos adornan la cabeza. Unos trazos rectos de distintos grosores conforman las patas. Una mancha de pintura, de color rojo claro, se encuentra al final de la pata delantera interior.	16 cm	21,8 cm	483 U

3. SINGULARIDADES ESPACIALES

3.1. Acceso a los abrigos de Gallinero

Para llegar a Gallinero existen dos rutas.

En época de estiaje el visitante puede descender o remontar el curso del río. Llegado a la altura de los abrigos de Huerto Raso I y II, en la antigua pradera del mismo nombre, tiene que ascender varios escalonamientos rocosos para poder abordar el lugar por el lado este. Es imposible llegar por el oeste porque el conjunto de las cavidades se encuentra en la extremidad de una barra rocosa.

En todas las épocas del año el visitante puede acceder a Gallinero bajando la garganta dominada por el abrigo pintado de Lecina Superior. Desde la meseta es obligado pasar cerca de distintos abrigos con pinturas. Los primeros que se encuentran son el conjunto de los cuatro abrigos de Barfaluy y el abrigo de Lecina Superior (fig. 6). En los dos casos se trata de cavidades donde la decoración es importante, pudiéndose calificar casi de exuberante. Seguidamente el recorrido está marcado por largos porches rocosos

(Fajana de Pera Superior, Fajana de Pera y Escalere-tas) con pinturas discretas, principalmente series de pequeños trazos verticales y digitaciones. Por ello la decoración se califica de *minimalista*. Después de estos tres lugares hay que pasar por una repisa estrecha y colgada para luego cruzar un arco rocoso antes de llegar, siempre en el lado este, a los abrigos de Gallinero. Este recorrido, antiguo camino de los carboneros, es seguramente el que debieron de seguir Antonio Beltrán y sus colaboradores, y el que les permitió descubrir las pinturas de Fajana de Pera y de las Escalere-tas.

Este segundo recorrido se convierte en obligatorio al no poderse atravesar de otra manera las barras rocosas que se encuentran en la parte superior de la ladera. La existencia de cavidades con pinturas intermedias entre la meseta y el conjunto de Gallinero induce, sin duda, a pensar en una relación de complementariedad entre las dos categorías de abrigos pintados descritos. Los abrigos o grupos de abrigos con decoración exuberante se encuentran al final del recorrido, en el extremo de las barras rocosas. Son abrigos *a donde se va*. Por el contrario, los abrigos con

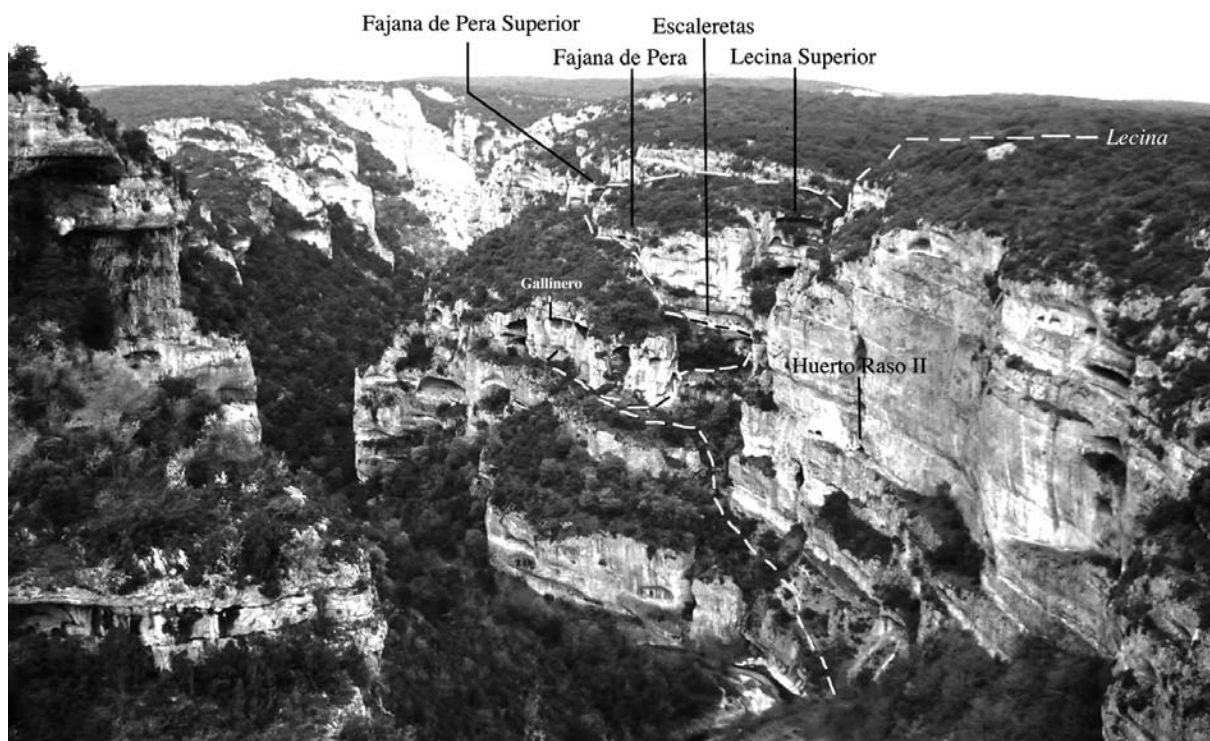


Fig. 6. Vista general de los abrigos de la orilla derecha del río Vero. Indicación de los caminos posibles para acceder al conjunto de los abrigos de Gallinero.

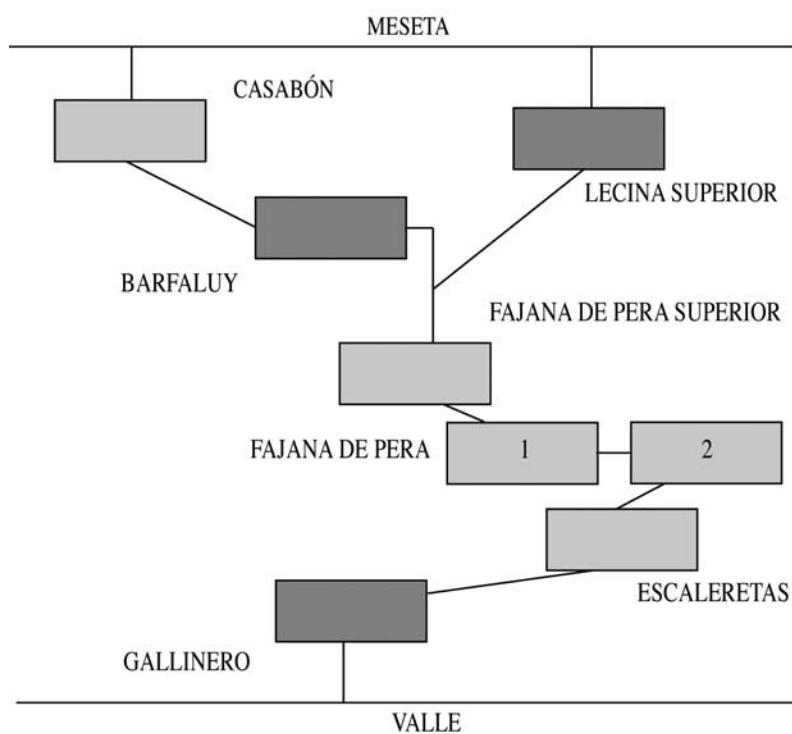


Fig. 7. Organización de los abrigos con pinturas de la orilla derecha del río Vero. En gris claro, los abrigos con decoración minimalista. En gris oscuro, los abrigos con decoración exuberante.

decoración minimalista ocupan posiciones transitorias en medio del recorrido; son lugares *por donde se pasa* (fig. 7). Para llegar a los primeros es obligatorio franquear los segundos. Una organización de este tipo no es única. En la orilla izquierda las grandes cavidades con decoración exuberante de Mallata A y B son sistemáticamente precedidas por oquedades con decoración minimalista. La importancia o la discreción de la decoración de los abrigos sería, sin duda ninguna, el indicador de su diferencia de estatus (HAMEAU y PAINAUD, 1997).

3.2. Desplazamiento en el conjunto de Gallinero

Los cuatro abrigos de Gallinero disponen de un acceso relativamente fácil. La primera cornisa lo tiene más o menos en su centro, accediéndose a ella sin mayores dificultades. Grandes árboles han crecido al pie del acantilado y facilitan la ascensión. La segunda repisa tiene un acceso más complicado. Hay que escalar en el centro de la pared, aproximadamente a la altura de la actual escala metálica, para llegar al abrigo II. Es bastante difícil abordar sin material el abrigo III, cuyo acceso se puede realizar únicamente por la pared de la izquierda. Para ir de una oquedad a la otra hay que pasar por encima de la hernia rocosa que las separa. Finalmente, la plataforma II B se encuentra colgada por encima del vacío. Los prehistóricos solo pudieron visitarla colocando un dispositivo para superar este difícil paso.

El conjunto de Gallinero ha sido efectivamente elegido pese al (o por causa del) relativo aislamiento que impone la frecuentación de estos abrigos.

3.3. Criterios de selección

Este complejo responde a los cuatro criterios de selección de los abrigos con pinturas tal como han sido definidos en publicaciones anteriores (HAMEAU, 1999, 2002 y 2004; HAMEAU y PAINAUD, 1997 y 2002).

El Gallinero se encuentra en posición dominante. Si en el lado sur la vista se ve cortada rápidamente por los acantilados de la orilla izquierda del Vero, río arriba se puede ver un amplio paisaje. Pero, sobre todo, Gallinero se ve desde lejos. Las dos oquedades de los abrigos III A y III B, debajo de un techo rocoso delgado y horizontal, y el pie del acantilado que forma una zona anaranjada, alta y trapezoidal, se parecen a las dos cavidades oculares de una cara. Se puede hablar, por tanto, de la situación panóptica de Gallinero.

Como un gran número de abrigos pintados en la confluencia del río Vero y el barranco de la Choca, el conjunto de Gallinero se abre hacia el sureste. Aunque algún abrigo se desvía de esta orientación frente al sol naciente, ninguno de ellos se abre hacia el norte. El conjunto de Gallinero responde perfectamente al criterio de heliotropismo.

Las paredes del conjunto de Gallinero son de un color anaranjado que contrasta con el de la roca circundante. Todas las antiguas descripciones del lugar subrayan esta peculiar coloración de los abrigos de la zona: «Les murailles de la garganta de Lecina sont oxydées comme des panneaux de fer dont la rouille s'amparerait», relata Lucien Briet en 1906. Además, las representaciones pintadas se emplazan donde la rubefacción es más nítida.

Por último, la humedad periódica del lugar está proporcionada por un techo rocoso bastante delgado. El agua sale por las fisuras del techo y corre sobre la roca formando gruesos burletes de calcita. En general los abrigos pintados son lugares donde el agua chorro periódicamente. Esta higrofilia ambiente es, por otra parte, la causa de una menor conservación de las pinturas en el conjunto III, de la formación de un piso estalagmítico dentro de la cavidad II y de las grietas en el soporte de la plataforma II B.

El conjunto de los abrigos de Gallinero se integra en un paisaje extraordinario que no deja indiferente al visitante moderno. Prueba de ello son las descripciones hechas por numerosos autores. Seguramente produjo también una fuerte impresión sobre los prehistóricos. Tales sitios suelen ser, normalmente, lugares seleccionados para actividades no ordinarias. En este caso se trata de la ejecución de pinturas esquemáticas sobre las paredes. El lugar ha sido elegido porque reunía un cierto número de criterios juzgados imprescindibles para darle un estatus de abrigo pintado: su posición dominante, su orientación, el color de sus paredes y el goteo periódico de las aguas.

3.4. La plataforma colgada

Nos parece importante otra característica del lugar: la existencia de una plataforma en el lado este del abrigo II (fig. 8). Esta terraza, llamada II B, es inaccesible sin un dispositivo especialmente adaptado a su configuración. Ahora bien, los vestigios de figuras pintadas parecen atestiguar que este espacio ha sido visitado en el Neolítico. Se pueden considerar varias soluciones para explicar los diferentes recursos utilizados para acceder a este emplazamiento.



a



b

Fig. 8. La plataforma colgada II B: vista general y detalle.

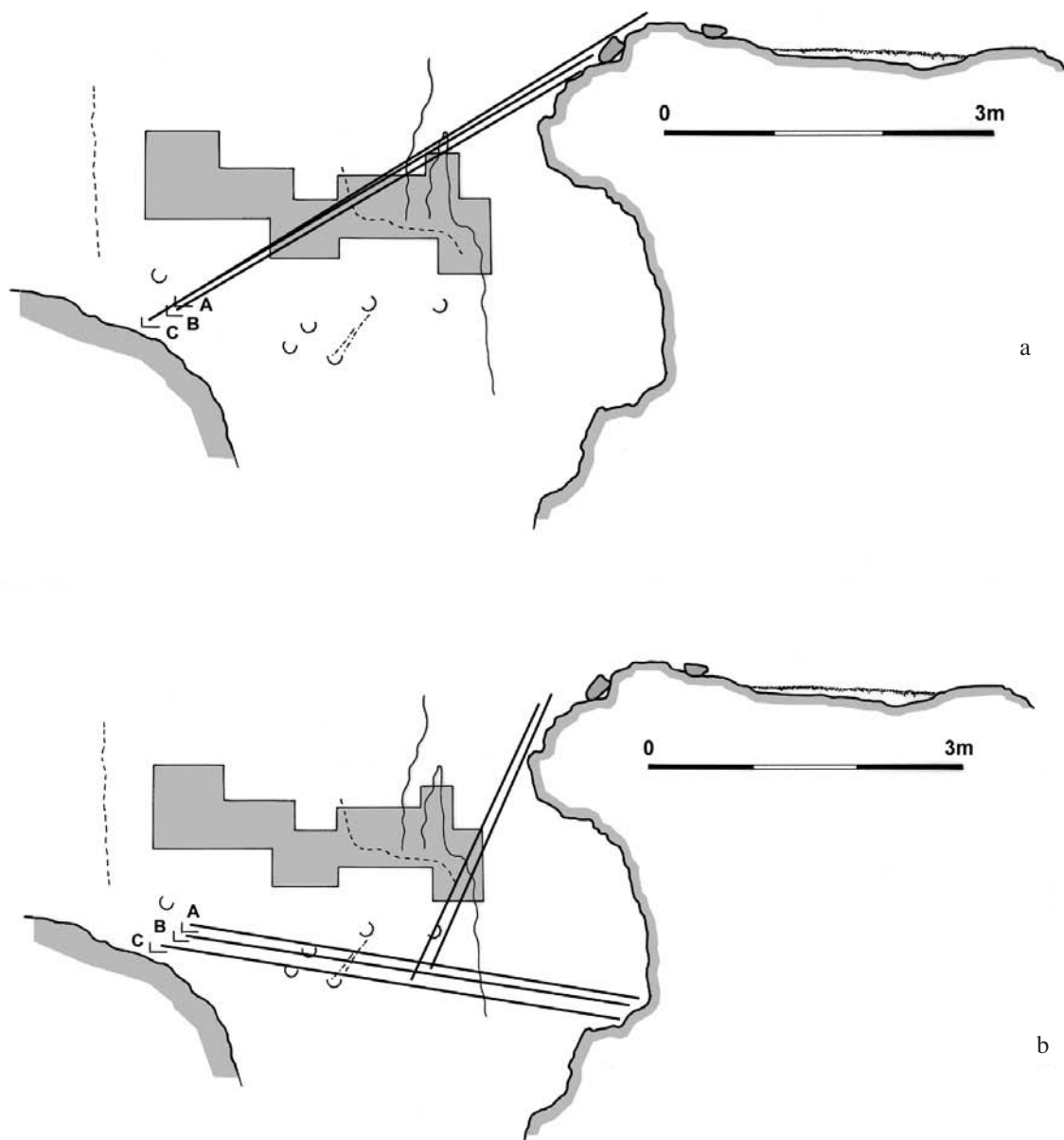


Fig. 9. Dos propuestas de construcción del andamio para acceder a la plataforma colgada II B.

Se puede suponer que unos maderos han sido colocados al pie del panel pintado, dispuestos sobre el borde de la cornisa, a la izquierda, y sobre un pequeño saliente de la pared, a la derecha. El tamaño de estos maderos debió de ser como mínimo de 5 m. Así acomodados, estos travesaños tienen una inclinación de 10° hacia la derecha, lo que no es excesivo. Si el extremo izquierdo de estos troncos se coloca en las tres primeras hendiduras excavadas por encima del vacío, la longitud que se precisa se reduce entonces a 4 m aproximadamente, pero la inclinación del anda-

mio aumenta hasta los 15° . En el centro de esta construcción hay que imaginar uno o varios maderos, de al menos 3 m de largo, erectos y apoyados en el lado occidental de la plataforma (fig. 9a).

Se puede también concebir otro dispositivo, que consiste en colocar los extremos inferiores de los maderos en las muescas cuadrangulares y en apoyar directamente los otros extremos en el lado de la plataforma. Este modo de acceso exige la utilización de troncos de 5 m de largo, cuya inclinación es entonces de 30° aproximadamente. Sus extremos superiores se

adaptan a las depresiones naturales del borde de la plataforma (fig. 9b).

En los dos casos la escalada requiere una cierta agilidad. La primera hipótesis precisa un número más importante de maderos. Las dos soluciones exigen la utilización de troncos que no se doblen o lo hagan muy poco. El diámetro requerido es de, más o menos, 0,20 m. Esta medida corresponde aproximadamente a la anchura de las hendiduras cuadrangulares. Sin embargo, en ninguno de los dos casos las muescas, ya sean naturales o talladas expresamente por el hombre, habrían podido servir de apoyo para semejante pasarela, porque todas ellas se encuentran en lugares muy inclinados de la pared. En consecuencia, no habrían podido aguantar ningún madero.

Las tres muescas cuadrangulares más grandes presentan un tamaño y un perfil que permite corregir la fuerte inclinación de la pared (fig. 10). Solamente puede extrañar su morfología si se considera que fueron realizadas sin ningún utensilio metálico. Para este periodo histórico la literatura arqueológica no recoge casos de tales muescas excavadas en la roca. Sin embargo, son muy escasos los hábitats implantados sobre el mismo sustrato rocoso y excavado. Al cabo de varias experimentaciones, pensamos que tales muescas pudieron ser hechas con simples cantos rodados de roca dura. Realizar una cazoleta redonda de un diámetro de 5 cm y una profundidad de 3 cm requiere un trabajo de aproximadamente media hora. Dar forma a una muesca rectangular necesita más tiempo (3 ó 4 horas para una superficie de 12 x 15 cm de lado y una profundidad de 3 cm). Solamente es posible dar forma a los ángulos si el volumen es importante. En el Gallinero ninguna de las tres entalladuras presenta un volumen completo; cada una de ellas se encuentra abierta en el lado este, lo que facilitó la tarea de los trabajadores.

La hipótesis de un ensamblaje de tres maderos, colocados de forma horizontal u oblicua y apoyados en unas muescas cuadrangulares, nos parece totalmente realizable. Los materiales utilizados para estos travesaños proceden con toda probabilidad de los alrededores de la cavidad. La tala de cada árbol, con la ayuda de un hacha pulida en piedra verde, cuesta entre 30 y 40 minutos. En total, el trabajo de una jornada habría permitido a varios visitantes, aunando sus esfuerzos, colocar este andamio aéreo y acceder a la plataforma colgada. Por otra parte, no parece imprescindible que el trabajo se realizara de una sola vez.

3.5. Un espacio de reclusión

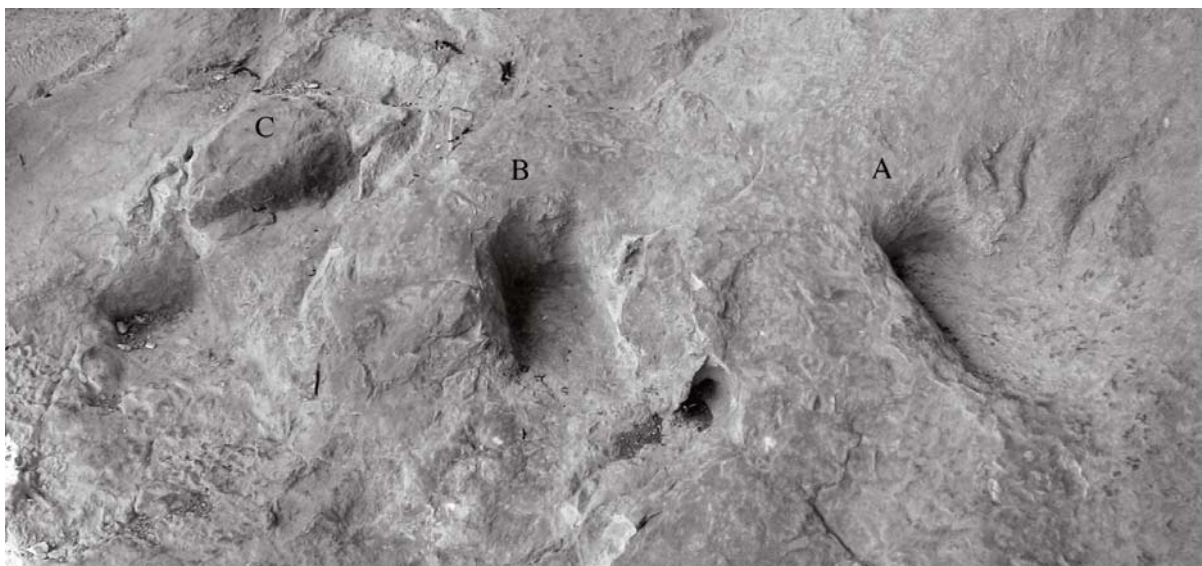
Un dispositivo de este tipo es simple, relativamente ligero y, de hecho, inamovible. Se pudo haber construido por una simple voluntad de explorar la totalidad del sitio, pero parece sorprendente realizar una empresa de tal importancia para solamente acceder a una plataforma de una superficie tan reducida, como se puede observar desde el fondo del abrigo. En contrapartida, si se quitan los maderos, el visitante se queda aislado sobre esta estrecha terraza, encaramado a más de treinta metros por encima del suelo, sin ninguna posibilidad de bajar de allí. Se trata de una hipótesis que no hay que desestimar. Proponemos considerar esta plataforma colgada como un espacio de reclusión, a la vista de varias observaciones que se han hecho en tal sentido respecto a los abrigos pintados del sur de Francia (HAMEAU, 2006 y 2007).

Citémos dos ejemplos de las gargantas de la Nesque, en Blauvac, en el departamento del Vaucluse (fig. 11).

El abrigo Perret II se encuentra a 7 m por encima del suelo, en medio de un acantilado vertical. Se puede acceder solamente con la ayuda de una escala. Efectivamente, no se puede suponer la presencia de ningún árbol grande que permita el acceso a este abrigo colgado, porque la ladera presenta una acumulación de escombros pedregosos que permite solamente el crecimiento de pequeños arbustos. El abrigo es de pequeñas dimensiones (6 x 7 m), está pintado con pequeñas cruces con los brazos del mismo tamaño. Se encuentran en el suelo numerosas esquirlas de sílex talladas *in situ*. El mobiliario cerámico está constituido solamente por vasijas para el agua. Las condiciones topográficas de este lugar se parecen bastante a las de la plataforma II B de Gallinero.

Un centenar de metros más abajo de los abrigos Perret, la cueva Fayol es accesible gracias a una rampa natural que sube hasta el porche. Allí, desde la misma entrada, divergen dos galerías. La primera, recta, acaba en una pequeña sala oscura, decorada con algunos trazos digitales. La otra, después de formar un recodo, se abre sobre un porche al aire libre, colgado a 6 m por encima del suelo, y también pintado. Ahora bien, las excavaciones han permitido descubrir, en la segunda galería, un opérculo de piedra: una losa recortada para adaptarse al perfil de este pasillo. Erecta, en un estrechamiento de esta galería, esta losa impedía el libre tránsito a los visitantes del lugar. El dispositivo de obturación queda patente y se puede interpretar como un sistema de reclusión para los visitantes.

A partir de este último ejemplo hemos propuesto,



a



b

Fig. 10. Abrigo II A y borde de la plataforma colgada II B: emplazamiento de las distintas muescas.

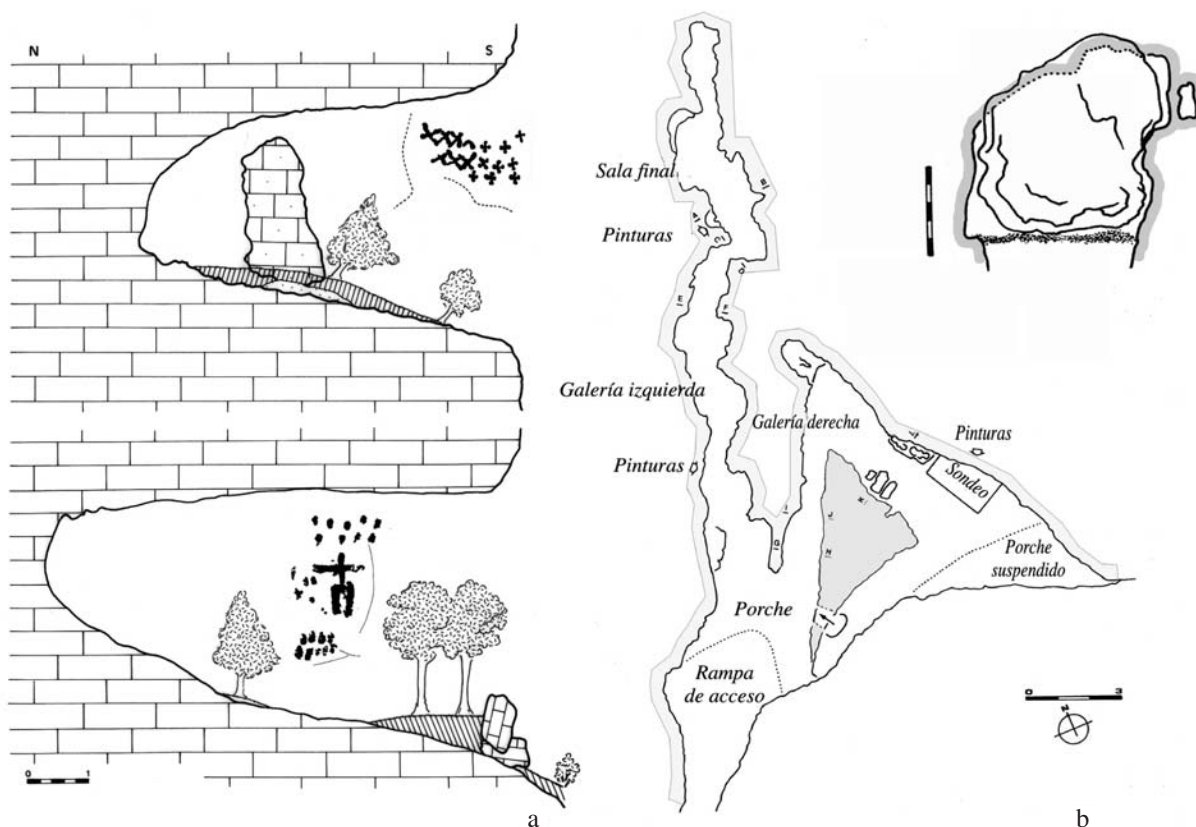


Fig. 11. Corte de los abrigos Perret I y II. Plano de la cueva Fayol con el detalle del dispositivo de cierre de la galería oriental.

como hipótesis, considerar unos singulares amontonamientos de piedras encontrados a la entrada de abrigos con pinturas como vestigios de posibles dispositivos destinados a obturar el sitio.

En los espacios decorados con pinturas esquemáticas la reclusión de individuos se entiende solamente desde la perspectiva del desarrollo de un rito de iniciación en estos lugares. Esto no significa que todos los abrigos pintados sean lugares de reclusión, pero la mayoría de ellos responden a la idea de cambio y de transformación: la frecuentación del lugar, que se supone esporádica, forma parte de la conversión social de los hombres. En primer lugar, se supone que se trata de ritos de paso o de iniciación. A veces las figuras pintadas expresan la transformación de personajes masculinos, así como la de animales o la del ídolo. De la misma forma, la expresión esquemática se encuentra muy presente en los lugares sepulcrales para acompañar a los difuntos hacia otro mundo.

Los rituales de las prácticas de iniciación en el mundo son de tal diversidad que todo intento de comparación resulta imposible. A pesar de todo, los antropólogos están de acuerdo en discernir tres grandes

fases, que son la separación, la marginación y la agregación. El *paso* significa que el individuo se separa de su grupo social y permanece un cierto tiempo fuera de este, realizando acciones que le hacen sentir su condición marginal; a continuación se reencuentra con el grupo, provisto ya de un nuevo estatus social. La fase intermedia, de la marginación, es la más singular: se suele desarrollar en lugares particulares y supone un comportamiento inhabitual más o menos codificado. Se trata de pruebas destinadas a marcar las mentes, para *grabar en la memoria*. Entre ellas, la reclusión de los individuos es una posibilidad.

En conclusión, obligar a unos individuos a subir y a quedarse un tiempo más o menos largo en la plataforma de Gallinero, sin que puedan bajar, ha podido ser una prueba marginal. De todas formas, cabe suponer que se ha necesitado una motivación bastante importante para que estos hombres hayan invertido tiempo y energía en colocar un andamio aéreo con la finalidad de llegar a una plataforma sin notable particularidad. Además, han dejado solamente ínfimas marcas pictóricas que contrastan con las múltiples figuras pintadas en el panel situado más abajo.



Fig. 12. Las figuras n.º 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9 y 10 del abrigo I de Gallinero.

4. SINGULARIDADES ICONOGRÁFICAS

4.1. Identificación, en relación con los autores anteriores

La identificación y la interpretación de las representaciones pintadas de los abrigos de Gallinero fueron realizadas por Antonio Beltrán en 1972 y por Albert Painaud en 1989. Desde estas fechas el descubrimiento de sitios y de pinturas en la península ibérica, así como nuevos programas de investigaciones sobre el arte esquemático, ofrecen una visión diferente sobre algunas figuras pintadas de Gallinero.

En el abrigo I (fig. 12), el más pequeño y accesible, las pinturas se agrupan en el fondo de la oquedad, aparte de algunos puntos y trazos cortos que se encuentran dispersos en la pared. Una capa de polvo, depositada en la pared, oculta las pinturas y hace que se vean mal. Las identificaciones anteriores parecen co-

rectas para gran parte de las figuras. A pesar de todo, parece que la figura n.º 3, considerada por Beltrán como un cuadrúpedo, aparece diferente en el nuevo calco (donde es la figura n.º 4). Proponemos interpretar esta pintura como dos cuadrúpedos enfrentados cuyas cabezas estarían imbricadas. En este caso, la larga línea vertical que se pierde debajo de las figuras inferiores estaría también asociada. Igualmente, las figuras n.º 5 y 6 de Beltrán, según nuestra definición, no corresponderían a las descripciones dadas por este autor. En una primera interpretación (PAINAUD, 2006: 68), pensábamos que solamente se trataba de la representación de un cérvido. Actualmente nos parece que estamos en presencia de tres preparaciones pictóricas distintas. La figura n.º 8 podría ser una representación antropomorfa, como la identifica Beltrán. La figura n.º 9 sería, quizá, una representación antropomorfa acéfala, como la figura n.º 2 del abrigo III A de Gallinero. Por último, la pintura n.º 10 sería una representación



Fig. 13. La figura n.º 35, identificada como un équido montado por A. Beltrán. Calco según A. Beltrán (a), según A. Painaud (b), mediante tratamiento informático (c) y orden de ejecución de los trazos que la componen (d).



a



c



b



d

Fig. 14. La figura n.º 51 según A. Beltrán (a) y según A. Painaud (b).
Cabra pirenaica sorprendida por el objetivo de la cámara (c). Figura n.º 55 según A. Painaud (d).

en T que se encuentra también en otros abrigos pintados del río Vero (Mallata c, Viñamala I, Viñamala II).

En el gran panel pintado de Gallinero II A la mayoría de las figuras pintadas son cuadrúpedos. En 1972 Antonio Beltrán expresa ya sus dificultades para identificar a los animales, debido su alto grado de esquematización. Propone interpretar a algunos de ellos como bóvidos, que serían reconocibles por sus apéndices frontales, largos y a veces curvados hacia el exterior. Otros serían équidos, identificables por sus orejas de forma lanceolada o por la presencia de un personaje subido sobre el animal; sería el caso de la figura n.º 35 o de las figuras n.º 6 y 39, en las que un apéndice dorsal es calificado por Beltrán como «antropomorfo esquemático». ¿Pueden las colas de los animales constituir un criterio de identificación? Al-

gunas están curvadas hacia abajo; otras son rectas, dibujadas en el eje del dorso. Pocas de ellas son cortas. Son todas más o menos largas, a veces más allá del realismo, y no parece verosímil que sirvan para adornar representaciones de bóvidos o de équidos. Una cola corta podría corresponder a cápridos.

La identificación de équidos es incierta. Los cuadrúpedos identificados como tales se parecen mucho a otras figuras animales, se encuentran provistos de apéndices frontales demasiado largos para ser solamente orejas, y el pequeño añadido en el dorso de la figura n.º 6 parece ser únicamente la prolongación de una de sus patas. Además, da la impresión de que los trazos que suelen representar al jinete de la figura n.º 35 se hayan pintado antes que los que representan al animal (fig. 13). Se podría suponer que el jinete se ha

añadido a su montura y no al contrario. Finalmente, la monta de caballos es un fenómeno más tardío que la época en la cual se sitúan las pinturas, el Neolítico.

El trazo de gran parte de las figuras animales es bastante fino. No evoca el masivo cuerpo de los bóvidos. A pesar de tratarse de pinturas esquemáticas, pensamos que la silueta general de las figuras refleja a menudo posturas etológicas de las criaturas representadas (PAINAUD, 2006; HAMEAU, 2006). Pese a las colas demasiado largas de los animales del centro de la composición, otras numerosas figuras podrían ser caprinos (fig. 14). Las figuras ascendentes parecen ser cápridos subidos a un elemento: se les puede imaginar con las patas delanteras sobre una roca. Otras figuras con cuernos divergentes se parecen a un animal sorprendido por el hombre, con la cabeza girada hacia el espectador. Es verdad que estas hipótesis deben tener en cuenta varias observaciones: el trazado de las figuras es a menudo torpe, la pared se encuentra por encima del vacío y no se puede abordar con facilidad, el panel ha sido pintado en varias etapas... En definitiva, si suponemos que algunos cuadrúpedos pueden ser cápridos (cabras, rebecos, etc.), no excluimos que otras figuras representen otros animales (bóvidos u otros mamíferos sin cuernos, pero con grandes orejas). Tan solo nos parece rechazable, por ser anacrónica, la hipótesis de caballos, algunos de los cuales estarían montados. En todos los casos la simplicidad del trazado de las figuras no nos permite identificarlas con exactitud.

En contrapartida, para el panel del abrigo II A (fig. 15), la identificación de los signos soliformes (figuras n.º 12, 52 y 53) y la de un signo arboriforme (figura n.º 1) no presenta ningún problema.

En la pared de la plataforma colgada de Gallinero II B se encuentran solamente dos pequeños trazos en rojo (fig. 16). A pesar de todo, el soporte parece ser muy apto para la pintura. Como este espacio no había sido visitado por Antonio Beltrán, en su monografía del lugar no menciona estas dos figuras.

Antonio Beltrán ha ignorado prácticamente las figuras de los abrigos gemelos A y B de Gallinero III (figs. 17, 18 y 19). Describe las figuras más visibles. La ausencia de algunas de ellas se explica por la dificultad de verlas a causa del mal estado de conservación o de su color, que hace que se confunda con el tono de la pared. En algunos sitios la pared se encuentra cubierta por una importante capa de polvo oscuro adherido a la roca. De hecho, faltan en el inventario de Beltrán nuestras cinco primeras figuras, la figura n.º 11 y el cuadrúpedo n.º 12. Tampoco hemos encontrado el cuadrúpedo anotado por Beltrán como

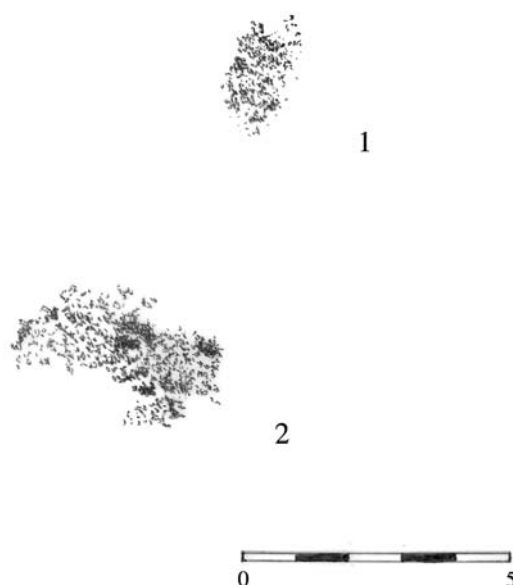
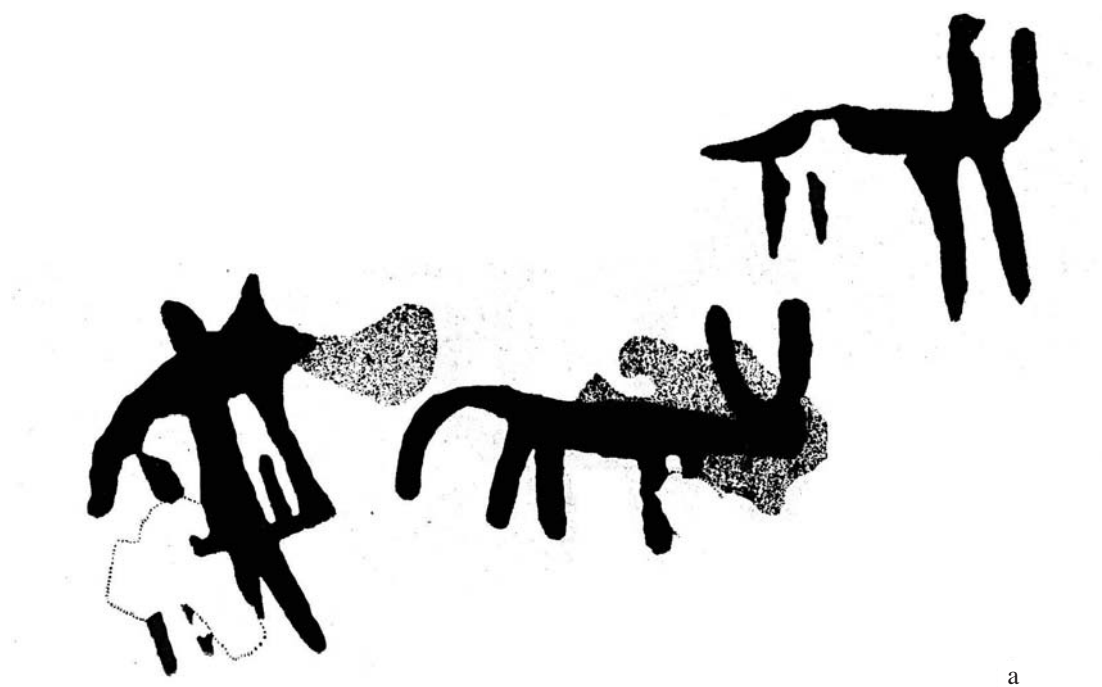


Fig. 16. Los dos pequeños trazos de pintura de la plataforma colgada II B.

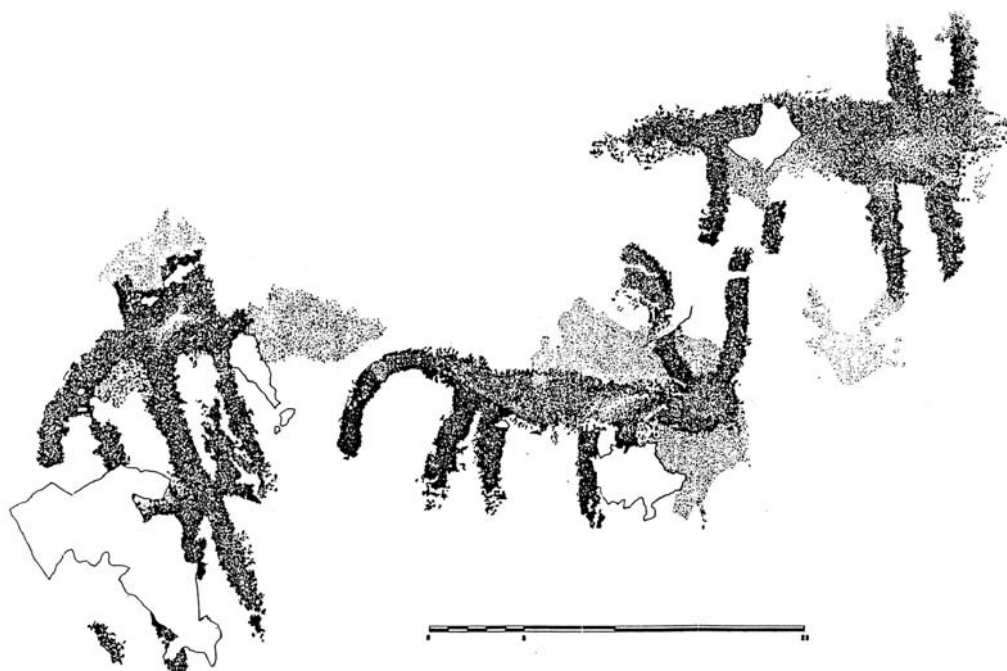
n.º 6 en el abrigo de Gallinero III B. Suponemos que se trata del cuadrúpedo n.º 12 de Gallinero III A, a pesar de que los calcos se parecen muy poco. Antonio Beltrán no da más explicaciones sobre esta figura ni lo hace tampoco con las otras representaciones del abrigo III B.

Las figuras existentes en Gallinero que podemos identificar son muy comunes. Solamente su forma puede ser diferente, porque es a menudo específica de su autor. Antonio Beltrán había ya intentado buscar algún paralelismo estilístico entre diversos lugares de la península ibérica, apoyándose en los inventarios de H. BREUIL (1933-1935) o de Pilar ACOSTA (1968). No volveremos sobre estas comparaciones. Desde estas fechas el conocimiento de la expresión esquemática se ha visto considerablemente enriquecido en diversas regiones, en particular en Aragón y en el sur de Francia. Así, se pueden observar cápridos esquemáticos en el río Vero, en Barfaluy III (PAINAUD, 1989 y 2006; BALDELLOU *et alii*, 1993; CALVO, 1993): un grupo de seis pequeños cápridos de color negro y un segundo conjunto, más degradado, de otros seis cuadrúpedos, entre los cuales uno, al menos, es un cáprido. Igualmente, en el abrigo XII de Baume Brune en el Vaucluse (HAMEAU, 2002) se encuentran representados unos cápridos en varios puntos del abrigo.

A pesar de dudar de la existencia de bóvidos en Gallinero, estos se encuentran pintados en el abrigo



a



b

Fig. 17. Las figuras 3a, 3b y 3c del abrigo III B según A. Beltrán (a) y según A. Painaud (b).



Fig. 18. Las figuras n.º 4, 5 y 6 del abrigo III B según A. Beltrán (a) y según A. Painaud (b).



a



b



c



d

Fig. 19. Cuatro figuras de los abrigos III A y III B: figura n.º 5 del abrigo III B (a), figura n.º 10 (b), figura n.º 4 (c) y figura n.º 8 (d) del abrigo III A.

de los Estrechos I en Albalate del Arzobispo (BELTRÁN, 1989 y 1993; BELTRÁN y ROYO, 1997) y en el abrigo de Remosillo en Olvena, donde se encuentran uncidos (BALDELLOU *et alii*, 1996; PAINAUD, 2006). En el río Vero, en el abrigo de Lecina Superior, se encuentran pintados tres bóvidos de color gris y blanco junto a otras figuras en rojo (BALDELLOU *et alii*, 1989; PAINAUD, 2006).

Igualmente, algunas figuras han sido interpretadas como équidos en el abrigo de los Estrechos en Albalate del Arzobispo (BELTRÁN, 1989 y 1993; BELTRÁN y ROYO, 1997) y en el abrigo de Remosillo en Olvena. (BALDELLOU *et alii*, 1996; PAINAUD, 2006).

En Barfaluy I un personaje está sentado sobre un

animal que un segundo individuo lleva con ronzal (PAINAUD, 1989 y 2006; BALDELLOU *et alii*, 1993; CALVO, 1993). ¿Es suficiente la monta de un animal para que sea un équido? No estamos muy convencidos.

Los signos soliformes y arboriformes se encuentran en toda la península ibérica, así como en el sur de Francia. Respecto a los primeros solo tomaremos en consideración algunos motivos cuyos radios se encuentran representados alrededor de un círculo central, como es el caso de Gallinero: un magnífico ejemplar en el Vallon Saint Clair en las Bouches du Rhône (HAMEAU, 2002), otro realizado con puntos en el abrigo Donner en los Alpes de Hautes Provence (BRANDI, 1986 y 1987; HAMEAU, 2002) y otros dos

pintados en la cueva del Levant de Launier en el Vaucluse (HAMEAU, 1992 y 2002). En España los ejemplos serían demasiado numerosos. Citaremos el Canchal de Cristo, la Posada de los Buitres, Castillo de Taibona o Peña Escrita de Fuencaliente (BREUIL y BURKITT, 1929; BREUIL, 1935; ACOSTA, 1968). En cuanto a los signos arboriformes, se encuentran nuevamente en la península ibérica y en el sur de Francia, como en el abrigo A de las Eissartènes (HAMEAU, 1985/6, 1989, 1996 y 2002). Para Aragón, en el abrigo de los Estrechos I, en Albalate del Arzobispo (algunos acaban en «ancla» como el de Gallinero II A), y en la sierra de Guara, en el río Vero y en el río Ésera; existen de varios tipos, como el de Remosillo (BALDELLOU *et alii*, 1996), con largas ramas hacia abajo, o los agrupados del abrigo de Mallata B I, con sus cortas ramas hacia arriba (BALDELLOU *et alii*, 1988; SOPENA, 2005).

Finalmente, la representación en T de Gallinero I, supuestamente antropomorfa, admite similitudes con las de otros abrigos de la sierra de Guara y del río Vero: el abrigo de Solencio III en Bastarás (BALDELLOU *et alii*, 1997), Mallata C (PAINAUD, 2005) y Viñamala I y II (PAINAUD, 1989; CALVO, 1993). Si está representado entero, el signo en punta de flecha (figura n.º 47 de Gallinero II) se parece al del cercano abrigo de las Escaleretas (BELTRÁN, 1972; PAINAUD, 1989; CALVO, 1993) y a los del abrigo de Arpán (BALDELLOU *et alii*, 1995a; PAINAUD, 2006), donde se interpretan como representaciones de abejas asociadas a una escena de recolección de miel.

4.2. Estilo, técnica y colores

El conjunto de las representaciones pintadas de Gallinero pertenece a la expresión esquemática. No obstante, el estilo, la técnica empleada y las recetas pigmentarias varían de un abrigo a otro, incluso de una figura a otra. Parece poco probable que el conjunto de los abrigos de Gallinero se haya pintado en una sola fase gráfica.

El color es el rojo, con una paleta que va de un rojo muy oscuro o vinoso hasta el naranja³. De una manera general, las figuras de matiz claro parecen más antiguas que las otras, porque algunas se encuentran recubiertas por representaciones más oscuras. Esta observación admite algunas excepciones.

4.2.1. Abrigo I

En el abrigo I los restos del arboriforme n.º 7 (179 U: rojo a rojizo) están pintados bajo el arboriforme n.º 6 (483 U: rojo carmín oscuro). De igual forma, los cuadrúpedos n.º 2 y 3 (483 U) se encuentran superpuestos a la figura n.º 4 (179 U: rojo a rojizo) bastante más clara. No obstante, las figuras de este abrigo presentan un aspecto lineal y están realizadas en largos trazos finos. Este estilo esquemático se puede observar solamente en este abrigo. No se encuentra en ninguna otra cavidad pintada de Gallinero. A la vista del estilo y del color de las figuras suponemos la existencia de dos fases gráficas.

4.2.2. Abrigo II: observaciones

El panel pintado de Gallinero II A muestra también numerosas variantes del color rojo. Las figuras n.º 24, 25, 26, 27a, 27b, 28 y 29 aparecen en una tonalidad más clara (173 U: rojo a rojizo) que las figuras de alrededor y parecen haber sido pintadas con anterioridad a ellas: algunas superposiciones parciales son visibles. Igualmente, los dos cápridos n.º 51 y 55 y los dos soliformes n.º 52 y 53 (todos en 173 U: rojo a rojizo) son de un color más claro y de un estilo más lineal que el resto de las representaciones. Los cuadrúpedos n.º 59, 60 y 61 (175 U: rojo carmín) son de un color más oscuro. Generalmente, las diferencias estilísticas se encuentran bastante marcadas entre estas diversas figuras esquemáticas. Las figuras más oscuras parecen más toscas, el dibujo es más torpe, los cuerpos son gruesos y los apéndices frontales muy largos. Por el contrario, los cuadrúpedos de un rojo vinoso (484 U), que constituyen la mayoría de las figuras del panel, tampoco son de la misma factura. Algunas presentan un trazo hábil, mientras otras están torpemente dibujadas. Los trazos son más largos de lo debido y las patas no son todas del mismo tamaño. Las colas y los apéndices frontales son, a menudo y como hemos visto con anterioridad, difíciles de interpretar.

Algunas figuras se han pintado con la ayuda de un pincel; se trata de las figuras n.º 18, 19, 30, 31, 32, 33, 36, 37, 38 y 39. Otras se han realizado con el dedo; son las figuras n.º 5, 6, 35, 52 y 53 y, quizá, las n.º 45 y 46. En el caso de algunas figuras esquemáticas no ha sido posible determinar el empleo de una u otra técnica.

También hemos intentado ver si existía un orden en los diferentes trazos que componen las figuras similares de este panel, en particular los cuadrúpedos.

³ Los colores han sido determinados con la tabla de colores *Pantone Guide* y las terminologías cromáticas propuestas por V. BALDELLOU (e. p.).

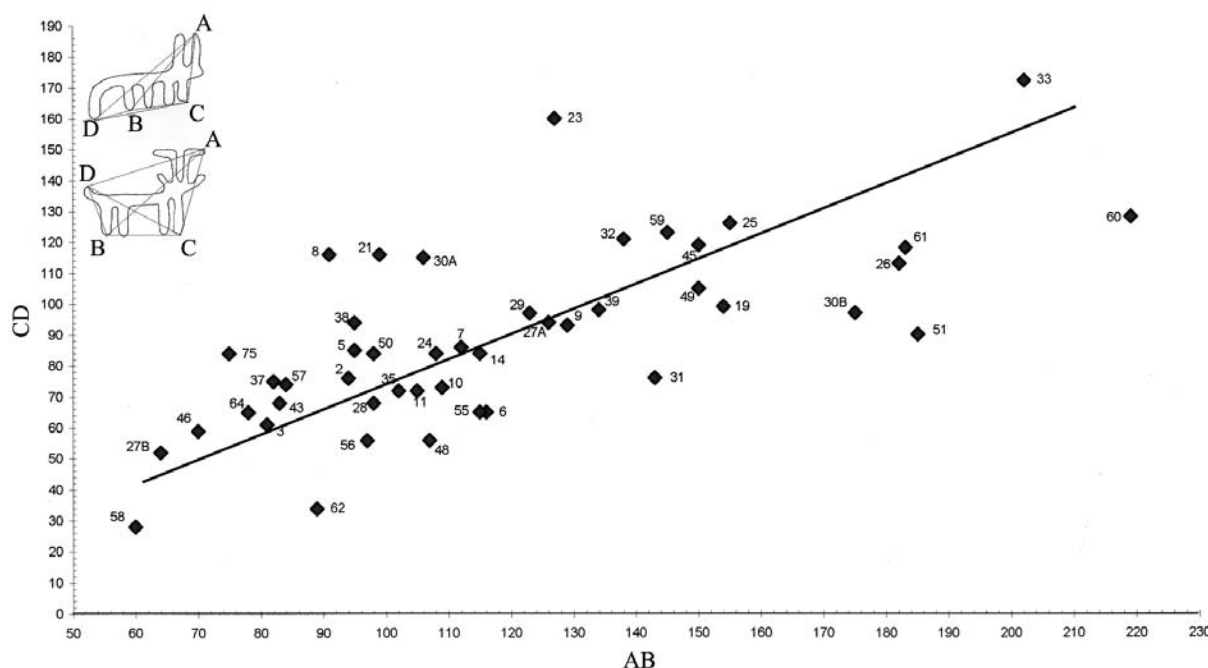


Fig. 20. Ejemplo de proporción métrica entre los animales del panel II A: proporción AB/CD.

2007	1 a 12	13 a 16	17 a 19	20 a 41	42 a 47	48 a 50	51 a 55	56 a 64
1972	1 a 15	Sin observar	13 a 15	16 a 32 excepto 22, 24, 28, 29	33 a 37 excepto 43	38	39 a 43	44 a 52
1972	A		A	B	C	Aparte	D	E

Fig. 21. Cuadro de correspondencias para el panel del abrigo II. 2007: numeración utilizada en este artículo. 1972: numeración utilizada por A. Beltrán y definición de las fases gráficas.

Las diferencias podrían indicar una diversidad de pintores. Muchas de las figuras, como cabía esperar, se han realizado comenzando por un trazo horizontal para el cuerpo, que se prolonga o se rebaja para representar la cola, y que se completa después con trazos verticales por debajo, para las patas, y por encima, para los apéndices frontales, rectos o curvos. Solamente el cuadrúpedo n.º 51, un poco más atrás que los otros, parece haber sido realizado de distinta forma: primero las patas, a continuación una línea segmentada que va de la extremidad del cuerno derecho hasta la cola y, finalmente, un trazo en ángulo para representar el segundo cuerno.

Otro aspecto podría tener su importancia: la dirección hacia donde están girados los animales. En este panel únicamente las figuras n.º 45 y 46 están

orientadas hacia la izquierda. Todas las otras miran hacia la derecha.

Finalmente, hemos analizado los tamaños y las proporciones de las figuras animales del abrigo II A. Se han tomado en consideración cuatro puntos (A, B, C, D), que corresponden a las cuatro extremidades del cuerpo del animal, independientemente de su forma (fig. 20). Estas proporciones no han sido concluyentes. A veces ha sido difícil determinar algunos puntos: figuras incompletas, cola y pata trasera confundidas, trazos superpuestos, etc. Desde el principio se alejan de la mediana los animales incompletos o cuya forma es anormal (figuras n.º 14, 21, 25, 26, 32, 39 y 49). También se alejan del grupo las figuras esbeltas (n.º 51), con el cuerpo demasiado grueso (n.º 33, 60 y 61) o los animales con la cola exageradamente larga (n.º 8

y 23). Se trata de las formas que conocemos ya como particulares. En definitiva, la mayor parte de los cuadrúpedos con una morfología «clásica» se agrupan alrededor de la mediana sin que se puedan discernir subgrupos. Las proporciones expresan más bien una acumulación de formas próximas las unas de las otras. Corresponden todas, más o menos, a un esquema del que se alejan poco los pintores.

4.2.3. Abrigo II A: cronología relativa

En el panel del abrigo II A Antonio Beltrán había supuesto la existencia de, al menos, cinco fases gráficas que seguían los criterios de estilo, color y grado de conservación de las figuras:

- Fase A: figuras n.º 1 a 15.
- Fase B: figuras n.º 16 a 32.
- Fase C: figuras n.º 33 a 37.
- Fase D: figuras n.º 39 a 42.
- Fase E: figuras n.º 44 a 52.

Excluye la figura n.º 38⁴ (fig. 22a).

Concibe una evolución lineal y constante del panel de izquierda a derecha. Es, efectivamente, una posibilidad, pero que, a nuestro parecer, no toma suficientemente en cuenta todos los datos de los que disponemos. Además, la linealidad de esta colocación de las pinturas no parece una estrategia obligatoria: nada impide a los distintos pintores haberlas pintado, indiferentemente, en puntos distantes de la pared.

No estamos seguros de que el color sea un argumento fiable: la conservación de una misma receta pictórica puede variar según el lugar donde se encuentra la figura. No podemos establecer siempre si las figuras parecidas son de un mismo autor; el efecto de imitación ha podido generar la reproducción de un mismo tipo de figuras. En cada gran fase gráfica varios autores han podido utilizar el mismo pigmento para trazar unas figuras, parecidas o diferentes, en distintos puntos de la pared. Por lo tanto estamos obligados a actuar *como si* estas observaciones tuvieran una verosimilitud real.

En líneas generales, las figuras próximas no tienen necesariamente la misma morfología. La morfología es la misma en el caso de las figuras n.º 60 y 61 o de las figuras n.º 56 y 57. Pero no se confirma en el caso de los cuadrúpedos n.º 45 y 46, con la cabeza hacia la izquierda, o de las figuras n.º 51 y 55, con

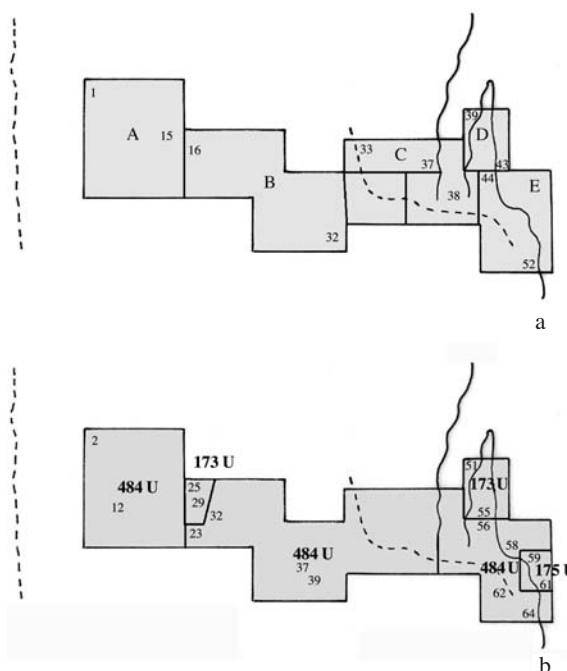


Fig. 22. Las diferentes fases gráficas del panel del abrigo II A, según A. Beltrán (a) y según los autores (b).

cuernos angulosos. Por otro lado, figuras alejadas han podido ser dibujadas por la misma mano o en el curso de un mismo momento gráfico. Añadiremos al criterio del estilo, en consecuencia, los criterios técnicos y pictóricos.

De esta forma, el criterio del color refleja tres matices cromáticos (173 U, 175 U y 484 U) repartidos en siete grupos distintos de figuras. En la parte derecha del panel esta diferenciación por el color corresponde bastante bien a la distinción morfológica de las figuras. Los dos cuadrúpedos con unos cuernos angulados (n.º 51 y 59) y los dos soliformes (n.º 52 y 53) de color 173 U difieren de los dos cuadrúpedos con el cuerpo grueso, la cola hacia abajo y largos cuernos (n.º 60 y 61) de color 175 U. Entre estos dos grupos, pequeños cuadrúpedos (n.º 56, 58, 63 y 64) tienen un tono rojo (484 U) y una morfología que los asemeja a algunas figuras (n.º 2 a 20) de la izquierda del panel; son de pequeño tamaño y algunos de ellos tienen una cola corta. No obstante, en el grupo de figuras comprendidas entre la n.º 51 y la 55 (173 U), la primera (figura n.º 51) parece haberse realizado con un pincel, mientras los signos soliformes n.º 52 y 53 están trazados con el dedo.

Igualmente, en la parte izquierda del panel, la técnica utilizada no es homogénea para todas las figuras de color 484 U. Algunas han sido realizadas con

⁴ Proponemos un cuadro de comparación entre las numeraciones de Beltrán y las actuales en el cuadro (fig. 21).

un pincel (figuras n.º 19, 30, 31, 32, 33, 36, 37, 38 y 39), mientras las figuras n.º 5, 6 y 35 se han pintado con el dedo. También con el dedo se han realizado los cuadrúpedos con la cabeza a la izquierda (figuras n.º 45 y 46). Desde un punto de vista morfológico, los cuadrúpedos que se encuentran en el centro de la parte izquierda (figuras n.º 23 a 32) se parecen, sobre todo, a la figura aislada n.º 19: misma posición ascendente, mismas dimensiones, misma cola, muy larga, misma parte anterior desprovista de cabeza. A pesar de todo, la técnica y el color hacen que no sea del todo un grupo homogéneo. Además, las figuras n.º 25, 26, 28 y 29, que tienen la misma forma, han sido realizadas con un pigmento que no se ha conservado muy bien. La realización anterior de estas figuras, en varios casos, se ve confirmada por superposiciones parciales.

De hecho, nos parece que el número de fases gráficas necesarias para la elaboración de este panel es difícil de establecer. Intentamos, sencillamente, definir las grandes entidades gráficas, a pesar de no poder establecer un orden de ejecución en la pared (fig. 22b).

- Las figuras n.º 25, 26, 28 y 29 podrían representar una fase gráfica antigua.
- Las figuras n.º 51 a 55 parecen, a pesar de que la técnica no sea homogénea, representar otro grupo.
- Las figuras n.º 2 a 12, 37 a 39, 56 a 58 y 62 a 64, pese a estar repartidas en tres sitios distintos, se parecen por el color y la morfología; por eso barajamos la hipótesis de que representan una misma fase gráfica, lo que no significa un mismo autor.
- Las figuras n.º 45 y 46 son, sin ninguna duda, la obra de un autor *independiente*, a pesar de tener el mismo color que el grupo formado por las figuras n.º 2 a 39.
- Las figuras n.º 23 a 32 y la figura n.º 19 presentan entre ellas parecidos morfológicos, y las primeras parecen insertarse en medio del grupo n.º 2 a 39.
- Finalmente, las figuras n.º 60 y 61, y quizá la 59, constituyen un grupo diferente, un poco apartado de los pequeños cuadrúpedos.

En esta tentativa de clasificación no se han tomado en consideración las figuras muy diferentes, las que se encuentran muy apartadas o los signos incompletos: el signo arboriforme n.º 1, el posible personaje n.º 41, la figura n.º 42, el signo en punta de flecha n.º 47, etc.

4.2.4. Abrigos III A y III B

Las figuras pintadas en Gallinero III son muy diferentes de las de los otros abrigos, pero también están pintadas en distintos matices de rojos. En el abrigo III A algunos cuadrúpedos tienen un tono y un estilo idénticos a los de Gallinero II A (195 U: rojo castaño oscuro). En cambio, los soliformes del abrigo III A, tienen un color más oscuro (484 U: rojo castaño) que las mismas figuras del abrigo II A.

La escama rocosa que separa las cavidades III A y III B se encuentra pintada, en el primer caso, con una larga mancha anaranjada (180 U), y en el segundo, con numerosas manchas de pintura diseminadas en el filo de la roca, de color rojo claro a rosa, y de un signo cruciforme (483 U: rojo castaño oscuro). En el centro del abrigo se encuentran representados dos grupos de animales. Los primeros (figuras n.º 3a, 3b, 3c) están muy estropeados y son de un color oscuro (483 U). Su estilo es muy peculiar, parece una realización torpe. Los animales siguientes (figuras n.º 4, 5 y 6), de un rojo más sostenido, recuerdan, a pesar de su gran tamaño, el estilo de la mayoría de las figuras animales de Gallinero II A. Las relaciones métricas de estas figuras del abrigo III B encajan también con las de los animales del abrigo II A.

Si los criterios estilísticos y cromáticos revelan unas referencias utilizables, parece que el conjunto de Gallinero ha sido visitado numerosas veces. No es necesario que todas las visitas hayan sido acompañadas por un acto gráfico. En algunos casos se ha pintado en un solo punto de este conjunto de abrigos, en otros casos se ha pintado en varios abrigos⁵.

4.3. Situación de las figuras y cinética

Las topografías de los diversos espacios pintados son diferentes y los soportes utilizados también lo son. En el abrigo I las figuras se encuentran a la altura de los ojos y se hallan agrupadas. Este agrupamiento, así como las superposiciones, demuestra que el fondo del abrigo representa la zona ideal para pintar. El panel de Gallinero II A ha sido pintado en varias veces y por varios individuos. Lo demuestran las diferencias de estilo y color de las representaciones.

⁵ Recientes análisis de pigmentos realizados por el Departamento de Cultura del Gobierno de Aragón han puesto en evidencia el uso de una misma receta pictórica (los autores hablan hasta de «un mismo bote») para las figuras pintadas de los abrigos I, II y III (ALLOZA y BALDELLOU, e. p.).

La pared decorada se encuentra encima del vacío. En un anterior trabajo (PAINAUD, 2006) se suponía que los pintores habían colocado un andamio para pintar. Más adelante nos hemos dado cuenta de que las pinturas podían realizarse perfectamente desplazándose a lo largo de la pared gracias a las muescas naturales, algunas apenas retocadas por el hombre. La finalidad de este andamio es de otra índole, como hemos visto anteriormente: su función es franquear el vacío para llegar a la plataforma colgada. El hecho de que ningún dispositivo inamovible sea indispensable para pintar es un argumento más a favor de la hipótesis de la reclusión.

Las muescas no se encuentran todas a la misma altura. Las entalladuras numeradas como 2, 3 y 5 se encuentran a unos niveles inferiores a los de las muescas 1, 4 y 6. El pintor no ha podido acceder al mismo nivel en la totalidad de la pared. Por eso, quizá, las figuras del centro del panel pintado se encuentran más bajas que las otras. A la posición de los pies se añade la de la mano que no pinta y que se agarra a los accidentes de la pared, rebordes o huecos. El pintor, cuando ejecuta una u otra figura, tiene sus piernas y sus brazos plegados de diferente forma (fig. 23).

Las representaciones del extremo derecho (figuras n.º 51 a 61) se han pintado al límite de la accesibilidad de la pared, porque la última muesca se encuentra a 0,60 m a la izquierda y en la vertical de la figura n.º 50. Además, hay que agarrarse con la mano izquierda en el reborde de la excrescencia de la pared que separa las figuras n.º 41 y 44. Más a la derecha la superficie de la pared se encuentra más estropeada y recubierta de calcita por la acción de unas escorrentías aún activas.

Estas distintas observaciones se añaden a nuestra hipótesis de un panel pintado en varias fases. Las obligaciones topocinéticas impiden pintar el conjunto de las figuras de una sola vez.

Además, hay que añadir que el panel no es visible de la misma manera según las horas del día y las estaciones. Antonio Beltrán constata que todas las representaciones reciben directamente los rayos del sol. Sus investigaciones se han desarrollado en invierno, que, a partir de nuestras observaciones, es la época del año en la que las pinturas reciben la máxima insolación. Es cuando el sol se encuentra más bajo en el horizonte y, desde el alba hasta mediodía, las pinturas reciben directamente los rayos solares. En verano las pinturas se encuentran protegidas por el techo rocoso. A partir de las diez se encuentran ya a la sombra.

Si se admite que la plataforma II B recibió la visita de los prehistóricos, estos pintaron solamente dos

vagos trazos. Siempre es posible pensar que las figuras más importantes puedan haber desaparecido porque el lugar es, de todo el conjunto de los abrigos de Gallinero, el más expuesto al viento y a la lluvia, así como a otros agentes atmosféricos destructores. No obstante, si se supone que este sitio es el último lugar visitado por los prehistóricos, se encuentra allí mismo un acto gráfico observado ya en otras circunstancias y en otros lugares con pinturas. Hemos interpretado la presencia de una o varias digitaciones, observadas en las partes más apartadas de varios abrigos pintados del sur de Francia, como testimonios de una exploración exhaustiva del lugar (HAMEAU, 2007). A menudo estos trazos se observan en los divertículos más recónditos: cueva Fayol (Vaucluse), cueva de la Iglesia (Var), abrigo Gilles y cueva du Loup (Ardèche). Para algunos de estos lugares se ha emitido la hipótesis de la reclusión de los visitantes.

Finalmente, en los abrigos III A y III B de Gallinero las figuras se encuentran en unos emplazamientos muy variados, salpican la pared de sitio en sitio, algunas de ellas relativamente bajas y otras a unas alturas superiores. Quizá esta diversidad de colocación tenga que ponerse en relación con la diversidad de los temas expresados.

4.4. Los temas

Es necesario que al menos dos figuras, pertenecientes o no a la misma categoría, estén asociadas entre ellas para que se represente un tema (HAMEAU, 1989, 2002, 2003a y 2003b). Su asociación se establece generalmente en el curso de un mismo acto gráfico. En el caso de una expresión gráfica prehistórica se puede suponer una asociación de figuras únicamente si estas se encuentran muy cerca la una de la otra. En todos los casos una figura aislada no es un tema, sino una simple figuración. Se suele cargar de un valor semántico en el mismo momento en que se encuentra acompañada por otro signo, incluso si se trata de un simple punto.

Pocos grupos de figuras parecen tener unos sentidos concretos. Señalaremos en el abrigo I las figuras n.º 3 y 4, que suponemos representan dos cuadrúpedos enfrentados con las cabezas imbricadas, asociados a una prolongada línea vertical que podría ser una cuerda que los une. Es posible observar este tipo de escena en las paredes de Mallata A, de Mallata B y de Barfaluy. Cuando se puede identificar a los animales, se trata de cérvidos supuestamente capturados. El mismo tema se repite en la expresión levantina del abrigo de Muriecho L.

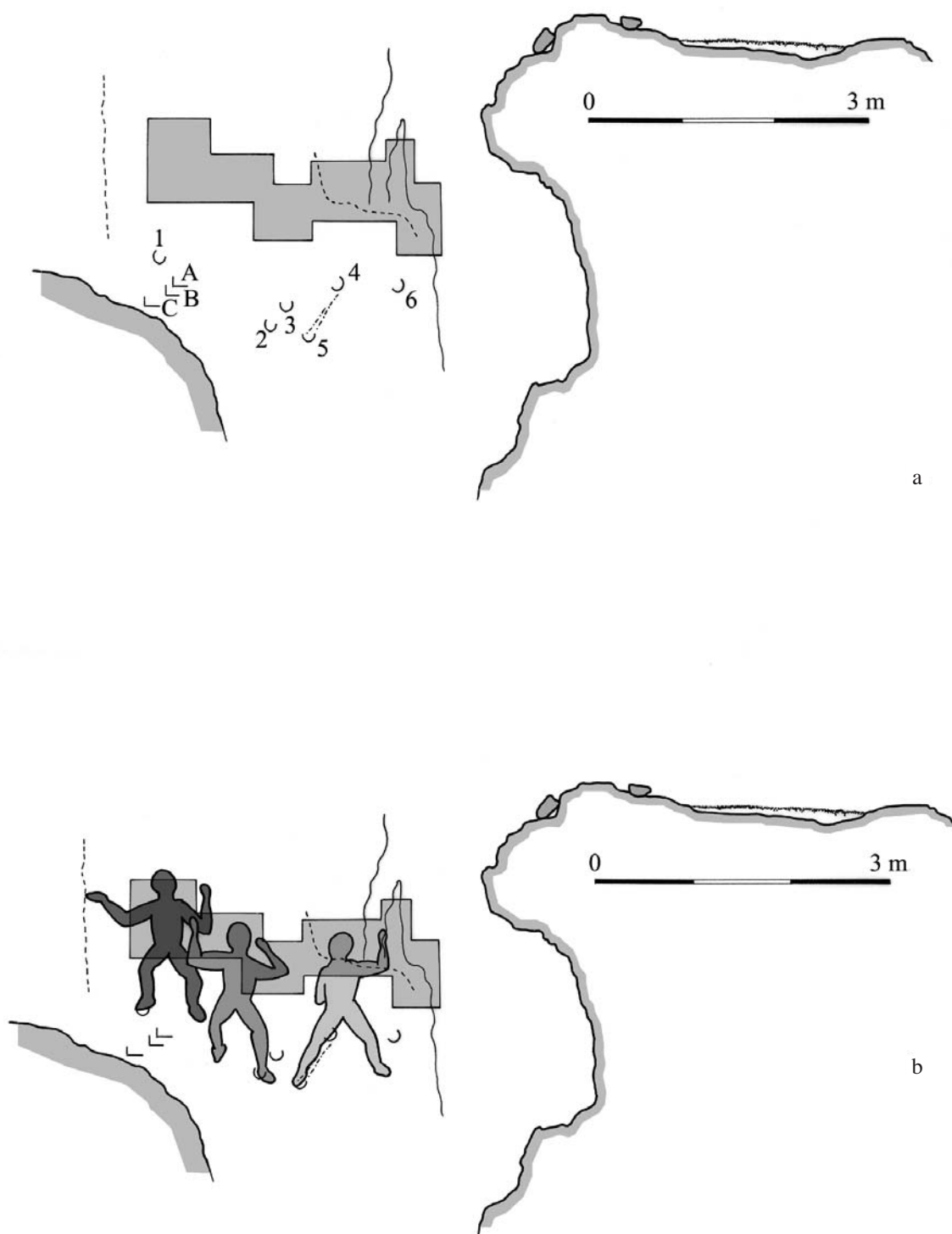


Fig. 23. El panel del abrigo II A: desarrollo del panel y numeración de las muescas y entalladuras (a), desplazamiento de los «pintores» en función de las muescas (b).

El panel del abrigo II A ofrece varios posibles casos de asociación de signos. Los agrupamientos de varios cuadrúpedos expresan, tal vez, una asociación deliberada. La duplicación (fig. 24) de una figura animal se encuentra varias veces: citaremos los casos de duplicación de animales de la misma morfología (figuras macizas, n.º 60 y 61, figuras con las cabezas a la izquierda n.º 45 y 46, figuras con cuernos segmentados n.º 51 y 55). La duplicación se encuentra igualmente en el caso de los signos soliformes (figuras n.º 52 y 53). Finalmente, se puede suponer que el animal sea complementario de un signo soliforme (grupo de figuras n.º 51 a 55, excluyendo a la n.º 54 y grupo de figuras n.º 7, 10 y 12). La duplicación de un animal o de un signo soliforme es un hecho recurrente en la expresión gráfica esquemática. Cuando se trata de un animal, la duplicación es a menudo imperfecta. Los distingue una pequeña diferencia morfológica. Es el caso del abrigo II A. En cambio, en esta pared supuestos personajes y arboriformes son demasiado dudosos o insuficientemente cercanos a otras figuras como para que se pueda suponer una asociación.

En el abrigo III B por dos veces se encuentra la duplicación de cuadrúpedos acompañados de un signo, desgraciadamente sin identificación posible (figuras n.º 3a, 3b y 3c y figura n.º 4). Se trata seguramente de casos probados de asociación de signos.

Los temas expresados en el Gallinero son muy comunes, ubicuos. La duplicación de la misma figura y la asociación de una figura principal (personaje, animal, ídolo) con un signo soliforme constituyen temáticas esenciales de la expresión esquemática. El signo soliforme debe ser concebido como de *alto valor añadido*: un signo que da sentido a la figura principal (HAMEAU, 2002 y 2003).

5. UNA CAPILLA EN LA CONFLUENCIA DEL RÍO VERO Y DEL BARRANCO DE LA CHOCA

La iconografía y las temáticas expresadas en Gallinero son convencionales. Sin embargo, se observa una repetición excesiva de un mismo motivo: el cuadrúpedo astado. De hecho, todos los sitios pintados privilegian una figura. Es la larga frecuentación del lugar lo que provoca la imitación y, por supuesto, la abundancia de esta figura. No es la decoración lo que concede singularidad al conjunto de Gallinero; su originalidad reside en la localización de las figuras. Aparte del abrigo I, todas las pinturas se encuentran en sitios de difícil acceso. Los abrigos II A, II B, III A y

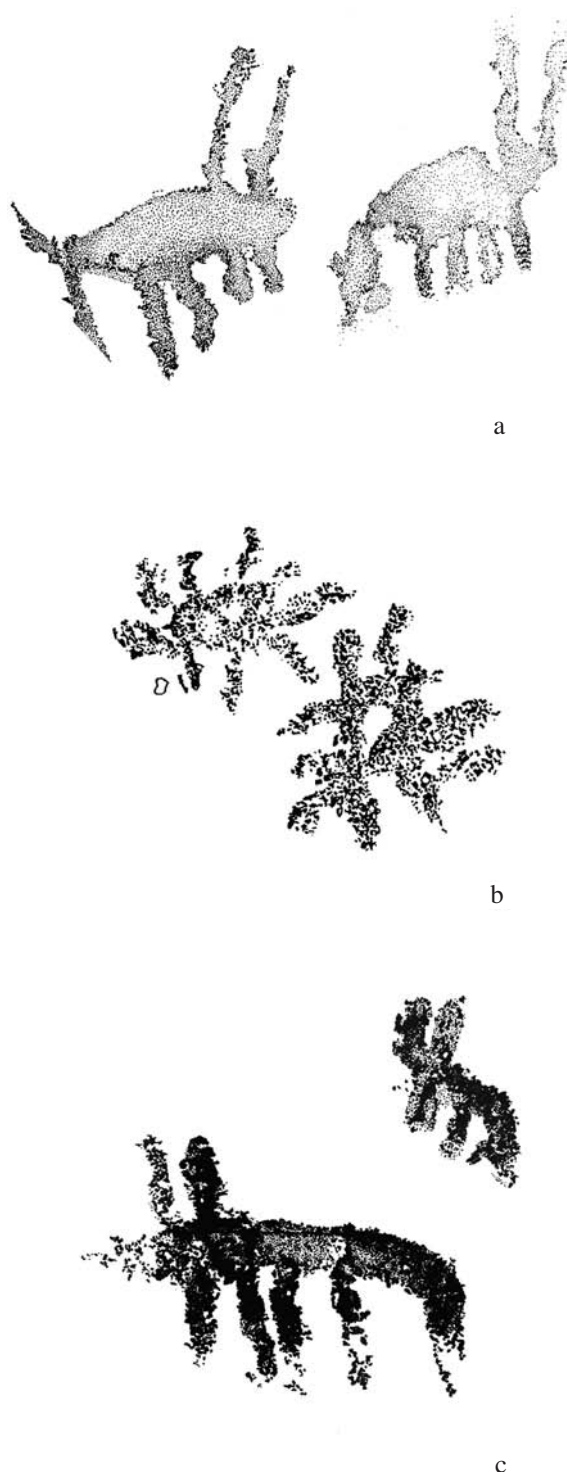


Fig. 24. Algunos ejemplos de duplicación de una figura: abrigo II A, figuras 60 y 61 (a), figuras 45 y 46 (b), y figuras 52 y 53 (c).

III B son de un acceso muy complicado. En el primero, aparte de las dificultades de acceso, las pinturas se encuentran directamente encima del vacío, con una voluntad de ir hasta los límites de las posibilidades. Acceder a estos abrigos colgados nos parece una primera prueba, una forma de ensayo, antes de llegar a la plataforma colgada.

La existencia de esta plataforma podría representar la última razón de la elección de este lugar. Además de que responde a los criterios de selección de un abrigo con pinturas, se singulariza en el acantilado por las oquedades III A y III B, que representan unos ojos y se encuentran en un lugar destacado. El Gallinero ofrece la oportunidad para establecer un espacio de reclusión. Suponemos que esta singularidad topográfica se toma en cuenta en el marco general de los ritos de iniciación. Los abrigos serían frecuentados y pintados para asegurar la transformación social de sus visitantes. La plataforma habría servido para unas pruebas que marcan el paso de los individuos de un estatus a otro. Suponemos que la larga caminata hasta el abrigo, la inserción de un individuo en un paisaje extraordinario, la delicada escalada hasta el lugar, la colocación de un dispositivo de acceso hasta la plataforma y la subida a este andamio son pruebas previas a la reclusión.

En Gallinero la reclusión ha sido efectiva. Era suficiente quitar provisionalmente los maderos que permitían subir hasta la plataforma para que el aislamiento fuera total. Otros abrigos de la confluencia del Vero y de la Choca han podido tener las mismas funciones sin la existencia de un dispositivo de oclusión de los sitios. La reclusión debe ser, sencillamente, sentida como tal. Pensamos que esta exclusión del individuo ha podido ocurrir en todos los abrigos o grupos de abrigos con decoración exuberante. La mayor parte de ellos son de un acceso difícil, se encuentran al final de caminos y presentan unas características topográficas particulares. Nos inclinamos a pensar que son el final del recorrido para los visitantes ocasionales de este sector de las gargantas. Pensamos que existe una complementariedad entre los abrigos con decoración minimalista y los que ofrecen una decoración exuberante, todo ello en el marco de una estructuración general en las gargantas del río Vero y del barranco de la Choca. En su calidad de abrigo *donde se va*, el conjunto de Gallinero constituye, a nuestro entender, una de las principales *capillas* de un amplio santuario. En la confluencia del Vero y de la Choca, en las dos orillas de estos ríos, el santuario está constituido por una gran cantidad de abrigos pintados, de importancia variable, pero complementarios los unos de los otros.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P. (1968). *La pintura rupestre esquemática en España*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- ALLOZA, R., y BALDELLOU, V. (e. p.). Análisis de pigmentos de las pinturas rupestres de la provincia de Huesca. En *IX Seminario de Estudio sobre Arte Prehistórico Antonio Beltrán Martínez*. Tírig (Castellón).
- BALDELLOU, V. (1984). II Reunión de Prehistoria Aragonesa. La terminología en el arte rupestre postpaleolítico. *Bolskan* 6, pp. 5-14.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A., y CALVO, M. J. (1983). Las pinturas esquemáticas del Tozal de Mallata. *Zephyrus* 36, pp. 123-130.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A., y CALVO, M. J. (1986). Dos nuevos covachos con pintura naturalista en el Vero (Huesca). En *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán*, Zaragoza, pp. 115-135.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A., y CALVO, M. J. (1988). Las pinturas esquemáticas de Mallata B (Huesca). *Boletín del Museo de Zaragoza* 4, pp. 17-36.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A., y CALVO, M. J. (1989). Los covachos pintados de Lecina Superior, de Huerto Raso y de la Artica de Campo (Huesca). *Bolskan* 5, pp. 147-174.
- BALDELLOU, V., *et alii*. (1993). Las pinturas esquemáticas de la partida de Barfaluy (Lecina-Bárcabo, Huesca). *Empúries* 48-50, pp. 64-83.
- BALDELLOU, V., *et alii* (1995). Las pinturas rupestres del barranco de Arpán (Asque-Colungo, Huesca). *Bolskan* 10, pp. 31-96.
- BALDELLOU, V., *et alii* (1996). Las pinturas rupestres de Remosillo en el congosto de Olvena (Huesca). *Bolskan* 13, pp. 173-215.
- BELTRÁN, A. (1971). Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca). En *Homenaje a don José Esteban Uranga*. Pamplona, pp. 435-438.
- BELTRÁN, A. (1971-1972). Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca). *Caesaraugusta* 35-36, pp. 71-79.
- BELTRÁN, A. (1989). *El arte rupestre aragonés. Aportaciones a las pinturas esquemáticas de Albalate del Arzobispo y de Estadilla*. Ibercaja. Zaragoza.
- BELTRÁN, A. (1993). *Arte prehistórico en Aragón*. Ibercaja. Zaragoza.
- BELTRÁN, A. (1999). El arte prehistórico aragonés en el año 2000: problemas de significación y su actualización. *Industrias y arte parietal. Bolskan* 16, pp. 13-20.
- BELTRÁN, A., y ROYO, J. (1997). *Los abrigos prehistóricos de Albalate del Arzobispo*. Diputación General de Aragón. Zaragoza.

- BRANDI, R. (1986). Quinson, abri Donner. Notes d'information et de liaison. *PACA* 3, pp. 18-19.
- BRANDI, R. (1987). Quinson, abri Donner. Notes d'information et de liaison. *PACA* 4.
- BRIET, L. (1908). *Le Bassin supérieur du río Vero (Haut-Aragon, Espagne)*. Imprimerie Moderne. Château-Thierry.
- BREUIL, H. (1933-1935). *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*. Lagny.
- BREUIL, H., y BURKITT, M. (1929). *Rock paintings of Southern Andalusia*. Oxford.
- CALVO, M. J. (1993). *Arte rupestre post-paleolítico en Aragón*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- HAMEAU, Ph. (1985-1986). L'art schématique post-glaciaire en Provence: les abris ornés des Eissartènes. *Cahier Ligure de Préhistoire et de Protohistoire (nouvelle série)* 3, pp. 119-137.
- HAMEAU, Ph. (1989). *Les peintures postglaciaires en Provence. Inventaire, étude chronologique, stylistique et iconographique*. Maison des Sciences de l'Homme. Documents d'Archéologie Française, 22. Paris.
- HAMEAU, Ph. (1992). Trois nouveaux jalons de l'art post-glaciaire entre Provence et Dauphiné. *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 89/5, pp. 137-157.
- HAMEAU, Ph. (1996). L'abri «A» des Eissartènes (Le Val, Var): perception de la fréquentation d'un site orné. *Bulletin Archéologique de Provence* 25, pp. 3-12.
- HAMEAU, Ph. (1999). Héliotropisme et hygrophylie des abris à peintures schématiques du sud de la France. *L'Anthropologie* 4 103, pp. 617-631.
- HAMEAU, Ph. (2000). *Implantation, organisation et évolution d'un sanctuaire préhistorique: la haute vallée du Carami (Mazaugues et Tourves, Var)*. Cahier de l'ASER 7^{ème} Supplément. Le Val.
- HAMEAU, Ph. (2002). Passage, transformation et art schématique: l'exemple des peintures néolithiques du sud de la France. *British Archaeological Reports* 1.044.
- HAMEAU, Ph. (2003a). Aspects de l'art rupestre et pariétal en France méditerranéenne. En GUILAINE, J. (dir.). *Arts et symboles du Néolithique à la Protohistoire*. Errance. Collection Hespérides. Paris, pp. 137-163.
- HAMEAU, Ph. (2003b). Approche spatiale de l'art schématique peint et gravé dans le sud de la France. En BALBIN BEHRMANN, R. (dir.). *El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI. Actas del I Simposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella. Asturias. Septiembre 2002*, pp. 419-439.
- HAMEAU, Ph. (2004). Le rapport à l'eau de l'art post-paléolithique. L'exemple des gravures et des peintures néolithiques du sud de la France. *Zephyrus LVII*, pp. 153-166.
- HAMEAU, Ph. (2005). Des goûts et des couleurs. Chronologie relative et identité culturelle à travers l'analyse des peintures schématiques du Néolithique dans le sud de la France. *Zephyrus LVIII*, pp. 195-211.
- HAMEAU, Ph. (2006a). Les animaux dans l'expression graphique du Néolithique, entre réel et idéal. En HAMEAU, Ph. (ed.). *Les animaux peints et gravés, de la forme au signe. Actes du Colloque de Nice. 15-17 juillet 2005. Anthropozoologica* 46 (1). Niza, pp. 103-124.
- HAMEAU, Ph. (2006b). Architecture naturelle et architecture symbolique au Néolithique. L'exemple des abris peints des gorges de la Nesque (Vaucluse, France). *Zephyrus LIX*, pp. 215-232.
- HAMEAU, Ph. (e. p.). *Espaces de réclusion et de rassemblement et expression graphique au Néolithique*.
- HAMEAU, Ph., y PAINAUD, A. (1997). Los abrigos con pinturas esquemáticas del valle del río Carami (Var, Francia) y de la confluencia del río Vero con el barranco de la Choca (Huesca, España): analogías y diferencias espaciales. *Bolskan* 14, pp. 61-101.
- HAMEAU, Ph., y PAINAUD, A. (2001). Hygrophylie et héliotropisme des sites ornés au postglaciaire, en France et dans la péninsule ibérique. En *Actas del Coloquio UISPP Arte Rupestre Mundial. Vigo (España). Octubre 1999*. Vigo.
- HAMEAU, Ph., y PAINAUD, A. (2004). L'expression schématique en Aragon: présentation et recherches récentes. *L'Anthropologie* 108, pp. 617-651.
- HAMEAU, Ph., y PAINAUD, A. (2006). L'expression schématique en Aragón: réfléchir l'espace. En *Actas del I Congreso de Arte rupestre Esquemático en la Península Ibérica. Vélez Rubio (Almería). Mayo 2004*. Almería, pp. 249-256.
- MINVIELLE, P. (1968). Les quatre canyons du río Vero. *La Montagne et Alpinisme*. Burdeos, pp. 234-297.
- PAINAUD, A. (1989). *Les Peintures rupestres de style schématique de la confluence des barrancos de la Choca et de Lecina*. Memoria de diploma (inédita). École des Hautes Études en Sciences Sociales. Toulouse.
- PAINAUD, A. (2005). Les peintures rupestres et l'art schématique linéaire de l'abri de Mallata c (Co-

- lungo-Asque, Huesca). En *Colloque en hommage à J. Abelanet: Pierres dressées, pierres gravées*. Perpignan, pp. 109-118.
- PAINAUD, A. (2006). Les figures animaux post-paléolithiques de la province de Huesca. En HAMEAU, Ph. (ed.). 2006. *Les animaux peints et gravés, de la forme au signe. Actes du Colloque de Nice. 15-17 juillet 2005*. *Anthropozoologica* 46 (1). Niza, pp. 57-84.
- SOPENA, A. (2005). *Les variations formelles dans l'art schématique: étude comparative du Haut-Aragon et du Sud de la France*. Diploma de Estudios Avanzados. Université de Toulouse-Le Mirail. Toulouse.

Aportaciones sobre el origen y evolución de uno de los arrabales islámicos de Barbastro: la excavación arqueológica de la era de San Juan (Cerler, 11)

José Ignacio Royo Guillén* - Julia Justes Floría**

RESUMEN

La excavación realizada en la calle Cerler, 11, de Barbastro ha permitido comprobar la autenticidad de la documentación medieval y de la memoria popular, al verificar la existencia de una iglesia románica y la necrópolis a ella asociada, así como los restos del arrabal musulmán citado por las fuentes islámicas y cristianas. El estudio de la cerámica andalusí permite conocer el origen y evolución de estas producciones desde el final del siglo IX hasta la conquista de Barbastro en 1100.

SUMMARY

The excavation made in the street Cerler 11 of Barbastro, has allowed to verify the authenticity of the medieval documentation and the popular memory, when verifying the existence of a romanesque church and cemetery to her associate, as well as the rest of the muslim suburb mentioned by the islamic and christian sources. The study of the islamic ceramics allows to know the origin and evolution these productions from the end of century IX to the conquest of Barbastro in 1100.

1. INTRODUCCIÓN

Durante demasiado tiempo los numerosos hallazgos realizados como consecuencia del desarrollo de la arqueología urbana en diferentes poblaciones de la provincia de Huesca han carecido, por regla general, de la importancia y repercusión científica que han tenido los descubrimientos llevados a cabo en la capital oscense (ROYO *et alii*, 2009). Sin embargo, en los últimos diez años hemos asistido a una serie de intervenciones en los cascos urbanos de ciudades como Fraga, Monzón o Jaca que han permitido recuperar importantes vestigios relacionados con su origen y posterior desarrollo, contribuyendo además a completar el conocimiento sobre la arqueología de la provincia.

De forma paralela a lo sucedido en la ciudad de Jaca, donde las intervenciones arqueológicas en suelo urbano han desentrañado una secuencia histórica de enorme interés (ROYO, 2004), las sucesivas excavaciones que se han realizado en diferentes solares de la ciudad de Barbastro han aportado novedades de gran importancia para completar lo que la documentación medieval ofrecía sobre su pasado. Dichas aportaciones se han plasmado en varios artículos que nos acercan hasta diversas facetas del pasado de esta población, aunque los restos más importantes se concentran en las etapas medieval islámica (MONTÓN, 1995-2000) y cristiana (JUSTE, 1990), lo que ha permitido la elaboración de los primeros estudios de síntesis sobre el origen y posterior desarrollo de esta ciudad (CABANERO, 1995; JUSTE, 1995).

Las intervenciones arqueológicas más recientes han aportado novedosos datos, así como secuencias

* Arqueólogo de la Dirección General de Patrimonio Cultural. Coordinador de la arqueología urbana en Aragón. jiroyo@aragon.es.

** Directora de la excavación arqueológica en la calle Cerler, 11. juliajustes@hotmail.com.



Fig. 1. Contexto urbano de la excavación (SITAR).

estratigráficas más completas. De este modo, nos acercamos a estas páginas para dar a conocer uno de los hallazgos más significativos realizados hasta la fecha en Barbastro, que puede contribuir a llenar un hueco importante en el conocimiento de esta ciudad, en especial de uno de sus arrabales medievales.

En este punto queremos agradecer la infinita paciencia y sensibilidad de los promotores de la intervención urbanística, Gran Silván, SL, los cuales no solo han financiado en su totalidad la excavación y documentación del yacimiento arqueológico descubierto en el solar de su propiedad, sino que además han sufrido los problemas administrativos y técnicos derivados de la necesidad de conservación de los restos arqueológicos aparecidos. Del mismo modo queremos destacar la extraordinaria acogida de la excavación por parte de los vecinos del barrio de San Juan, los cuales han soportado las molestias ocasionadas por la intervención arqueológica, mostrando un tremendo interés por nuestro trabajo. Por último haremos mención especial de Silvia Fuentes, que ha prestado toda su co-

laboración en lo referente a labores de apoyo en la excavación y dibujo de los planos de la misma.

2. ANTECEDENTES DE LA EXCAVACIÓN

En la primavera de 2006 se realizó la excavación arqueológica de un solar en la calle Cerler, 11, en el lugar conocido como la *era de San Juan*, dirigida por uno de los firmantes de estas páginas —Julia Justes—. El solar objeto de la intervención arqueológica, de 515 metros cuadrados, se sitúa en la margen derecha del río Vero, a 70 metros del cauce del río, al pie de la elevación sobre la que se construyó la ciudad fortificada, en el actual barrio de San Juan. Alejado de las vías de comunicación urbanas, ha seguido siendo hasta el presente un barrio periférico, al que apenas ha llegado el crecimiento urbanístico que ha multiplicado la superficie de otros barrios de la ciudad del Vero (fig. 1).

Los primeros restos que motivaron la excavación

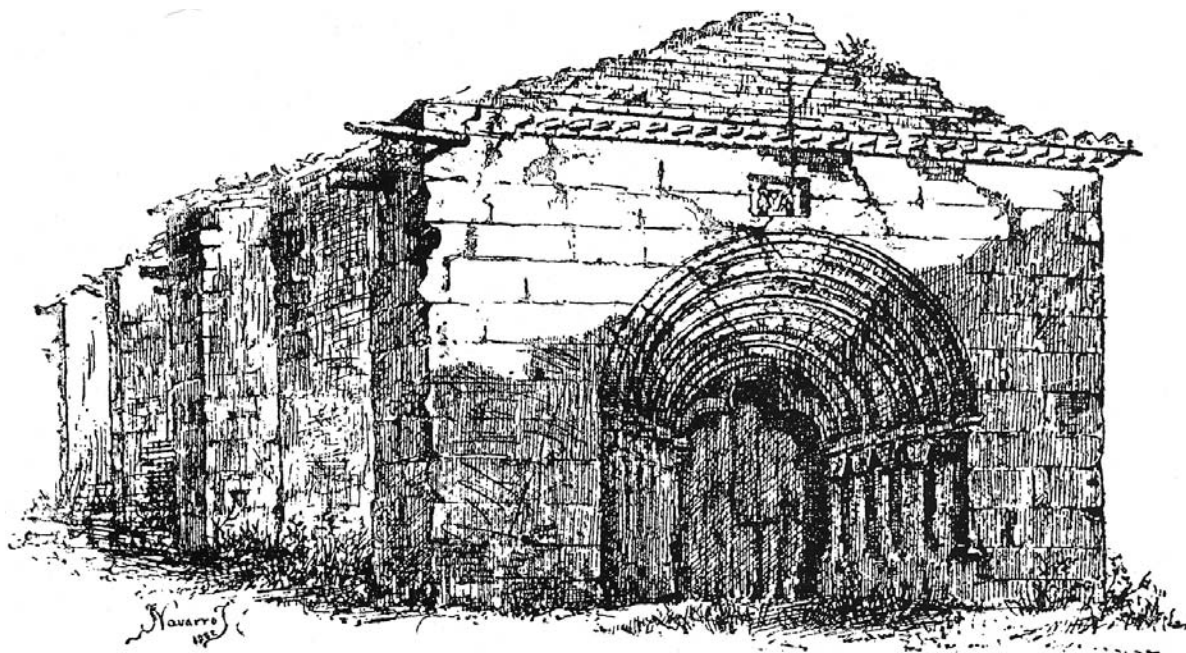


Fig. 2. Iglesia de San Juan, grabado según dibujo de 1882 (LEDESMA, 1994: 89).

arqueológica se localizaron con motivo de unas obras de renovación del pavimento de la calle Cerler, momento que se aprovechó para ampliar la cerrada curva del camino de acceso existente. Tras ser retiradas las primeras capas de tierra del terreno, que había permanecido inculto en las últimas décadas, afloraron unos grandes muros, hecho que obligó a la paralización de la pavimentación de la calle por orden de la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón. Tras la correspondiente visita de inspección, esta Dirección General determinó la obligatoriedad de realizar la excavación arqueológica en la totalidad del solar.

3. CONTEXTO HISTÓRICO Y ARQUEOLÓGICO DEL HALLAZGO

Desde el primer momento en el que aparecieron los restos inmuebles se sospechó que se había localizado la iglesia de San Juan, cuyo recuerdo todavía persistía en la memoria popular. Algunos investigadores ya habían señalado el interés histórico de este lugar (CABANERO, 1995: 54-57), así como su alta potencialidad arqueológica, detectada en hallazgos previos:

Al construir las primeras viviendas de la actual calle Cerler, afloraron restos de enterramientos, que debieron pertenecer a una necró-

polis de época islámica o medieval, según sus características y posición.

Es de gran interés su situación próxima a la «era» donde estuvo ubicada la iglesia de San Juan, cuya portada románica fue trasladada a finales del siglo XIX a la actual capilla del cementerio. Además las fuentes históricas asocian esta iglesia, anteriormente dedicada a santa Fe de Conques, con la mezquita cedida por Pedro I, tras la reconquista, para tal fin y que contaba con otros establecimientos (baños, hornos, huertas, etc.) constituyendo probablemente uno de los arrabales extramuros que se documentan en el momento de la reconquista. Quizá en el futuro, actuaciones arqueológicas en áreas todavía escasamente urbanizadas puedan aportar otros datos esclarecedores (JUSTE, 1995: 86-87).

Estas palabras no podían estar más cerca de la realidad, tal y como las recientes excavaciones arqueológicas han demostrado, confirmando la mayor parte de los datos aportados por la documentación medieval conocida.

La iglesia debió de ser derribada en algún momento de la segunda mitad del siglo XIX o principios del XX. De ella únicamente perviven un grabado de finales del siglo XIX (fig. 2) y la portada, que hoy se encuentra en la ermita del cementerio de la ciudad. Según descripción de Pallarés y García Omedes, dicha portada «está formada por cuatro arquivoltas moldu-

radas de medio punto que cargan sobre una imposta corrida, que apoya, a su vez en cuatro pares de columnas de fuste cilíndrico y capiteles tallados, formando el tímpano un arco trilobulado, ornato típico del siglo XIII. En los capiteles se representan animales fantásticos, hojas de acanto y palmeras. En el más próximo a la puerta se representan a las tres santas mujeres ante el sepulcro vacío de Cristo, guardado por un ángel sentado sobre la losa» (PALLARÉS y GARCÍA OMEDES, 2007: 32).

Otros investigadores (LÓPEZ NOVOA, 1981: 58-61) relatan cómo la ermita estaba dedicada a almacén a mediados del siglo XIV. En ese momento todavía conservaba las pinturas que decoraban su interior. Este mismo autor recoge las noticias sobre las fuentes medievales en las que se relaciona la iglesia de San Juan con la mezquita que, tras la toma de la ciudad musulmana, donó Pedro I a los monjes de Santa Fe de Conques para la edificación de una iglesia. Dicho monasterio cedió a los templarios de Monzón las donaciones de Pedro I y, tras la extinción de la orden, fueron los hospitalarios de San Juan de Jerusalén los que se hicieron cargo del conjunto monástico. Saturnino López Novoa alude al estado de abandono que presentaba la ermita de San Juan cuando la visitó en 1861 con una frase bastante explícita: «¿Quién no será poseído de justa indignación, corriendo por sus venas sangre barbastrense, al considerar convertido en establo inmundado el que fuera primer templo de la ciudad, hollado por las bestias el pavimento que algún día pisaran las plantas del obispo Poncio y el esclarecido rey Pedro I?» (LÓPEZ NOVOA, 1981: 60).

Las fuentes medievales no nos informan únicamente sobre la iglesia cristiana. También se hacen eco de los edificios que allí se encontraban en el momento de la reconquista de la ciudad por Pedro I en 1100, como eran hornos, molino, huertos... (CABAÑERO, 1995: 25-26). Por su situación periférica, las construcciones musulmanas debieron de englobarse en uno de los arrabales de Barbastro, tan frecuentes en las ciudades musulmanas de la Marca Superior y cuyo exponente más singular lo encontramos en Zaragoza, donde ha sido excavado uno de ellos (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006).

La ciudad de Barbastro, como capital de un distrito de la Marca Superior denominado *Barbitaniyya*, tuvo una temprana fundación, aunque en un primer momento, en torno al 802, solo sería un pequeño castillo en la actual Peña del Sepulcro. Su fundación como ciudad se produce en la primera mitad del siglo IX por intervención de Jalaf ibn Rasid ibn Asady; entre 886 y 887 al-Udrí se refiere a ella como una *madina*

plenamente consolidada (CABAÑERO, 1995: 28-29). El rápido desarrollo de la ciudad en la segunda mitad del siglo IX motivó la saturación de la medina y la creación de arrabales ubicados fuera del protegido ámbito originario, al menos dos, según algunos investigadores (CORRAL, 1991: 272 y 287), en los que durante las revueltas que sacudieron la Marca Superior se tuvo que refugiar Amrus ibn Muhammed. Este mismo personaje ordenará en el 918 la construcción de un nuevo recinto amurallado con obra de sillería y torreones, considerado por al-Himyari como el más sólido de la Marca Superior. Se han conservado algunos restos de dicho recinto en el sector oeste de la ciudad, en el solar de la calle Castelnou, 3 (JUSTE, 1995: 76-79, fig. 20), donde aparece un lienzo construido con grandes sillares a soga y tizón, alguno de ellos de más de 1 m de longitud.

De esta misma época puede proceder parte del muro perimetral norte de la mezquita aljama, localizado en el sector septentrional de la actual catedral (JUSTE, 1995: 63-64). Grandes sillares colocados a soga y tizón de hasta 1,30 m de longitud componían dicho muro. De la ampliación de la mezquita casi nada nos ha quedado, salvo un bello capitel fechado hacia 1020, muy similar a otro recuperado en la ampliación de la mezquita aljama de Tudela (CABAÑERO, 1995: 38-43).

Durante una reforma reciente en el interior de la capilla de San Pedro de la catedral de Barbastro se ha localizado el basamento de un muro, realizado con grandes sillares, que gira en ángulo de 90° hacia el norte. Por su morfología y situación, así como por los materiales cerámicos que lo acompañaban, puede relacionarse de forma directa con la mezquita que allí se alzaba (JUSTES, 2008).

A lo largo del siglo X el castillo de la Peña del Sepulcro se transformará en la *zuda*, o alcázar fortificada, residencia del gobernador de la ciudad y del distrito de *Barbitaniyya*. En las tapias del convento de las Madres Capuchinas se han identificado restos de sus muros norte y sur, consistentes en lienzos de sillares, fechados en la segunda mitad del siglo X, que cuentan en ocasiones con dimensiones de casi 1 metro (CABAÑERO, 1995: 37).

La ciudad de Barbastro tuvo un rápido crecimiento, fruto del control de un amplio territorio y de sus redes comerciales. En dicho sentido las crónicas medievales islámicas son bastante elocuentes en sus alabanzas. Por estos motivos, y porque su posesión era clave para la extensión del reino de Aragón, desde mediados del siglo XI comenzó una fuerte presión de los cristianos sobre esta ciudad, que se tradujo en una primera conquista de la misma en 1064. Tal fue la

reacción en *al-Andalus* ante esta pérdida, que abría el camino a la conquista de las ciudades de Lérida, Huesca y Zaragoza, que el propio rey *saraqustí* al-Muqtadir encabezó la reacción islámica con un fuerte ejército que recibió importantes refuerzos del reino de Sevilla y recuperó la ciudad en 1065, hasta que en 1100 el rey Pedro I consiguiera la conquista definitiva de la ciudad para las tropas cristianas (VIGUERA, 1995: 65).

La *madina* ha ido saliendo a la luz en los últimos años en diferentes hallazgos fortuitos o programados (JUSTE, 1995; MONTÓN, 1995-2000). Es el caso de los ya citados de la calle Castelnou, 3 (JUSTE, 1995: 76-79, fig. 20), los del entorno de la catedral (JUSTE, 1995: 63-64; y 2008) y el muro del convento de las Capuchinas (CABAÑERO, 1995: 37), en los que los restos localizados se asimilan a construcciones públicas. En otros puntos de la ciudad se han localizado estructuras domésticas, como en la calle La Esperanza, 17 (JUSTE, 1995: 68-76), donde el silo 1, tallado en la roca, ofreció un rico conjunto cerámico. De naturaleza muy similar son los hallazgos realizados en la excavación de la calle Argensola, 55 (MONTÓN, 1995-2000); en esta ocasión también se localizaron varios silos que aportaron material cerámico y óseo fechado en el siglo XI. A estos datos podemos añadir los aportados por excavaciones realizadas recientemente. En la ejecutada en el solar de la calle Los Hornos, 19 (JUSTES, 2006), se localizó un pozo basurero que aportó material fechado en el siglo X-XI. Más variados son los hallazgos realizados en el entorno de la catedral (FUENTES y JUSTES, 2006), ya que, junto con silos acampanados, fueron localizados un pozo realizado en sillarejo colmatado por material de desecho y restos de un pavimento de enlosado asociados a un muro realizado en sillería. De naturaleza diferente, ya fuera de la *madina*, pero relacionado con ella, se encuadra el hallazgo de la calle Virgen del Plano, 21-23 (JUSTE, 1995: 79-84). En dicha intervención se localizó parte de una de las necrópolis que rodearían la ciudad musulmana. En ella se identificaron dos inhumaciones de adultos enterrados en fosa simple con doble cubierta de tejas.

Los datos que ha aportado la arqueología en Barbastro (fig. 4) nos indican que los arrabales contaron con los mismos elementos que la propia medina, como se ha comprobado en la mayor parte de las ciudades de *al-Andalus* (NAVARRO PALAZÓN y JIMÉNEZ, 2003: 373-377, fig. 1). Uno de los arrabales que cita la documentación medieval se encontraba al otro lado del río, tras salir de la ciudad por la puerta de los Baños y cruzar el río por el actual puente de San Francisco (fig. 3). En los últimos años se ha comprobado la excepcional veracidad de la información referente a este arrabal,



Fig. 3. Plano de Barbastro en el siglo XI (BETRÁN, 1992: 77).

ya que se ha localizado una sala perteneciente a unos baños musulmanes públicos (CABAÑERO, 2006: 83-84; CABAÑERO y GALTIER, 1988). Junto a ellos existían otras instalaciones domésticas documentadas en la excavación realizada en el solar de plaza de San Antonio, 2 (JUSTES, 2001), en la que se localizaron un fragmento de muro y varios fondos de pozos basureros. El material recogido es escaso en cantidad, pero representativo de las producciones cerámicas propias del periodo que abarca desde la segunda mitad del siglo X hasta el final del siglo XI.

Otro de los arrabales conocidos gracias a los textos medievales es el que se situaría en el actual barrio de San Juan, el cual se comunicaría con la ciudad a través de una senda que todavía hoy asciende por la roca, hasta donde se encontraría la puerta de la Zuda. Según el documento de la donación de Pedro I al monasterio de Santa Fe de Conques (UBIETO, 1951: 302 y 317-318), la cesión se refiere no solamente a la mezquita, sino también a otros elementos como baños, hornos, etc. La existencia de este edificio y de las restantes dependencias citadas corrobora la presencia de una población estable que habitaría en torno a ellas,



Fig. 5. Vista general de la excavación arqueológica de la calle Cerler, 11.

excavación en área abierta, en la que se realizó un registro minucioso de las diferentes unidades estratigráficas (UE) recuperadas, siguiendo el método Harris. El registro arqueológico se ha realizado a través de fichas de campo; en cada una de ellas se reflejaban las diferentes UE, ya fueran no constructivas, constructivas o funerarias. Las fichas relativas a las unidades funerarias responden a un formato específico, ya que se recoge una información pormenorizada de la tumba y su contenido. La documentación de la excavación se ha complementado con la realización de cortes, plantas y alzados de todos los elementos de interés, así como con el reportaje fotográfico de todo el proceso, realizado en formato digital.

Para simplificar el registro arqueológico se dividió la excavación en tres grandes sectores o espacios. El espacio 1 incluye el interior de la iglesia y las estructuras perimetrales a ella asociadas. Dicho espacio, a su vez, se dividió en dos tramos muy diferentes: el sector este, en el que, aprovechando fallos en el suelo de baldosa, la estratigrafía ha sido rebajada hasta el nivel natural, y el sector oeste, donde se ha dejado el

suelo de la iglesia. El espacio 2, situado en el exterior de la iglesia, entre el muro oeste y el camino. Por último, el espacio 3, el de menores dimensiones, situado al norte del muro de cierre de la iglesia (fig. 6).

4.1. Estratigrafía del espacio 1

Como ya hemos comentado, el espacio 1 se refiere al área inscrita en el interior de la iglesia y aparece delimitado por las unidades constructivas (UC) 10, 11 y 12, definiendo un área de más de 150 metros cuadrados. Los fragmentos de muros perimetrales conservados corresponden a la cimentación de la iglesia románica, ya que en ningún punto se ha conservado nada del alzado de sus muros. De la estructura interior de la iglesia se ha conservado el suelo de la última época, en el que se dibujaban las capillas laterales y la división entre el espacio abierto a los fieles y el destinado a los monjes. El pavimento se realizó a base de baldosas (de aproximadamente 17 x 34 cm cada una) de tonos rojizos y anaranjados, apoyadas en

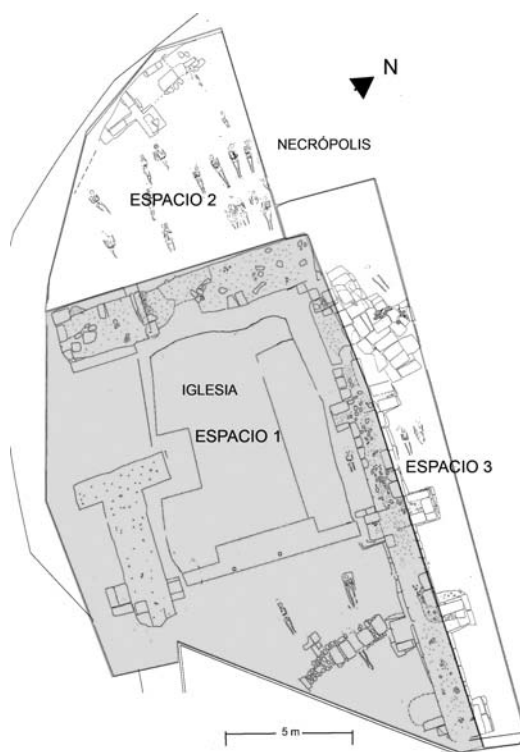


Fig. 6. Esquema de la distribución de la excavación en espacios.

un lecho de mortero de escasa calidad (UE 1002 y 1003); la UE 1001, que cubría el pavimento, estaba compuesta por un nivel con restos constructivos y abundantes cenizas, que parecen señalar una destrucción por incendio de alguna parte de la iglesia.

El sector este del espacio 1 presentaba esta misma estratigrafía, pero, dada la presencia de lagunas en el suelo embaldosado, y ante el interés por sondear los niveles subyacentes, se procedió a continuar la excavación en profundidad. Así pudimos comprobar la existencia de una superposición de estratos de diferentes cronologías. Bajo el suelo de baldosa (UE 1002) y su base de mortero (UE 1003) se localizó un fino

lecho de mortero de escasa consistencia (UE 1006) perteneciente a un suelo anterior, posiblemente asociado a la construcción de la iglesia. Entre ambos suelos se dispone una capa de relleno (UE 1004) compuesta por arenas y algún fragmento cerámico.

Bajo los estratos cristianos se localizaron una serie de UE y UC de cronología musulmana. Se trata de los restos de un muro (UC 14, descrita más adelante) y varios silos (UE 1400 y 1402), uno de los cuales conservaba en su parte inferior granos de cereal que atestiguan su función original, así como un pozo basurero (UC 15, UE 1102). También se ha constatado la existencia de un posible estrato de nivelación representado en las UE 1300 a 1303. Estos estratos se cortan y superponen, atestiguando una ocupación larga en el tiempo, al menos desde la segunda mitad del siglo X al siglo XI.

Las inhumaciones cristianas perforaron en varias ocasiones estos estratos anteriores, ya que algunas tumbas se encontraban a 2 m bajo el suelo de la iglesia, apoyando sobre el terreno natural tras haber cortado los niveles musulmanes (fig. 7).

4.2. Elementos constructivos del espacio 1

Las unidades constructivas incluidas en este espacio 1 pertenecen a los dos momentos de ocupación del solar: la fase medieval cristiana y la medieval musulmana. Veremos con cierto detalle cada una de ellas.

4.2.1. Las construcciones de época medieval cristiana

La UC 10 corresponde al muro norte de la iglesia. El tramo conservado tiene una longitud de 20 m, con una anchura media de 1,20 m; la altura máxima del muro es de 2,80 m en el tramo situado más al este, y la mínima, de 1 m, en el sector oeste. Muestra una fac-

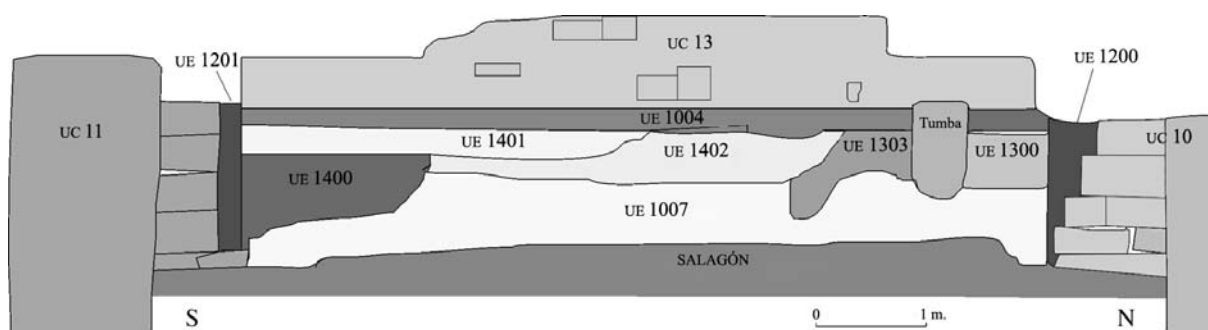


Fig. 7. Corte estratigráfico del espacio 1.

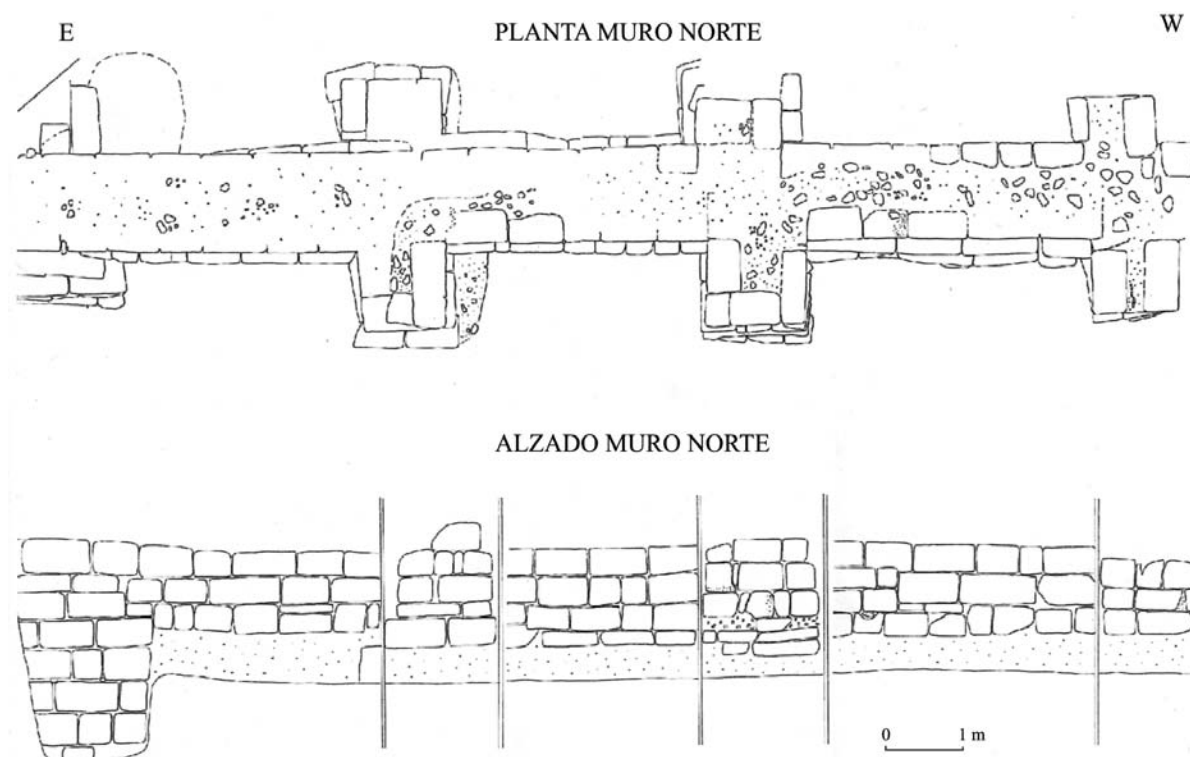


Fig. 8. Alzado y planimetría de la unidad constructiva 10.

tura cuidada, aunque la mayor parte del tramo descubierto estaba destinada a estar oculta, ya que se trata de la cimentación del edificio. Su estructura interna está formada por dos líneas paralelas de sillar, que dejan un espacio interior relleno con cantos rodados y mortero, que dan una gran solidez al muro (fig. 8). Es muy posible que alguno de los sillares utilizados en la construcción de este muro formara parte de las construcciones islámicas que en el siglo XI se alzaban en este lugar. A lo largo del desarrollo de este muro se conservan cuatro contrafuertes, dispuestos tanto al interior como al exterior de la iglesia; la distancia entre ellos es de 3,5 m y la anchura superior conservada, de 1 x 0,5 m (fig. 9).

En peor estado se localizó el muro de cierre sur de la iglesia (UC 11), ya que se conservaba de manera bastante fragmentada. Suponemos que sería de características similares al muro norte. Se ha localizado un único contrafuerte de morfología similar a los vistos en la UC 10. La altura máxima conservada es de 2 m y la mínima de 1,20, habiendo desaparecido la mayor parte de su trazado (fig. 10).

La estructura exterior de la iglesia se completa con el muro oeste (UC 12), donde se emplazaría la portada que hoy se conserva en la capilla del cementerio

de Barbastro. En este caso muestra una morfología diferente a los dos muros anteriormente descritos. Tenía 11,5 m de longitud y es el único que se ha conservado en toda su extensión. La anchura es de 1,80 m y la altura conservada, de 1,3 m. Está realizado en sillarejo dispuesto en hiladas, trabado con abundante mortero pobre y grava. Asociado a él se encuentra la zanja de cimentación que fue rellena de gravas (UE 1005) (fig. 11).

Estos tres muros formaban la estructura externa de una iglesia románica de la que hablaremos más adelante. De la estructura interior de la iglesia no solo conservamos el suelo de la última fase de vida de la misma, sino también los restos del muro sobre el que apoyaría la estructura que dividía el interior entre la zona pública y la zona reservada al uso de los monjes (UE 13). Está realizado con ladrillos y mampuestos trabados con mortero y muestra un acabado bastante rústico que sería ocultado con un enlucido blanco, conservado en algunos puntos. Su desarrollo es de 7,5 m, aprovechando para su unión con los muros laterales la presencia de los contrafuertes. En la zona central su anchura es de 1,2 m, disminuyendo en los laterales a 50 cm (fig. 12).



Fig. 9. Vista general de la unidad constructiva 10.

4.2.2. Las estructuras de época medieval islámica

Bajo la iglesia cristiana se localizaron, al este del espacio 1, los restos de una estructura constructiva anterior, de cronología andalusí. Se trata de la UC 14, que corresponde a un muro de 4,5 m de desarrollo y 1 de



Fig. 10. Vista de la unidad constructiva 11.

anchura. Está realizado con sillares de gran tamaño toscamente escuadrados, asentados sobre un lecho ordenado de bolos careados. En la hilada conservada alternan los sillares y filas de bolos verticales (fig. 13). Se halla relacionado con las UE 1100, 1101, 1300 y 1301, todas ellas de cronología musulmana, sobre las que se apoya y/o bajo las cuales se encuentra. Fue cortado en su desarrollo por el muro norte de la iglesia y el muro de la valla moderna, que delimita por el este el solar excavado (fig. 14).

El último elemento que hemos definido como unidad constructiva dentro del espacio 1 es la UC 15, que se ha identificado con un pozo basurero tallado en la arena y cuya base perforó el salagón. Se halla muy afectado en su estructura tanto por la cimentación del muro norte de la iglesia como por la valla de cierre del solar, por lo que no podemos conocer sus medidas originales. Las dimensiones de lo excavado nos ofrecen un óvalo de 150 x 120 cm y una profundidad en el salagón de 90 cm (fig. 15). Su naturaleza de basurero viene corroborada por la UE que lo rellenaba (1102),

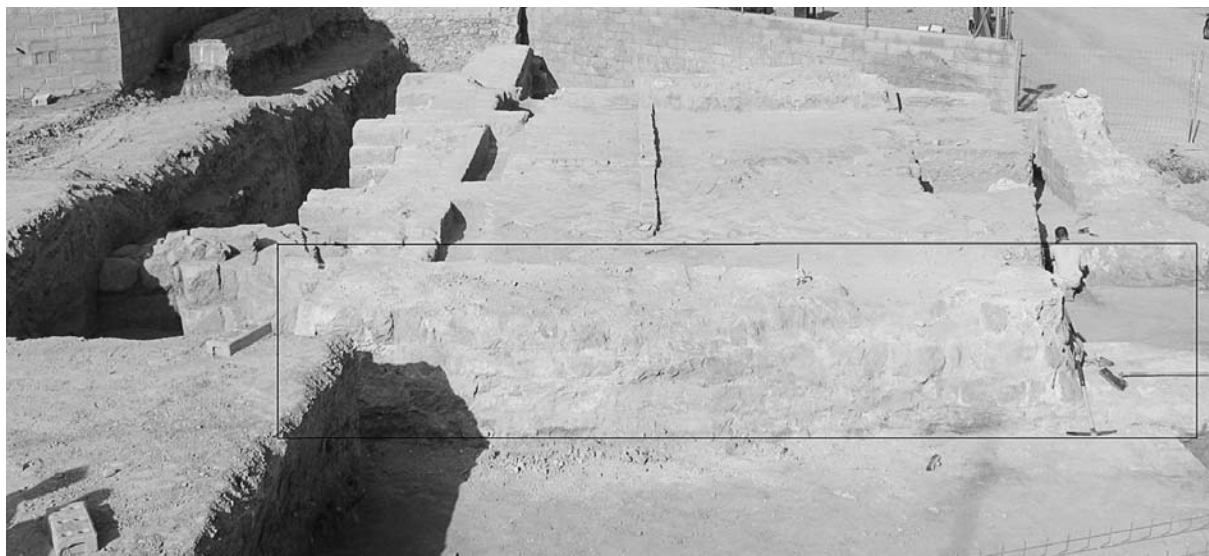


Fig. 11. Vista de la unidad constructiva 12.

un nivel de fuertes tonos verdes oscuros en el que se han localizado abundantes restos arqueológicos (fragmentos cerámicos, restos óseos, etc.), todo ello fechado desde el último tercio del siglo X y primeras décadas del XI, pudiendo llegar hasta mediados de este siglo.



Fig. 12. Vista de la unidad constructiva 13.

4.3. Estratigrafía del espacio 2

Dicho espacio está situado en el exterior de la iglesia, en dirección oeste. El lugar estaba ocupado por la necrópolis cristiana, que se dispuso en diversas terrazas para adaptarse al desnivel del terreno. Las inhumaciones perforan el nivel de arena de tonos claros (UE 2002). Al mismo tiempo, a juzgar por los escasos fragmentos de cerámica encontrados en el relleno de las inhumaciones y en la UE 2002, al realizar dichas inhumaciones se «desmontaron» niveles preexistentes de época musulmana. La potencia estratigráfica en el espacio 2 es menor que en otros sectores de la excavación, ya que no llega a superar los 90 cm de profundidad, sin que se produzca superposición cronológica de UE, a excepción del área de necrópolis, donde sí se ha documentado en algunos puntos la existencia de dos estratos de enterramientos. Las UE 2100, 2101, 2102, 2103 y 2104, de cronología musulmana, se han localizado asociadas a los restos constructivos del sector oeste de este espacio (UC 20, 21 y 22).

Al igual que en otras excavaciones realizadas en Barbastro, queremos destacar la presencia de escasos fragmentos de cerámica romana, muy rodados y no pertenecientes a una UE de esta cronología, sino englobados en UE posteriores¹.

¹ Este hecho se ha constatado en las excavaciones realizadas en el solar de San Juan, 2 (JUSTES, 2003), y en las realizadas por Silvia Fuentes en el entorno de la catedral en el año 2006 (FUENTES y JUSTES, 2006). En todas ellas aparecen escasos, pero evidentes,

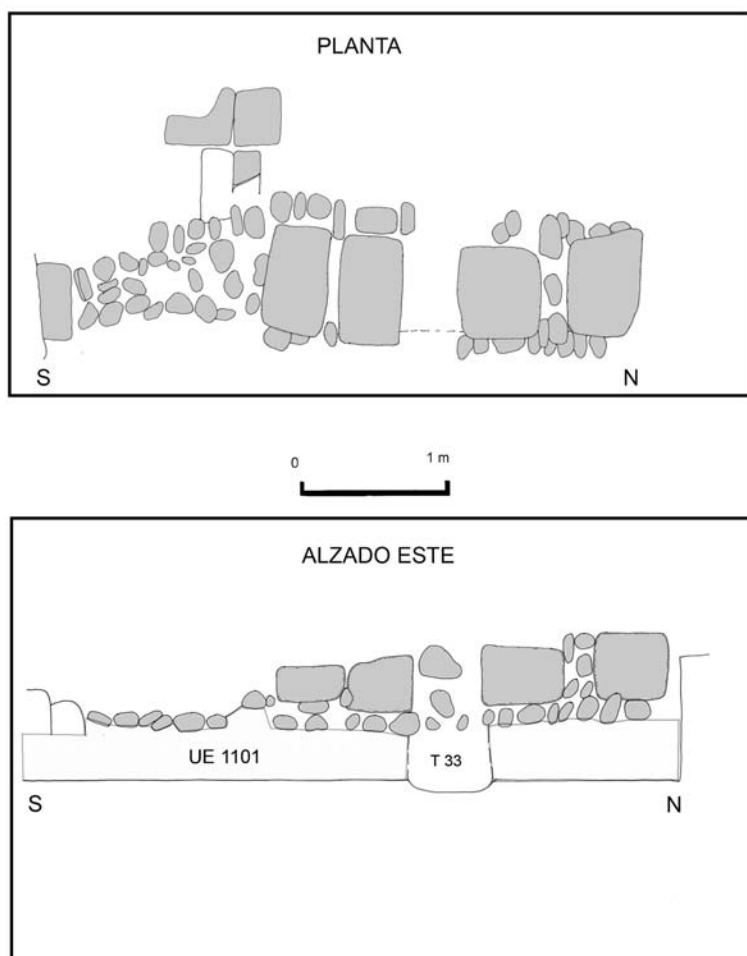


Fig. 13. Planimetría y alzado de la unidad constructiva 14.

4.3.1. Otros restos constructivos de época islámica

En el sector más oriental del espacio 2 se han conservado restos de estructuras de cronología musulmana. Se localizan a la misma cota que las inhumaciones cristianas (de hecho, alguna de las tumbas se apoya en dichas estructuras), pero se encuentran claramente asociadas a las unidades estratigráficas que han aportado material de cronología islámica (UE 2100, 2101, 2102, 2103 y 2104). La UC 20 es una estructura cuadrangular realizada con sillares dispuestos en hiladas de diferente altura; se halla parcialmente

fragmentos de cerámica romana de difícil interpretación y que, desde luego, hay que poner en relación con la presencia en las cercanías de un asentamiento romano imperial, posiblemente una villa, aunque también puede tratarse de un asentamiento de mayor tamaño, que fuera el núcleo original de la ciudad de Barbastro, como algunos autores ya han planteado (CABANERO, 1995: 27).

bajo la actual calle, por lo que únicamente se ha podido excavar una parte de ella (fig. 17). Desconocemos la función inicial de dicha estructura, pero en el momento de su hallazgo se hallaba colmatada por material de desecho, en un nivel de arena de tonos muy oscuros y verdosos, típica de los ambientes en los que se ha descompuesto materia orgánica. Esta UE ha aportado abundantes restos óseos de animales, así como fragmentos cerámicos de la segunda mitad del siglo XI.

Muy próxima a la estructura anterior se halla la UC 21, en la que se han localizado restos, muy afectados por las tumbas cristianas, de un muro de similares características a la UC 14, es decir, realizado con mampuestos de gran tamaño alternados con bolos careados. Entre ambos restos se halla la UC 22, adosada a la UC 21 y constituida por los restos de un muro realizado con doble fila de sillar, en el que se aprecia la posible existencia de un engatillado (fig. 18).

Estas tres UC (20, 21 y 22) forman parte de un conjunto de difícil interpretación. Su alineación y materiales así, como el sistema constructivo utilizado, las identifican sin dificultades como restos de la ocupación musulmana del área (fig. 19).



Fig. 14. Vista de la unidad constructiva 14.

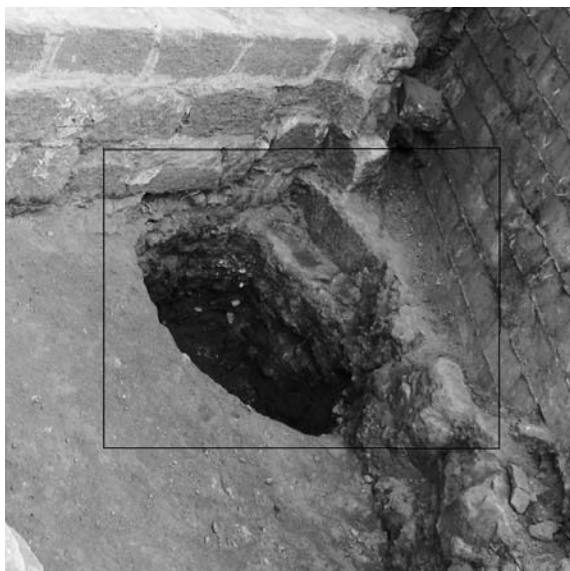


Fig. 15. Vista de la unidad constructiva 15.

4.4. Estratigrafía del espacio 3

Situado al norte del muro septentrional de la iglesia, se trata de un pasillo de 2 m de anchura paralelo a dicho muro. Este espacio ha aportado algunos enterramientos en el sector situado más al oeste. Únicamente se han identificado tres UE en él (excluyendo las inhumaciones): la UE 3000, de cronología contemporánea, que cubre toda el área; la UE 3001, que engloba las tumbas y se apoya en la UC 30, de cronología medieval cristiana, y la UE 3002, que aporta materiales de época musulmana. La uniforme coloración de la tierra nos induce a interpretar esta última unidad como un estrato de nivelación, previo a la construcción cristiana.

4.4.1. Otros restos constructivos de época islámica

En este espacio 3 aparece una interesante estructura denominada UC 30, realizada con sillares muy cuidados, que debe interpretarse como los restos de un edificio público anterior a la iglesia cristiana, sobre cuya funcionalidad volveremos más adelante. Se conservan dos hiladas construidas con sillares dispuestos a tizón, cuyas medidas oscilan entre 40 y 48 cm, siendo la longitud total de la estructura de 5,5 m. Solamente se aprecia esta disposición de sillares a tizón en un sector, ya que muestra un quiebro

hacia el norte, donde se evidencian cambios en el sistema constructivo, por lo que es posible que la construcción continúe en el área no excavada. Lamentablemente no se han localizado UE asociadas a esta estructura que nos permitan fecharla, por lo que su comparación con otras construcciones puede ayudarnos. Su módulo es muy similar al de las murallas de Huesca y de Pla d'Almatà, de Balaguer, fechadas en el siglo X. En el lienzo de muralla de Pla d'Almatà la base de la estructura se realiza con sillares dispuestos a tizón, mientras que el recerimiento está ejecutado mediante otras técnicas constructivas (ESCO, 1988: 22). Similar es el caso de Castell Formós en Balaguer, en el que algunos lienzos de la muralla se asientan sobre tres hiladas realizadas con sillares a tizón, con función de nivelar el terreno; posteriormente continúa en altura mediante la disposición de los sillares a soga y tizón (ESCO, 1988). Aunque no nos parece lógico que la UC 30 pertenezca a una muralla, sino a otro tipo de edifi-

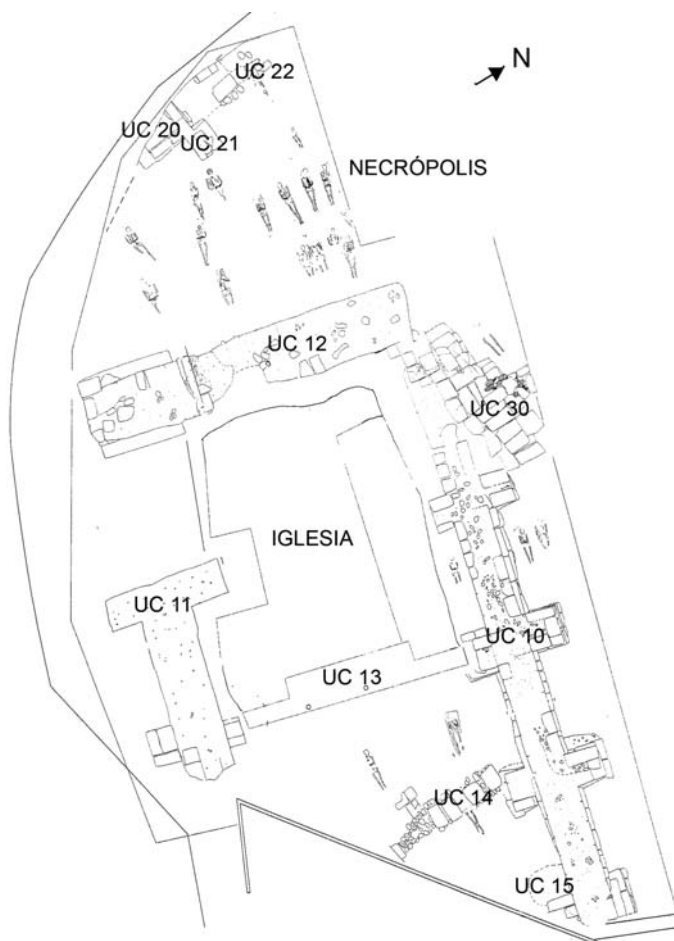


Fig. 16. Planimetría general de las unidades constructivas documentadas en la excavación de la calle Cerler, 11.



Fig. 17. Vista general de la unidad constructiva 20.

cación de uso público, el sistema constructivo puede ser similar, ya que sobre las dos hiladas de sillares dispuestos a tizón se conserva un único sillar colocado a sogá, que podría ser el testigo del alzado del muro con sillares a sogá (fig. 20). En otro orden de cosas, resulta sorprendente la forma en la que estos restos de un edificio anterior a la iglesia cristiana se integran en su cimentación, hasta el punto de que una de las tumbas se apoyaba sobre dicha estructura (fig. 21).

5. LA IGLESIA ROMÁNICA DE SAN JUAN

En la excavación arqueológica realizada se han sacado a la luz los restos de una iglesia románica o tar-

dorrománica, cuyos muros conservados definen un rectángulo de 22 x 11,5 m. Es posible que falten varios metros de la misma, lo que ofrecería una longitud total próxima a los 26-27 m. Del monumento solamente ha llegado hasta nosotros su cimentación y parte del pavimento, ya que tras su derribo, en las últimas décadas del siglo XIX o primeras del XX, se expolió todo el material aprovechable, dejándose solamente los elementos que permanecían enterrados (fig. 22). Se trataría de una iglesia de una sola nave, rematada en el este por un ábside semicircular. El espacio interior de la iglesia estaba dividido en dos sectores, uno destinado al uso público de fieles y otro reservado a los monjes. Ambos ámbitos estarían separados por una estructura de tipo celosía o reja, que se apoyaría en la UC 13.

Ante la ausencia de elementos estructurales o decorativos conservados, es complicado fechar el inicio de la construcción de esta iglesia, pero disponemos de otros elementos que, de forma indirecta, nos permiten plantear una cronología. Por un lado, contamos con el abandono de los niveles islámicos más tardíos, que debe situarse en la segunda mitad del siglo XI, pero, sobre todo, está la fecha de la toma de la ciudad por las tropas de Pedro I en 1100. Esto implica que, una vez donada la mezquita y sus alrededores al monasterio de Santa Fe de Conques, la construcción de la iglesia debe comenzar con posterioridad a dicha fecha, es decir, en un momento impreciso del siglo XII. Es muy probable que en las primeras décadas tras la conquista fuera utilizado como iglesia cristiana el propio recinto de la mezquita y, después del traspaso de las instala-



Fig. 18. Detalle de la unidad constructiva 21.

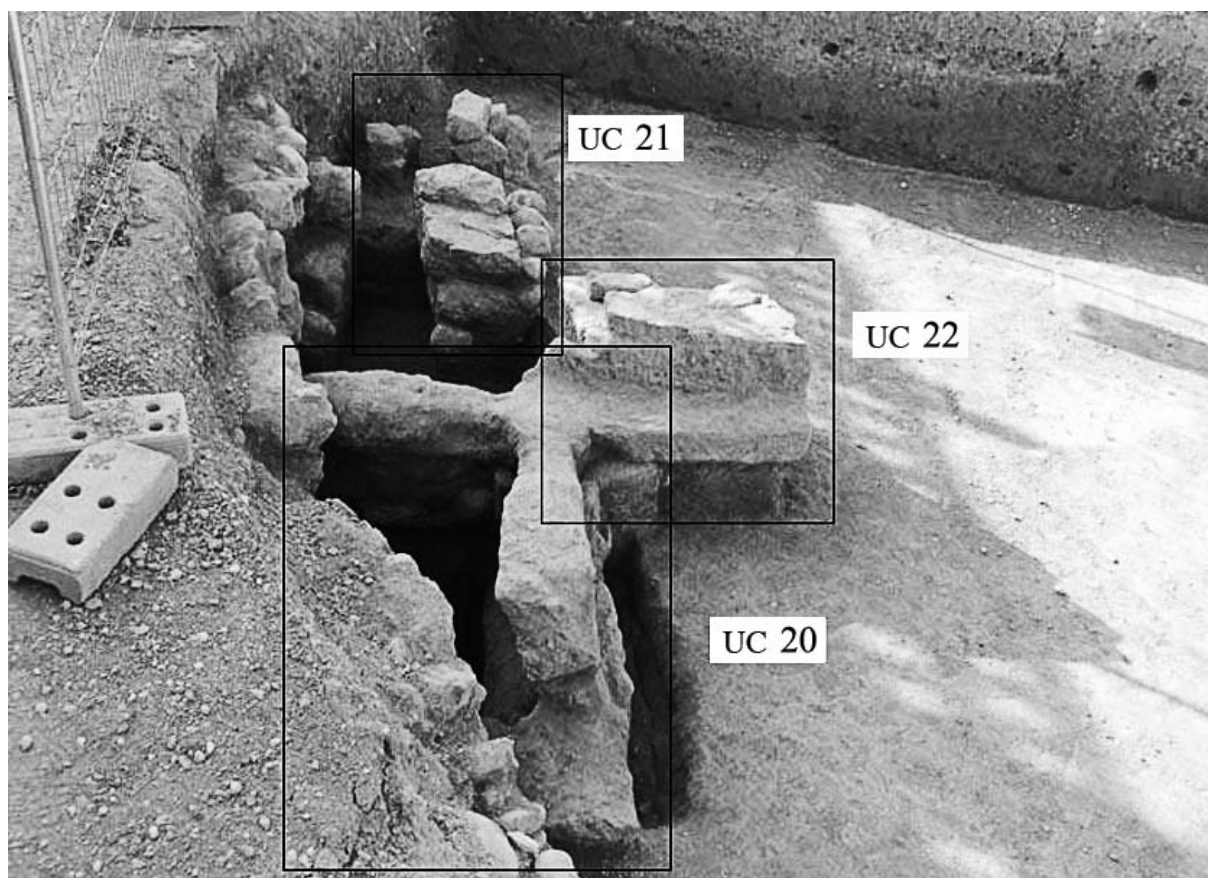


Fig. 19. Vista general de las unidades constructivas del espacio 2.

ciones de los monjes de Santa Fe a los templarios, estos acometieran la construcción definitiva de la iglesia y otras dependencias anejas. Por otro lado, la portada trasladada a la capilla del cementerio se fecha en la primera mitad del siglo XIII (CABAÑERO, 1995: 30 y 54), por lo que resulta evidente que la construcción de la iglesia debe situarse en el periodo propuesto, si bien podría retrasarse algo esa fecha a tenor de los paralelismos con otras iglesias semejantes. Plantas de una sola nave rematada en ábside semicircular son habituales en iglesias del románico aragonés, como Santa María de Aínsa (IGLESIAS, 2003: 103) u otras de menores dimensiones, como las ermitas de la Virgen de Sis (IGLESIAS, 2003: 200) o de San Martín de Berganuy (IGLESIAS, 2003: 206), aunque, por la disposición interior y exterior de los contrafuertes, el modelo de Barbastro se aproxime más a la iglesia de Santa María de Uncastillo (CANELLAS, 1991: 349) (fig. 23).

En todo momento nos referimos a las estructuras localizadas como «iglesia», ya que los restos arqueológicos documentados solo corresponden a dicha construcción religiosa, pero la documentación medie-

val se refiere a estas instalaciones de forma reiterada como monasterio, muy en consonancia con las «encomiendas» de las órdenes militares, en las que las iglesias constituían una parte del complejo de construcciones (dependencias, claustro, instalaciones domésticas, hornos...). Sin duda, la iglesia de San Juan era una parte del complejo monástico, y posiblemente los habitantes de la parroquia, antiguo arrabal, estuvieran de una forma u otra relacionados con dicha encomienda (fig. 24).

6. LA NECRÓPOLIS MEDIEVAL CRISTIANA

6.1. Características generales y ritual funerario

Asociada a la iglesia cristiana se ha hallado una necrópolis de la que ya existían noticias (JUSTE, 1995: 86). Las tumbas se localizan tanto en el interior de la iglesia como en el exterior. El arco cronológico de los enterramientos abarca desde el siglo XII, momento en el que se instala en el área el ritual cris-

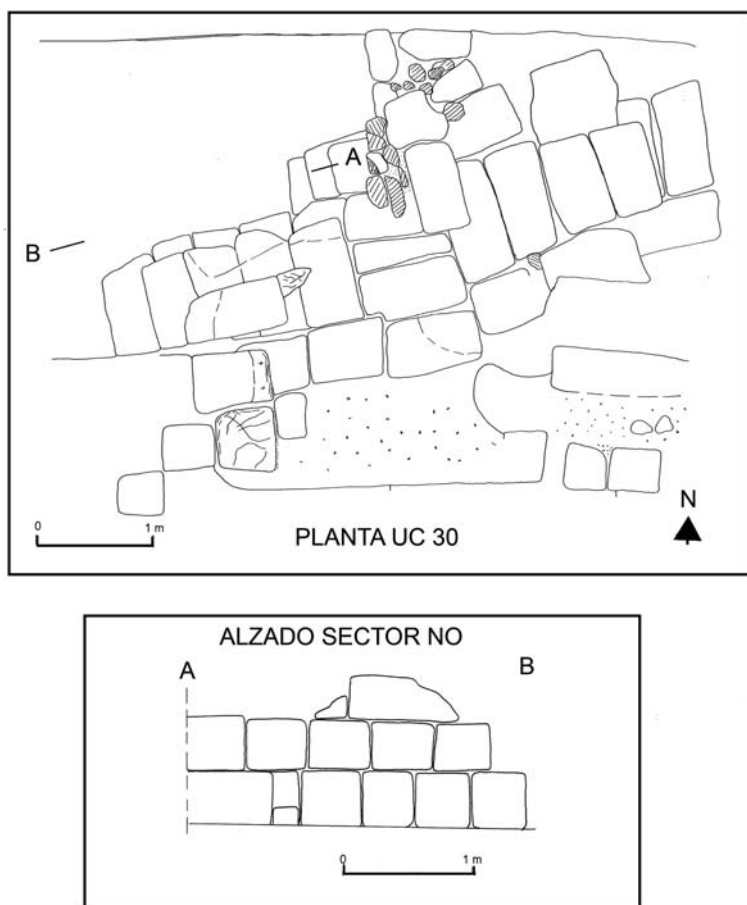


Fig. 20. Planimetría y alzado de la unidad constructiva 30.

tiano, hasta el siglo XVII, fecha de algunas de las tumbas del interior.

Aunque en los primeros momentos de la alta Edad Media (siglos IX y X), especialmente en ámbitos rurales aislados, se mantenía la costumbre ancestral de enterrar a los difuntos alrededor de las viviendas

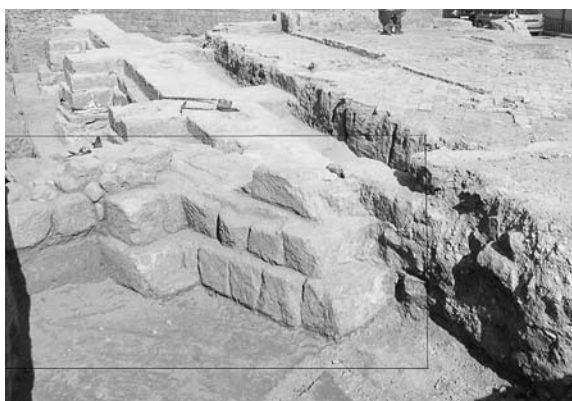


Fig. 21. Vista de la unidad constructiva 30.

(RIU, 1982: 53), a partir del siglo XII ya parece generalizado el uso de los cementerios situados en torno a los edificios religiosos, ante la prescripción cristiana que obligaba a enterrar en los cementerios parroquiales a los que se pertenecía (DE LA CASA, 1992: 408), práctica que aseguraba el sustento económico de la institución religiosa. Los cementerios eran zonas sagradas cuyos perímetros se establecían, en el caso de los templos románicos, al mismo tiempo que se construía la iglesia. Se trataba de terreno sagrado, de una zona protegida frente a los poderosos, que no podían entrar en ellos de forma violenta (bajo pena de excomunión) y que en muchos casos funcionaban como lugares de reunión y almacenamiento² (DE LA CASA, 1992).

Una vez establecido el terreno sagrado, que solía estar delimitado por un muro de cierre, el ritual de los enterramientos no sufre modificaciones importantes en las diferentes épocas y lugares, según atestiguan tanto las necrópolis estudiadas por C. de la Casa en la zona soriana como las investigadas por el equipo de M. Riu en tierras catalanas (DE LA CASA, 1992: 412; RIU, 1982: 29-51). Esto se ve corroborado por las excavaciones llevadas a

cabo en tierras aragonesas, como las de la plaza de San Pedro (JUSTES, 2002) y la plaza Biscós de Jaca (JUSTES y DOMINGO, 2006), la ermita de Nuestra Señora del Puyal de Tramaced y el entorno de San Miguel de Foces, actuaciones realizadas en los últimos años y, por el momento, en su mayor parte inéditas (JUSTES y GIMENO, 2003). En las inhumaciones se coloca al difunto en decúbito supino, con la cabeza al oeste y pies hacia el este, mirando al sol naciente. Los brazos se disponen cruzados en el pecho o la cintura, y en algunos casos en posición paralela al cuerpo; las piernas suelen aparecer muy juntas, en posición forzada, aunque en alguna ocasión puedan

² La documentación medieval aragonesa recoge numerosos ejemplos de estas actividades en el interior de los cementerios. Uno de los casos más significativos es el jacetano (*Libro de La Cadena del Concejo de Jaca. Documentos reales, episcopales y municipales de los siglos X, XI, XII XIII y XIV.* (1920). SANGORRÍN y DIEST-GARCÉS, D. (ed.) Zaragoza, doc. 39, p. 251, y doc. 143, p. 353).



Fig. 22. Detalle del último pavimento del interior de la iglesia.

estar paralelas, manifestando la ausencia de mortaja. La presencia de ajuares junto a los inhumados es muy rara, aunque con el paso del tiempo la relajación de las normas cristianas posibilita que puedan

aparecer hebillas, monedas, anillos..., pero siempre en un porcentaje muy reducido de las tumbas. En consonancia con lo expuesto, en el cementerio de la iglesia de San Juan todas las tumbas están orienta-



Fig. 23. Aspecto y vista general de la iglesia desde el oeste.

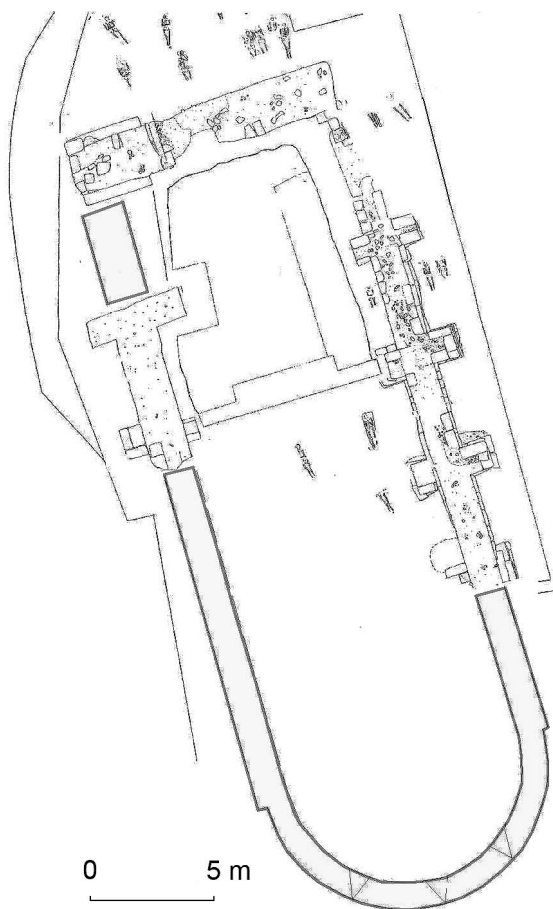


Fig. 24. Planta de la iglesia de San Juan.
Propuesta de reconstitución.

das al este, con muy ligeras variaciones; la posición de los difuntos es la habitual en este tipo de enterramientos³ (fig. 25).

La distribución de las tumbas dentro del terreno sagrado disponible no era arbitraria, existiendo lugares privilegiados reservados a miembros destacados de la comunidad, como los situados junto a las paredes, los pórticos o las puertas de acceso a la iglesia (BANGO, 1992: 96-97). El mundo funerario no es sino el reflejo de la estratificada sociedad medieval. En nuestro caso, puesto que no ha sido excavada la totalidad del espacio interior ni exterior de la iglesia, únicamente podemos asegurar que la mayor parte de las tumbas localizadas se encuentran junto a la pared

oeste, donde, según los grabados conservados (fig. 2), se encontraba la puerta de acceso a la iglesia. Al no haber sido excavado el perímetro completo de la iglesia no podemos comparar la densidad de las diferentes áreas.

6.2. Descripción, tipología y cronología de los enterramientos

Las 28 tumbas del exterior de la iglesia muestran una gran uniformidad tipológica: la mayoría (26 de 28) pertenece al tipo de inhumación *en fosa simple*: el difunto era depositado en una fosa realizada en el terreno natural y cubierto con la misma tierra que se había extraído, sin incluir ningún elemento pétreo en dicha estructura (fig. 26). Es un tipo muy habitual en las necrópolis medievales, el más sencillo e intemporal. Basándose en la necrópolis de Sant Sebastià del Sull, Riu data este tipo de tumbas entre la segunda mitad del siglo XII y el primer tercio del XIII (RIU, 1982: 42). En nuestro caso poseemos un dato que puede ayudarnos a fijar la cronología de los primeros enterramientos, ya que las tumbas 1, 10, 14 y 28 aparecen cortadas por la zanja de cimentación del muro oeste de la iglesia, con lo cual son anteriores a dicho muro, es decir, pueden corresponder a las décadas que median entre el 1100, año en que los monjes de Santa Fe de Conques reciben la mezquita, y finales del siglo XII, momento en el que parece que se inicia la construcción de la iglesia románica. Los enterramientos que se encuentran junto a las tumbas citadas pueden pertenecer a la misma época o ser inmediatamente posteriores.

El segundo tipo de enterramientos es el representado por la tumba 32. Corresponde a la tipología de tumbas en *cista* o *caja de losas* (RIU, 1982: 41). Se ha localizado junto a la pared norte de la iglesia y fue parcialmente desmontada en el momento del expolio de los restos del edificio (fig. 27). Se conservaba únicamente el tercio inferior de la inhumación delimitado por dos losas verticales, y se da la circunstancia que la inhumación se apoyaba sobre los sillares del edificio musulmán, previo al templo cristiano. La existencia de esta tumba de tipo diferente no hace sino confirmar la pervivencia de la zona cementarial. Apuntamos como posibilidad que hayan desaparecido en el sector oeste de la necrópolis las capas superiores de la misma, habiéndose conservado las tumbas más profundas, las correspondientes a las primeras fases de la necrópolis.

Un último tipo de inhumación muy habitual en

³ Siempre hay enterramientos que por un motivo u otro marcan diferencias respecto a las características generales. En este caso, en la tumba 1 el inhumado presenta la mano derecha apoyada en el cuello, sobre el collar de azabache que portaba.



Fig. 25. Vista general de la necrópolis.

los cementerios medievales es la agrupación de restos procedentes de varias inhumaciones, lo que puede recibir el nombre de *deposición* (RIU, 1982: 42; DE LA CASA, 1992: 415). Es decir, se trataría de enterramientos secundarios, fruto de la amortización de tumbas antiguas, cuyos huesos se agrupan en paquetes al realizar las nuevas inhumaciones. Riu los define como *pilas de huesos*, sin que puedan llegar a considerarse osarios. Este fenómeno se ha documentado en un único caso (tumba 2), situado en el lateral este de la iglesia, aunque es un fenómeno muy frecuente en las necrópolis altomedievales, como único medio de aprovechamiento de un espacio funerario limitado, tal y como podemos verlo en algún ejemplo como la necrópolis del Corral de Calvo en Luesia (GALTIER y PAZ, 1988: 55-59) o, de forma reiterada, en las necrópolis jacetanas (JUSTES, 2002; JUSTES y DOMINGO, 2006).

Singulares son las 5 inhumaciones del interior, menores en número a las del exterior y pertenecientes a individuos de cierta relevancia social. Desde los pri-

meros momentos en los que la iglesia cristiana aceptó los enterramientos en el interior de las iglesias románicas, los concilios intentaron establecer normas que los regularan, hecho que demuestra que esa clase de enterramientos era habitual en todos los edificios religiosos cristianos, ya que el común de los mortales aspiraba a conseguir un espacio privilegiado para su descanso eterno. Incluso dentro del interior de la iglesia existían lugares más valorados, como los que se encontraban al pie del altar o en el pasillo de entrada; las capillas laterales funerarias estaban destinadas a aquellos que pudieran pagarlas y mantenerlas (BANGO, 1992: 114). En el Alto Aragón son muy comunes los enterramientos en el interior de las iglesias, como en los casos de San Pedro de Siresa o en el castillo de Panillo, por citar algún ejemplo. En la iglesia de San Juan se ha localizado una tumba infantil (tumba 7) en el interior de una de las capillas laterales, perteneciente por tanto a un miembro de una familia bien situada dentro de la comunidad. Es posible que existan otros enterramientos de esta naturaleza bajo el pavi-

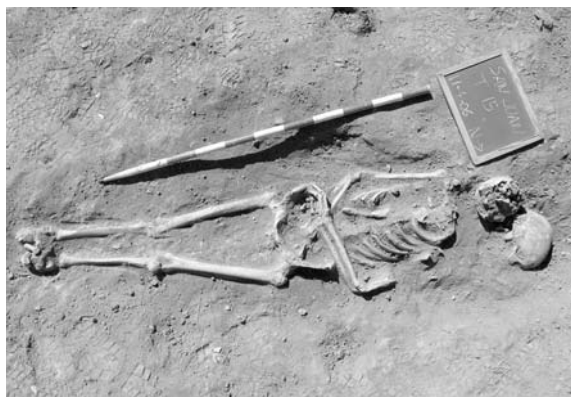


Fig. 26. Vista de un enterramiento en fosa simple. Tumba 15.

mento que no ha sido levantado. Los cuatro enterramientos situados en la zona de acceso al altar, al otro lado de la estructura que separaba el ámbito público del perteneciente a los monjes, seguramente pertenecieron a los monjes que regían la comunidad religiosa, como atestigua el excepcional ajuar aportado por la tumba 27, en la que el inhumado portaba una espada del siglo XVI (fig. 28).



Fig. 27. Enterramiento en caja de losas. Tumba 32.

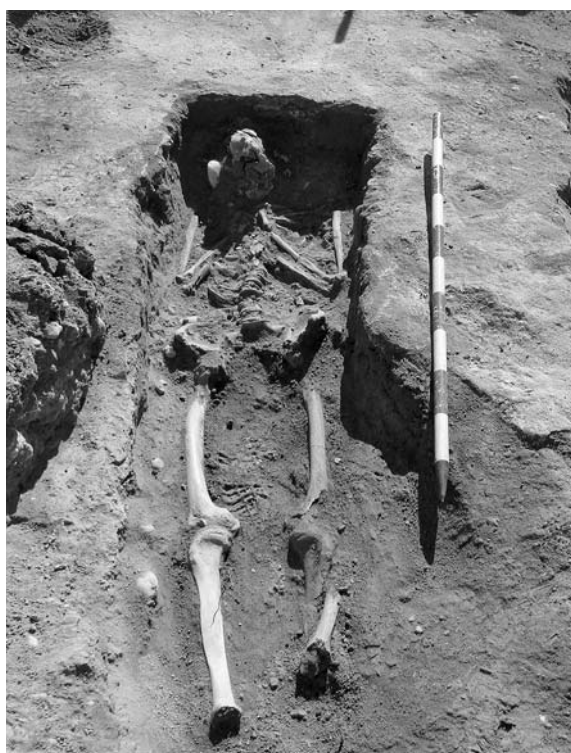


Fig. 28. Vista de la inhumación en el interior de la iglesia. Tumba 25.



Fig. 29. Vista de la inhumación 16, con los brazos cruzados en el pecho.

6.3. Antropología de la necrópolis

De las 33 tumbas identificadas, 30 pertenecen a individuos adultos, 2 a niños y una a un joven. El escaso porcentaje de enterramientos infantiles puede explicarse por varios motivos: quizás existieran áreas especiales de la necrópolis para realizar los enterramientos infantiles y en esta ocasión no haya sido lo-



Fig. 30. Vista de la inhumación 28, con los brazos cruzados sobre la pelvis.

calizado este «sector», ya que solamente se ha excavado una parte reducida de la necrópolis⁴. También puede deberse a otro fenómeno, que apuntan DE LA CASA (1992: 414) y RIU (1983: 198): que los niños menores de ocho años pueden ser enterrados en el interior de las propias viviendas o bajo las puertas de acceso a las mismas.

Por lo que se refiere a los adultos, si exceptuamos la tumba 27, tumba especial por varios motivos, un denominador común es la escasa estatura de los individuos; las medidas se han de considerar orientativas, pero vemos que no superan los 1,60 m de altura en la mayoría de las ocasiones.

Con las debidas reservas, ya que se trata de una excavación parcial, planteamos la posibilidad de que

la necrópolis de San Juan no acogiera a un gran número de población, ya que no se advierte la obsesión por el aprovechamiento del espacio tan habitual en las necrópolis de la época. Es posible que existiera una tipología variada de tumbas y que, de haberse conservado la totalidad, se pudiera establecer una secuencia tipo/cronológica, pero la posible desaparición de las capas superiores de la necrópolis y la excavación parcial de la misma nos impiden realizar este tipo de estudio. Relacionamos el inicio de la necrópolis con la cristianización del edificio de la mezquita; es decir, las primeras tumbas serían varias décadas anteriores a la construcción de la iglesia románica, mientras que el resto de las inhumaciones, serían coetáneas a la vida del edificio religioso. Más complicado resulta fechar las tumbas del interior de la iglesia, ya que únicamente la espada aparecida en la tumba 27 nos permite datarla entre finales del siglo XVI y principios del siglo XVII. Y, como consecuencia, la tumba superpuesta a ella (tumba 26), como coetánea o inmediatamente posterior (fig. 31).

⁴ El fenómeno de la agrupación de las tumbas infantiles lo hemos comprobado durante la excavación de las necrópolis de San Pedro y Cementerio Mayor de Jaca, y en la ermita de Nuestra Señora del Puyal de Tramaced.

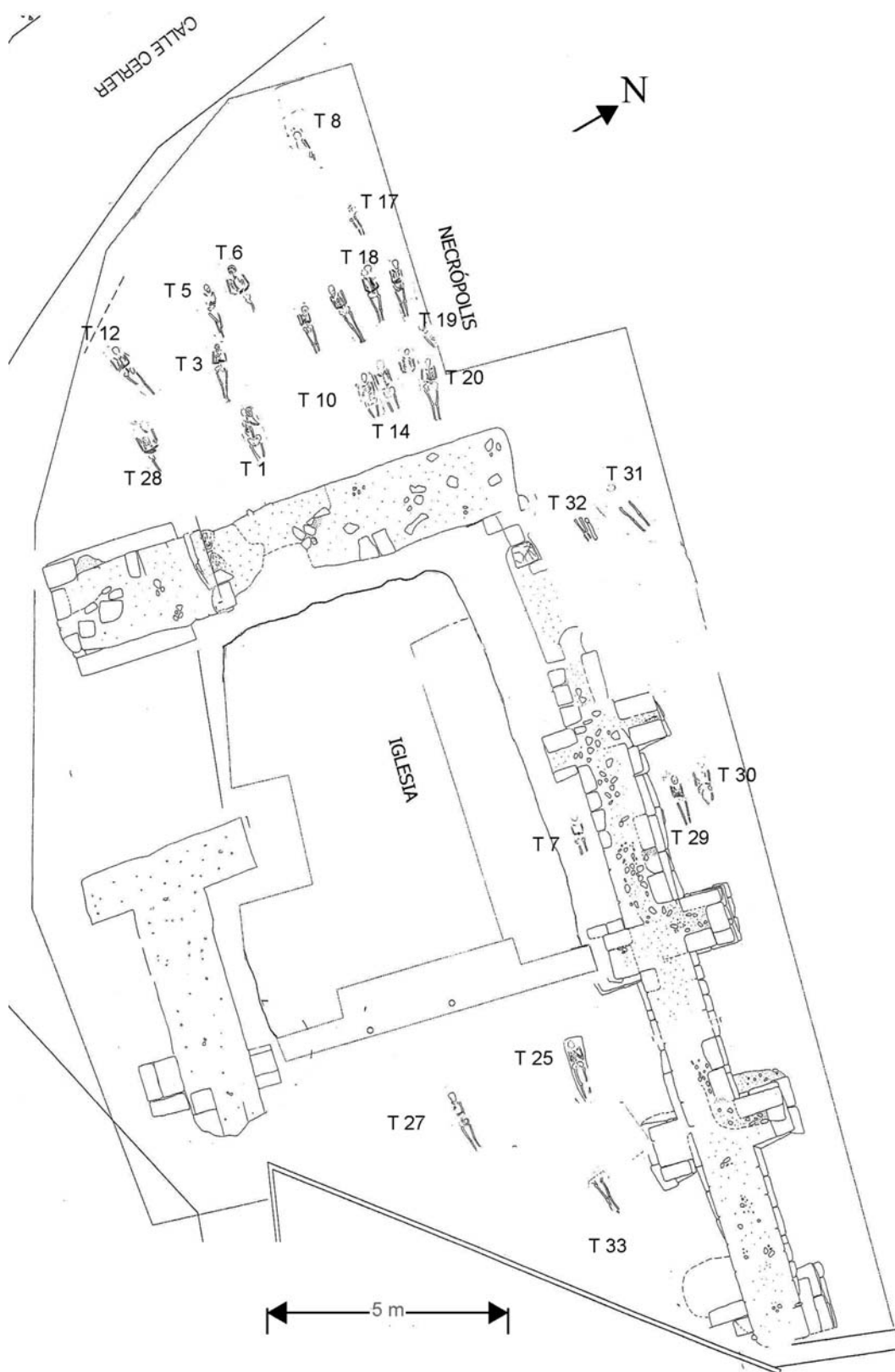


Fig. 31. Planimetría general de la necrópolis cristiana.

7. LOS RESTOS CONSTRUCTIVOS

ISLÁMICOS: EL ARRABAL NORTE Y LA MEZQUITA DE SANTA FE, DONADA POR EL REY PEDRO I

Los restos constructivos de época islámica recuperados en la excavación no corresponden a un edificio que pueda identificarse con seguridad absoluta, dada su desconexión y su profunda alteración por las construcciones cristianas. No obstante, las unidades constructivas 14, 20, 21, 22 y 30 demuestran la existencia en dicho lugar de un arrabal musulmán que contó en su momento no solo con edificaciones de tipo doméstico, sino también de carácter monumental. No disponemos de elementos o de restos arquitectónicos que nos permitan identificar con seguridad la UC 30 con la mezquita que nombran las fuentes cristianas, pero la tipología y módulo constructivo del muro de sillares a tizón documentado nos permite plantear la pertenencia de dichos restos a la mencionada mezquita. Por otro lado, es clara su similitud con otros restos murales ya documentados en la ciudad de Barbastro, tales como los reconocidos en el entorno de la catedral y posiblemente pertenecientes a la mezquita aljama (CABAÑERO, 1995: 38-39, fig. 8), o los documentados en la calle Castelnou, 3, identificados con un tramo de la muralla occidental de la ciudad (JUSTE, 1995: 76-79, figs. 18-20). Por otra parte, existe la costumbre generalizada, y bien documentada en muchas ocasiones, de cristianizar los lugares de culto musulmanes en el momento de la reconquista de una ciudad con la construcción de iglesias o catedrales sobre ellos (CORRAL, 1991: 277). Así ocurrió con la mezquita aljama de Barbastro, pero también conocemos otros ejemplos, como lo casos de la catedral de Huesca o la Seo de Zaragoza. Aunque el dato permanece inédito por el momento, las excavaciones que J. Delgado⁵ practicó hace unos años en la actual plaza de Santo Domingo de Monzón también documentaron la existencia de los restos de un edificio construido con sillares a tizón de clara tipología islámica, asociado a restos materiales de dicha cronología y previo a la construcción de una iglesia románica dedicada a san Esteban (DELGADO, 1998). Dichos restos constructivos son abandonados tras la conquista cristiana de la mencionada ciudad en 1089, coincidiendo con la desaparición de la población musulmana de la zona.

Pertenecientes al arrabal existente en la calle Cerler de Barbastro, podemos añadir las UC 20 y 22, identificadas con un pozo de sillería y los restos de un muro de grandes proporciones. La fecha de dichos elementos, dada su tipología constructiva y el contexto arqueológico recuperado, puede rondar en torno al siglo X. Algo posteriores serían los muros de grandes mampuestos y bolos (UC 14 y 21), que relacionamos con las últimas décadas de vida del arrabal, de mediados o de la segunda mitad del siglo XI, poco antes de la conquista cristiana.

Las estructuras musulmanas muestran una orientación claramente distinta a la de la iglesia cristiana. Esta diferencia en la orientación pudo originar que se desestimara aprovechar parte de la estructura de la mezquita para apoyar la iglesia cristiana, como ocurrió muy posiblemente en la mayoría de las mezquitas aragonesas, de las cuales podemos citar como principal ejemplo la de Zaragoza, en relación con la construcción de la Seo (HERNÁNDEZ VERA, CABAÑERO y BIENÉS, 1998: 73); por ello se desmontó casi totalmente la misma, a excepción del sector de la UC 30. Por otro lado, la mezquita se rodeó de diversas dependencias domésticas, como atestiguan las UC 14 y 21, fragmentos de muros de tipología muy similar a los localizados en el antiguo portal de la Magdalena de Lérida, donde se han documentado como uno de los aparejos habituales de las viviendas de la última fase de ocupación, ya en el siglo XI (LORIENTE, 1990: 23-24, plano 2). Igualmente aquí pertenecen a la segunda fase de ocupación islámica, ya que se apoyan sobre estratos anteriores de cronología andalusí. Asociados con estas construcciones domésticas se hallan los silos y pozos basureros tan habituales en todos los enclaves urbanos musulmanes, y que han podido ser documentados en diversos solares de Barbastro, como en el caso de los silos acampanados de la calle La Esperanza, 17, también asociados a la ocupación musulmana de la ciudad durante el siglo XI (JUSTE, 1995: 69, figs. 10-12), o en los localizados junto a la sede de la UNED, en la calle Argensola, 55, que hasta la fecha son el conjunto más numeroso y mejor conservado de esta ciudad, donde se recuperó un importante lote de cerámicas asociadas al ámbito doméstico (MONTÓN, 1995-2000: 189-190, fig. 4). A los citados podemos añadir los recientemente descubiertos de la calle Los Hornos, 19 (JUSTES, 2006), San Juan, 2 (JUSTES, 2001), y el entorno de la catedral (FUENTES y JUSTES, 2006); todos ellos aportaron ricos y variados materiales arqueológicos fechados entre la segunda mitad del siglo X y el siglo XI. En el caso de los silos y pozos localizados en la excavación de la calle Cerler, 11, se trata de ele-

⁵ Agradecemos a J. Delgado, director de las excavaciones en la plaza de Santo Domingo, su colaboración al facilitarnos la documentación de dicha excavación y la consulta del material recuperado en la misma.

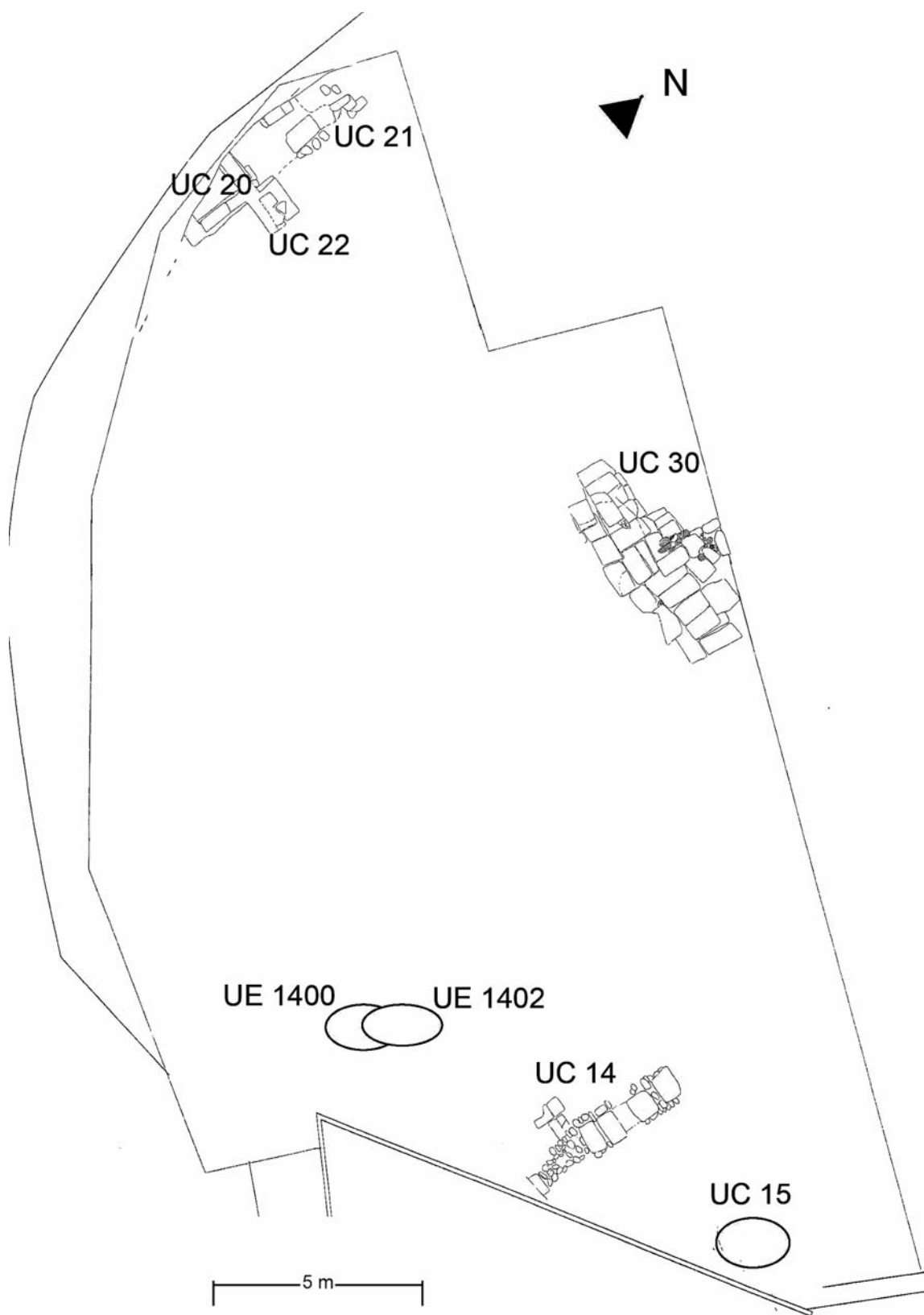


Fig. 32. Planimetría de los restos islámicos de la excavación de la calle Cerler, 11, de Barbastro.

mentos residuales, ya que tanto los pozos como los silos fueron arrasados por el edificio cristiano; únicamente el pozo basurero (UC 15) mantenía parte de su estructura debido a su gran profundidad (fig. 32).

Sin que pretendamos ser exhaustivos en este tema, citaremos algunos ejemplos de aparición de silos en contextos domésticos islámicos. Tal sería el caso de la cercana ciudad de Monzón, donde se han recuperado más de una decena de estas estructuras en las excavaciones de la plaza de Santo Domingo, fechadas entre el siglo X y la primera mitad del XI (DELGADO, 1998). También son muy abundantes en el antiguo portal de la Magdalena de Lérida, asimismo fechadas entre los siglos X y XI y claramente asociados a las viviendas andalusíes (LORIENTE, 1990: 26, planos 7-8). En el asentamiento rural de Las Sillas de Marcén igualmente encontramos este tipo de estructuras de almacenamiento, siendo bastante comunes y asociados a las viviendas (SÉNAC, 1999: 19, fig. 3). En otras poblaciones rurales del valle medio del Ebro encontramos construcciones de este tipo, como los silos acampanados localizados en Novallas, en los cuales se han recuperado diversos materiales cerámicos que permiten encuadrarlos entre los siglos X y XI (NAVARRO ROYO, 1996: 20, lám. B). Por lo que respecta a otras ciudades aragonesas, han aparecido de forma muy significativa en Huesca y Zaragoza (GUTIÉRREZ, 2006), y son muy abundantes en los niveles islámicos de Calatayud entre los siglos X y XI (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997).

8. SOBRE LOS MATERIALES MUEBLES

8.1. Los materiales de época medieval cristiana

Son muy escasos los restos aportados por los niveles de esta época, pero hay dos elementos, pertenecientes al ajuar de dos tumbas que debemos señalar: se trata del collar de cuentas de azabache de la tumba 1 y de la espada de la tumba 27. En la tumba 1 se localizó *in situ* un collar de 15 cuentas de azabache (fig. 34). Las cuentas bitroncocónicas, decoradas con estrías centrales, eran de varios tamaños, siendo mayores (2,2 x 1,1 cm) las centrales, para ir decreciendo hacia los extremos (1,6 x 0,8 cm) (fig. 35). El hallazgo es bastante singular, ya que no es habitual la presencia de elementos similares en necrópolis cristianas. El azabache, variedad del lignito, es de color negro brillante, de conformación compacta, suave el tacto, ligero y bastante duro (entre 3 y 4 en la escala

de Mohs), y tiene fractura concoidea. Es un material frágil, de talla complicada, adquiriendo con el tratamiento adecuado un brillo intenso que no decrece con los años. Conocido en el mundo antiguo como *succinum nigrum* —el nombre de *azabache* es de origen árabe—, ha sido utilizado en joyería desde la antigüedad. Además, se le atribuía carácter protector contra todo mal y era utilizado frecuentemente por los peregrinos del camino de Santiago, que elaboraban con este material sus talismanes (MONTE y ESTRADA, 2007). Son varias las noticias referentes a la aparición de cuentas de collar en necrópolis medievales, con la particularidad de que todas las localizadas son judías, como es el caso de las necrópolis de Teruel (FERNÁNDEZ, 2000: 410-412) y de Soria (CASASNOVAS, 1993: 295). Como ya hemos comentado, no es habitual la aparición de elementos ornamentales en las inhumaciones medievales cristianas y, cuando aparecen elementos de esta naturaleza, suelen ser anillos sencillos o hebillas. A esta circunstancia singular de la aparición de una joya en un enterramiento hemos de añadir la posición de la mano izquierda, que parece apoyar en el collar, buscando la protección del azabache. La tumba 1 puede datarse en las primeras décadas del siglo XII, ya que, junto a las tumbas 10, 14 y 28, pertenece al grupo de las inhumaciones que fueron cortadas por la zanja de cimentación del muro oeste de la iglesia románica.

El segundo elemento destacable de las tumbas medievales cristianas es una espada ropera de acero, con empuñadura de lazo, que portaba como ajuar la inhumación de la tumba 27 (fig. 36). Esta tumba se localizaba en el interior de la iglesia, en la zona de acceso al altar, a gran profundidad bajo el suelo. Como característica diferencial se da la circunstancia de la gran altura del individuo (180 cm), mientras que la talla máxima del resto de los inhumados es 160 cm. Con toda seguridad nos encontramos ante uno de los últimos monjes-soldados sanjuanistas, ya que la espada se fecha a mediados del siglo XVI, momento de declive de la orden, cuando esta ya se había convertido en un grupo de nobles que muy poco tenían que ver con sus ideales primitivos (LEDESMA, 1982: 253). Como hemos comentado, la espada está fechada en la segunda mitad del siglo XVI, siendo de morfología habitual entre las espadas toledanas. Se trata de una espada corta que se podía cubrir con la ropa —de ahí su nombre de *ropera*—, de escaso peso y menor envergadura que las medievales (WILKINSON, 1978: 90-91). De entre las espadas ropas, la que nos ocupa se encuadra en el grupo más antiguo en el tiempo, las de empuñadura de lazo, a las que siguen las de empuña-

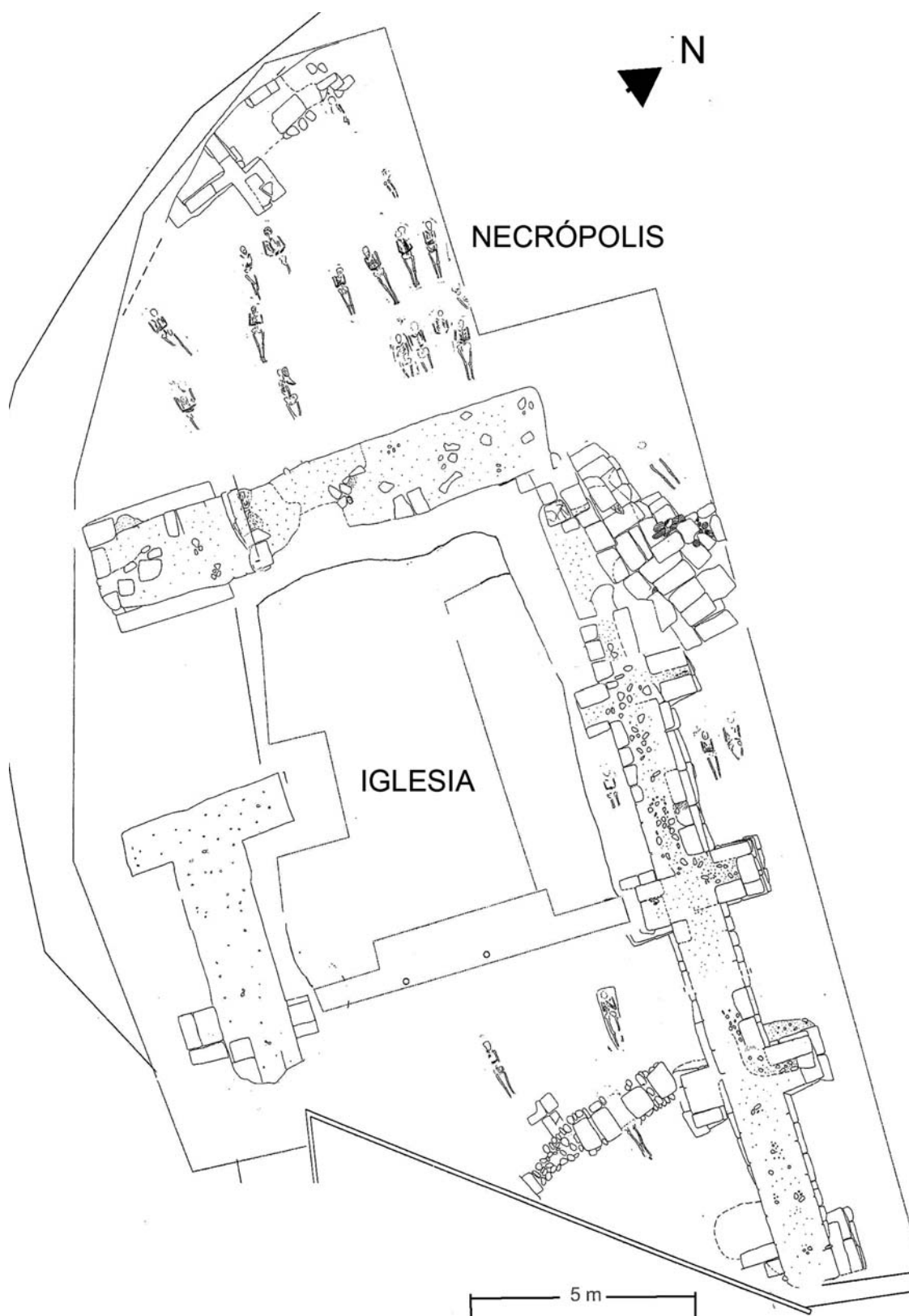


Fig. 33. Planimetría general de la excavación arqueológica de la calle Cerler, 11.

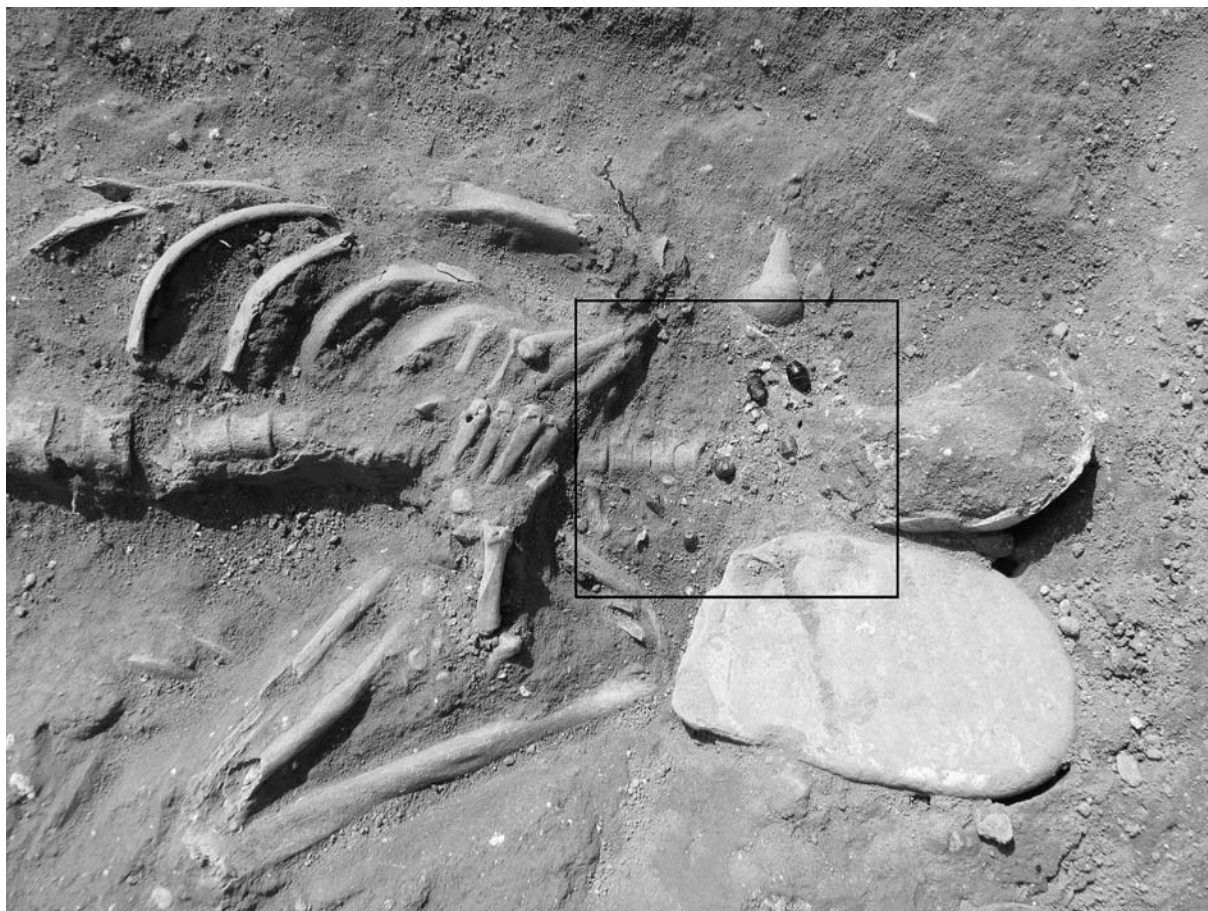


Fig. 34. Detalle de la inhumación 1 y situación del collar de azabache en el enterramiento.

dura de concha y de taza, que de forma gradual van proporcionando más protección a la mano. La guarnición de la espada de lazo se compone de gavilanes, largos y no muy gruesos, un guardamano en forma de arco y uno o dos anillos perpendiculares al plano de la hoja, estando unidos todos estos elementos por una

serie de ramas a fin de dar protección a la mano. El periodo de apogeo de este tipo de armas se produce entre 1550 y 1620 (PÉREZ). No es habitual que se entierre con ella al difunto, a no ser que se trate de un caballero principal de la comunidad o de un benefactor directo de la iglesia o parroquia donde es enterrado.



Fig. 35. Detalle de las cuentas de azabache de la tumba 1.

8.2. Los materiales muebles de época medieval islámica

A diferencia de la pobreza material de los niveles medievales cristianos, el repertorio de los materiales cerámicos localizados en las diferentes unidades estratigráficas de cronología islámica ha arrojado una variedad tipológica y formal propia de la riqueza cultural musulmana documentada en toda la Marca Superior de *al-Andalus* (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 12-14). En este trabajo no pretendemos llevar a cabo un estudio exhaustivo de las producciones cerámicas andalusíes recuperadas en esta excavación, dado que



Fig. 36. La espada ropera en el momento del hallazgo.

muchas de ellas todavía se encuentran en proceso de restauración. No obstante, dado el interés de los materiales recuperados, realizaremos una somera descripción de las piezas más relevantes, junto a un análisis preliminar de las tipologías cerámicas aparecidas en este solar.

8.3. El material islámico y su contexto estratigráfico y cronológico

Entre el material recuperado durante la excavación del solar de la calle Cerler de Barbastro destaca el correspondiente a la cerámica hispanomusulmana, que es la más abundante de todas las evidencias recuperadas. Aparece en toda la extensión del área excavada, pero es especialmente abundante en el espacio 1, donde hemos identificado las siguientes UE como correspondientes a diversos contextos con ocupación islámica: 1100, 1101, 1102, 1200, 1300, 1302, 1303, 1400 y 1402. En el espacio 2 se han documentado cinco paquetes estratigráficos con material musulmán, las UE 2100, 2101, 2102, 2103 y 2104. Por lo que se refiere al último espacio delimitado en la excavación, el n.º 3, solo se ha localizado material andalusí en la UE 3002. En total, se han recuperado 2.639 fragmentos o evidencias repartidos por los citados contextos, de los cuales destacan la UE 1100, con 237; la UE 1102, con 593 fragmentos; la UE 1300, con 414; la UE 1303, con 152; la UE 1303, con 218; la UE 2100, con 387; la UE 2103, con 152, y la UE 3002, con 187 piezas.

De las principales unidades estratigráficas de cronología musulmana se ha seleccionado el material más significativo, con el objeto de poderlo incluir en este avance de la excavación. Dicho material representa una muestra suficientemente amplia de las diferentes

tipologías cerámicas utilizadas tanto en la vajilla de mesa como en la de cocina y almacenaje, y cubre todo el arco cronológico de la dominación musulmana de Barbastro, desde el siglo IX hasta la toma de la ciudad por los cristianos en el 1100. Del mismo modo, el material seleccionado aparece repartido por la totalidad de la superficie de la zona excavada, siendo plenamente representativo del conjunto excavado.

Una vez clasificado y estudiado el material cerámico islámico de esta excavación, pueden establecerse las siguientes relaciones estratigráficas y cronológicas entre dichos contextos:

- Las UE 1101 y 1102 aparecen relacionadas y cubiertas por la UE 1100. La tipología y decoración de los materiales cerámicos, sobre todo de los recuperados en el pozo (UE 1102), corresponden a material amortizado que abarca un periodo de tiempo relativamente prolongado, pudiendo fecharse, por sus paralelos más cercanos, entre finales del siglo X y la primera mitad del siglo XI. En cuanto a la UE 1100, correspondería al abandono definitivo de la ocupación musulmana del arrabal, pudiendo encajarse en el tercer tercio del siglo XI (primera toma cristiana de Barbastro en 1064), pero con la posibilidad de llegar hasta el final de dicho siglo (conquista cristiana definitiva en 1100).
- Las UE 1300, 1301-3, 1400, 1401 y 1402 corresponderían a niveles previos a la construcción de la iglesia románica, ya que aparecen seccionados por los muros de cimentación de esta, así como por alguna sepultura (caso de las UE 1300 y 1303). Los materiales documentados en estos contextos pueden fecharse en la primera mitad del siglo XI, aunque podrían perdurar hasta su segunda mitad.
- La UE 2100 se identifica con el relleno y colmatación del pozo UC 20. Por el material cerámico, muy similar o prácticamente idéntico al aparecido en la UE 1102, debe fecharse del mismo modo, es decir, entre finales del siglo X y la mitad del siglo XI. La UE 2101 también correspondería a esta cronología, aunque algunas piezas cerámicas (como algún jarrito con fuerte carena baja) cuentan con claras pervivencias tipológicas desde el siglo X.
- La UE 2103 debe identificarse con un relleno o restos de basurero de época emiral antigua, localizada sobre los niveles naturales y no cubierta por ningún sedimento arqueológico

posterior. Por las características y paralelos del material cerámico, proponemos una cronología que iría de finales del siglo IX a la primera mitad del X, posiblemente en sus primeros decenios.

- Por lo que se refiere a la UE 3002, se localiza fuera de la iglesia, junto a uno de sus muros laterales, y debe relacionarse con los niveles de ocupación 1101 y posterior al 1102. Por el material recuperado podemos situar dicho paquete estratigráfico entre mediados del siglo XI y su tercer tercio, con un final posiblemente asociado a la primera toma cristiana de Barbastro en 1064.

8.4. La fase emiral-califal (siglos IX-X)

Solo se ha podido constatar con seguridad en un pequeño sector de la excavación, localizado junto a la calle Cerler, siendo identificada en la UE 3002. Entre los escasos materiales recuperados en dicho contexto estratigráfico destaca un pequeño conjunto de materiales cerámicos que responden a una tipología y características técnicas que se apartan del resto de las cerámicas islámicas recogidas en esta excavación. Dada la pequeña zona excavada de este nivel, no podemos concretar si se trata de un nivel de ocupación, de un basurero o de un aterrazamiento. La cerámica aquí recogida se caracteriza por la ausencia absoluta de vidriados, con un repertorio formal muy escaso, por el momento, remitiendo a formas comunes de cerámica elaborada a torno y relacionada con servicios de cocina y mesa. En el conjunto documentado por ahora no aparecen algunas de las formas características de la cerámica islámica, como los ataífores o las jarritas. Todas ellas son cerámicas de cocción reductora, con pastas grises claras, muy compactas, con desgrasantes finos y medios, entre los que son abundantes los granitos de cuarzo. Son cerámicas muy bien torneadas, con abundantes líneas de torno muy finas, tanto en su exterior como en el interior, presentando paredes generalmente mucho más gruesas y pesadas. En ninguna de las piezas recuperadas se ha constatado la presencia de decoración, tratándose en todos los casos de formas cerradas. El escaso muestrario tipológico recuperado consiste en las siguientes formas (fig. 37):

- Ollas/marmitas. Son los perfiles más abundantes, aunque, dada su fragmentación, no podemos concretar el perfil completo de ninguno de los ejemplares recuperados. Se trata

de formas globulares con bordes exvasados o casi verticales muy redondeados y engrosados (fig. 37, 1-5).

- Jarrito. Solo se ha documentado un fondo de paredes facetadas que no permite reconstruir su perfil (fig. 37, 6).
- Pitorros/vertedores. Contamos con dos ejemplares, de los que solamente se conservan los cuellos cilíndricos con el borde ligeramente exvasado. Estos vertedores pertenecen a formas cerradas, preferentemente ollas, y se localizan muy cerca del borde de la vasija (fig. 37, 7-8).

A pesar de que en los últimos diez años la arqueología islámica ha tenido un fuerte incremento en Aragón, sobre todo debido a la ampliación de las intervenciones en solares de los cascos urbanos de nuestras principales ciudades, todavía hoy son muy escasos los restos de niveles de ocupación o los paquetes de materiales que podamos vincular a la fase emiral de la dominación musulmana, sobre todo en sus etapas más antiguas. Solamente se ha constatado la presencia de algunos aterrazamientos de época protoislámica en la ciudad de Zaragoza, como el localizado en el solar de la calle Espoz y Mina, 8-10, que ha sido fechado entre los siglos VIII-IX (GALVE, 1989: 412, lám. III). También en Zaragoza se ha estudiado uno de los conjuntos cerámicos de época emiral más antiguos, localizado en la calle Santiago, 14-20. Entre los materiales estudiados destacan las ollas/marmitas, cuyos perfiles presentan una similitud casi absoluta con nuestros ejemplares de Barbastro (GALVE, 1988: 256-252, figs. 6-8). Asimismo aparecen jarritos y botellas, pero con perfiles que no se asemejan a lo estudiado por nosotros (GALVE, 1988: 240-241, figs. 2-4). Coincidimos con Galve al afirmar que se trata de producciones locales y de clara tradición hispanovisigoda, así como en la cronología de fines del siglo IX que asigna a este conjunto de materiales, aunque en sus perfiles se constata ya la utilización de modelos y formas clásicas de la cerámica islámica que se difundirán completamente durante las etapas califal y taifal (GALVE, 1988: 253-254).

Aunque en la ciudad de Huesca todavía no se conocen restos de los primeros momentos de ocupación islámica, muy posiblemente por falta de investigación del ingente material recuperado en los últimos años en las excavaciones de su solar urbano, sí se detectan en otros asentamientos rurales y urbanos aragoneses. Tal es el caso de Calatayud, donde se han localizado niveles de ocupación, asociados a estructuras domésti-

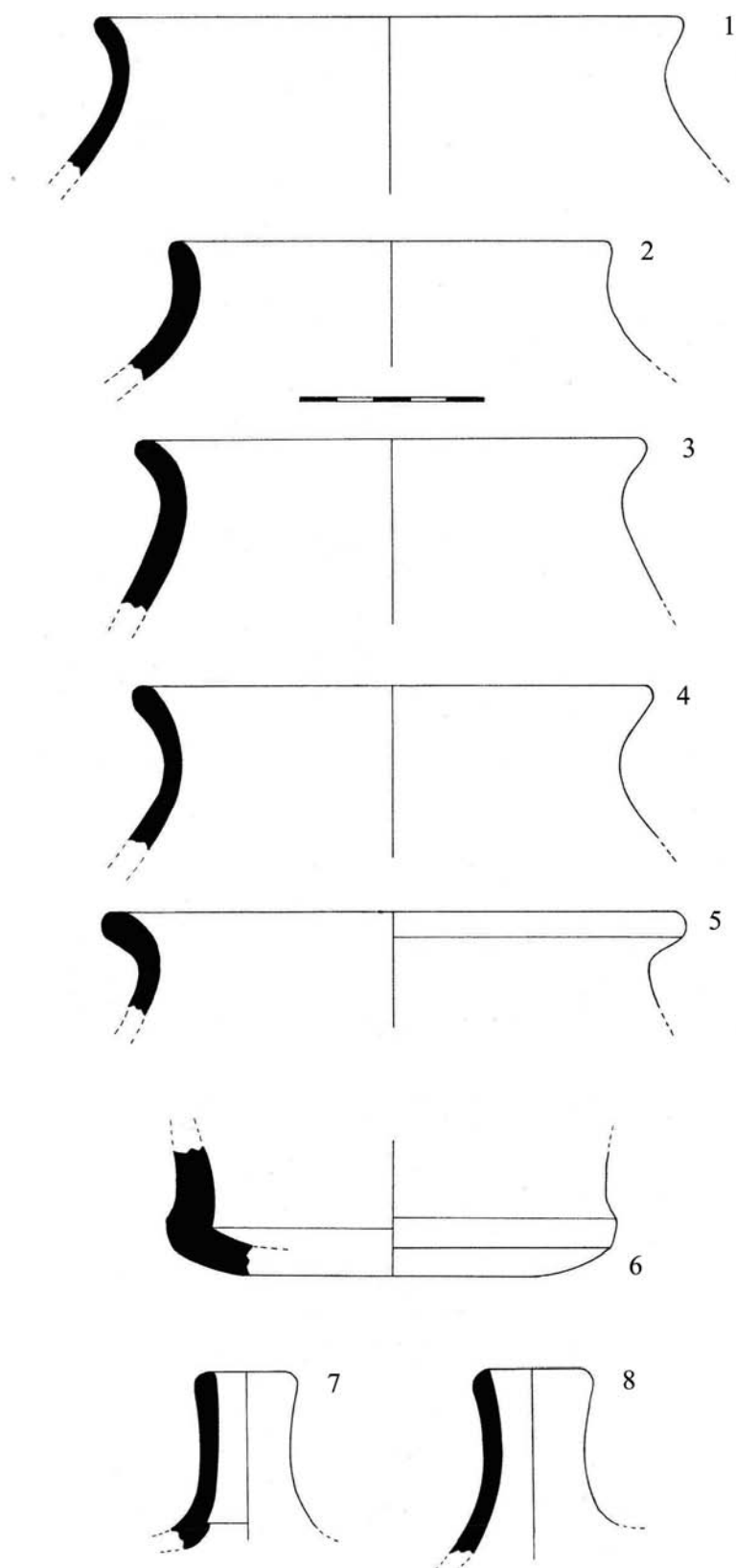


Fig. 37. Tipologías cerámicas de la fase emiral-califal.

cas, fechados en el siglo x, con un material cerámico que cuenta con evidentes paralelos con las ollas y jarrito aparecidos en Barbastro (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 111-113, figs. 20-27). Mucho más cercano a Barbastro es el asentamiento rural de Las Sillas de Marcén, donde se han recuperado niveles de ocupación que pueden ponerse en paralelo con los estudiados en dicha ciudad (SÉNAC, 1997: 210-212). De las fases más antiguas de este asentamiento pueden destacarse varios perfiles de ollas muy similares a los recuperados en el nivel emiral de Barbastro, cuyo descubridor fecha a mediados del siglo x (SÉNAC, 1997: 212, fig. 14).

No obstante, en la ciudad de Lérida también contamos con algunos elementos que permiten constatar la presencia de niveles emirales, como es el caso de los materiales recuperados en el fondo del silo 1 excavado en la iglesia de San Martín, donde se ha estudiado un conjunto cerámico fechado en el siglo x y compuesto por ollas y jarritos de perfiles muy similares a los estudiados en Barbastro (GALLART *et alii*, 1991: 30, figs. 133-136 y 52-54, fig. 155). También debemos citar los recientes hallazgos de Tudela, donde se han excavado niveles de ocupación protoislámicos, fechados entre los siglos VIII y IX, recuperándose también abundante material de época emiral con formas típicamente musulmanas (BIENÉS, 2007: 200-201).

Las últimas actuaciones en otros solares barbastrenses han permitido conocer la verdadera tipología de los pitorros-vertedores localizados en este nivel (fig. 37, 7-8), que se utilizan en las ollas y también han sido documentados en niveles islámicos de los siglos x y XI excavados recientemente en Monzón, aunque estos mismos elementos pueden aparecer en otros contextos, como en los niveles medievales del castillo de Boltaña (DELGADO y PÉREZ, 1998: 233, fig. 7, 11).

Otros yacimientos de la península ibérica donde podemos encontrar materiales vinculados a las fases protoislámicas del siglo IX e inicios del x, con paralelos con nuestros hallazgos, se localizan en diversos yacimientos del levante y sureste peninsular (GUTIÉRREZ LLORET, 1993 y 2007; CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993). Queremos insistir en el hecho de que en todos los casos analizados el repertorio tipológico es muy parco, no existe el vidriado y, en muchos de los yacimientos, se da una tradición cerámica que vincula estas primitivas producciones con las cerámicas hispanovisigodas. La escasa variedad tipológica de estas piezas coincide con los datos disponibles sobre dos yacimientos fundamentales para conocer este periodo, el de la Rápita de Guardamar y el de Pechina (ROSELLÓ, 1993: 24-25). También las fuentes árabes parecen

coincidir en la escasez de los tipos cerámicos de este momento, como algunos investigadores han destacado (ROSELLÓ, 1993: 21).

Los paralelismos citados, así como las fuentes árabes sobre Barbastro, en especial al-Udrí, nos indican que en el último tercio del siglo IX ya existe una medina consolidada en la ciudad y, como Corral afirma, a fines de dicho siglo esta ya cuenta con al menos dos arrabales (CORRAL, 1991: 272 y 286). Por otro lado, las fuentes islámicas hablan de la utilización de dichos arrabales en el 915 como refugio de uno de los contendientes en las luchas intestinas de la Marca Superior. Todos estos datos apoyan la cronología propuesta para este conjunto cerámico de Barbastro, situado entre finales del siglo IX e inicios del x, coincidiendo con los acontecimientos históricos narrados por las fuentes medievales.

8.5. La fase califal-taifal (siglos x-xi)

8.5.1. Instrumental metálico

Entre los elementos metálicos recuperados en la excavación destacaremos la presencia de una pieza de bronce, en buen estado de conservación, que se ha identificado como un instrumento quirúrgico o cosmético. Se trata de una varilla de 14,1 cm de longitud, uno de cuyos extremos termina en forma de cucharilla plana, mientras el otro lo hace de forma apuntada. Presenta la varilla una sección cilíndrica de unos 3 mm, salvo en la parte central del objeto, donde existe un engrosamiento de sección cuadrangular de más de 5 mm de diámetro, que muestra una decoración incisa a base de líneas paralelas y aspás. Junto al arranque de la cucharilla hay otro motivo inciso consistente en una doble línea en paralelo que inscribe una posible representación vegetal muy esquemática. Entre estas dos zonas decoradas aparecen otras dos líneas incisas y paralelas (fig. 47, 1).

Aunque este tipo de piezas es muy común en los yacimientos islámicos de la península ibérica, todavía no se ha realizado un trabajo exhaustivo sobre ellas, especialmente respecto a su tipología, decoración y funcionalidad, existiendo hoy en día una cierta controversia sobre su utilidad (ORTEGA, 2007: 144-153). Aunque en la bibliografía de los yacimientos aragoneses no suele hacerse mención de este tipo de piezas, lo cierto es que algunos autores han intentado un estudio más sistemático de las mismas, como en el caso de las excavaciones del castillo de Albarracín. Allí se han recuperado un número muy significativo

de varillas de bronce con cucharillas, aunque de un tamaño mucho menor y con una cronología que abarca del siglo XI al XIII. Su investigador las ha caracterizado como elementos de tocador o cosmética (ORTEGA, 2007: 150-153, piezas 40-49). También en el asentamiento rural fortificado de Zafranales, en Fraga, se ha recuperado un objeto metálico que podría interpretarse como una aguja o instrumento relacionado con la medicina o la cosmética (MONTÓN, 1997 b: figs. 37 y 79).

No obstante, fue como consecuencia de la publicación de las primeras excavaciones de niveles islámicos en suelo urbano de Calatayud, cuando se planteó con insistencia el interés de este tipo de piezas. La recuperación en el solar de la plaza del Carmen, 9, de una pequeña varilla con los dos extremos apuntados y un engrosamiento central con decoración incisa dentro de un nivel emiral de finales del siglo X (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 117-118, fig. 27, 2) dio pie a sus autores para realizar un recorrido por los principales hallazgos conocidos hasta esa fecha, citando desde las primeras piezas estudiadas en España (ZOZAYA, 1984) hasta otros paralelos repartidos por la península ibérica, como los realizados en Madrid, en contextos islámicos fechados entre los siglos XI y XIII, de los cuales destacaremos una pieza por su similitud con nuestro ejemplar de la calle Cerler (RETUERCE, 1988: 144, fig. 1, D-F). También se citan otros hallazgos de instrumentos de este tipo en lugares tan distantes de Barbastro como Calatrava la Vieja, en Ciudad Real, el castillo de Jijona y el poblado fortificado de El Castellar, en Alicante, o la ciudad toledana de Vascos (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997). De este último yacimiento procede un importante lote de piezas, cuyo investigador, ante su abundancia, ya planteó su posible uso como elementos de tocador (IZQUIERDO, 1994: 88-89, fig. 19, 3-7 y 155-157, fig. 20, 1-4). Por último, citaremos el hallazgo todavía inédito de una pieza con extremo apuntado y cucharilla —muy similar a nuestro ejemplar— recuperada en el poblado musulmán de Hoyo Mesa, en Villel de Mesa, Guadaluajara, que podría fecharse entre los siglos X-XI (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 118).

Recientemente se ha publicado un lote de varilla metálica procedente de los niveles andalusíes de Ategua (Córdoba). Los autores vuelven a revisar la problemática de estas piezas, pero en este caso incluyendo un buen número de citas medievales islámicas. De dicho estudio se desprende la existencia de muy diverso material metálico de uso cosmético, quirúrgico o higiénico-sanitario, fechado entre los siglos X-XIII y con un posible centro productor en la zona andaluza (REKLAITYTE y MARTÍN-BUENO, 2008: 328-334, lám.

iv). Entra dentro de lo posible que tanto nuestro ejemplar como el aparecido en los niveles emirales de Calatayud pudieran proceder del mismo taller artesano, dada la presencia en ambos casos del engrosamiento central decorado con incisiones.

La cronología de estos instrumentos quirúrgicos o cosméticos se encuentra fijada en los diferentes yacimientos citados desde el siglo X hasta el XIII, si bien su momento de mayor utilización parece concentrarse entre los siglos X y XI. En cuanto al ejemplar recuperado en nuestra excavación, debe fecharse entre fines del siglo X y la primera mitad del XI, a tenor del contexto arqueológico de la UC 1102, datada por otros elementos cerámicos. No podemos pronunciarnos sobre el uso de este objeto, ya que pudo usarse tanto en prácticas médicas como en cosmética, pero lo cierto es que se trata de una pieza de excelente factura y finamente decorada, lo que indica sin lugar a dudas que se trataba de un instrumento de cierto valor.

8.5.2. *El material cerámico*

Las cerámicas que pueden englobarse en este periodo cuentan, como ya hemos visto, con una cierta amplitud cronológica que abarca desde el último cuarto del siglo X hasta el último tercio del siglo XI. El conjunto cerámico de esta fase coincide con el momento de mayor desarrollo y esplendor de la ciudad de Barbastro, y se caracteriza por una mayor variedad tipológica y la generalización progresiva de técnicas típicamente islámicas, como el vidriado en melado monocromo. Entre dichas técnicas decorativas destaca la decoración de formas abiertas en verde y manganeso con motivos epigráficos, geométricos y zoomorfos, además de la decoración de manganeso bajo cubierta melada. También es bastante común la técnica de la cuerda seca parcial, sin que por el momento se haya localizado ningún resto de loza dorada. Las pastas oscilan entre las reductoras de tonos grisáceos para las cerámicas de cocina y las anaranjadas para el servicio de mesa. En cuanto al estudio y definición tipológica, hemos individualizado una serie de tipos generales, que pasamos a analizar a continuación.

A) *Formas cerradas*

— *Ollas/marmitas*. Aparece de forma bastante significativa en todas las unidades estratigráficas fechadas en esta fase y presenta unos perfiles muy similares, entre los que hemos podido identificar las siguientes variantes principales (figs. 38-39):

- a) Olla globular con cuello ligeramente convergente, borde exvasado y labio oblicuo exterior. Presenta cocción reductora, doble asa de cinta de sección cóncavo-convexa y una decoración de pequeñas incisiones (fig. 38, 1). Contamos con un paralelo exacto procedente de las excavaciones previas realizadas en Barbastro en el solar de la calle la Esperanza, 17, donde aparece una olla prácticamente idéntica a nuestro ejemplar (JUSTE, 1995: 75, fig. 17). Es una forma bastante común en el entorno geográfico de Barbastro, pues la encontramos en piezas casi idénticas en Lérida, en la iglesia de San Martín, en el estrato I, fechado a fines del siglo XI o inicios del XII (GALLART *et alii*, 1991: 30 y 35, fig. 86), y en la plaza de Sant Salvador fechada en la segunda mitad del XI (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 126). También son muy comunes en algunos asentamientos rurales, como el excavado en el yacimiento de Zafranales, donde encontramos perfiles casi idénticos fechados entre fines del siglo XI y comienzos del XII (MONTÓN, 1997: 191, figs. 27, 35 y 41), o en el de Las Sillas de Marcén, donde aparece el mismo tipo de ollas decoradas con incisiones o peine y fechadas desde finales del siglo X hasta finales del XI (SÉNAC, 1999: 27, fig. 11, a). En este último yacimiento destacan por su abundancia y su similitud tipológica con las piezas de Barbastro los ejemplares aparecidos en el sector II de la excavación, en la habitación 8, todos ellos decorados con motivos de peine (SÉNAC, 2002: 23, figs. 10-13). Por el contrario, es un perfil que no aparece ni en los niveles islámicos de Zaragoza ni en los de Calatayud, por lo que hay que pensar que se trata de una producción comarcal localizada en el entorno geográfico que estamos analizando.
- b) Olla globular de cuello cóncavo, bien desarrollado, y borde exvasado de sección triangular con el labio caído, formando una arista bien marcada. Presenta cocción reductora, doble asa de cinta de sección cóncavo-convexa y una decoración de peine que alterna líneas horizontales con otras onduladas (fig. 38, 2-4). Como ocurre en el caso anterior, también encontramos paralelos de este perfil en el entorno geográfico de Barbastro, como es el caso de la iglesia de San Martín de Lérida en su estrato I, donde convive con la forma anteriormente citada (GALLART *et alii*, 1991: 33, figs. 53-56), o también en el Tossal de Solibernat, en Torres de Segre, donde se ha fechado a mediados del siglo XII (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 129). También hemos detectado su presencia en el asentamiento rural fortificado de Zafranales, donde asimismo coexiste con el perfil anterior (MONTÓN, 1997: figs. 33 y 43). Al igual que en el caso anterior, su clara dispersión geográfica nos hace pensar en una producción comarcal.
- c) Olla de cuerpo globular, cuello convergente y borde reentrante con rebaba interior plana y amplia, para recibir la tapadera. Tiene una cocción oxidante y presenta arranque de un asa, aunque muy bien pudo contar con dos. Cuenta con una profusa decoración pintada con manganeso a base de bandas horizontales que enmarcan una línea ondulada (fig. 39, 1). Aunque se trata de un perfil poco conocido, hemos localizado un paralelo, que puede ser un precedente, en el silo 1 de la iglesia de San Martín de Lérida, aunque en este caso sin decoración, junto a otra pieza similar de la misma procedencia con decoración de peine, ambas fechadas a finales del siglo X (GALLART *et alii*, 1991: 37, figs. 138 y 140). No obstante, el contexto estratigráfico de nuestra pieza y su decoración nos llevaría a situarla a mediados del siglo XI o a comienzos de la segunda mitad de dicho siglo.
- d) Olla de cuerpo globular, cuello cilíndrico ligeramente reentrante y borde vuelto y engrosado con una sección cuadrangular. Tiene una cocción oxidante y presenta una decoración de pintura con manganeso a base de bandas horizontales que enmarcan una línea ondulada (fig. 39, 2).
- e) Olla de cuerpo globular, cuello cilíndrico con moldura en relieve muy acusada en la unión del cuerpo con el cuello y borde vuelto redondeado con labio caído. Tiene una cocción oxidante y presenta una decoración de pintura con manganeso a base de dos bandas horizontales en el centro del cuello (fig. 39, 3).
- f) Pequeña ollita de cuerpo globular, cuello cóncavo o estrangulado y borde ligeramente exvasado. Cuenta con cocción oxidante y presenta una decoración pintada con manganeso a base de una línea horizontal junto al borde y dos líneas horizontales que enmarcan otra línea ondulada bastante irregular (fig. 39, 4).

Estas tres últimas variantes presentan unas características específicas que las diferencian del servicio de cocina. Pudieron ser utilizadas en el servicio de mesa, teniendo en cuenta su decoración y acabados, que, de alguna manera, pretenden imitar la riqueza de la cerámica con decoración vidriada. No obstante, la ausencia de paralelos conocidos para este tipo de piezas nos permite plantear la posibilidad de que se trate de producciones locales o del entorno geográfico cercano.

— *Cazuelas*. Al igual que las ollas, es una forma relativamente abundante entre la cerámica común de cocina y aparece en los principales contextos estratigráficos documentados en la calle Cerler. Como en el caso anterior, presenta dos variantes formales (fig. 40):

- a) Cazuela de fondo abombado, carena acusada y borde exvasado con engrosamiento del labio y moldura interior. Aunque no se conservan en el fragmento dibujado, debe de tratarse de una pieza con una o dos asas. Presenta una decoración incisa de una línea quebrada sobre la carena (fig. 40, 1). Una vez más es en el contexto geográfico más cercano donde encontramos paralelos de esta variante, como es el caso del castillo de Alberuela de Tubo, yacimiento del que se han dado a conocer dos ejemplares con el cuerpo carenado y el mismo tipo de borde con moldura interior, aunque en este caso más acusada, siendo fechados en la segunda mitad del siglo X (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 78-79).
- b) Cazuela de fondo abombado, cuerpo con carena y borde muy ligeramente exvasado con perfil triangular al exterior. En un caso aparece un asa, aunque es muy posible que los ejemplares de este tipo contasen con dos. En las dos que se publican aparece la misma decoración sobre la carena, en forma de pequeñas incisiones oblicuas (fig. 40, 2 y 3). Como en el caso anterior, los paralelos más evidentes remiten a yacimientos cercanos a Barbastro, como los de Lérida, donde aparecen cazuelas carenadas con borde triangular en los estratos I y II de la iglesia de San Martín (GALLART *et alii*, 1991: 33, fig. 51, y 35, fig. 85). También encontramos cazuelas de perfiles muy similares en Pla d'Almatà, en Balaguer, aquí fechadas a fines del siglo XI o inicios del XII (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 81). Al igual que en el caso de las ollas, los perfiles ahora

tratados parecen corresponder a producciones de carácter comarcal o local que tuvieron una difusión muy localizada, como parece confirmar el hallazgo de cazuelas muy similares a nuestros ejemplares con doble asa y carena acusada en el silo 1 del solar de la UNED de Barbastro, en plena medina, fechados en el siglo XI (MONTÓN, 1995-2000: 192).

— *Jarros/cántaros*. Los jarros o cántaros, tanto en su versión para transporte y almacenamiento como la de vajilla de mesa, cuentan con una buena representación entre el ajuar cerámico recuperado en la excavación, aunque la fragmentación de dichas piezas nos impide conocer sus perfiles más característicos. No obstante, hemos seleccionado las siguientes variantes (fig. 41):

- a) Jarro incompleto de fondo plano con ligero pie, cuerpo con tendencia globular y arranque de cuello cilíndrico, con un baquetón, o moldura triangular, bien marcado. Cuenta con un asa de cinta de sección anular, cocción ligeramente reductora y vedrío interior y exterior, con melado interior y verde amarillento al exterior (fig. 41, 1). De este perfil solo hemos encontrado un galbo prácticamente idéntico, localizado en el solar de la calle Rúa de Dato angular a calle San Miguel, en Calatayud, fechado entre el siglo XI y el XII (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: fig. 49, 3).
- b) Fragmento de borde de jarro/cántaro de cuello cilíndrico ligeramente abierto al exterior y con borde redondeado con ligero saliente. Presenta una cocción oxidante y una rica decoración pintada con manganeso que cubre todo el fragmento: bajo una línea quebrada en zigzag, aparecen dos motivos separados, el primero de ellos, una retícula cuadrangular con cuatro trazos verticales, junto a la que hay un motivo pseudoepigráfico (fig. 41, 3).
- c) Cuello de jarro con paredes convergentes, borde recto y apuntado y moldura o baquetón triangular bien marcado en su parte inferior. Su cocción es oxidante y su decoración ocupa toda la superficie exterior, con bandas horizontales pintadas con manganeso que enmarcan una serie de aspas incisas, así como una hilera de ligeros hoyuelos impresos en la moldura inferior (fig. 41, 2). La rica y exuberante combinación de técnicas decorativas de esta pieza nos indica que debió de tratarse de un

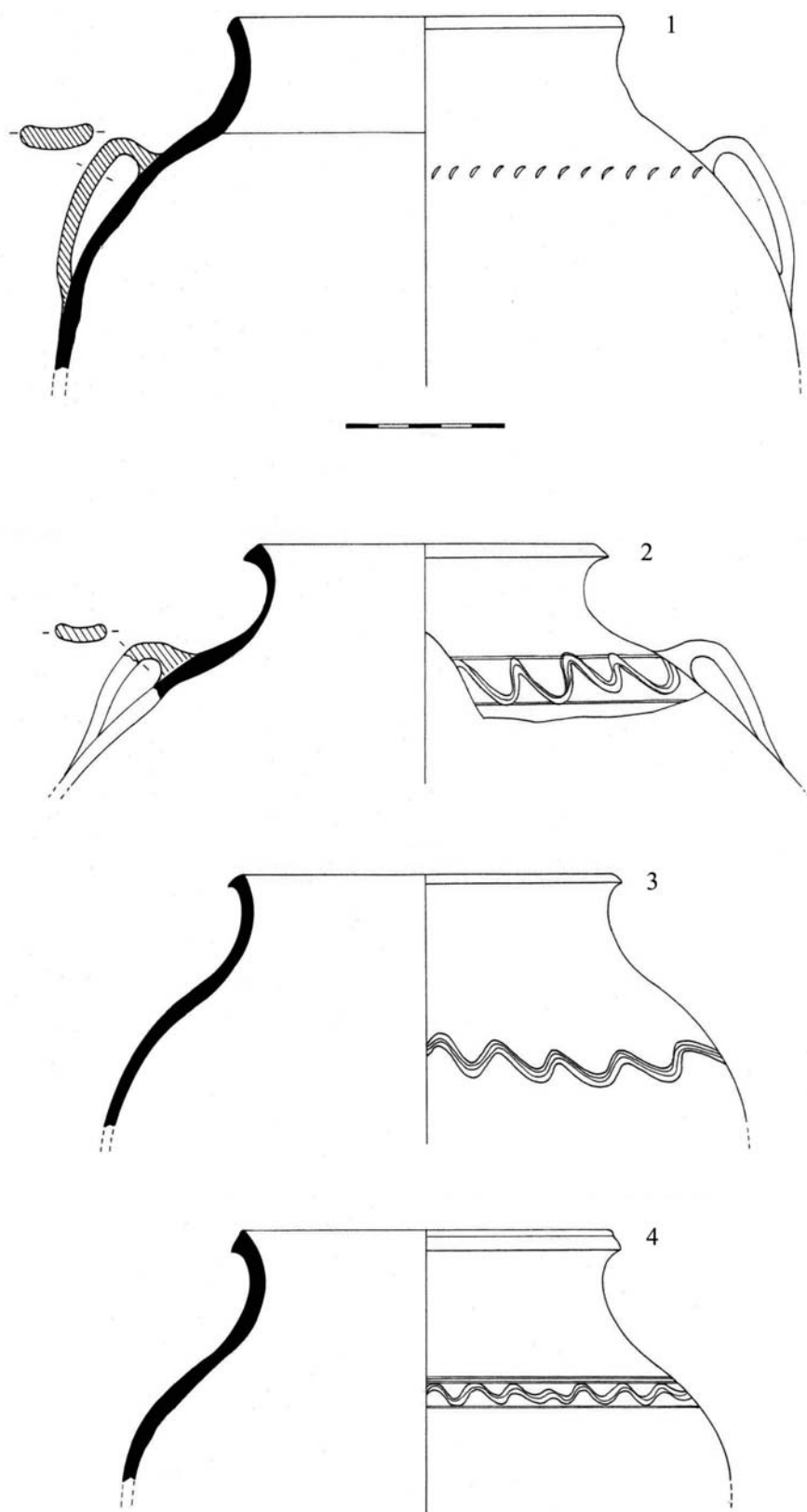


Fig. 38. Ollas.

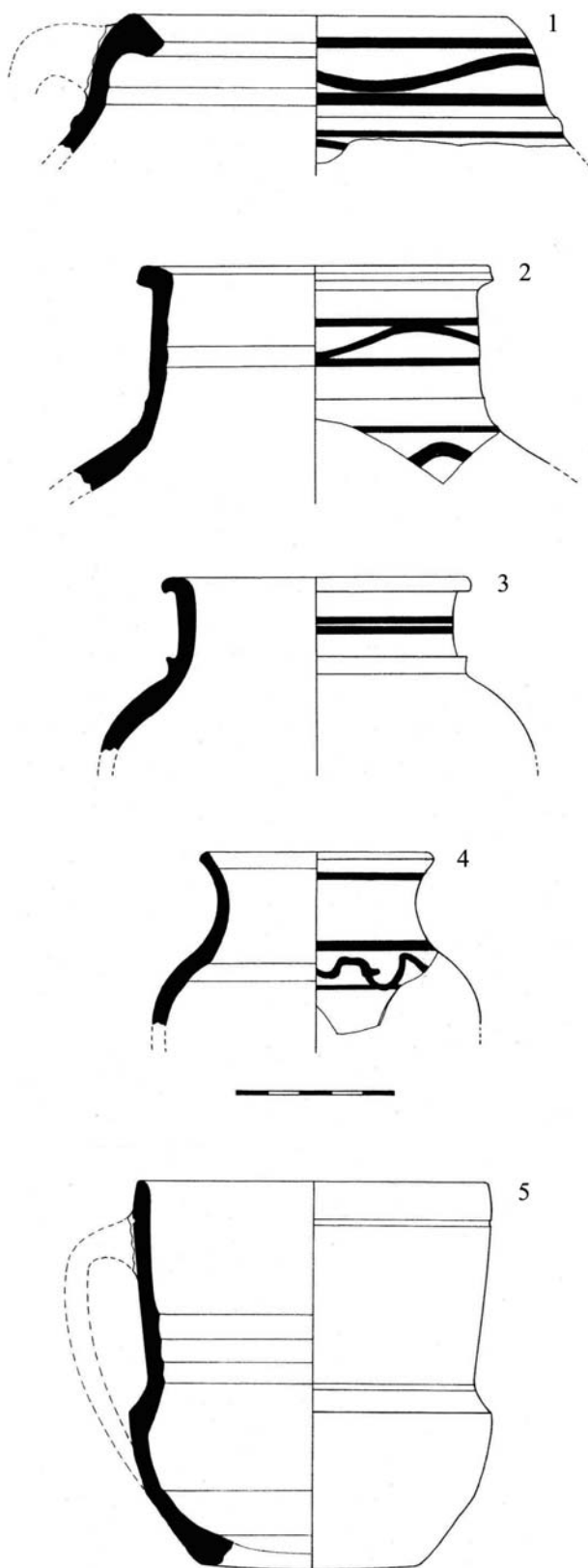


Fig. 39. Ollas y jarritos.

elemento de vajilla de lujo, de cuya decoración solo hemos encontrado un paralelo cercano en un borde similar de jarra o jarro aparecido en el estrato II de la iglesia de San Martín de Lérida, que también se encuentra decorado con líneas incisas paralelas e inclinadas en el borde (GALLART *et alii*, 1991: 34, fig. 68).

- d) Cuello de jarro de paredes ligeramente reenfrantes, perfil exterior moldurado y borde recto, redondeado y engrosado, con carena interior y exterior que estrangula el cuello por su parte inferior. De cocción oxidante, presenta una decoración pintada en manganeso a base de líneas horizontales y curvas (fig. 41, 4). Esta forma es más común que los perfiles anteriores; la encontramos en la propia ciudad de Barbastro, en el interior de la medina, entre el ajuar cerámico recuperado en el silo 1 del solar de la UNED, en un contexto que permite a su excavador fecharlo en el siglo XI (MONTÓN, 1995-2000: 192). Parecida cronología aportan los muy similares paralelos de esta variante aparecidos en el silo 2 de la iglesia de San Martín de Lérida (GALLART *et alii*, 1991: 38, figs. 167 y 168), al igual que los ejemplares recuperados en el asentamiento rural de Zafrales, en Fraga, que cuentan con una decoración pintada semejante (MONTÓN, 1997: fig. 34, 13-14), así como los ejemplares de jarro recuperados en las excavaciones del solar del Círculo Católico de Huesca (JUSTE, 1994: 166, fig. 41, 4) y del solar de la sede de la Diputación Provincial, este último con una decoración pintada que también combina las líneas horizontales con las curvas (ESCO, 1987: 107).

— *Jarrito*. Aunque algunos fragmentos permiten suponer la presencia muy significativa de estos vasos de pequeño y mediano tamaño y una sola asa usados básicamente para beber, solamente hemos podido recuperar un ejemplar que permite identificar su perfil prácticamente completo. Se trata de una pieza de cuello cilíndrico ligeramente abierto, borde recto y redondeado con una acanaladura bien marcada junto al arranque del asa; presenta una carena baja muy acusada y cuerpo de tendencia globular aplastada con el fondo plano o ligeramente abombado (fig. 39, 5). Los jarritos son una de las formas cerámicas más antiguas y mejor difundidas de la cerámica islámica en la península ibérica y aparecen en todos los asentamientos desde época emiral, como lo demuestra su presencia

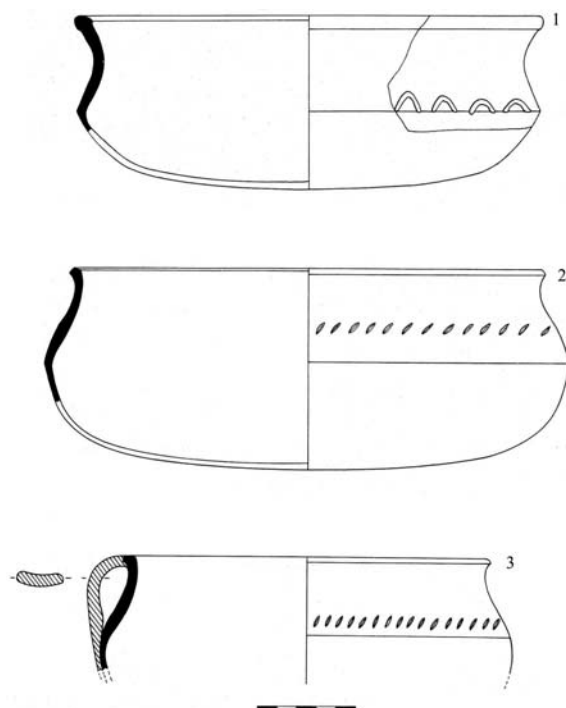


Fig. 40. Variantes de cazuelas.

en los niveles de dicha época en Zaragoza (GALVE, 1988: 244, fig. 4, 11) o en Calatayud, donde encontramos ejemplares muy similares, tanto de época emiral del siglo X (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: figs. 20, 2 y 21, 1) como de época califal-taifal, en un ejemplar muy similar al nuestro, fechado entre finales del siglo X y el primer tercio del XI (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 132, fig. 40, 4). A partir del siglo XI es una pieza generalizada en todos los ajuares domésticos islámicos, suavizándose su perfil y dotándose de decoración pintada, por lo que solo citaremos su aparición en todos los yacimientos conocidos de la Marca Superior, aunque destacaremos la presencia de perfiles muy semejantes en Lérida, en la plaza de Sant Joan, en un contexto que va de finales del siglo XI a la primera mitad del XII (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 108), o en el yacimiento de Las Sillas de Marcén, aquí fechados entre el siglo X y el XI y con decoración pintada de bandas (SÉNAC, 1999: 21, fig. 11, c-d). Estos ejemplares presentan una cronología similar a los que se recuperaron en la excavación del campo de silos islámicos de la plaza de Santo Domingo de Monzón (DELGADO, 1998: 14, lám. 3).

— *Jarritas*. Entre el material cerámico recuperado en la excavación destaca la presencia, muy significativa, de una forma muy típica de los niveles de

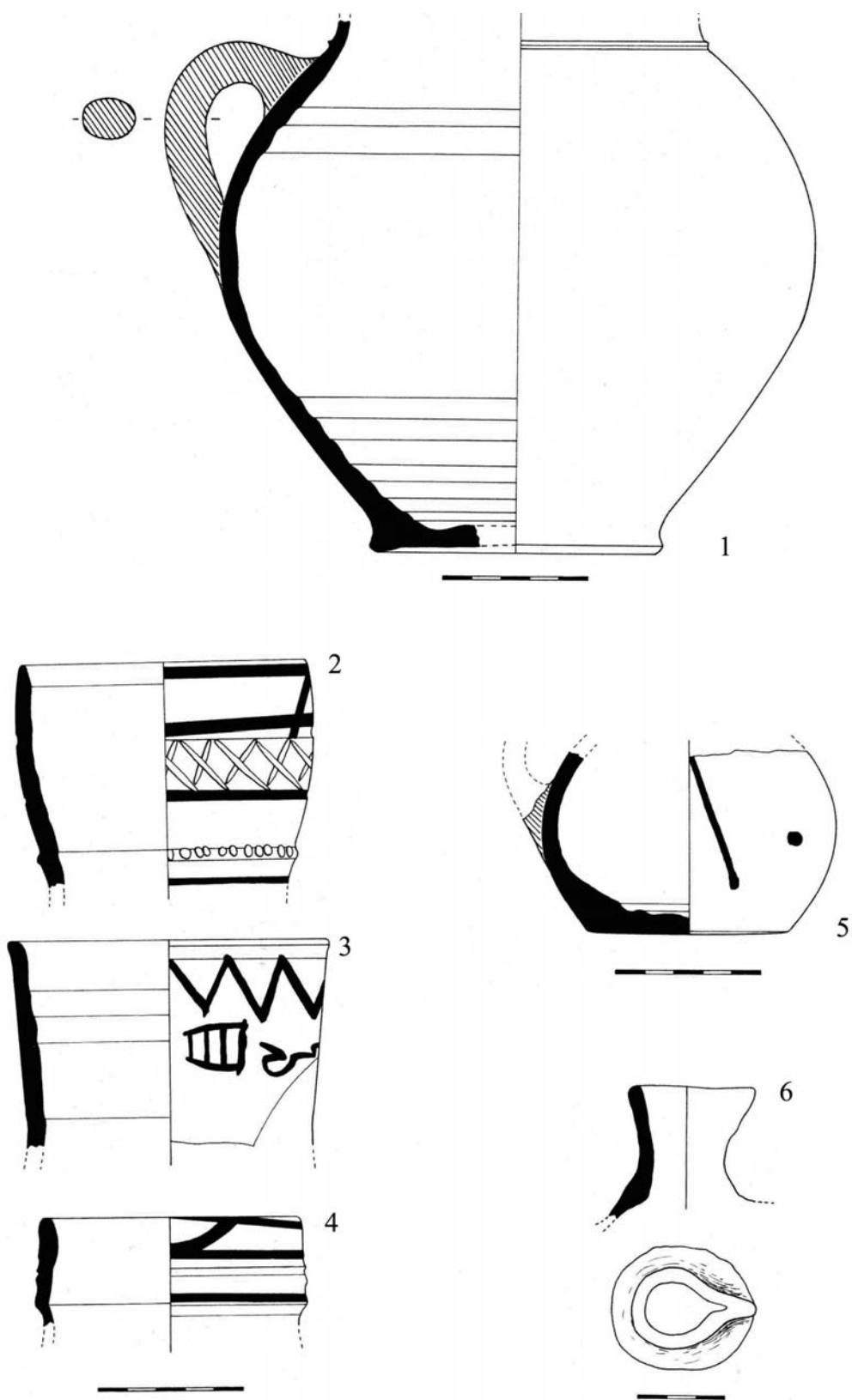


Fig. 41. Jarros y redomas.

ocupación islámica, sobre todo a partir del siglo XI: la jarrita. Pieza principal, junto al ataífor, en la vajilla de mesa, suele aparecer profusamente decorada y cuenta, dentro de unas características generales como el cuerpo globular, cuello desarrollado y doble asa, con una serie de variantes, de las que hemos podido diferenciar las siguientes (figs. 42-43):

- a) Jarrita de pequeño tamaño, con cuerpo globular ligeramente aplastado, cuello ligeramente exvasado, presencia de filtro en la unión interior del cuello con el cuerpo, doble asa de cinta y fondo con pie anular bien marcado. Las dos piezas que presentamos aparecen con una decoración muy distinta: mientras la primera cuenta con dos bandas decorativas realizadas en la panza en cuerda seca parcial en verde y manganeso con motivos vegetales y ovas (fig. 42, 1), la segunda solo presenta una sencilla decoración pintada en manganeso a base de dos líneas horizontales y puntos o trazos sueltos (fig. 42, 2). En este grupo podríamos incluir un pequeño fragmento de cuerpo de jarrita con decoración en cuerda seca en verde y manganeso con posibles motivos epigráficos (fig. 43, 3).
- b) Jarrita muy incompleta cuyos fragmentos han permitido la restitución del borde, cuello, asa y parte superior del cuerpo. Presenta cuello muy desarrollado ligeramente abierto al exterior, con borde recto y apuntado, asa anular con apéndice de botón y cuerpo globular. La banda decorada del cuerpo muestra una decoración geométrica muy incompleta que parece sugerir el *cordón de la eternidad*, mientras que la banda superior junto al borde no permite demasiadas precisiones (fig. 42, 3).
- c) Jarritas de mediano tamaño cuyo fondo desconocemos. Presentan un cuerpo globular, la unión de este con el cuello bien marcada por una moldura o baquetón, el cuello cilíndrico y el borde muy moldurado y ligeramente reentrante con labio redondeado. Aunque no se conservan en ningún caso, suponemos que se trata de vasijas con dos asas de cinta. En ambas la decoración de cuerda seca parcial se distribuye en dos bandas, la superior en el cuello y la inferior en la panza, con motivos en verde y manganeso o verde y vidrio melado que desarrollan el motivo del *cordón de la eternidad* o series de ovas entrelazadas (fig. 43, 1 y 2).

Aunque los paralelos de estas piezas son muy abundantes, señalaremos los más significativos. Aparecen jarritas con decoración de cuerda seca parcial en la ciudad de Lérida, en la iglesia de San Martín, con el motivo del *cordón de la eternidad* en un fragmento de cuello y panza con presencia de filtro (GALLART *et alii*, 1991: 35, fig. 102), así como en el antiguo portal de Magdalena, con representación de cenefas vegetales y *cordón de la eternidad*, en un ejemplar de jarrita con asas de apéndice de botón (LORIENTE, 1990: 68), junto a otros ejemplares que también presentan restos de motivos epigráficos o escritura cúfica (LORIENTE, 1990: lám. 14) y otras piezas con decoración de ovas entrelazadas y cenefas vegetales (jarritas con filtro y asas de apéndice de botón), que junto con las anteriores son fechadas entre finales del siglo X y el segundo tercio del siglo XI (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 87-89 y 97). En el yacimiento de Pla d'Almatà de Balaguer aparecen jarritas con apéndices de botón y cuellos muy desarrollados, con decoraciones en cuerda seca de motivos vegetales y *cordones de la eternidad*, fechadas en la primera mitad del siglo XI (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 90-91). También aparecen jarritas en los niveles de ocupación islámicos del solar del Círculo Católico, con motivos en cuerda seca de marcada tipología geométrica (JUSTE, 1994: fig. 41, 1 y 2), y en el cercano asentamiento de Las Sillas de Marcén, donde puede haberlas tanto con motivos de ovas en cuerda seca parcial como con motivos epigráficos pintados en manganeso (SÉNAC, 2003: figs. 9, 12 y 13). No obstante, es en el propio Barbastro donde encontramos piezas muy similares a las presentadas en este artículo. En las excavaciones realizadas en el solar de la UNED, calle Argensola, 55, se recuperó un importante ajuar cerámico procedente de varios silos vinculados a una ocupación doméstica de la zona, situada en plena medina, en el cual se localizan varias jarritas con doble asa y apéndices de botón, con decoración de cuerda seca parcial de motivos geométricos (MONTÓN, 1995-2000: 192).

Otras piezas similares se han localizado en el valle medio del Ebro, en la propia Zaragoza, donde es un elemento representativo en los niveles de abandono del arrabal del paseo de la Independencia, en el cual aparece en jarritas de cuello muy desarrollado y asas con apéndices de botón (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 198); también aparecen vinculadas a los niveles de ocupación más tardíos de Tudela, donde se presenta con profusión decorando jarritas con motivos geométricos (BIENÉS, 1987: 130-134, láms. XI-XIV). Todavía dentro de los actuales límites de Aragón, encontramos jarritas con decoración de cuerda seca parcial en los

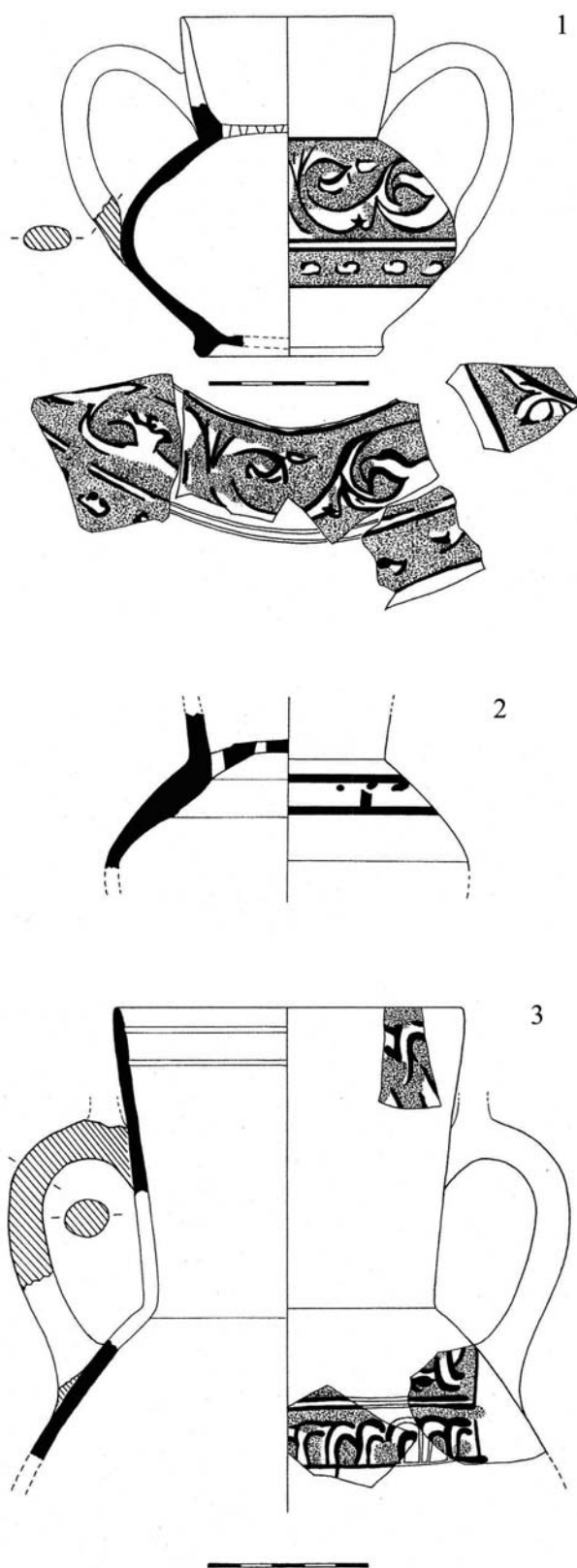


Fig. 42. Variantes de jarritas.

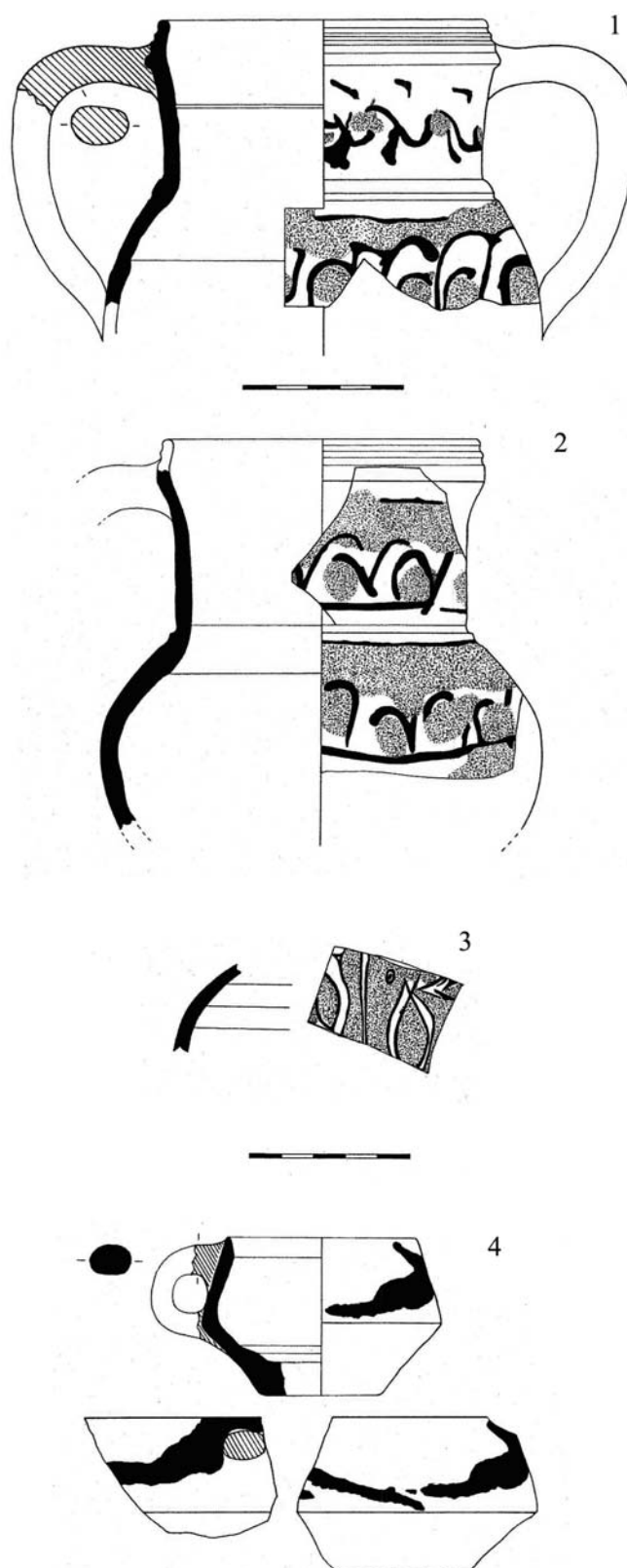


Fig. 43. Variantes de jarritas.

niveles palaciales del castillo de Albarracín entre los siglos XI y XII, con motivos en verde, turquesa, melado y manganeso de carácter vegetal, geométrico y epigráfico (ORTEGA, 2007: 274-278).

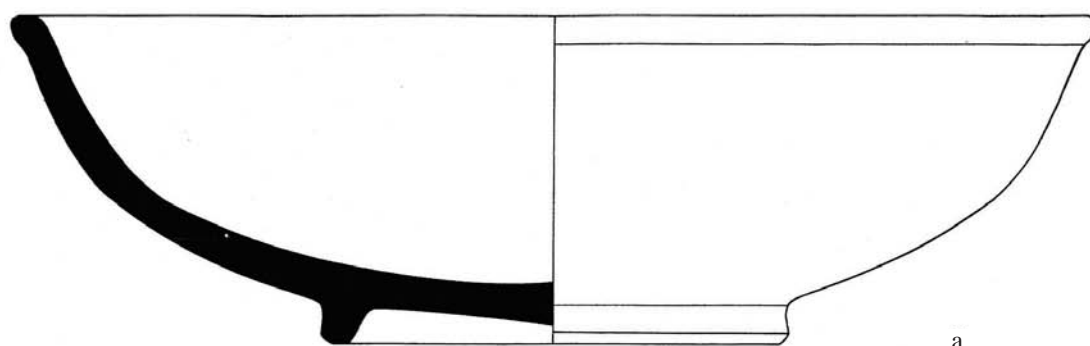
La serie *jarrita con presencia de filtro en la unión del cuello con el cuerpo* fue clasificada por Roselló en su sistematización de la cerámica islámica de Palma de Mallorca dentro de su tipo *Bee* (ROSELLÓ, 1978: 57, fig. 11). La encontramos ya desde finales del siglo X y durante todo el siglo XI totalmente extendida por el territorio de *al-Andalus*, pudiendo perdurar hasta el siglo XIII. Las jarritas con filtro y botones son características del siglo XI, y es en esta forma donde se desarrolla la práctica totalidad de la decoración de cuerda seca parcial (SOLER, 1990: 112-114). Otros paralelos de nuestras piezas se han estudiado en Valencia, donde encontramos jarritas con cuello muy desarrollado y decoración de motivos vegetales (BAZZANA, 1983: 129-132, figs. 41-42), y en Madrid, decoradas con el *cordón de la eternidad* sobre vasijas de cuello muy desarrollado (RETUERCE, 1990: 156-157).

— *Taza*. Aunque tiene una presencia minoritaria en los ajuares de este momento, hemos estudiado un pequeño vasito de perfil bitroncocónico con un asa de puente y borde apuntado con ligero engrosamiento interior y fondo plano, aparecido en el relleno del pozo del espacio 1 en la UE 1102. De cocción oxidante, presenta vedrío melado en el interior y exterior de la pieza, con una decoración de una banda irregular en manganeso bajo cubierta (fig. 43, 4). Ejemplares de mayor tamaño, aunque de perfil casi idéntico, fechados en la segunda mitad del siglo X, se han recuperado en el castillo de Alberuela de Tubo (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 112) y en Las Sillas de Marcén, con una decoración de cronología similar (SÉNAC, 2002: fig. 27). También conocemos otro ejemplar parecido hallado en los niveles islámicos del solar del Círculo Católico de Huesca, en un contexto doméstico del siglo XI (JUSTE, 1994: fig. 40), así como otros recuperados en las excavaciones de Zaragoza, como el ejemplar, mucho más tardío, del nivel del abandono de la morería del paseo de la Independencia (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 184), y otras piezas inéditas recuperadas en las excavaciones de los arrabales islámicos de esta ciudad en el solar de Hacienda en la calle Albareda, 18.

— *Redomas*. Se trata de vasijas de pequeño y mediano tamaño, de cuerpo globular y cuello desarrollado, con un asa y borde con o sin pico vertedor, realizadas tanto con vedrío como sin él, que pudieron

tener una función ambivalente, como contenedores de ungüentos o perfumes, o como aceiteras o vinajeras (AZUAR, 1986: 185). De los dos tipos definidos por ROSELLÓ (1978) el tipo I sería más antiguo tipológicamente; se caracteriza por su largo y desarrollado cuello cilíndrico, con una posible tradición bizantina (AZUAR, 1986: 186); aparece desde el siglo IX en yacimientos emirales como Pechina (CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993, 110: láms. IX, 1 y XIX, 7-9). Mientras, el tipo II aparece en *Medina al-Zahra* y *Medina Ilibira* a partir del siglo X (AZUAR, 1986: 186). En la excavación de la calle Cerler de Barbastro se han localizado piezas de los dos tipos, aunque ninguna con la forma completa:

- a) Redoma de la que se conserva el fondo algo convexo, cuerpo globular y arranque del asa, realizado en cocción oxidante y con vedrío interior y exterior, con decoración de líneas o goterones en manganeso bajo cubierta melada (fig. 41, 5). Esta pieza puede clasificarse dentro del tipo I de Roselló y cuenta con abundantes paralelos en los principales yacimientos de la Marca Superior, destacando su presencia en Lérida: en el antiguo portal de Magdalena, con piezas decoradas tanto en verde y manganeso como en manganeso bajo cubierta melada y fechadas entre el siglo XI y comienzos del XII (LORIENTE, 1990: 93 y 101); y en los niveles andalusíes de la iglesia de San Martín, en los rellenos de los silos 1 y 2, aquí fechados entre fines del siglo X y el siglo XI (GALLART *et alii*, 1991: 38, figs. 157 y 158). Una pieza muy similar, aunque de cuello algo más ancho, procede de los niveles islámicos del solar del Círculo Católico, fechados en el siglo XI (JUSTE, 1994: fig. 41, 3). Es asimismo una forma muy abundante en el yacimiento de Zafrales, donde aparece con profusión en los niveles de ocupación islámica, aunque con perfiles más evolucionados (MONTÓN, 1997: fig. 33). Por su contexto estratigráfico y cronológico, cabe citar, por último, la aparición de piezas muy semejantes en los niveles previos a la construcción del arrabal excavado en el paseo de la Independencia de Zaragoza, donde se han recuperado varias redomas en el pozo UE 601, fechado entre fines del siglo X y comienzos del XI (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 279-286).
- b) Fragmento de redoma de la que se conserva un cuello corto cilíndrico algo abierto con pico



a



b

Fig. 44. Ataifor con figura zoomorfa.

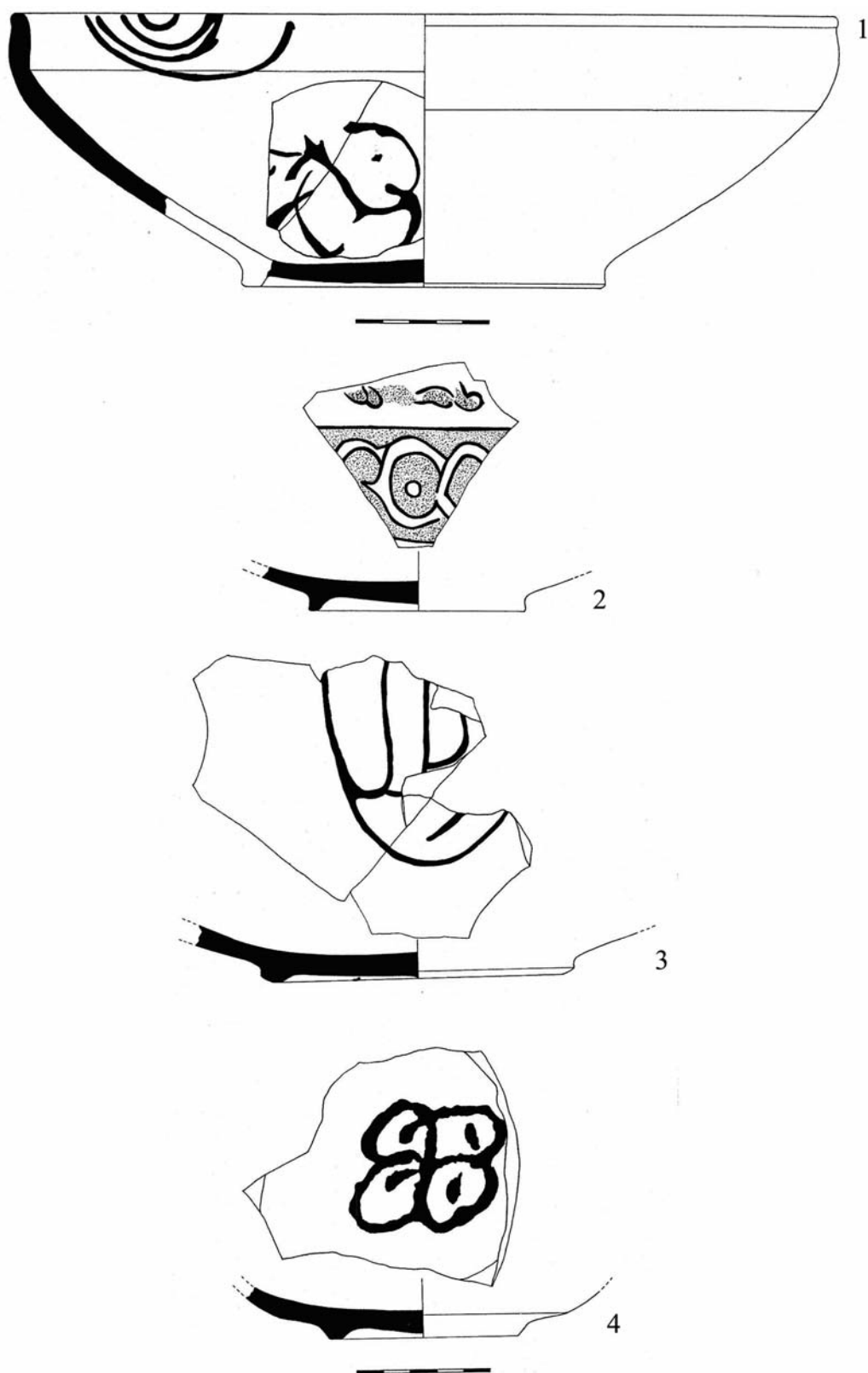


Fig. 45. Ataifores.

vertedor, realizado por cocción reductora y sin vedrío, característico del tipo II de Roselló (fig. 41, 6). Aunque no hemos encontrado en el entorno geográfico cercano ejemplares que puedan asimilarse a esta variante, sí hallamos cuellos de redomas con pico vertedor en perfiles ya conocidos de Lérida o Zafranales, por lo que no insistiremos en este punto.

B) Formas abiertas

— *Ataifores*. Entre los materiales cerámicos de la excavación de la calle Cerler aparecen muy bien representados los ataifores, todos ellos vidriados y decorados, tanto en verde y manganeso sobre engalba blanca como con manganeso bajo cubierta melada. A efectos tipológicos hemos establecido las siguientes variantes (figs. 44-45):

- a) Ataifor de perfil con tendencia hemiesférica, borde ligeramente moldurado y redondeado y pie anular desarrollado, clasificable dentro del tipo III de ROSELLÓ (1978, 19: fig. 2). Presenta una decoración en verde y manganeso sobre engalba blanca en la que se representa una figura zoomorfa a la que le falta la cabeza; identificada con un león rodeado de motivos florales tetralobulados, es una pieza sobre la que hablaremos monográficamente a continuación (fig. 44, a).
- b) Ataifor de cuerpo con perfil de tendencia hemiesférica, borde ligeramente moldurado y reentrante con carena interior acusada y pie anular desarrollado, clasificable entre los tipos II —ataifores carenados— y IV —ataifores de borde reentrante— de ROSELLÓ (1978), aunque morfológica y cronológicamente se ajusta más al tipo VI de ESCO, GIRALT y SÉNAC (1988: tabla de formas cerámicas), definido para las cerámicas andalusíes de la Marca Superior. Esta forma se caracteriza por tener decoración en el borde interior hasta la carena, así como en el fondo del vaso. En la pieza que presentamos el vedrío se conserva muy mal, pero permite reconstruir su esquema decorativo. Aunque el exterior no tiene vedrío, el interior cuenta con una preparación de engalba blanca sobre la que se pinta con manganeso, y posiblemente restos de verde, cuatro semicírculos concéntricos, situados en el borde interior, y un motivo lotiforme en el fondo (fig. 45, 1).
- c) Fondos indeterminados de ataifores o jofainas.

En este grupo presentamos tres fragmentos de fondo de ataifor decorados, cuya descripción es la que sigue (fig. 45, 2-4):

- Fragmento de fondo de ataifor o jofaina con vedrío melado interior y exterior que presenta una flor de loto seccionada en cuatro lóbulos con trazo central, realizada en manganeso bajo cubierta melada (fig. 45, 4).
- Fragmento de fondo de ataifor con vedrío melado interior y exterior y decoración de manganeso bajo cubierta melada con motivo central de trazos curvos y paralelos que deben identificarse con la representación de la mano de Fátima (fig. 45, 3).
- Fragmento de fondo de ataifor con vedrío verde exterior y decoración interior muy perdida de verde y manganeso sobre engalba blanca, que representa una banda central de motivos cordiformes entrelazados, enmarcados por una o dos bandas de ovas entrelazadas (fig. 45, 2).

La serie *ataifor* se documenta en todo el territorio de *al-Andalus*. Entre los muchos paralelos podemos citar las piezas del solar de la Diputación Provincial de Huesca, fechadas en la segunda mitad del siglo XI (ESCO, 1987: 97-102), junto a otras piezas similares a nuestro ataifor carenado que aparecen en el asentamiento rural de Las Sillas de Marcén, también decoradas con trazos de manganeso bajo cubierta melada (SÉNAC, 2002: figs. 16, 18 y 19), o en el castillo de Alberuela de Tubo (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 67) e incluso en el Tossal de Solibernat, en Torres de Segre, en este caso con borde reentrante (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 70). En la propia ciudad de Barbastro aparecieron ataifores en la excavación de los silos islámicos del solar de la calle Argensola, 55, sin que dispongamos de más datos sobre los mismos (MONTÓN, 1995-2000: 192). No obstante, es en la vecina localidad de Monzón, en los silos islámicos excavados bajo la iglesia románica de la plaza de Santo Domingo, donde se han recuperado ataifores de borde reentrante cuya tipología es muy semejante a nuestra variante *b*, apareciendo también decorados con manganeso bajo cubierta melada y representación de motivos vegetales en el borde interior y flor de loto seccionada en cuatro lóbulos; todo ello en un contexto cronoestratigráfico que se sitúa entre fines del siglo X y el primer tercio del XI (DELGADO, 1998: 14, lám. 2).

En la ciudad de Lérida aparece muy bien representada la serie *ataifor*, con perfiles y decoraciones muy semejantes a los conocidos de Barbastro, como es

el caso de la plaza de San Juan, donde conocemos un ejemplar de perfil similar a nuestra variante *a*, decorado en verde y manganeso en el fondo con banda central de motivos vegetales (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 64), junto a otro atañor decorado en su borde interior con tres semicírculos concéntricos y una jofaina con flor de loto seccionada en cuatro lóbulos, todo ello fechado en la primera mitad del siglo XI (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 66 y 73). De esta misma ciudad proceden los atañores decorados con verde y manganeso del antiguo portal de Magdalena, que cuentan con perfiles asimilables al tipo III de Roselló y decoración de motivos entrelazados idénticos a los de la calle Cerler de Barbastro, los cuales son descritos como *corazones entrelazados*, pudiendo muy bien ser una variante del motivo denominado *cordón o trenza de la eternidad* (LORIENTE, 1990: 60-61 y 74). También procedentes de Lérida, conocemos los atañores recuperados en la excavación de la iglesia de San Martín, aparecidos en el estrato I, en los que predominan los galbos similares a nuestra variante *b*, de borde reentrante, con decoraciones de manganeso bajo cubierta melada que representan flores de loto seccionadas en cuatro lóbulos (GALLART *et alii*, 1991: 30-31, figs. 1-18). Por último citaremos la aparición de atañores de carenas marcadas y pies desarrollados con melados monocromos y motivos decorativos con flor de loto en el yacimiento de Pla d'Almatà de Balaguer, fechados allí a fines del siglo XI o comienzos del XII, al tratarse de formas más evolucionadas (ALÒS *et alii*, 2006-2007: 160, fig. 15).

Otras ciudades importantes del valle medio del Ebro cuentan con ejemplares de atañores muy similares a los de Barbastro, en contextos estratigráficos que van desde finales del siglo X hasta finales del XI e incluso inicios del XII. Así es el caso de Zaragoza, donde algunos alfares cerámicos fabricaron atañores del tipo III de Roselló entre finales del siglo X y el siglo XI (MOSTALAC, 1990: 72, fig. 4, b), que aparecen en los niveles de ocupación del teatro romano (VILADÉS, 1986: 103-105, lám. II, 2-4) y en los contextos estratigráficos que van desde las fases previas a la construcción del arrabal excavado en el paseo de la Independencia hasta las coetáneas a su abandono en el 1118 (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 194). En Calatayud la aparición de atañores del tipo III de Roselló, con perfiles muy similares a nuestro ejemplar, viene asociada a su decoración en verde y manganeso con motivos de ovas entrelazadas o de motivos epigráficos fechados en la etapa califal de esta ciudad (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 133-134, figs. 33 y 44), junto a otras decoraciones estampilladas y en manganeso bajo cu-

bierta melada, como el motivo de flor de loto seccionada en cuatro lóbulos (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: fig. 48, 1). También en la ciudad de Tudela aparecen en los niveles de ocupación islámica atañores del tipo III de Roselló con decoración en verde y manganeso de ovas o de motivos vegetales (BIENÉS, 1987: láms. xv, 58-59, y xvi). En cuanto a los ejemplares de atañores recuperados en las excavaciones del castillo de Albarracín, aparece de forma casi exclusiva el tipo III de Roselló, aunque con una decoración muy variada que abarca desde el verde y manganeso sobre engalba blanca hasta el verde y manganeso sobre melado, con una cronología general que se centra en el siglo XI (ORTEGA, 2007: 221-251).

Por lo que se refiere a otros paralelos de los atañores de Barbastro, encontramos importantes similitudes con los ejemplares de Valencia, fechados entre los siglos X y XI, que presentan decoración en verde y manganeso con motivos de corazones o *cordones de la eternidad* (BAZZANA, 1983: 99, figs. 30-31). También, con los procedentes de los niveles antiguos de Murcia, como es el caso del alfar de San Nicolás, fechado en el siglo X, donde aparece muy bien representado el tipo III de Roselló, decorado con motivos en verde y manganeso en los que se representan corazones entrelazados, motivos vegetales, flores de loto, motivos epigráficos y zoomorfos (NAVARRO PALAZÓN, 1990: 34-36, figs. 5-6).

En cuanto a las decoraciones documentadas de corazones entrelazados y de la mano de Fátima, debemos hacer algunas consideraciones específicas sobre la simbología de estos motivos y su cronología. Consideramos que el tema de los corazones entrelazados, propuesto y descrito por LORIENTE (1990: 74) en el estudio de la cerámica policroma andalusí del antiguo portal de Magdalena de Lérida, y presente en un fragmento de atañor de Barbastro, debe incluirse dentro de los motivos emparentados con la *trenza* o el *cordón de la eternidad*, tema decorativo presente en toda la cerámica de *al-Andalus* con unas claras connotaciones simbólicas e incluso religiosas, ya que, para algunos estudiosos, dicha ligadura es «el ejemplo cósmico que une todas las cosas y Dios es el señor supremo que liga toda la trama cósmica», como ya aparece citado en el *Corán*, en las *suras* CXIII y XXII, 39 (SOUTO, 1983: 113).

Otro tema es el motivo de la mano de Fátima, cuya representación en la cerámica viene fechándose a partir de la llegada de los almohades a la península ibérica, con una simbología ligada a la fe en el Islam —los cinco preceptos— y a la protección contra los maleficios (SOUTO, 1983: 117-118). Para otros inves-

tigadores, la mano de Fátima se utilizaría como amuleto y sería un símbolo del poder de Dios, empezándose a usar en la cerámica esgrafiada de Murcia y Valencia a partir de fines del siglo XII y primera mitad del XIII (NAVARRO PALAZÓN, 1990b: 132-133), aunque también conocemos el magnífico ejemplar de ataífor con mano de Fátima del yacimiento de Alarcos, fechado en el siglo XII. No obstante, los ejemplos de este motivo decorativo existentes en la Marca Superior nos llevan a proponer otra cronología más antigua para la aparición de este tema. El ejemplar de Barbastro está bien contextualizado en la primera mitad del siglo XI, así como su paralelo más cercano, un ataífor de las excavaciones en la plaza de Santo Domingo de Monzón, donde aparece representada otra mano de Fátima, esta vez muy esquemática, en un contexto fechado entre finales del siglo X y el primer tercio del siglo XI (DELGADO, 1998: lám. 1). En un contexto similar apareció hace muy pocos años un fragmento de cerámica común islámica con un *graffiti* en el que se representa la mano de Fátima, en un solar denominado *edificio Simeón*, en la ciudad de Huesca. Estos hallazgos nos permitirían llevar la aparición de este motivo decorativo al menos hasta los inicios del siglo XI, adelantando su utilización más de 150 años respecto a lo publicado hasta el momento.

— Ataífor con decoración zoomorfa

Entre los materiales cerámicos recuperados en la excavación de la calle Cerler de Barbastro destaca por la belleza de su decoración un ataífor con una representación zoomorfa, que se recuperó en los niveles de relleno del pozo (UC 15) ubicado bajo el ábside de la iglesia románica, en el espacio 1.1, en la unidad estratigráfica 1102, sellada a su vez por la UE 1100 y, por lo tanto, correspondiente a la segunda fase de ocupación islámica de la zona. Se conserva el 60% de la pieza, lo que ha permitido la reconstrucción de su forma, aunque no de la totalidad de su decoración. Se trata de un plato o cuenco de perfil con tendencia hemisférica, borde ligeramente moldurado y pie anular desarrollado, clasificable dentro del tipo III de ROSELLÓ (1978, 19: fig. 2). Presenta una pasta de color anaranjado, con el desgrasante medio y un acabado exterior con vedrío melado. El interior muestra una decoración zoomorfa en verde y manganeso sobre engalva blanca en la que se representa un cuadrúpedo de cuerpo grácil relleno de pequeños motivos oculados, patas largas y musculosas y cuello muy desarrollado con un collarino. Superpuesto al cuerpo, en su parte trasera, aparece un trazo alargado que sin duda debe corresponder a la cola. El animal se encuentra ocu-

pando el centro del vaso, rodeado de motivos florales con cuatro lóbulos muy esquemáticos que llegan hasta el borde interior. A la vista de la fisonomía general del cuadrúpedo y de los paralelos en decoraciones similares de *al-Andalus*, no dudamos en identificarlo como un felino, que por la longitud de la cola y la decoración oculada del cuerpo podría tratarse de un leopardo o guepardo, aunque, dada la ausencia de representaciones de estos animales, nos inclinamos hacia su identificación con un león, a pesar de la desaparición de la cabeza del carnívoro (fig. 44, B).

En cuanto a los paralelos de la pieza en cuestión, hay que decir que en la provincia de Huesca son casi inexistentes, muy posiblemente al estar prácticamente inéditas la mayor parte de las excavaciones realizadas en contextos islámicos. No obstante, hay que tener en cuenta que se trata de piezas de gran riqueza, poco frecuentes en el ajuar doméstico de la Marca Superior, aunque siempre aparecen en las ciudades más importantes, como veremos a continuación. Hasta la fecha solo conocemos dos fragmentos en la provincia de Huesca que pueden ser paralelos a nuestra pieza. El primero y más cercano se recuperó en un silo islámico de la plaza de Santo Domingo en Monzón, donde apareció un fondo de ataífor con decoración en verde y manganeso sobre engalva blanca en el que se representa un cuadrúpedo con el cuerpo relleno de motivos oculados del mismo tipo de nuestro ejemplar, fechado en un contexto de fines del siglo X al primer tercio del XI (DELGADO, 1998). El otro fragmento se recuperó en las excavaciones del solar del Temple de Huesca y es otro fondo de ataífor con representación en verde y manganeso de un ave, posiblemente una perdiz o una paloma, también fechado en el mismo momento (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 62).

Otras representaciones zoomorfas en verde y manganeso sobre engalva blanca aparecen repartidas por toda la península ibérica, destacando un ataífor encontrado en la plaza de Nuestra Señora de la Cinta en Tortosa, fechado en el siglo X (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 58), aunque es en Lérida donde se conoce el mayor número de ejemplares de toda la Marca Superior. Allí se han localizado en contextos estratigráficos datados desde finales del siglo X al primer tercio del siglo XI (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 61 y 63), con decoraciones zoomorfas que representan liebres, aves y cuadrúpedos muy similares al nuestro, destacando en todas las piezas publicadas el relleno de los cuerpos de los animales a base de motivos oculados (LORIENTE, 1990: 85-88, láms. 5 y 9). Otras representaciones zoomorfas aparecen en Zaragoza, como en los dos ataífores con gacelas recuperados en excava-

ciones del Servicio Municipal de Arqueología, fechados entre el siglo XI e inicios del XII (VV AA, 1993: 77, figs. 52 y 53). También se ha recuperado alguna representación de ave en el solar de la calle Rúa de Dato angular a calle San Miguel, de Calatayud, fechada en el mismo momento (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: fig. 48, 2). A estos ejemplos, y aunque no se trate de la misma técnica decorativa, habría que añadir la magnífica representación en loza dorada de un atafior de Tudela, donde dos felinos o leones muy esquematizados aparecen enfrentados a un árbol con frutos (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 71). El último yacimiento aragonés en el que aparecen representaciones zoomorfas en verde y manganeso sobre platos o atafiores es el castillo de Albarracín, donde se han localizado en varias dependencias palaciales diversos fragmentos con representaciones de aves, palomas, liebres, ciervas, leones y otros cuadrúpedos, que se han fechado a lo largo del siglo XI (ORTEGA, 2007: 236-242). De dichas decoraciones zoomorfas destacan las representaciones de leones, una de ellas sobre un atafior de perfil muy similar al de Barbastro, en el cual, como en nuestro caso, el cuerpo del animal se encuentra relleno de motivos oculados, presenta una larga cola y cuenta con un collarino alrededor del cuello (ORTEGA, 2007: 237, pieza 165).

En su sistematización de la cerámica islámica de Palma de Mallorca Roselló ya hacía especial hincapié en la importancia de la cerámica decorada con verde y manganeso, y en especial de la que presenta motivos zoomorfos, entre los que destaca un atafior con una representación de liebre que no dudaba en vincular a los talleres de *Ilbira* (Granada), gracias a los paralelos formales y al cuerpo del animal relleno de ovas o motivos oculados, considerados característicos de dichos talleres del siglo X (ROSELLÓ, 1978: 104-105, figs. 48-50). También de procedencia mediterránea son los ejemplares de atafiores del siglo X del alfar antiguo de San Nicolás de Murcia, decorados en verde y manganeso con aves, cuyos modelos están vinculados a las producciones palaciegas de *Medina al-Zahra* o a los talleres de *Ilbira* (NAVARRO PALAZÓN, 1990: 34-36, fig. 6, 18). También las piezas de Valencia, igualmente fechadas en el siglo X, como el atafior con representación de un felino o león con relleno de ovas procedente de *Ilbira* (BAZZANA, 1983: 111, fig. 35) y otro ejemplar con representación de un pájaro o pavo real (BAZZANA, 1983: 113, fig. 36). Otros paralelos con decoración zoomorfa en verde y manganeso los encontramos en la cerámica andalusí de Madrid de los siglos X y XI (RETUERCE, 1990: 163) y en Mértola, sobre atafiores de finales del siglo XI y mediados del XII,

donde se representan aves, gacelas y un felino, en todos los casos con figuras muy estilizadas y con presencia de motivos vegetales cuatrilobulados (TORRES, 1986: 196, figs. 25-28).

Para Guichard toda la decoración zoomorfa en verde y manganeso surge de la cerámica califal de *Madinat al-Zahra* y *Madinat Ilbira*, desde mediados del siglo X hasta finales del siglo XI, a pesar de la escasez de hallazgos con buenos contextos estratigráficos (GUICHARD, 1990: 74-77). Esta tradición decorativa, que a su vez tiene sus modelos originales en el arte sasánida ya desde el siglo IX, presenta, entre otras características, el relleno de ovas en los cuerpos de los felinos, que para este investigador solo debe considerarse como una representación convencional y no como un signo realista distintivo de la especie del animal (GUICHARD, 1990: 81); lo mismo sucede con el collarino que aparece rodeando el cuello de los leones, que ha de interpretarse como una evocación de la categoría real de estos animales, que ya aparece en las figuraciones animalísticas del arte sasánida (GUICHARD, 1990: 83). Para otros autores la imagen de un león es un símbolo recurrente de valor y poder y de ahí su representación en los más variados soportes en todo *al-Andalus* (ORTEGA, 2007: 237). No obstante, estamos ante piezas decoradas de gran valor y riqueza, por lo que, en origen, «esta cerámica es una dádiva califal cargada de sentido, ofrecida como emblema, como símbolo inteligible y prestigioso. Las imitaciones periféricas son el eco de este sentido, de este mensaje califal inscrito en la cerámica palatina» (BARCELÓ, 1993: 294).

Por lo que se refiere a los posibles lugares de fabricación del atafior con decoración zoomorfa de Barbastro, consideramos que, a falta de una analítica ceramológica de la pieza, tanto los paralelos tipológicos del atafior como los decorativos apuntan en dos direcciones principales: o bien se trata de una producción salida de los alfares de *Ilbira* en Granada a partir de la segunda mitad del siglo X, como cabría pensar por la presencia de cuerpos rellenos de ovas, características de dichas producciones, o bien habría que pensar más bien en una producción propia de grandes centros alfareros de la Marca Superior, en nuestro caso, Zaragoza o Lérida. A favor de los alfares de Zaragoza, que a partir de los años 90 del siglo XX han permitido documentar la producción cerámica de época islámica desde el siglo X hasta el XII, estaría el hecho de que se han localizado atafiores bizcochados del tipo III de Roselló en los alfares de esta ciudad (MOSTALAC, 1990: 72, fig. 4, b) o decorados con motivos zoomorfos. A favor de una producción de Lérida estaría la importante presencia de ejemplares de atafiores con deco-

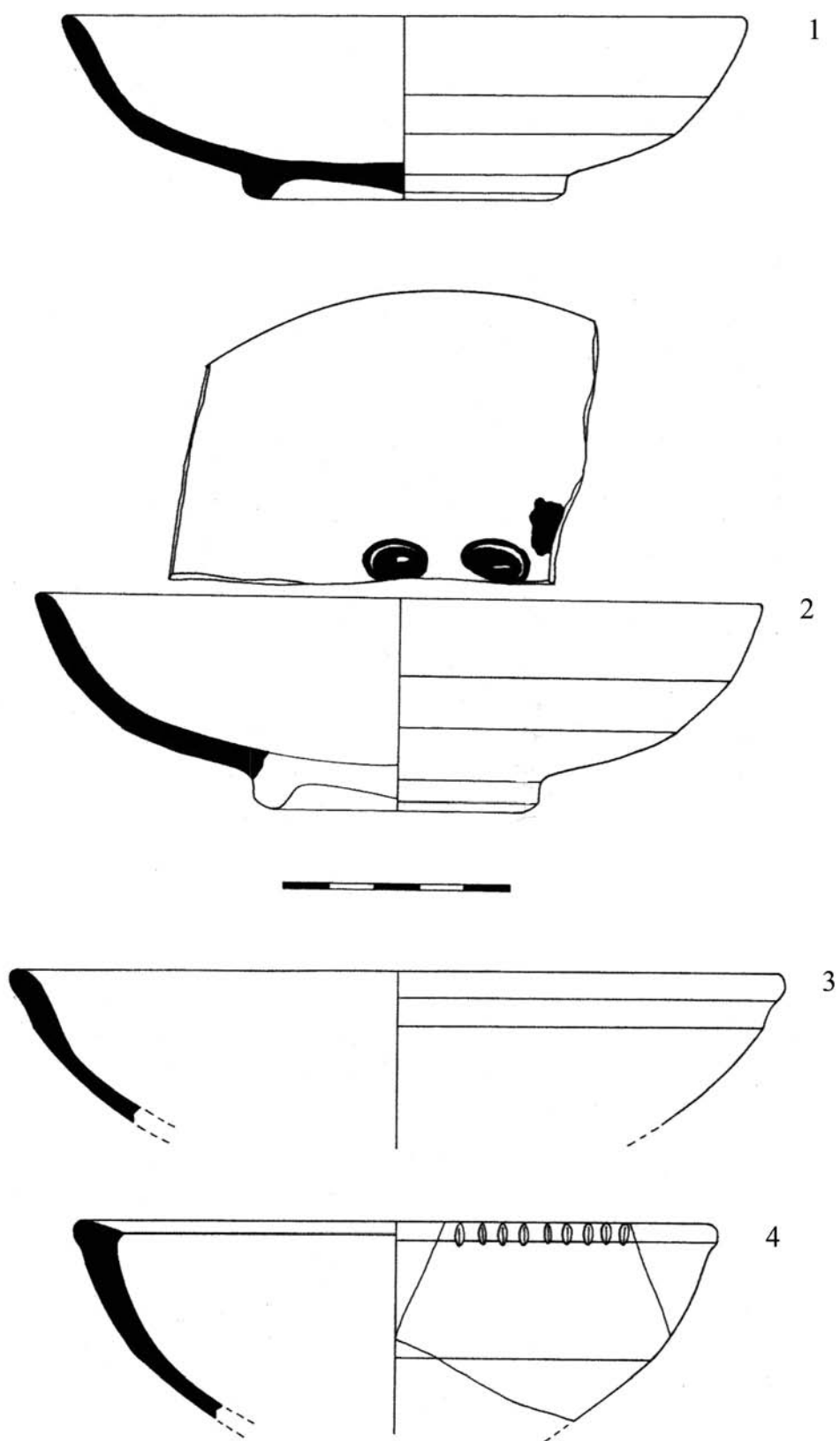


Fig. 46. Variantes de jofainas.

ración zoomorfa con rellenos de ovas, también vinculados al tipo III de Roselló, así como la cercanía geográfica y la vinculación económica y política de esta ciudad con Barbastro en época islámica y, por último, la cronología de estas piezas, que coincide plenamente con la propuesta para nuestro ejemplar. A la vista de todo lo dicho hasta el momento, esta debe fijarse entre finales del siglo X y el primer tercio del XI.

— *Jofainas*. Este tipo de platos, cuencos o escudillas suelen contar con perfiles muy similares a los de los ataífores, pero se caracterizan por su menor tamaño y, en nuestro caso, por sus acabados y decoración. En la excavación realizada en la calle Cerler son piezas muy bien representadas. Se han diferenciado dos variantes tipológicas (fig. 46):

- a) Jofainas con vedrío. Se trata de cuencos de perfil de tendencia hemiesférica, con borde recto redondeado, fondo con pie anular ligeramente marcado y pared exterior facetada, que incluso insinúan una suave carena, con un galbo que presenta serias semejanzas con el tipo III de los ataífores de ROSELLÓ (1978: 19, fig. 2). Las dos piezas de este tipo que presentamos son prácticamente idénticas y parecen haber salido del mismo alfar, aunque cuentan con acabados diferentes: en el primer caso aparece con vedrío verde intenso al interior y verde amarillento al exterior, mientras que en el segundo caso aparece melado al exterior y con decoración de motivos circulares con manganeso sobre engalba blanca al interior (fig. 46, 1-2). Este tipo de piezas cuenta con abundantes paralelos en la Marca Superior, fechados entre finales del siglo X y el siglo XI, como se comprueba al encontrarlos en Lérida, en la plaza de Sant Joan, en un ejemplar de perfil idéntico a los de Barbastro y fechado en el primer tercio del siglo XI (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 73) o en el antiguo portal de la Magdalena (LORIENTE, 1990: 56-58). También aparecen en el solar de la Diputación Provincial de Huesca, con ejemplares decorados en verde y manganeso o con motivos geométricos en manganeso bajo melado (ESCO, 1987: 103-104), y en el solar del antiguo Círculo Católico de esta ciudad (JUSTE, 1994: 166). Por último, hay que destacar la aparición de una jofaina de perfil idéntico a nuestros ejemplares, con decoración de motivos epigráficos con manganeso sobre engalba blanca, recuperada

en la UE 768, correspondiente a los niveles previos a la construcción del arrabal del paseo de la Independencia de Zaragoza, fechados entre finales del siglo X y el primer tercio del XI (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 283-284).

- b) Jofainas o cuencos sin vedrío. Se trata de piezas de cocción reductora, con perfiles similares a los anteriores, aunque con los bordes engrosados, con posibilidad de moldura interior. No se conservan los pies o los fondos, pero el desarrollo de los perfiles permite suponer que contarían con pies anulares. En uno de los fragmentos aparece el borde exterior decorado con ungulaciones impresas, y en ningún caso hay vidriados de ningún tipo (fig. 46, 3-4). Aunque en las excavaciones de la plaza de Santo Domingo de Monzón, todavía inéditas, se menciona la aparición de cuencos bizcochados en los pozos islámicos, en un contexto cronológico de finales del siglo X al primer tercio del siglo XI (DELGADO, 1998), solamente hemos localizado una pieza casi idéntica con decoración impresa en el borde, aunque con el diámetro mayor, en el estrato I de la iglesia de San Martín de Lérida (GALLART *et alii*, 1991: 32, fig. 34).

— *Otras formas*. En este apartado incluimos perfiles que por su tipología tienen varias utilidades, como complemento de la vajilla doméstica, para el almacenamiento o para la iluminación. Entre ellas destacan las siguientes (fig. 47):

- a) Candiles. Hay que señalar que en la excavación realizada se han recuperado muy pocos fragmentos de candiles islámicos, en relación al resto de cerámicas encontradas. No obstante, contamos con las dos variantes más comunes:
 - Candil de cazoleta abierta y pellizco, realizado con fuego oxidante (fig. 47, 2-3). Tipológicamente se trata de la forma más antigua de los candiles islámicos peninsulares, y suele aparecer ya en los niveles emirales desde la primera mitad del siglo X, según atestigua el estudio que se ha realizado sobre los candiles musulmanes de Zaragoza (VILADÉS, 1991: 39). Coexiste desde ese momento con los candiles de piquera, como demuestra su aparición indistinta en los niveles andalusíes de esta ciudad (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 206) o en los de Huesca (ESCO, 1987: 107).

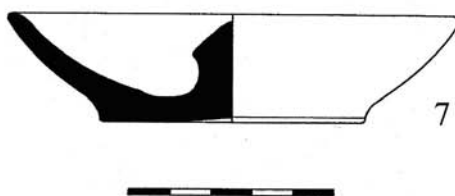
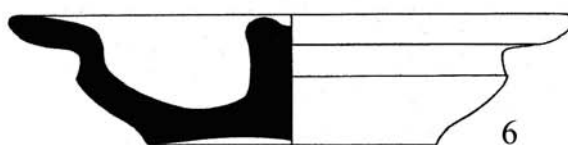
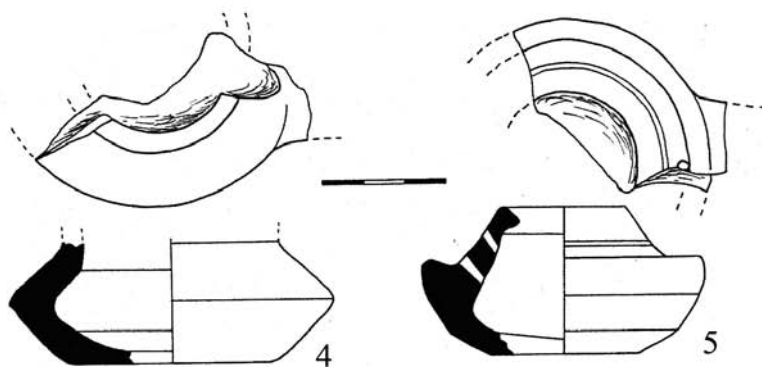
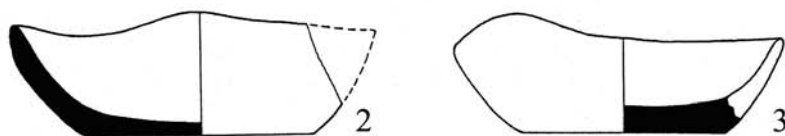


Fig. 47. Varilla de cobre y formas cerámicas diversas.

- Candil de piquera con dos variantes, una con el cuerpo muy carenado y otra con rehundido interior del depósito o cazoleta. En ambos casos se trata de piezas muy incompletas, por lo que solo conocemos el arranque de la piquera e ignoramos el tipo de asa y gollete con el que contaron en su momento, aunque en el segundo caso parece que se trata de un gollete reentrante y que se conserva parte del borde (fig. 47, 4-5). No insistiremos en los abundantes paralelos de candiles de piquera aparecidos en la Marca Superior (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 133-141), pero sí citaremos las secuencias tipológicas y cronológicas establecidas para los candiles de Zaragoza, tanto en general (VILADÉS, 1991: tablas II y III) como en el caso particular del arrabal del paseo de la Independencia (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 206).
- b) Tapaderas. A pesar de la amplia variedad de tapaderas constatadas en el mundo andalusí peninsular, en la excavación de la calle Cerler de Barbastro solo se han recuperado restos de tapaderas de botón o pedúnculo, con dos ligeras variantes (fig. 47, 6-7). En el primer caso se trata de una pieza con borde exvasado y plano, con labio redondeado, cuerpo con carena acusada y fondo ligeramente umbilicado, con un pedúnculo central con hoyuelo que no rebasa la línea del borde (fig. 47, 6). En el segundo estamos ante una pieza de perfil troncocónico con borde apuntado, fondo ligeramente umbilicado y pedúnculo central apuntado sin rebasar la línea del borde (fig. 47, 7). Ambas variantes responden a una forma muy difundida en el ámbito islámico peninsular, con una cronología muy amplia que abarca los siglos X al XII en la Marca Superior (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: tabla de formas cerámicas) y que en el arrabal islámico del paseo de la Independencia de Zaragoza se manifiesta desde el siglo X hasta finales del XII (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 204). La variante de botón o pedúnculo es especialmente abundante en los niveles del siglo XI, como demuestra su aparición en el solar del Círculo Católico de Huesca (JUSTE, 1994: 166, fig. 40) o en los niveles islámicos taifales de Calatayud (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 134, fig. 43, 5).

Además de los ya citados, hemos documentado restos de otros perfiles mucho menos abundantes, entre

los que destacan algunos fragmentos de tinajas de borde engrosado y cuello cilíndrico, decoradas con cordones aplicados y surcos a peine. También aparecen escasos fragmentos de arcaduces, que no permiten conocer su forma, así como algunos restos de alcadafes.

8.6. Las técnicas decorativas

Entre la cerámica común y de cocina recuperada en la excavación de la calle Cerler de Barbastro se han documentado las siguientes técnicas decorativas:

- Decoración plástica. La variante más común de esta técnica es la aplicación de cordones digitados o impresos en los grandes vasos contenedores, por ejemplo, tinajas, tal como se ha documentado en algunos ejemplares del solar de la calle Rúa de Dato angular calle San Miguel, de Calatayud (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 135, fig. 51) o del arrabal excavado en el paseo de la Independencia de Zaragoza (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 205).
- Decoración pintada. Hasta el momento solo está representada la pintura en manganeso, en tonos negros, marrones o rojizos, aplicada sobre el borde, cuello y paredes de los jarros o cántaros, además de alguna jarrita (figs. 39, 1-4 y 41, 2-4). Los motivos pintados, aunque variados, reflejan diversas combinaciones de elementos muy simples, como las líneas horizontales y paralelas, combinándose a veces con líneas onduladas, motivos geométricos o elementos epigráficos. Es una técnica muy extendida por todo *al-Andalus*, utilizada mayoritariamente en la cerámica común, como puede verse en multitud de ejemplos de la Marca Superior (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 102-103) o en conjuntos como los de Zaragoza (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006: 160-161) y Calatayud, donde se utiliza en la decoración de cántaros o jarros, con motivos que se asemejan a los de Barbastro (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 135, fig. 50).
- Peinado. Esta técnica de incisión con instrumento metálico está bien representada en la cerámica islámica de Barbastro, donde se utiliza casi exclusivamente en la decoración de las ollas, alternando las líneas horizontales con las onduladas (fig. 38, 2-4). También aparece con profusión en los niveles islámicos de Calatayud, especialmente en el solar de la



Fig. 48. Ataifor con decoración zoomorfa. Fotografía: María José Arbués, Museo de Huesca.

calle Rúa de Dato angular a calle San Miguel, donde se encuentra en las tinajas y muy especialmente en las ollas (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 35, figs. 34-37 y 52).

- Incisión. Con decoración incisa o inciso-impresa aparecen varias cazuelas, alguna olla o marmita y algún jarro o cántaro del conjunto cerámico recuperado en Barbastro (figs. 38, 1; 40 y 41, 2). Presenta paralelos con algunos ejemplares cerámicos del sector 4 del solar de la calle Rúa de Dato angular a calle San Miguel de Calatayud, aunque mezclándose en muchos casos con la decoración peinada (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997: 136, figs. 34 y 37, 2). También aparece en jarros, ollas y cazuelas de diversos yacimientos de la Marca Superior, en especial de la zona de Huesca y Lérida (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 125 y 131).
- Impresión. Esta técnica se utiliza sobre todo en los grandes vasos contenedores, como las

tinajas, aunque también puede emplearse en piezas mucho más pequeñas, como los cántaros, ollas, cazuelas o cuencos y jofainas, en cuyo caso se aplica en los bordes o bien sobre pequeñas molduras o baquetones.

Entre la vajilla de mesa las decoraciones más representativas documentadas en las cerámicas recuperadas en la excavación de la calle Cerler de Barbastro son las que siguen:

- Manganeso bajo melado. Todas las piezas decoradas con esta técnica son los ataifores y jofainas. Aparecen los siguientes motivos: flor de loto con cuatro lóbulos, espirales, semicírculos concéntricos, líneas o trazos y mano de Fátima (fig. 45, 1, 3 y 4; y fig. 46, 2). Estas decoraciones son muy comunes en dichas vasijas en toda la Marca Superior, por lo que no insistiremos en el tema de sus paralelos, suficientemente tratado en el apartado tipológico, pero queremos destacar la novedad de la re-

presentación de una mano de Fátima en un contexto cronológico muy anterior a la difusión almohade de este tema.

- Verde y manganeso. Las formas que cuentan con esta técnica decorativa corresponden a los ataífores descritos en el apartado tipológico, es decir, los de forma hemiesférica y los de borde reentrante. En cuanto a los motivos utilizados, se limitan a los siguientes: el zoomorfo, con representación de un león, y otros motivos vegetales cuatrilobulados, junto al tema de los corazones y las ovas entrelazados (figs. 44 y 45, 2). En nuestro caso esta técnica se aplica sobre una cubierta de engalba blanca para resaltar aún más la decoración. Expuestos en el apartado anterior los paralelos de este tipo de decoración, solo nos queda mencionar la importancia que tuvo el nacimiento y difusión de esta técnica decorativa en *al-Andalus*. Desde su aparición a mediados del siglo x, con una clara vinculación al complejo palacial de *Medina al-Zahra*, esta cerámica palatina se convirtió en la representación del califato omeya, ya que el blanco de la engalba es el color de los omeyas, el verde, el color del profeta Muhammad, y el morado se convierte en el recurso técnico para resaltar los otros colores (BARCELÓ, 1993: 294).
- Cuerda seca parcial. Esta técnica decorativa solo la hemos documentado en Barbastro hasta el momento en las jarritas, como suele ser habitual en todos los contextos islámicos del siglo xi (SOLER, 1990: 112-114). En nuestro caso los motivos se corresponden plenamente con los utilizados en vasijas similares de la Marca Superior (ESCO, GIRALT y SÉNAC, 1988: 87-97), es decir, los temas vegetales, los *cordones de la eternidad*, las ovas entrelazadas y los motivos epigráficos (figs. 42 y 43), todos ellos presentes en la mayoría de los elencos decorativos cerámicos a partir de los inicios del siglo xi, llegando a sustituir en algunos casos a la decoración en verde y manganeso.

9. CONCLUSIONES

Tras el análisis y estudio de los datos obtenidos en la excavación del solar de la calle Cerler, 11, de Barbastro, hemos podido reconstruir la secuencia ocupacional del mismo, así como una cronología bastante

ajustada de cada una de las fases, que pasaremos a describir a continuación, desde el momento más moderno al más antiguo.

9.1. Las fases de ocupación del solar

9.1.1. *Periodo contemporáneo*

Fase vi. Corresponde al derribo de la iglesia y a la posterior nivelación del terreno para dedicarlo a usos privados, documentándose en los niveles más superficiales de la zona excavada. Aunque el material mueble es muy escaso, esta última fase debe fecharse entre finales del siglo xix y la primera mitad del siglo xx.

9.1.2. *Periodos medieval cristiano y moderno*

Fase v. Esta fase coincide con la vida de la iglesia y su utilización como parroquia, que abarca desde la segunda mitad del siglo xii hasta el xvi o xvii. Aunque en la estratigrafía documentada se han comprobado algunas reformas y niveles muy concretos, la ausencia de material mueble (salvo en alguna sepultura muy concreta) impide establecer periodos o momentos concretos dentro de esta fase. Pertenecen a esta época tanto la cimentación del edificio religioso como los suelos relacionados con la misma, es decir, las UC 10, 11, 12 y 13. A esta fase también corresponde la necrópolis de inhumación.

9.1.3. *Periodo medieval islámico*

Fase iv. Momento del abandono de los niveles de ocupación islámicos del arrabal de San Juan, o arrabal norte. Coincide con el periodo de la segunda mitad del siglo xi, momento previo a la primera toma cristiana de la ciudad, que debe de suponer el abandono definitivo de los musulmanes de esta zona del arrabal a finales del siglo xi, con la definitiva conquista cristiana en el 1100. A este periodo pertenecen la mayor parte de los restos muebles localizados en los niveles musulmanes situados bajo la iglesia románica o sellando algunos de los pozos andalusíes, como es el caso de la UE 1100. También corresponden a este momento los materiales, niveles y estructuras murarias realizadas con bolos y mampuestos (UC 14, 21).

Fase iii. Periodo califal-taifal, fechado entre finales del siglo x y el primer tercio del siglo xi, pudiendo prolongarse hasta la mitad de este siglo, siempre con el límite cronológico de la primera conquista cristiana de Barbastro en 1064. Pertenecen a esta

época la mayor parte de los restos muebles localizados en los niveles musulmanes correspondientes a los rellenos de los pozos y basureros ligados a una ocupación de carácter doméstico de la zona (UC 14 y 20). Esta estaría vinculada al arrabal norte musulmán, plenamente consolidado, que contaría con la presencia más que probable de una mezquita, como parece demostrar la existencia de las estructuras de sillares UC 30 y, posiblemente, UC 20 y 22. De este periodo procede más del 70% del material cerámico recuperado en la excavación.

Fase II. Periodo protomusulmán o fase emiral, fechada entre fines del siglo IX y la primera mitad del siglo X, momento que debe de coincidir con la ocupación del arrabal norte y el establecimiento de población estable en el mismo. A esta fase pertenecen los materiales de la UE 2103, que también deben vincularse al ámbito doméstico y cuentan con una clara tradición hispanovisigoda.

9.1.4. Periodo tardorromano

Fase I. Han sido localizados dos fragmentos cerámicos (UE 2002 y 3002) de posible cronología romana tardía. Dicho hallazgo permite suponer la existencia en el lugar o en sus inmediaciones de una villa tardorromana. Son los restos más antiguos localizados en la población de Barbastro, podrían demostrar la existencia previa de un hábitat hispanorromano en el mismo lugar en el que los musulmanes fundaron la ciudad de *Barbasthûr*.

9.2. A modo de recapitulación

Los datos aportados por la excavación arqueológica del solar de la calle Cerler, 11, resultan fundamentales para el conocimiento del origen y desarrollo de la ciudad islámica de Barbastro, confirmando tanto la información de los textos medievales como los datos apuntados por otros investigadores locales. A pesar de que en intervenciones anteriores se habían detectado niveles de ocupación y materiales de filiación andalusí (JUSTE, 1995; MONTÓN, 1995-2000), y que en recientes trabajos se habían abordado importantes aspectos sobre los restos constructivos hispanomusulmanes de *Barbasthûr* como capital de la *Barbitanniyya* (CABAÑERO, 1995 y 2006) y sobre su importancia histórica en el proceso de la reconquista de la Marca Superior de *al-Andalus* (SÉNAC, 2003), la excavación llevada a cabo en la calle Cerler ha docu-

mentado la primera secuencia estratigráfica completa de la ocupación musulmana y la posterior ocupación cristiana de esta ciudad; asimismo, ha aportado la constatación arqueológica de que *Barbasthûr* contó al menos con dos arrabales dotados con los mismos servicios que su *madina*.

Sobre los niveles de ocupación islámica se han recuperado en este solar los restos de la iglesia de San Juan, de origen románico y larga pervivencia. Su conservación es parcial, quedando, en este momento, parte de la cimentación de la misma. Asociada a este edificio religioso, se encuentra la necrópolis que se extendía por sus alrededores y en su interior, destacando la presencia de ajuares poco comunes en Aragón en dos de las tumbas exhumadas.

La importancia de estos restos cristianos radica no tanto en su singularidad o espectacularidad como en el significado que para los habitantes del actual barrio de San Juan tiene el hecho de haber sacado a la luz la iglesia, al calor de la cual surgió su barrio, que todavía mantiene el nombre de su parroquia. Los datos que ha aportado la necrópolis excavada junto a la iglesia de San Juan nos indican que, tras la conquista cristiana de Barbastro, el arrabal norte debió de sufrir un considerable descenso en su población, patente en la poca densidad de sepulturas constatada en la excavación del área cementerial. Nunca debió de recuperarse la población de este barrio, que a lo largo de los siglos mantendría un carácter periférico respecto a la ciudad, a modo de barrio rural. Solamente en los últimos años del siglo XX, con la expansión urbanística, ha vuelto a recuperar en cierto modo la vieja tradición de arrabal urbano.

Por lo que respecta al periodo musulmán, la excavación ha aportado restos muy fragmentados del urbanismo doméstico del arrabal que aquí se desarrolló, así como interesantes restos de la rica cultura material, fechados entre finales del siglo IX y la conquista cristiana de la ciudad en 1100. Se trata de la evidencia de una ocupación ininterrumpida del área durante al menos dos siglos, identificándose tanto los restos de establecimientos privados, representados por muros de viviendas, pozos negros o silos, como de un edificio de uso público, el cual, a tenor de las fuentes medievales, de los paralelos constructivos y de su ubicación en el mismo lugar que la iglesia románica, hemos identificado con una mezquita que, desde luego, estuvo en pie desde mediados del siglo X hasta la toma cristiana de *Barbasthûr*.

Con los datos con los que contamos en estos momentos poco podemos decir sobre la entidad urbana de este arrabal y sobre su población, pero la densidad de los hallazgos materiales y la presencia abundante

de pozos y silos, tanto en esta excavación como en el resto de actuaciones realizadas hasta el momento en el casco urbano de Barbastro, nos indica que durante la ocupación musulmana, entre el siglo X y el XI, contó con cierta densidad de población, dada la importancia estratégica y económica de esta ciudad y sus más que estrechas relaciones con las ciudades vecinas de Monzón y Lérida, como se ha comprobado gracias a la cultura material. Lo que sí es cierto es que la pérdida de esta ciudad por los musulmanes supuso un cambio significativo en el proceso de reconquista por parte del reino de Aragón y la apertura de una excelente vía de penetración para las tropas cristianas hacia el sur (SÉNAC, 2003: 558-559).

Los restos materiales recuperados en la excavación nos han permitido estudiar las producciones cerámicas de la frontera norte de la Marca Superior, su tipología y decoración, dando a conocer uno de los pocos conjuntos de cerámica islámica de la provincia de Huesca (junto a los ya divulgados de Zafranales, Las Sillas o Huesca) que sin duda contribuirá a un mejor conocimiento de los talleres y modelos decorativos hispanomusulmanes de la zona. En él se han identificado varias producciones que muy bien pudieron fabricarse en alfares localizados entre Barbastro y Lérida, a juzgar por las afinidades tipológicas y decorativas de las cerámicas estudiadas en la excavación. Gracias a la secuencia estratigráfica documentada en la intervención de la calle Cerler, hemos podido sistematizar varias de las formas cerámicas estudiadas, lo que ha permitido aquilatar sus cronologías y, ajustando sus fechas a los acontecimientos históricos conocidos, hemos podido precisar aún más sobre los momentos de utilización de una forma o decoración, algo que por desgracia solamente en contados puntos de la geografía aragonesa puede hacerse en la actualidad.

Para concluir queremos insistir en la importancia de las intervenciones arqueológicas en los solares de nuestras ciudades históricas. A pesar de la precariedad de muchas de estas actuaciones, de los problemas que se generan con el registro y posterior almacenamiento de datos y materiales, o de la falta de estudio y publicación de muchas de las actuaciones, lo cierto y objetivo es que el conocimiento que en estos momentos tenemos sobre el periodo islámico en la Marca Superior de *al-Andalus*, en especial en territorio aragonés, es muy superior al de los años 90 del siglo XX, tanto en lo referido a las grandes ciudades como a las capitales comarcales o a los establecimientos rurales.

Al descubrimiento y publicación de importantes restos islámicos en Calatayud (CEBOLLA, ROYO y REY, 1997) han seguido los trabajos llevados a cabo en Za-

ragoza, donde se han descubierto, de forma más o menos fragmentada, una serie de arrabales musulmanes que recorrían toda la ciudad desde la plaza del Portillo hasta el Coso Bajo. De este conjunto urbanístico de primer orden, posiblemente el mayor de toda la Marca Superior, se ha dado a conocer una pequeña parte en la excavación realizada en el paseo de la Independencia (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 2006), permitiendo por vez primera un acercamiento a los modelos constructivos y urbanísticos islámicos en *Saraqusta*, sobre todo en sus arrabales (BETRÁN, 2005). A estas publicaciones habría que añadir el completo estudio que se ha concluido recientemente sobre la ocupación musulmana de Albarracín, dándose a conocer el importante conjunto de cerámicas y objetos suntuosos recuperados en la ciudad y, sobre todo, en las excavaciones llevadas a cabo en su castillo (ORTEGA, 2007; NAVARRO Y JIMÉNEZ, 2007: figs. 73-76).

También las excavaciones urbanas han sacado a la luz importantes restos urbanísticos o domésticos en otras poblaciones, algunos todavía inéditos, como sería el caso de los restos de varias casas con silos y pozos y un importante ajuar doméstico excavados en la actual sede del Consejo Comarcal de Daroca, en la calle Mayor de dicha localidad, o el importante conjunto doméstico recientemente excavado en la plaza del Castillo de Alagón, ambos fechados entre el siglo X y comienzos del XII. En otros casos se han dado a conocer los resultados de las excavaciones, como sería el del asentamiento rural fortificado de Zafranales en Fraga (MONTÓN, 1997a y 1997b) o del importante yacimiento de Las Sillas de Marcén, aquí de forma parcial (SÉNAC, 1999). Pero es en la localidad de Monzón donde la excavación de la plaza de Santo Domingo ha dado una secuencia estratigráfica, inmueble y material muy similar a la constatada por nosotros en la calle Cerler de Barbastro. En dicha excavación, todavía inédita, se puede comprobar la reutilización de los espacios religiosos y domésticos musulmanes por los cristianos, que construyeron sobre los restos anteriores las iglesias románicas en los momentos inmediatamente posteriores a la conquista de las ciudades (DELGADO, 1998).

Se hace necesario, pues, continuar con las intervenciones arqueológicas en nuestros cascos urbanos, pero, sobre todo, dar salida mediante su estudio científico a la ingente cantidad de materiales que se amontonan en los almacenes de nuestros museos y que, en el caso de la provincia de Huesca, podrían aportar datos de enorme importancia sobre el origen, desarrollo y posterior evolución de la ocupación islámica de estas tierras de la Marca Superior.

BIBLIOGRAFÍA

- ACIÉN, M.; CASTILLO, F., y MARTÍNEZ, R. (1990). Excavación de un barrio artesanal de Bayyana (Pechina, Almería). *Archéologie Islamique 1*. Maisonneuve & Larose. París, pp. 147-168.
- AGUADO, J. (1983). *La cerámica hispano musulmana de Toledo*. CSIC. Madrid.
- AGUADO, J., et alii (1990). El testar del puente de San Martín (Toledo). En *Fours de Potiers et «Testares» Medievales en Méditerranée Occidentale*. Casa de Velázquez. Série Archéologie, XIII. Madrid, pp. 117-130.
- ALÒS, C., et alii (2006-2007). El Pla d'Almatà (Balguer, la Noguera): primeres aportacions interdisciplinàries a l'estudi de les sitges i els pous negres de la Zona 5. *Revista d'Arqueologia de Ponent 16-17*. Universitat de Lleida. Lleida, pp. 145-168.
- ÁLVAREZ DELGADO, Y. (1987). Cerámicas comunes con y sin decoración, siglo IX. Arcávida (Cuenca). En *Arqueología Medieval Española. II Congreso. Tomo II: Comunicaciones*. Madrid, pp. 403-412.
- AZUAR, R. (1986). Apunte para un ensayo de evolución crono-tipológica de la redoma hispano-musulmana. En *II Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental*. Madrid, pp. 185-187.
- AZUAR, R. (1990). Una rábita hispano-musulmana del siglo X (Guardamar del Segura, Alicante, España). *Archéologie Islamique 1*. Maisonneuve & Larose. París, pp. 109-122.
- BANGO TORVISO, I. (1992). El espacio para enterramientos privilegiados en la arquitectura medieval española. *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*. UAM, pp. 93-13.
- BANGO TORVISO, I. (coord.) (2002-2003). *Memoria de Sefarad. Catálogo de la exposición*. Toledo.
- BARCELÓ, M. (1993). Al-Mulk, el verde y el blanco. La vajilla califal omeya de *Medinat al-Zahara*. En *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*. Universidad de Granada. Granada, pp. 293-299.
- BAZZANA, A., et alii (1983). *La cerámica islámica de Valencia. 1. Catálogo*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia.
- BETRÁN ABADÍA, R. (1992). *La forma de la ciudad. Las ciudades de Aragón en la Edad Media*. Colegio Oficial de Arquitectos. Zaragoza.
- BETRÁN ABADÍA, R. (2005). Continuidad, proyecto y evolución urbana en *Saraqusta* (714-1118). En VV AA. *Zaragoza, espacio histórico*. Centro de Historia de Zaragoza. Zaragoza, pp. 35-73.
- BIELSA, M. A. (1961). Notas sobre la repoblación de Barbastro en el siglo XII. *Argensola 47*. Huesca, pp. 187-222.
- BIENÉS, J. J. (1987). Introducción al estudio de la cerámica musulmana en la ciudad de Tudela. *Turiaso VII. Monográfico: El Islam en Aragón*. Tarazona, pp. 115-158.
- BIENÉS, J. J. (2007). Tudela islámica. *Villa 2. Villes et Campagnes de Tarraconaise et d'al-Andalus (VI^e-XI^e siècle): la Transition*. Toulouse, pp. 199-218.
- CABAÑERO, B. (1995). Notas para la reconstitución de la ciudad islámica de Barbastro (Huesca). *Somontano 5*. Barbastro, pp. 25-57.
- CABAÑERO, B. (2006). Una comarca prefigurada en época islámica en el *àmal* de *Barbitaniyya*. En JUSTE, N. (coord.). *Comarca de Somontano de Barbastro*. Gobierno de Aragón. Colección Territorio, 21. Zaragoza, pp. 75-86.
- CABAÑERO, B., y GALTIER, F. (1988). Los baños musulmanes de Barbastro (Huesca): hipótesis sobre un monumento digno de excavación y recuperación. *Artigrama 5*. Zaragoza, pp. 11-26.
- CANELLAS LÓPEZ, Á., y SAN VICENTE, Á. (1991). *Aragón*. Encuentro. La España románica 4. Madrid.
- CASA MARTÍNEZ, C. DE LA (1992). *Las necrópolis medievales en la provincia de Soria*. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- CASASNOVAS MIRÓ, J. (1993). Notas sobre arqueología funeraria judía en época medieval. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie 1, Prehistoria y Arqueología 6*, pp. 293-302.
- CASTILLO, F., y MARTÍNEZ, R. (1993). Producciones cerámicas en Bayyana. En *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*. Universidad de Granada. Granada, pp. 69-116.
- CASTILLO, J. C. (1996). La cerámica emiral de la campiña de Jaén. *Arqueología y Territorio Medieval 3*. Universidad de Jaén. Jaén, pp. 191-220.
- CEBOLLA BERLANGA, J. L.; ROYO GUILLÉN, J. I., y REY LANASPA, J. (1997). *La arqueología urbana en Calatayud. Datos para una síntesis*. Ayuntamiento de Calatayud y Centro de Estudios Bilbilitanos. Calatayud.
- CORRAL, J. L. (1991). Las ciudades de la Marca Superior de al-Andalus. En *Simposio Internacional sobre la Ciudad Islámica. Ponencia y Comunicaciones*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, pp. 253-287.
- DELGADO, J. (1998). *Informe de las excavaciones arqueológicas de urgencia realizadas en la plaza de Santo Domingo (Monzón, Huesca)*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural. Expediente n.º 131/1997.

- DELGADO, J., y PÉREZ, J. A. (1998). Actuaciones arqueológicas en el castillo de Boltaña (Huesca). *Sorbarbe 4*. Huesca, pp. 223-237.
- ESCO, C. (1987). La etapa islámica (siglos VIII-XI). En AGUILERA, I., et alii. *El solar de la Diputación Provincial de Huesca: Estudio histórico-arqueológico*. Diputación de Huesca. Huesca, pp. 90-111.
- ESCO, C., y SÉNAC, Ph. (1987). La muralla islámica de Huesca. En *Arqueología Medieval Española, II Congreso. Tomo II: Comunicaciones*. Madrid, pp. 589-601.
- ESCO, C.; GIRALT, J., y SÉNAC, Ph. (1988). *Arqueología Islámica de la Marca Superior de al-Andalus*. Diputación de Huesca. Huesca.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D. (coord.) (2000). *Aragón. Reino y Corona. Catálogo de la exposición*. Gobierno de Aragón e Ibercaja. Zaragoza.
- FUENTES, S., y JUSTES, J. (2006). *Informe sobre el seguimiento arqueológico en el entorno de la catedral de Barbastro*. Informe inédito. General de Patrimonio Cultural. Gobierno de Aragón.
- GALTIER, F., y PAZ PERALTA, J. Á. (1988). *Arqueología y arte en Luesia en torno al año mil. El yacimiento de El Corral de Calvo*. Gobierno de Aragón. Colección Guías Arqueológicas de Aragón, 4. Zaragoza.
- GALLART, J., et alii (1991). *L'excavació de l'església de Sant Martí de Lleida*. Ayuntamiento de Lleida. Monografies d'Arqueologia Urbana, 3. Lleida.
- GALVE, P. (1988). Aproximación al estudio de la cerámica de época emiral en la ciudad de Zaragoza. *Caesaraugusta 65*. Zaragoza, pp. 235-261.
- GALVE, P. (1989). Arqueología en Zaragoza: Informe preliminar de la excavación de la calle Espoz y Mina, n.º 8-10. En *XIX Congreso Nacional de Arqueología, vol. II*. Zaragoza, pp. 409-419.
- GIRALT, J. (1987). La cerámica islámica de Balaguer (Lleida). *Boletín de Arqueología Medieval 1*. Madrid, pp. 25-37.
- GUICHARD, P. (1990). La cerámica con decoración «verde y manganeso». En LERMA et alii. *La cerámica islámica en la ciudad de Valencia. II. Estudios*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia, pp. 71-95.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, F. J. (2006). *La excavación arqueológica del paseo de la Independencia de Zaragoza*. Grupo Entorno. Madrid.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1987). Cerámicas comunes islámicas de las comarcas meridionales de Alicante (siglos VIII-X): Avance para una tipología. *Boletín de Arqueología Medieval 1*. Asociación Española de Arqueología Medieval. Madrid, pp. 7-23.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1993). La cerámica paleoandalusí del sureste peninsular (Tudmir), producción y distribución (siglos VII al X). En *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*. Universidad de Granada. Granada, pp. 39-65.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (2007). La islamización de Tudmir: balance y perspectivas. *Villa 2. Vil·les et Campagnes de Tarraconaisse et d'al-Andalus (IV^e-IX^e siècles): la Transition*. Toulouse, pp. 275-312.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A.; CABAÑERO, B., y BIENÉS, J. J. (1998). La mezquita aljama de Zaragoza. En LOZANO, J. C. (coord.). *La Seo de Zaragoza*. Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 71-84.
- IGLESIAS COSTA, M. (2003). *Arte religioso del Alto Aragón oriental, arquitectura románica, siglos XI, XII y XIII*. Prames. Zaragoza.
- IZQUIERDO, R. (1994). *La ciudad hispanomusulmana de Vascos. Navalmoralejo (Toledo). Campañas 1983-1988*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.
- JUSTE, N. (1990). Excavaciones arqueológicas en el entorno de la catedral de Barbastro. *Somontano 1*. Barbastro., pp. 61-81.
- JUSTE, N. (1994). Excavaciones en el solar del Círculo Católico (Huesca): un fragmento de la ciudad seritoriana. *Bolskan 11*. Huesca, pp. 133-171.
- JUSTE, N. (1995). Arqueología medieval en Barbastro. Restos islámicos y medievales cristianos. *Somontano 5*. Barbastro, pp. 59-87.
- JUSTE, N. (2000). Arqueología de la ciudad medieval de Barbastro. Un patrimonio por conocer y recuperar. En *Programa extraordinario de fiestas de Barbastro*. Barbastro.
- JUSTES FLORÍA, J. (2002). *Informe sobre la excavación arqueológica realizada en la plaza de San Pedro de Jaca*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- JUSTES FLORÍA, J. (2003). *Informe sobre la excavación arqueológica realizada en la plaza San Antonio, 2, Barbastro*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- JUSTES FLORÍA, J. (2006). *Informe sobre la excavación arqueológica realizada en calle Los Hornos, 19, Barbastro*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- JUSTES FLORÍA, J. (2008). *Informe sobre el control y seguimiento arqueológico de la excavación de dos nuevas tumbas en la cripta de la capilla de San Pedro de la catedral de Barbastro*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.

- JUSTES FLORÍA, J., y DOMINGO, R. (2006). *Excavaciones arqueológicas en la plaza Biscós de Jaca*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- JUSTES FLORÍA, J., y GIMENO MARTÍNEZ, B. (2003). Estudio paleopatológico de los restos humanos exhumados en la excavación de San Pedro el viejo (Jaca). *Salduie 3*. Zaragoza, pp. 243-255.
- LALIENA, C., y SÉNAC, Ph. (1991). *Musulmans et Chrétiens dans le haut Moyen Âge: aux origines de la Reconquête Aragonaise*. Minerve. París.
- LEDESMA, M. L. (1982). *Templarios y hospitalarios en el reino de Aragón*. Guara. Zaragoza.
- LEDESMA, M. L. (1994). *Las órdenes militares en Aragón*. CAI. Zaragoza.
- LERMA, J. V., et alii (1990). *La cerámica islámica en la ciudad de Valencia. II. Estudios*. Ayuntamiento de Valencia. Valencia.
- LÓPEZ NOVOA, S. (1981). *Historia de la muy noble y leal ciudad de Barbastro y descripción geográfico-histórica de su diócesis*. Reed. de la obra de 1861. Sociedad Mercantil Artesana. Barbastro.
- LORIENTE, A. (1990). *L'horitzó andalusí de l'antic Portal de Magdalena*. Ayuntamiento de Lleida. Monografies d'Arqueologia Urbana, 2. Lleida.
- LORIENTE, A., y OLIVER, A. (1992). *L'Antic Portal de Magdalena*. Ayuntamiento de Lleida. Monografies d'Arqueologia Urbana, 4. Lleida.
- MALPICA CUELLO, A. (ed.) (1993). *La cerámica alto-medieval en el sur de al-Andalus*. Universidad de Granada. Granada.
- MARÍ, L. (2007). *Informe de la prospección arqueológica por radar en la ciudad antigua de Barbastro (Somontano-Huesca)*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- MARTÍNEZ LILLO, S. (1990). Hornos califales de Toledo. En *Fours de Potiers et «Testares» Medievaux en Méditerranée Occidentale*. Casa de Velázquez. Série Archéologie, XIII. Madrid, pp. 45-61.
- MONTES CARREÑO, V., y ESTRADA GARCÍA, R. (2007). *Azabache de Asturias: Asociación Azabache* [en línea]. [Consulta: 25 marzo 2009]. <<http://www.azabachede Asturias.com>>.
- MONTMESISIN, I. (1980). Description analytique de la céramique commune du testar de Onda, mon de Oere (Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*. Diputación Provincial de Castellón de la Plana. Castellón, pp. 243-288.
- MONTÓN, F. (1997a). *Zafranales. Un asentamiento de la frontera hispano-musulmana en el siglo XI. Catálogo de la exposición*. Diputación de Huesca y Museo de Huesca. Huesca.
- MONTÓN, F. (1997b). Los materiales islámicos del yacimiento de Zafranales (Fraga, Huesca). *Bolskan 14*. Huesca, pp. 157-231.
- MONTÓN, F. (1995-2000). Barbastro islámica. Noticia de la excavación realizada en el solar de la UNED. *Annales XII-XIII*. UNED. Barbastro, pp. 185-196.
- MOSTALAC, A. (1990). Los hornos islámicos de Zaragoza. En *Fours de Potiers et «Testares» Medievaux en Méditerranée Occidentale*. Casa de Velázquez. Série Archéologie, XIII. Madrid, pp. 63-74.
- NAVARRO PALAZÓN, J. (1990). Los materiales islámicos del alfar antiguo de San Nicolás de Murcia. En *Fours de Potiers et «Testares» Medievaux en Méditerranée Occidentale*. Casa de Velázquez. Série Archéologie, XIII. Madrid, pp. 29-43.
- NAVARRO, J., y JIMÉNEZ, P. (2003). Sobre la ciudad islámica y su evolución. En RAMALLO, S. (ed.). *Estudios de arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*. Universidad de Murcia. Murcia, pp. 319-381.
- NAVARRO, J., y JIMÉNEZ, P. (2007). *Las ciudades de Alandalús: nuevas perspectivas*. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo. Conocer Alandalús, 5. Zaragoza.
- NAVARRO ROYO, L. J. (1996). Notas sobre un yacimiento islámico en Novallas (Zaragoza). *Turiaso XIII*, pp. 11-22. Centro de Estudios Turiasonenses. Tarazona.
- OLICH CASTANYER, I. (1994). Arqueologia de la mort: una perspectiva de la Història Medieval. *Acta Historica et Archeologica Medievalia 14-15*. Barcelona, pp. 277-289.
- ORTEGA, J. (2007). *Anatomía del esplendor. Fondos de la sala de Historia Medieval*. Museo de Albarracín. Fundación Santa María de Albarracín. Albarracín.
- PALLARÉS, M. Á., y GARCÍA OMEDES, A. (2007). *El Somontano de Barbastro*. March. Barcelona.
- PÉREZ, J. J. La espada ropera. En *Asociación Española de Esgrima Antigua* [en línea]. [Consulta: 25 marzo 2009]. <<http://www.esgrimaantigua.com/Armas-Ropera.php>>.
- REKLAITYTE, I., y MARTÍN BUENO, M. (2008). Algunas observaciones sobre las varillas de bronce provenientes del yacimiento medieval de Ategua (Córdoba). *Anales de Arqueología Cordobesa 19*. Universidad de Córdoba. Córdoba, pp. 323-340.
- RETUERCE, M. (1988). Miscelánea islámica madrileña. *Boletín de Arqueología Medieval 2*. Madrid, pp. 141-149.
- RETUERCE, M. (1990). Cerámica islámica en la Co-

- munidad de Madrid. En *Madrid del siglo IX al XI*. Comunidad de Madrid. Madrid, pp. 145-163.
- RETUERCE, M., y CANTO, A. (1987). Apuntes sobre la cerámica emiral a partir de dos piezas fechadas por monedas. En *Arqueología Medieval Española. II Congreso. Tomo III: Comunicaciones*. Madrid, pp. 93-104.
- RIU, M. (1982). Alguns costums funeraris de l'edat mitjana a Catalunya. En RIU, M. (1983). *Necrópolis i sepultures medievals a Catalunya*. Acta Medievalia. Anex. 1. Barcelona, pp. 29-51.
- RIU, M., y BOLÒS, J. (1982). Observacions metodològiques, esquemes i fitxes de treball per a l'estudi de les sepultures. En RIU, M. (1983). *Necrópolis i sepultures medievals a Catalunya*. Acta Medievalia. Anex. 1. Barcelona, pp. 11-28.
- ROSELLÓ BORDOY, G. (1978). *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*. Diputación Provincial de Baleares. Palma de Mallorca.
- ROSELLÓ BORDOY, G. (1993). Las cerámicas de primera época: algunas observaciones metodológicas. En *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*. Universidad de Granada. Granada, pp. 15-35.
- ROYO, J. I. (2004). La arqueología urbana en Jaca y sus aportaciones. En ONA, J. L., y SÁNCHEZ, S. (coords.). *Comarca de la Jacetania*. Gobierno de Aragón. Colección Territorio, 12. Zaragoza, pp. 61-72.
- ROYO, J. I., y REY, J. (1997). Excavaciones arqueológicas en Calatayud. El solar de la calle Rúa de Dato angular calle San Miguel, antiguo palacio de Sicilia. *Arqueología Aragonesa 1993*. Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 219-230.
- ROYO J. I., et alii (2009). Excavar, proteger y musealizar: el caso de la arqueología urbana en Huesca en los albores del tercer milenio. En DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. (coord.). *El patrimonio arqueológico a debate: su valor cultural y económico*. Instituto de Estudios Altoaragoneses. Huesca, pp. 125-171.
- SÉNAC, Ph. (1990). Une fortification musulmane au nord de l'Ebre: le site de La Iglesieta. *Archéologie Islamique 1*. Maisonneuve & Larose. París, pp. 123-146.
- SÉNAC, Ph. (1997). Les fouilles de Las Sillas (Marcén). Rapport d'activités. 1994. *Arqueología Aragonesa 1994*. Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 201-215.
- SÉNAC, Ph. (1999). Las Sillas (Marcén), un habitat rural de la taifa de Saragosse. *Archéologie Islamique 8-9*. CNRS. París, pp. 7-27.
- SÉNAC, Ph. (2002). *Une Qarya des X^e-XI^e siècles. Le site de Las Sillas (Marcén). Rapport d'activités 2002*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- SÉNAC, Ph. (2003). Un château en Espagne. Notes sur la prise de Barbastro (1064). En *Liber largitoribus, études d'histoire médiévale offertes à Pierre Tourbet par ses élèves, réunies par D. Barthélemy et J-M. Martín*. Genève.
- SÉNAC, Ph., y PESQUÉ, J. M. (2003). *Un habitat d'époque islamique dans la vallée de l'Ebre (X^e-XI^e siècles). Las Sillas de Marcén. Rapport d'activités 2003*. Informe inédito. Gobierno de Aragón. Dirección General de Patrimonio Cultural.
- SOUTO, J. A. (1983). Algunos signos mágicos musulmanes en la cerámica «verde y morada» de Teruel (siglos XIII-XIV). En VV AA. *Signos lapidarios de Aragón*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, pp. 109-126.
- SOUTO, J. A. (1987). Cerámicas islámicas excavadas en la Seo del Salvador (Zaragoza), 1980-1986. *Boletín de Arqueología Medieval 1*. Madrid, pp. 39-49.
- TORRES, C. (1986). Um lote cerâmico da Mértola islâmica. En *Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española. Tomo IV*. Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 193-228.
- UBIETO ARTETA, A. (1951). *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*. Zaragoza.
- VARELA, R. (1988). Cerâmicas Muçulmanas do Castelo de Silves. *Xelb 1*. Museu Municipal de Arqueologia. Silves (Portugal).
- VIGUERA, M. J. (1995). *El Islam en Aragón*. CAI. Colección Mariano de Pano y Ruata, 9. Zaragoza.
- VILADÉS, J. M. (1986). Cerámica islámica de la excavación del teatro romano de Zaragoza. *Boletín de la Asociación de Orientalistas XXII*. Madrid, pp. 301-320.
- VILADÉS, J. M. (1991). Candiles hispano-musulmanes de Zaragoza. *Boletín del Museo de Zaragoza 10*. Zaragoza, pp. 7-200.
- VV AA (1991). *Arqueología de Zaragoza: 100 imágenes representativas*. Ayuntamiento de Zaragoza. Zaragoza.
- VV AA (1993). *Huellas del pasado. Museo del Foro Romano. Catálogo de la exposición*. Ayuntamiento de Zaragoza. Zaragoza.
- WILKINSON, F. (1978). *Armas y armaduras*. Noguer. Barcelona.
- ZOZAYA, J. (1984). Instrumentos quirúrgicos andalusíes. *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas XX*. Madrid, pp. 255-259.

Resultado de las actuaciones arqueológicas realizadas en el solar de la calle Coso Alto, 38-40 (Huesca)

Ignacio Lafragüeta Puente*

RESUMEN

Se presenta un avance de las excavaciones realizadas en la calle Coso Alto, 38-40 (Huesca), donde se documentan restos que van desde la etapa ibera hasta la actualidad. Entre los hallazgos destacan la muralla romana, del tipo denominado de cajones, la muralla islámica y el foso de época ibérica. Aparte de estructuras, se han hallado una serie de conjuntos cerámicos cerrados, entre los que destacan las cerámicas ibéricas y las romanas, con una serie de ánforas ibéricas, cerámica de barniz rojo ilergete y campaniense A.

SUMMARY

We present a progress of the excavations carried out in the C / High Coso No. 38-40 (Huesca), which documented remnants ranging from the Iberian stage at the moment. From the findings, highlighting the Roman wall-type drawers, and the pit wall Islamic Iberian period. Besides structures, have found a number of sets of ceramic closed highlighting the Iberian and Roman ceramics, which highlights a number of amphorae Iberian, ceramic glaze red ilergete and campaniense A.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente artículo es mostrar un avance de los resultados obtenidos como consecuen-

cia de la actuación arqueológica realizada en el solar ubicado en la calle Coso Alto, 38-40, de Huesca durante los años 2004-2007. Los datos que aquí se exponen proceden de las conclusiones obtenidas en la fase del trabajo de campo, por lo que futuros trabajos nos permitirán, tras una valoración de los materiales y estructuras, matizar algunos aspectos cronológicos de los restos hallados.

El solar se halla situado al pie del cerro donde se localiza el casco antiguo de la ciudad de Huesca, es decir, en el interior del perímetro amurallado medieval, que fue el límite urbanístico hasta finales del siglo XV, cuando se comienza a construir extramuros. Se ubica entre las calles Coso Alto y Sancho Abarca (llamada hasta el año 1868 *de la Pataquera*), y entre los solares donde se hallan los edificios del teatro Olimpia (edificado en 1925) y de Muebles Nadal (construido en los años 70 del pasado siglo).

La actuación fue iniciada como consecuencia de la construcción de un nuevo edificio, siendo financiadas las obras por la empresa Construcciones y Promociones Marino López (PROCOM). Los trabajos comenzaron en el año 2004 mediante la realización de cuatro sondeos, tres de los cuales dieron resultado positivo; posteriormente, durante el año 2005, se produjo la excavación arqueológica del yacimiento, y durante los años 2006-2007 se han realizado diferentes trabajos que han precisado la ejecución de determinadas tareas arqueológicas, como son la excavación de una berma de seguridad perimetral, la limpieza de un paño de muralla y el desmontaje de una serie de estructuras. De los restos hallados tan solo se consideró la conservación de 20 m de paño de muralla, la cual se halla protegida por la categoría legal de BIC.

* Director de la excavación. nlafragueta@hotmail.com.

2. ASPECTOS HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICOS

Al comienzo de las obras de excavación apenas existían datos acerca de las posibilidades arqueológicas del solar. Tan solo se conocía con certeza la existencia de la muralla musulmana.

La presencia de restos arqueológicos en solares cercanos (edificio Simeón, calle Sancho Abarca, 20, vial de la plaza Lizana...) ofrecía ciertas expectativas arqueológicas, fundamentadas en:

- La existencia de lienzo de muralla¹.
- La posibilidad de encontrar restos de la acequia romana, localizada en distintos solares como los de la calle Joaquín Costa, 14-16 (lavaderos de San Julián), y calle Coso Alto, 28 (edificio Simeón).

Hasta el momento las fuentes documentales consultadas apenas aportan datos específicos. La información existente, proveniente principalmente del cronista árabe al-Udrí² en su descripción de la *Wasqa* musulmana, ofrece datos generales, que han podido ser contrastados arqueológicamente:

- Así se ha podido constatar la existencia de una acequia que recorre la ciudad (de origen romano)³: «Atraviesan la ciudad por la parte que rodea la segunda muralla dos acequias que llevan agua a dos casas de baños...» (AL-UDRÍ: 142, 1-3, citado en DE LA GRANJA, 1967).
- También se ha comprobado la existencia de una muralla de origen romano, conservada durante la época visigótica (periodo más oscuro de la ciudad de Huesca) y reconstruida por los musulmanes en el siglo IX: «Cuando los musulmanes entraron en al-Andalus y avanzaron por la Marca Superior, parte de los árabes se detuvo en Huesca, y acamparon

frente a sus muros [...]. Durante siete años, mientras los habitantes de Huesca permanecían sitiados en la Alcazaba Vieja» (AL-UDRÍ: 147, 1-3; citado en DE LA GRANJA, 1967); «Amrus continuó su gobierno en Huesca, y recibió del imán Muhammad la orden por escrito de amurallar la ciudad en el año 261...» (AL-UDRÍ: 164, 1-3; citado en DE LA GRANJA, 1967).

No existen pruebas documentales de la ocupación del solar hasta el siglo XV, ya que es el momento en el que se produce una transformación urbanística, consecuencia de un aumento demográfico. La muralla va a perder su misión defensiva para adquirir una doble función: como cantera de las futuras edificaciones y como parte integrante de las viviendas, ya que se convierte en pared trasera de las mismas.

A partir de los siglos XV-XVI se va a comenzar a edificar extramuros, construyéndose palacios, de los que en la actualidad queda una mínima parte. No será hasta el siglo XIX, con la creación de la plaza del Mercado (plaza de López Allué), cuando la imagen urbanística de la ciudad deje de ser la de una urbe medieval (CALVO SALILLAS, 1990).

3. ESTRATIGRAFÍA GENERAL DEL SOLAR

La siguiente descripción estratigráfica constituye un resumen general de los niveles arqueológicos diferenciados. Estos han sido clasificados en orden de aparición, es decir, desde la etapa más reciente a la más antigua.

La secuencia de los niveles arqueológicos en excavaciones urbanas, en la mayoría de los casos, ha sufrido grandes alteraciones por la continua superposición de las construcciones. El que nos ocupa no es una excepción. A pesar de esto, en el solar excavado hemos podido diferenciar seis periodos de ocupación arqueológica:

- Nivel I. Compuesto por escombros y rellenos modernos y contemporáneos. Se caracteriza por la diversificación de material (mezcla de material moderno con romano), integrado principalmente por ladrillos contemporáneos y fragmentos de loza. Su composición se debe al acondicionamiento de la superficie del solar.
- Nivel II. Nivel arqueológico moderno. Siglos XV-XVIII. A este nivel pertenecen los estratos de relleno documentados e identificados, en

¹ La existencia de la muralla en el solar está constatada en varios trabajos: ESCO. C., y SÉNAC, Ph. (1987). La muralla islámica de Huesca. *Congreso de Arqueología Medieval Española*. Comunidad de Madrid. Madrid, pp. 590-601; NAVAL MAS, A. (1980). *Huesca: Desarrollo del trazado urbano y de su arquitectura*. Universidad Complutense de Madrid. Madrid; y (1997). *Huesca, ciudad fortificada: estudio histórico arqueológico de las murallas de la ciudad*. Mira. Zaragoza.

² GRANJA, F. DE LA (1967). La marca superior en la obra de al-Udrí. *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón* 8, pp. 447-546.

³ SERRETA OLIVÁN, A.; CUCHÍ OTERINO, J. A., y REY LANASPA, J. (2000). Nota sobre una acequia perdida bajo el casco antiguo de la ciudad de Huesca. *Bolskan* 17, pp. 229-235.



Fig. 1. Estratigrafía general del solar.

un área donde han aparecido restos de bodegas adscritas a época medieval. En ellos se han recogido materiales modernos: cerámica de reflejo metálico, cerámica vidriada estannífera, cerámica vidriada de Muel... Está compuesto por capas de tierra arenosa de color gris, mezclada con cal.

- Nivel III. En este nivel hemos podido diferenciar dos momentos de ocupación, que se distinguen principalmente, el primero, por los restos constructivos, y el segundo, por el nivel estratigráfico arqueológico:
 - Nivel III-A. Nivel de relleno arqueológico de época medieval cristiana. Siglos XI (1096)-XV. Este nivel corresponde a una serie de estancias (bodegas) rellenas de tierra compacta de color marrón. En él podemos encontrar grandes bolsas de relleno de material cerámico, mezclado con tejas, habiendo perforado el nivel romano e iberrromano del área norte del foso ibérico. Estos rellenos tienen una potencia de entre 1,87 y 1,70 m.
 - Nivel III-B. Nivel de ocupación arqueológica medieval musulmana. Siglos VIII (714)-XI (1096). Este se documenta, dependiendo

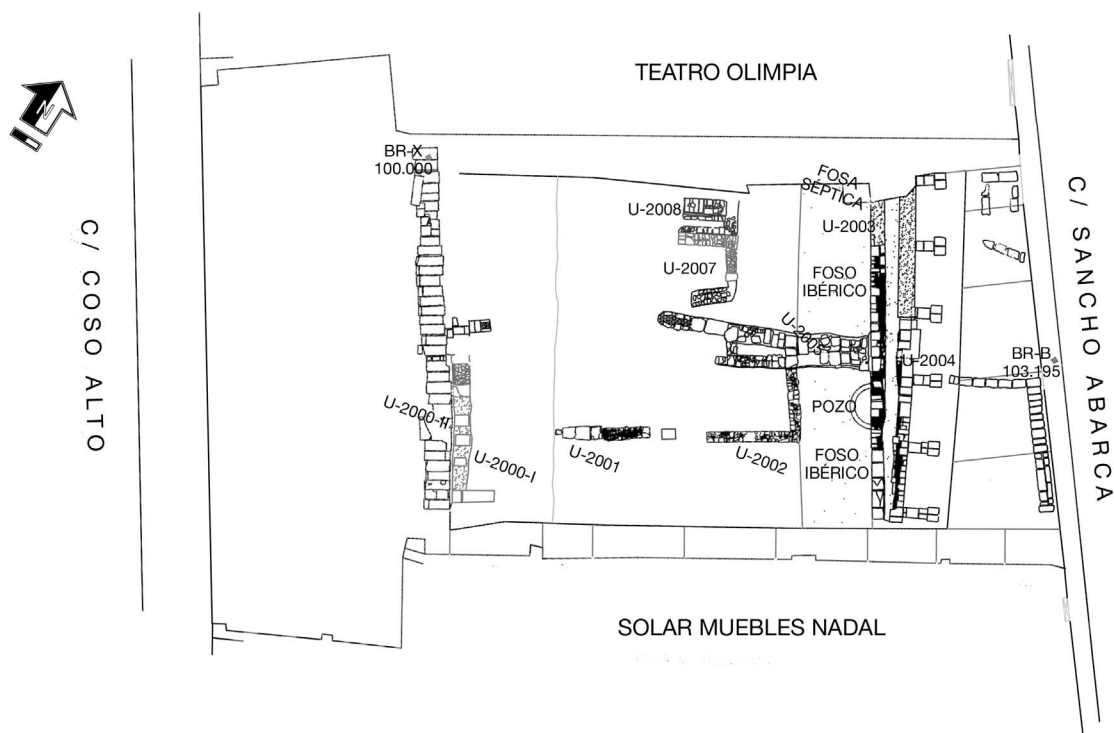


Fig. 2. Plano general de la excavación.



Fig. 3. Foso ibérico.

del área, bajo el nivel moderno o bajo el medieval cristiano, apoyándose sobre el salagón en alguna zona. Ha sido frecuente encontrar cerámicas globulares comunes, tazas, arcaduces, fragmentos de piqueta de candil..., es decir, materiales que nos sitúan en torno a los siglos X-XI.

- Nivel iv. Nivel arqueológico romano. Siglos I-IV d. C. De relleno. Se localiza en el foso ibérico y en niveles anexos a la muralla. Se caracteriza por materiales como *terra sigillata* hispánica, pesas de telar, cerámicas engobadas... Es común encontrar estos materiales en niveles posteriores. A este nivel corresponde la U-2007 (un muro realizado en *opus africanum*) y la U-2000-I (la muralla de cajones).
- Nivel v. Nivel arqueológico iberorromano. Siglos III-I a. C. Se caracteriza por contener tierra húmeda de color verdoso, perteneciente a posibles basureros, los cuales se han localizado tanto en el foso ibérico como en los estratos próximos a la muralla. En este nivel se ha recogido cerámica ibérica tardía (borde de *kálathos* y cerámica común con decoración geométrica), cerámica romana (campaniense A-B), monedas...

- Nivel vi. Corresponde a un nivel de arcilla documentado bajo las estructuras medievales (U-2004), en el cual se han recogido cerámicas a mano y cerámicas ibéricas, datadas entre los siglos V-IV a. C.

4. DESCRIPCIÓN DE LAS ESTRUCTURAS ARQUITECTÓNICAS

4.1. El foso y la muralla ibérica

Se ha localizado en la parte media del solar una *trinchera*, que lo corta de norte a sur y que se ha identificado con el *foso de época ibérica*. Esto supone que en época tardorromana existe una ampliación urbanística, como lo atestigua la muralla romana ubicada a 14,29 m de distancia hacia el exterior.

Tiene una longitud de 18,31 m, una anchura máxima de 5,05 m y un desnivel de 1,80 m. Está excavado en el salagón, quedando delimitado en el lado este por el corte de la arcilla, mientras que en el lado oeste lo está por un muro perteneciente a una acequia medieval de origen romano. Esta acequia ha sido identificada en varios puntos de la ciudad (calle Joaquín Costa, 14-16, calle Coso Alto, 28...) asociada a niveles romanos imperiales.

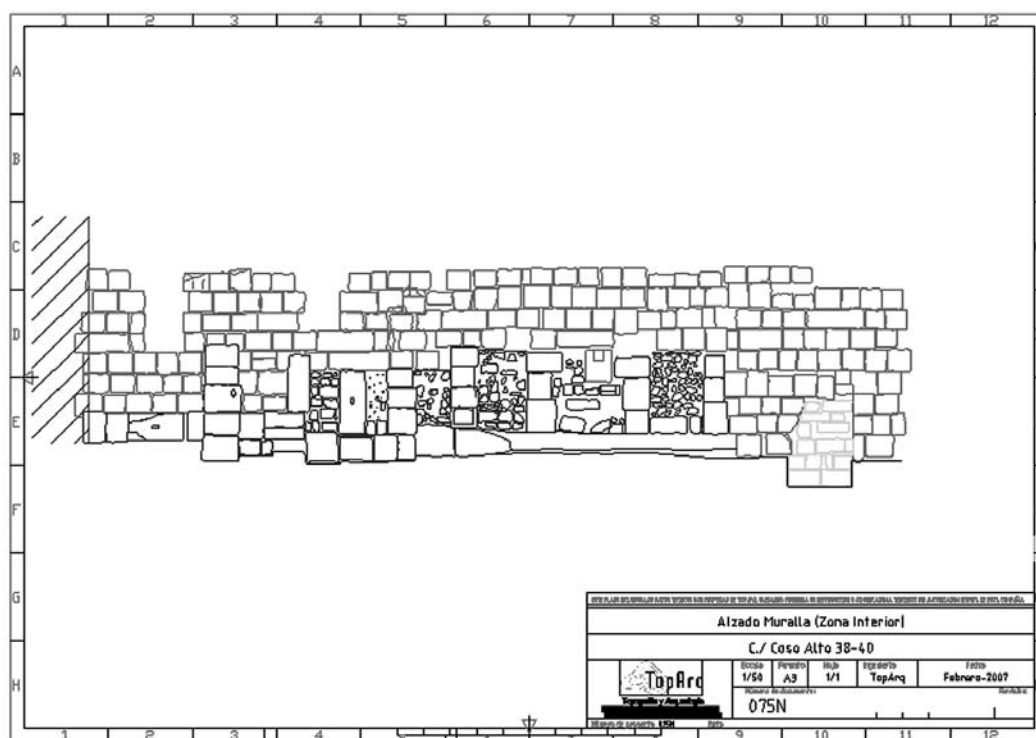


Fig. 4. Alzado de la muralla.

Esta acequia se halla asociada a un nivel de arcilla, de cimentación, donde se han recogido cerámicas a mano de época ibérica y cerámicas de la Primera Edad del Hierro, y a un nivel ibérico fechado a finales del siglo III o principios del II a. C., lo que nos ha hecho pensar en la existencia de una muralla de época ibérica utilizada en época romana como una de las paredes de la acequia. En concreto se trata de la pared oeste, ya que, al desmontar dicha estructura, se pudo observar la aparición de grandes sillares de arenisca, bien escuadrados, de unas medidas medias de 0,90 x 0,85 x 0,70 m.

4.2. Muralla

La actuación realizada en la muralla ha consistido en la limpieza de añadidos en la cara exterior (lado del Coso Alto) y en la eliminación de estructuras adheridas a la muralla en la cara interior, en concreto la U-2000-III, dado que se trata de un añadido de época medieval-moderna, compuesto por tres hiladas de sillares de arenisca.

El resultado ha sido la obtención de un lienzo de muralla islámica en la parte exterior del recinto amurallado, perteneciente seguramente al siglo IX, de

época emiral, compuesta por sillares de arenisca de las siguientes medidas 1,05 x 0,41 x 0,42 m, dispuestos a tizón, aunque existen una serie de sillares situados a soga, con la función de servir como drenaje de la propia muralla y evitar humedades.

En la cara interior del solar se documenta un tramo de muralla perteneciente a época romana de 12,50 m de longitud, anexa al lienzo musulmán, que ha sido definida como una muralla *de cajones*⁴.

4.2.1. La muralla romana

No existen datos precisos sobre la fecha de la realización de la muralla y el motivo causante de su ejecución. La obra corresponde a una muralla de tipo *cajones*, realizada con sillares de arenisca.

Este tipo de muralla está formado por sillares dispuestos a soga, que hacen de cimentación y de nivelación del suelo, sobre los que se levantan pilas de 3 sillares cada 90 ó 60 cm (la distancia es variable),

⁴ Sobre la muralla *de cajones* puede verse ASENSIO, J. Á. (1996). Influencia poliorcética tardorepublicana en los sistemas defensivos de las ciudades indígenas del valle medio del Ebro: el caso de las murallas denominadas *de cajones*. *Anas* 9, pp. 21-36.

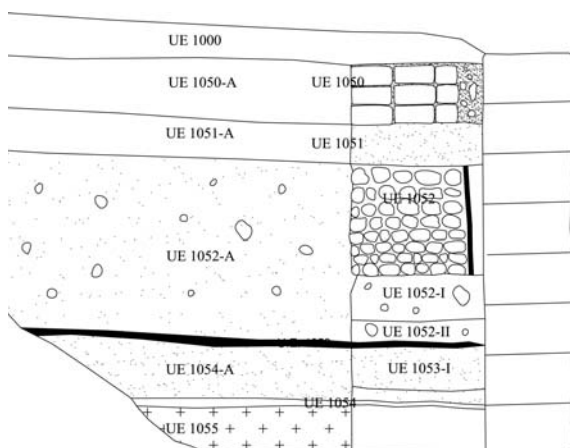


Fig. 5. Croquis del sistema de construcción de la muralla.

quedando entre pila y pila huecos o *cajones*, que son rellenos con tierra y piedra tosca, echando una capa de yeso para evitar que estos rellenos se desmonten por la erosión.

Los sillares a soga tienen una granulometría va-

riable entre 1,10-1,20 m de largo, 0,50-0,60 m de ancho y 0,50-0,60 m de profundidad. También es variada la granulometría de los sillares que hacen de pilares, pues podemos encontrar un único sillar de 1,12 x 0,60 x 0,60 m, o tres o más sillares (el número depende de la nivelación) de 0,60 x 0,50 x 0,50 m.

Todos estos sillares están bien escuadrados, hallándose marcas en diagonal del labrado de los canteros.

Para la construcción y nivelación de la muralla se realizó una excavación en el salagón; posteriormente se echó una capa de arcilla de unos 20 cm; luego, una capa de cerámica común machacada de 3-5 cm, mezclada con ceniza para evitar humedades, y finalmente, una capa de tierra. En esta última capa es donde se documentó un ritual fundacional, testimoniado por huesos de ovicáprido dispuestos en círculo.

Este tipo de construcción ha sido documentado en los yacimientos tardorrepublicanos del valle medio del Ebro (siglo I a. C.), por lo que podríamos datar la construcción en época sertoriana, entre los años 80-70 a. C. Esta fecha contrasta con la mayoría de los mate-



Fig. 6. Muralla romana de cajones.



Fig. 7. Ritual fundacional.

riales hallados, ya que se datan en el cambio de era (siglo I a. C.-siglo I d. C.).

4.2.2. Ritual fundacional

Asociado a la muralla romana se encontró un depósito de restos óseos de ovicápridos. Este conjunto se halla al pie de la muralla, entre el nivel de cimentación de la misma, en la arcilla, y un nivel de cerámica machacada, mezclada con ceniza y tierra, que actuaría como aislante de humedades.

La existencia de enterramientos de animales es frecuente en la Protohistoria, con ejemplos cercanos como el ovicáprido hallado en La Vispesa (Tamarite de Litera) o los de *Bilbilis* (Calatayud). En este caso se trata de las extremidades de un conjunto de ovicápridos y no de un solo animal.

Esta clase de enterramientos se hallan relacionados con rituales fundacionales de ciudades, propios de la última etapa de la cultura ibérica, y estarían vinculados con la ciudad, la vivienda, las murallas y el control propio del territorio, con un significado apotropaico que refleja la realidad ritual y ceremonial de la aristocracia. En el periodo ibérico tardío se divulgan, generalizándose entre las clases sociales más bajas y, por tanto, dejando de ser privativas de una elite aristocrática, como en el periodo precedente (MONEO, 2003).

4.2.3. La muralla islámica

La llegada de los musulmanes a la ciudad de Huesca es fechada en torno al 714, siendo tomada esta en el 721, ya que, según nos narra al-Udrí, fue sitiada

durante 7 años. En la defensa de la ciudad por parte de los visigodos cristianos tuvo una especial importancia la muralla, de origen romano, aunque se desconoce en qué condiciones se mantuvo: «... persistieron en su actitud durante siete años, mientras los habitantes de Huesca permanecían sitiados en la Alcazaba Vieja...». (AL-UDRÍ, citado en DE LA GRANJA, 1967).

Conquistada Huesca, los nuevos habitantes de la ciudad proceden a arreglar el viejo amurallamiento de época romana.

Durante la época emiral (siglo IX, ca. 875), comienza a construirse un nuevo lienzo, que en algunos tramos aprovecha la muralla romana (zona de Coso Alto y Joaquín Costa) y en otros es de nueva obra (caso de Coso Bajo y Trasmuro), produciéndose una ampliación del recinto amurallado y de la ciudad. Este nuevo amurallamiento es realizado por el gobernador Amrus, por encargo del emir Muhamad I, según relataba una inscripción sobre una de sus puertas. Además estaba jalonada por torres rectangulares, aunque también las había circulares.

El tramo de muralla existente en el solar excavado es resultado del aprovechamiento en época musulmana de lo anterior, es decir, de lo romano. Así, el nuevo paramento musulmán se construye anexo al romano. La edificación musulmana se caracteriza por sillares de arenisca de 1,10-0,97 x 0,45-0,35 x 0,45-0,35 m, dispuestos en su mayoría a tizón, aunque los hay a soga, pero con función de drenaje de la muralla.

La cara exterior de la muralla presenta un almohadillado, mientras la interior no está arreglada. Este dato nos ha servido para documentar la existencia de un torreón en la esquina existente entre el solar y el edificio de Muebles Nadal. Los motivos que nos han llevado determinar la existencia de un torreón han sido:

- Existe una muesca o entrada de 14 cm en la línea de muralla que serviría para encajar los sillares del torreón en la muralla.
- La cara externa de los sillares presenta un corte recto y regular, careciendo de almohadillado.
- La aparición, durante la excavación de la cimentación, de sillares de granulometría musulmana.
- De la muesca a la esquina del edificio de Nadal existe una distancia exacta de 4 m.

Este torreón fue desmontado durante los siglos XIX-XX como consecuencia del derribo de la edificación anterior.



Fig. 8. Muralla islámica. Testigo del torreón.

4.2.4. La muralla tras la reconquista

A partir de 1096, año de la conquista de la ciudad por las tropas de Sancho Ramírez, la muralla va a sufrir distintos *atentados*, pues va a servir como cantera de aprovisionamiento de piedra para construir nuevas viviendas. Los diferentes reyes, para impedir el desmontaje del monumento, se van a ver obligados a promulgar diversos decretos con los que evitar el deterioro e incluso serán promotores de trabajos de rehabilitación, como en el siglo XIII, cuando Aragón entró en guerra con Castilla y hubo amenaza de invasión (IRANZO, 1986).

A partir del siglo XV la muralla deja de tener su función defensiva, usándose como:

- Muro de contención de las tierras del cerro donde se asienta la primitiva ciudad.
- Pared maestra de viviendas.
- Muro trasero de viviendas.

A esta pérdida de función colabora la propia expansión de la ciudad, ya que, a partir del siglo XV, las ciudades se expanden extramuros, con la construcción de edificaciones anexas a las murallas y la creación de un paseo de ronda denominado *coso*.

4.3. Edificio bajomedieval. Bodegas

A partir del siglo XV la ciudad de Huesca sufre una transformación urbanística; es el momento de la construcción de grandes palacios, como el de los Abarca.

En el área este del solar, y aprovechando parte de la cimentación de la muralla ibérica-acequia romana, se ha documentado la existencia de un edificio de envergadura con orientación norte-sur, del que tan solo han llegado hasta nuestros días los muros pertenecientes a cinco estancias.

Estas estructuras pertenecen a bodegas de similares características a las aparecidas en la excavación de la calle Santiago-calle Monsieur Boyrie (JUSTE y GARCÍA, 1992).

De estas dependencias, con una longitud total de 15,21 x 2,00 m de ancho, se conservan los muros delimitadores, con una altura de 2,50 m, no habiéndose hallado restos de ningún tipo de suelo o de pavimento. Las estancias se hallan separadas por muros que tienden a describir en el arranque del techo una suave arquería de tendencia apuntada hacia el exterior. Se conservan todos los arranques.

Se ha podido constatar la existencia de dos fases



Fig. 9. Bodegas bajomedievales y acequia.

de construcción o de una ampliación de dicho edificio. Mientras que en las estancias más próximas al sur los muros delimitadores se levantan en piedra arenisca, en las estancias más próximas al norte son los arranques los que se construyen con este tipo de piedra. Asimismo, la pared del fondo es construida con piedra y mortero, además de seguir una alineación distinta.

Esta estructura debió de estar en pie o en ruina hasta mediados del siglo XIX, cuando se produce una gran reforma urbanística que afecta en gran medida a la calle Sancho Abarca, hasta entonces llamada de *la Pataquera*, como popularmente sigue siendo conocida en la actualidad. A ello hemos de sumar el relleno arqueológico existente, del que se han recogido cerámicas pertenecientes a los siglos XVII-XVIII mayoritariamente.

4.4. Otras estructuras

En la zona media del solar existen una serie de estructuras de menor importancia monumental, aunque no histórico-arqueológica. Nos referimos a una serie de alineaciones de muros musulmanes realizados con piedra tosca, que apenas levantan 0,30 m del suelo.

5. EL MATERIAL CERÁMICO

Dadas las propias características que plantea la cultura material de cualquier excavación en suelo urbano, la cerámica constituye uno de los elementos más abundantes. En la excavación aquí descrita presenta un amplio abanico de piezas que van desde época actual (siglo XX) hasta uno de los periodos más antiguos de la ciudad de Huesca, es decir, el periodo preibérico (siglos IV-III a. C.).

5.1. La cerámica moderna y medieval

Es relativamente abundante en los niveles superficiales, por lo que tan solo hemos recogido aquellas muestras que aportan datos cronológicos, es decir, cerámica de reflejo metálico, cerámica moderna de tipo *Muel* y algún azulejo, desechando las comunes, que, en su mayoría, correspondían a producciones de alfares locales, como los localizados en el cerro de las Mártires, o bien a cerámicas para el tratamiento de alimentos, como las de Naval.

5.2. La cerámica medieval musulmana

El material musulmán se halla altamente representado en todo el solar. Destacan las cerámicas vidriadas de tonalidades meladas, que corresponden a ataifores y redomas. Otros tipos identificados corresponden a fragmentos de cuerda seca y cerámicas comunes, que se identifican con jarras, platos, cuencos, candiles, cangilones...

5.3. La cerámica romana

Los materiales de época romana hallados en el solar documentan su ocupación en dos momentos.

El primero, a finales del siglo III y principios del II a. C., corresponden al periodo final de la *Bolskan* ibérica, en el que las cerámicas campanienses de tipo A se hallan mezcladas con los materiales ibéricos, principalmente *kálathos*. Las formas halladas son las típicas de este periodo: Lamboglia 3, Lamboglia 8, Lamboglia 33, Lamboglia 36, Lamboglia 42/49, Morel 69..., siendo las más abundantes la forma Lamboglia 27 y sus variantes. Estas cerámicas se han recogido principalmente en el foso ibérico, en el nivel ibérico existente bajo el edificio medieval y encima del nivel de cimentación de la posible muralla ibérica.

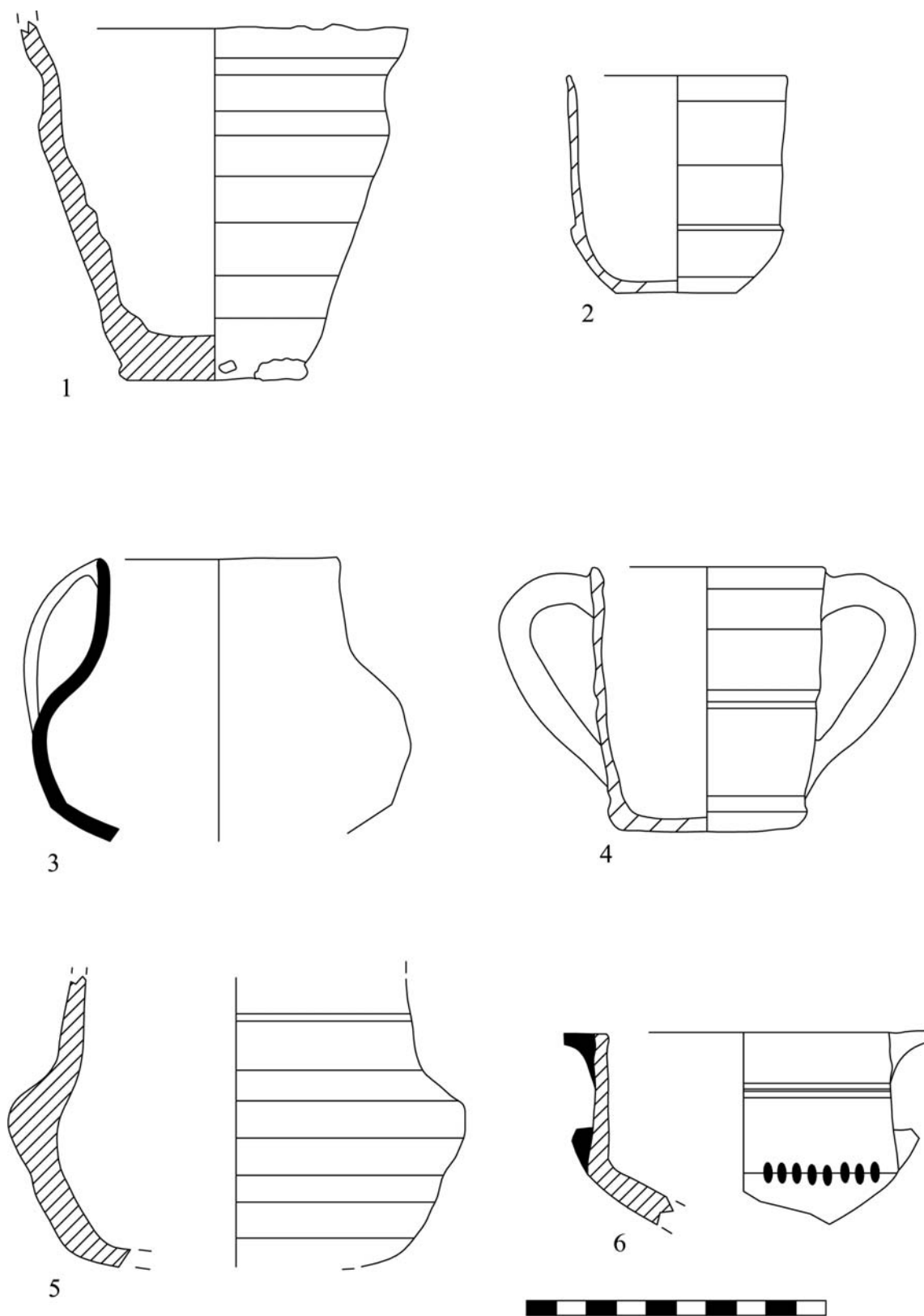


Fig. 10. Cerámica musulmana.

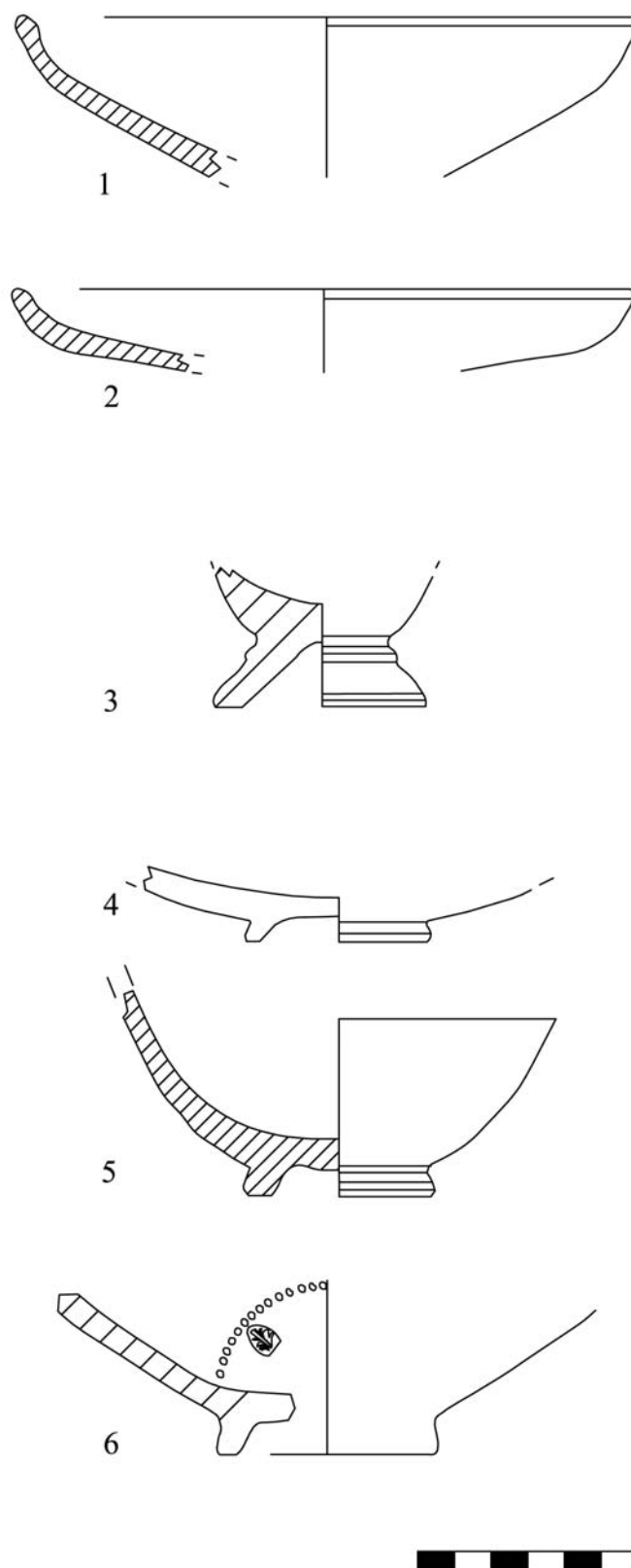


Fig. 11. Cerámica campaniense.

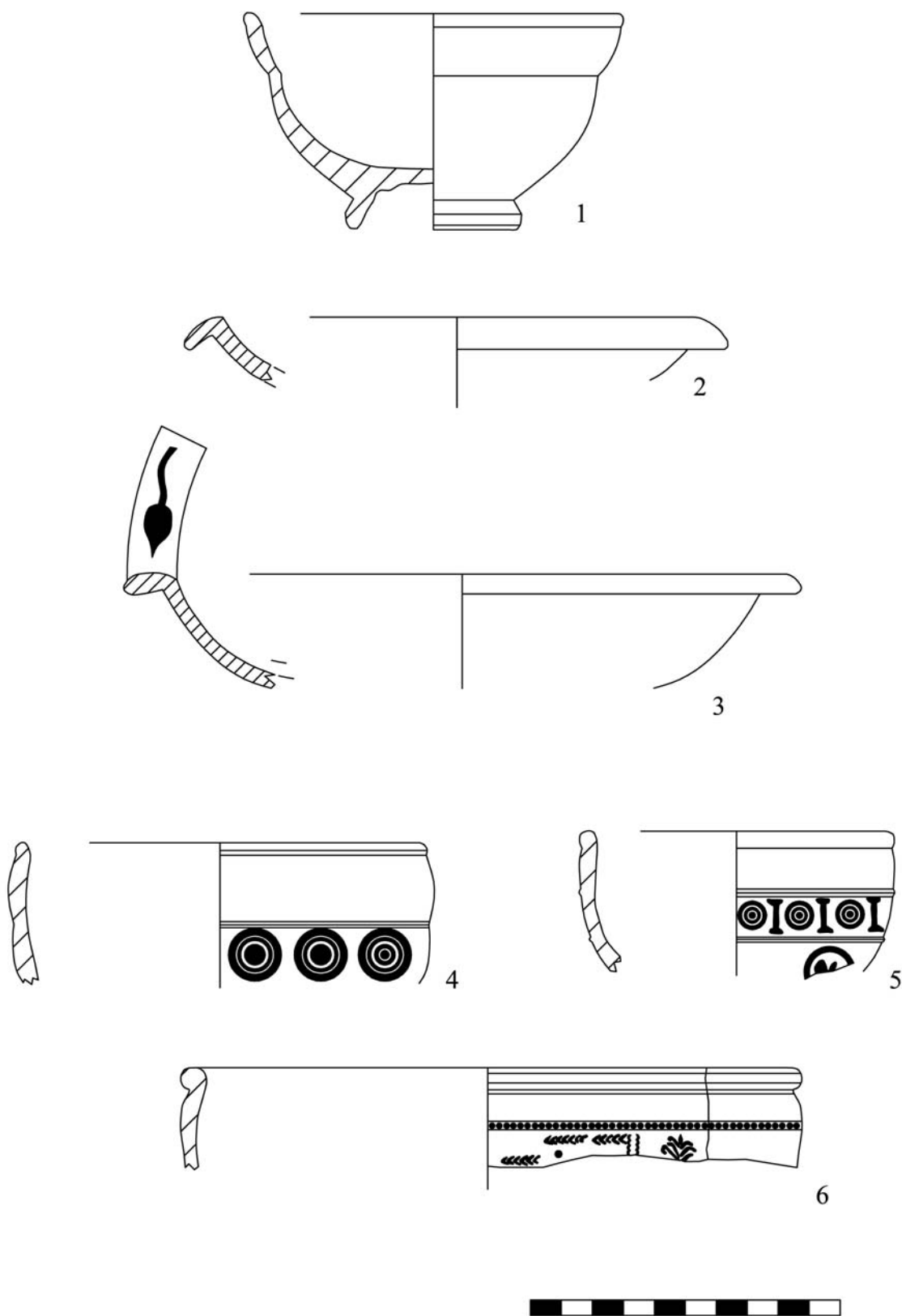
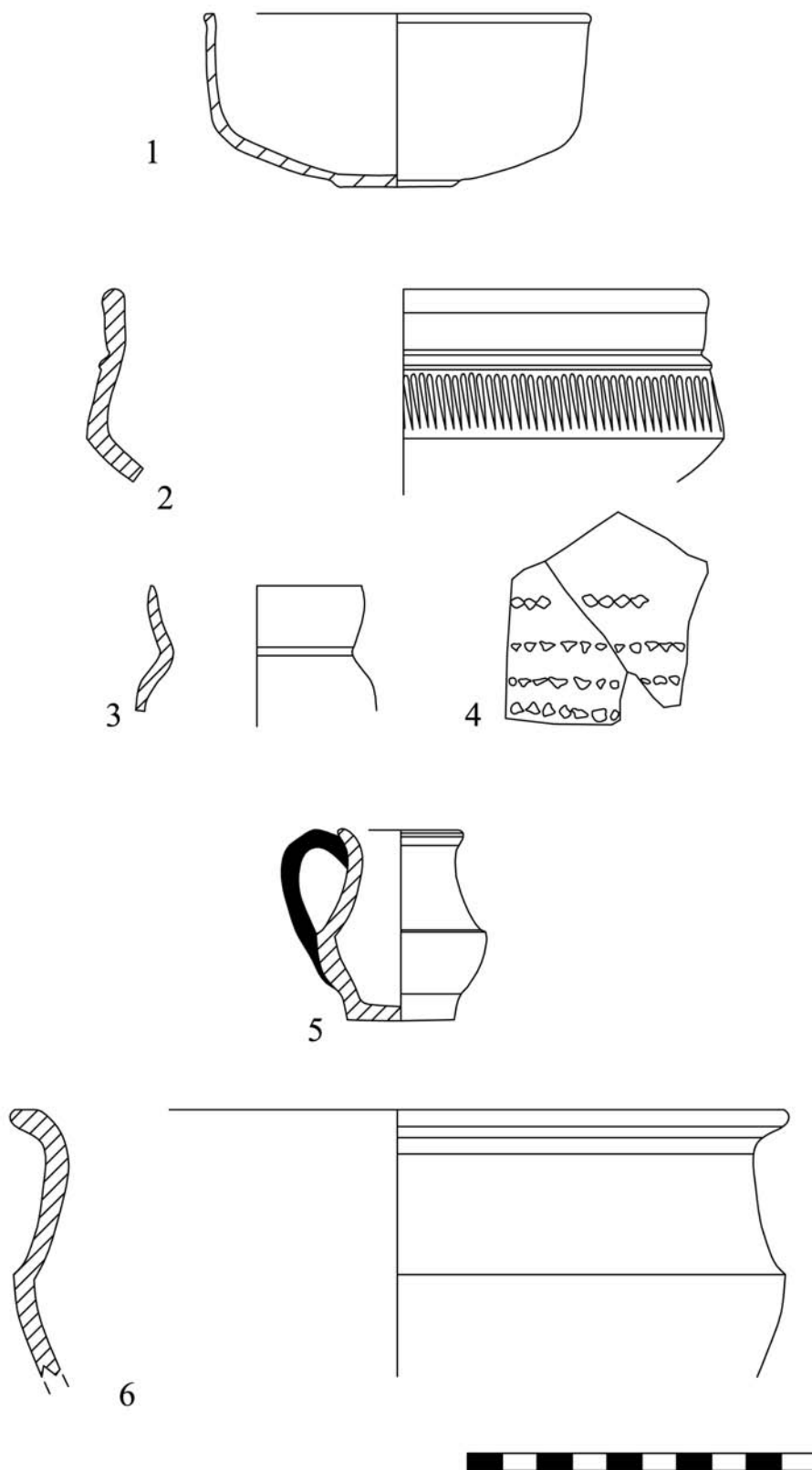


Fig. 12. Terra sigillata.



Figs. 13. 1-4, cerámica de paredes finas; 5-6, cerámica ibérica.

El segundo momento de época romana documentado en el solar es el periodo imperial. Se halla en la zona interior anexa a la muralla. Los materiales son los típicos de este periodo, ya que a las cerámicas de *terra sigillata* itálica, sudgálica e hispánica hay que sumar tipos también frecuentes, como las cerámicas de paredes finas, las engobadas, las comunes y restos de cerámicas de almacenaje, como las ánforas.

Existe otro momento de ocupación romana durante el siglo III d. C., muy disperso por el solar y relacionado con la *terra sigillata* hispánica, con *sigillatas* africanas y con cerámicas de almacenaje.

5.4. La cerámica ibérica

Al igual que la cerámica romana, la cerámica adscrita al periodo ibero se relaciona principalmente con dos momentos. El primero es el relativo al siglo III a. C., hallado en el foso y bajo el edificio bajomedieval.

Los materiales recogidos corresponden a cerámica ibérica pintada con motivos geométricos (bandas-líneas, segmentos, círculos concéntricos, dientes de lobo...), cerámica gris ibérica, cerámica de barniz rojo ilergete y cerámica común; asimismo, se realizó el hallazgo de un depósito de anforiscos con grafitos

y epígrafes. El repertorio de formas existentes está básicamente compuesto por *kalathoi*, *oenochoi*, vasos caliciformes y urnitas.

5.5. La cerámica preibérica

Durante la excavación de la berma de seguridad y bajo la calle Pedro IV, en un nivel de arcilla de cimentación, se halló un depósito de materiales consistente en cerámicas realizadas a mano, caracterizadas por un bruñido de extraordinaria calidad.

Estas cerámicas, por su situación en la excavación, bajo el nivel ibérico, se identifican con uno de los niveles más antiguos de la ciudad, que ha de relacionarse con el periodo ibérico antiguo y con las estructuras y materiales hallados recientemente en el cercano solar de Casa Paco (en la costanilla de Ricafort).

6. LA NECRÓPOLIS

No es la primera vez que se documentan restos humanos en la ciudad de Huesca, sobre todo aislados, sin embargo en este caso el número de inhumaciones halladas y su situación intramuros en la zona oeste nos



Fig. 14. Fragmento de *kalathos*.



Fig. 15. Fragmento de anforisco ibérico.



Fig. 16. Inhumación.

hace pensar que este espacio pudo ser utilizado como una necrópolis temporal.

En total se han documentado 20 individuos, de los cuales 8 se han conservado en posición. La falta de material cerámico y ajuares no nos proporciona una alta precisión cronológica, aunque, por su similitud con los enterramientos aparecidos en la excavación de la plaza del Castillo de Pamplona, nos hace pensar en el periodo de dominación musulmana.

Los restos se caracterizan por hallarse en posición de decúbito lateral izquierdo, orientando los pies al suroeste, la cabeza al noreste y el rostro al sureste. No existe una organización del espacio, aunque sí se hallan bien alineados.

Son fosas simples, sin ajuar, habiéndose depositado los restos en el terreno natural (salagón) y utilizándose grava para sellar las sepulturas y evitar que sufrieran desplazamientos postdeposicionales.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, I., *et alii* (1987). *El solar de la Diputación Provincial de Huesca. Estudio histórico-arqueológico*. Diputación Provincial de Huesca. Huesca.
- ASENSIO, J. Á. (1995). La ciudad en el mundo romano en Aragón. *Caesaraugusta* 70, pp. 9-454.
- BALAGUER, F. (1955). Las termas de Huesca. *Argensola* 23, pp. 263-270.
- BALDELLOU, V. (1985). Cata de prospección en el solar de Santa Rosa (Huesca). *Bolskan* 2, pp. 167-172.
- CALVO SALILLAS, M. J. (1990). *Arte y sociedad: actuaciones urbanísticas en Huesca, 1833-1936*. Ayuntamiento de Huesca. Huesca.
- DOMÍNGUEZ, A. (1990). Nacimiento y desarrollo de un centro urbano: la romanización. En LALIENA, C. (coord.). *Huesca. Historia de una ciudad*. Ayuntamiento de Huesca. Huesca.
- ESCO, C.; GIRALT, J., y SÉNAC, Ph. (1988). *Arqueología islámica de la marca superior de al-Andalus*. Diputación Provincial de Huesca. Huesca.
- JUSTE, N. (1991a). Informe de las excavaciones arqueológicas efectuadas en el solar de la Compañía Telefónica, en la plaza Navarra (Huesca) en 1989. *Arqueología Aragonesa* 1988-1989, pp. 357-359.
- JUSTE, N. (1991b). Informe de las actuaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de la avenida Martínez de Velasco (Huesca) durante 1988-1989. *Arqueología Aragonesa* 1988-1989, pp. 365-369.
- JUSTE, N. (1992a). Excavaciones en la calle San Jorge, n.º 4, de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1990, pp. 259-261.
- JUSTE, N. (1992b). Inspección arqueológica de urgencia del solar de la calle Canellas, n.º 4, de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1990, pp. 263-264.
- JUSTE, N. (1992c). Estudio de los materiales de la avenida Martínez de Velasco (Huesca). *Arqueología Aragonesa* 1990, pp. 265-269.
- JUSTE, N. (1993). Excavaciones en el solar del Círculo Católico (Huesca): un fragmento de la ciudad serretoriana. *Bolskan* 11, pp. 133-171.
- JUSTE, N. (1994a). Excavaciones en el solar de la calle Coso Alto, n.º 56, de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1991, pp. 305-308.
- JUSTE, N. (1994b). Actuación arqueológica en la calle Joaquín Costa, n.º 20, de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1992, pp. 223-225.
- JUSTE, N. (1994c). La actuación arqueológica en la calle costanilla del Suspiro, n.º 5, de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1992, pp. 227-229.
- JUSTE, N. (1994d). Actuación arqueológica efectuada en la calle Pedro IV, n.º 60, de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1992, pp. 231-233.
- JUSTE, N., y GARCÍA, J. (1992a). Excavaciones arqueológicas en la calle Santiago-Monsieur Boyrie: avance de los resultados. *Bolskan* 9, pp. 177-211.
- JUSTE, N., y GARCÍA, J. (1992b). Excavaciones en la calle Santiago-Monsieur Boyrie de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1990, pp. 255-258.
- JUSTE, N., y PALACÍN, M. V. (1989). Avance de los resultados de las excavaciones efectuadas en el casco urbano de Huesca: contribución de la arqueología urbana al conocimiento de la ciudad en la época antigua. *Bolskan* 6, pp. 123-139.
- JUSTE, N., y PALACÍN, M. V. (1990). Arqueología urbana en Huesca: Nuevas aportaciones para el conocimiento de la ciudad romana. *Caesaraugusta* 66-67, pp. 181-194.
- IRANZO, M. T. (1986). *La muralla de Huesca en la Edad Media*. Ayuntamiento de Huesca. Huesca.
- MONEO, T. (2003). *Religión ibérica, santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a. C.)*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- TURMO, A. (1991). Memoria provisional de la excavación del solar en la confluencia de la calle Zalmedina y la plaza de la Moneda (Huesca). *Arqueología Aragonesa* 1988-1989, pp. 371-373.
- TURMO, A. (1994a). Excavación arqueológica del solar denominado Círculo Católico de Huesca. Primera campaña 1991. *Arqueología Aragonesa* 1991, pp. 301-303.
- TURMO, A. (1994b). Excavación del solar denominado Círculo Católico de Huesca. *Arqueología Aragonesa* 1992, pp. 219-222.

Aproximación al estudio de la perspectiva en el arte levantino

Manuel Martínez Bea*

RESUMEN

El arte rupestre levantino se podría definir como un arte esencialmente bidimensional, con algunos rasgos, como la diferencia de tamaños y la superposición, que apuntan a la búsqueda de la profundidad. Junto a estos elementos, constatamos el uso minoritario en la figura humana levantina de la «perspectiva oblicua elevada». A partir de la plasmación gráfica de este punto de vista en un arquero del abrigo de La Vacada (Castellote, Teruel) consideramos que la interacción de este con otro arquero formaría una posible escena simbólica en la que uno de los antropomorfos ofrece o recibe las armas.

SUMMARY

The levantine rock art could be defined essentially as a two-dimensional art, with some intents that point to the search of the depth, as the difference of sizes and the overlapping of the figures. Next to these elements, we verify the minority use in the «levantine» human figure of the «high oblique perspective». From the graphic representation of this point of view in an archer of the shelter of La Vacada (Castellote, Teruel) we consider that the interaction of that anthropomorph figure with another archer would form a symbolic scene in which one of the anthropomorphs offers the weapons to the other one.

1. INTRODUCCIÓN

Resultan escasos los estudios acerca del empleo de la perspectiva en la realización de la figura humana en el arte levantino, si bien no ocurre lo mismo en cuanto a la consideración de esa perspectiva entendida como búsqueda de la profundidad y elemento de articulación escénica. En este último sentido merece la pena destacar el trabajo de Porcar (PORCAR, 1944; PORCAR *et alii*, 1935), en el que se subraya la perspectiva o proyección oblicua de las líneas compositivas como un elemento expresivo de primer orden que insinúa el desequilibrio en la escena, lo que revelaría gráficamente las situaciones de tensión o de gran dinamismo, como podemos observar en los conjuntos de Val del Charco del Agua Amarga (BELTRÁN, 2002), Cavalls (MARTÍNEZ VALLE y VILLAYERDE, 2002), Mas d'en Josep (DOMINGO *et alii*, 2003), Cueva Remigia (PORCAR *et alii*, 1935) o Abric de Centelles (GUILLEM y MARTÍNEZ VALLE, 2004; VILLAYERDE, GUILLEM y MARTÍNEZ VALLE, 2006).

No nos vamos a detener en cuestiones relativas a la búsqueda de la tercera dimensión en el arte levantino, materia tratada en diversos trabajos y a la que aludiremos someramente más adelante. En este trabajo tan solo pretendemos analizar el empleo de la perspectiva entendida como enfoque desde el que se realizan las representaciones humanas levantinas, aportando un ejemplo en el que se contempla la posibilidad de que el artista hiciera uso de un punto de vista que sobrepasa las normas o convenciones propias del arte levantino.

* Grupo Primeros Pobladores del Valle del Ebro (H-07). Área de Prehistoria. Departamento de Ciencias de la Antigüedad. Universidad de Zaragoza. manumbea@unizar.es.

2. CUESTIÓN DE PERSPECTIVA

Podemos definir el arte levantino como un arte rupestre esencialmente pictórico¹ y bidimensional o plano. Esta particularidad viene propiciada por el empleo generalizado de la tinta plana que restringe no solo la plasmación de detalles internos en la representación, sino también, y sobre todo, la posibilidad de dotar de volumen y de profundidad a la escena o figuración. Con todo, es posible detectar algunos intentos de superar estas restricciones técnicas que determinan lo que, en cualquier caso, aparece como convencionalismos formales, a partir de los cuales se establecen las cualidades del «estilo levantino» *sensu lato*. Bien entendido, en este sentido, que no solo la técnica, sino también esas convenciones estrictamente estilísticas, y por lo tanto mentales, constriñen al artista levantino a unos límites bastante rígidos, de forma que la representación humana queda reducida a un ideal.

La figura humana levantina, desde el punto de vista formal, se caracteriza por su confección a través de un canon esencialmente definido por el empleo de dos perspectivas básicas: perspectiva frontal y de perfil², siguiendo una especie de «esquema combinado» proyectado a partir de lo que se estimaba el aspecto distintivo de cada parte anatómica, lo que se ha calificado como «diseño de siluetas» (DOMINGO, 2006: 164, nota 6). Así, el cuerpo, generalmente de morfología triangular invertida, se representa, al menos la zona de los hombros, de frente; mientras que las piernas, brazos, cabeza y cadera se realizarían de perfil. En ocasiones, poco representativas desde el punto de vista cuantitativo, la cabeza también puede aparecer en perspectiva frontal, ejemplos en los que se podría hablar de siluetas simétricas, como se constata en el motivo 67 del abrigo de La Vacada, algunos arqueros del abrigo del Garroso o en diversas figuraciones de la cueva Lucio o de Gavidia³.

¹ Hasta el momento, la estación del Barranco Hondo (Castellote, Teruel) es el único ejemplo de conjunto rupestre levantino en el que la técnica empleada en la realización de las figuras es el grabado (UTRILLA y VILLAVARDE, 2004). El uso del grabado apuntado en otros contextos levantinos resulta escaso y dudoso (MARTÍNEZ BEA, 2004).

² Ruiz López ha analizado de forma sucinta, aunque muy sugestiva, la perspectiva en las representaciones humanas en el arte levantino, centrándose en las estaciones decoradas de la sierra de Cuercas, Cuenca (RUIZ LÓPEZ, 2007).

³ Esta perspectiva frontal se constata con mayor facilidad en animales cuyas pezuñas o cornamentas se representan de frente, si bien al referirse a esta forma de representación se suele emplear el término, acuñado por Breuil, de «perspectiva torcida».

No debemos olvidar que la perspectiva aparece como una mirada única integrada en la ideología del grupo que la genera, de forma que el empleo diferenciado de las perspectivas aparece, por tanto, como una convención estilística propia del arte levantino que trata de responder a la intención de facilitar la lectura de cada elemento representado, subrayando precisamente aquellos parámetros formales que más y mejor definen cada forma, y que podrían determinarse a partir del eje de simetría vertical de la figura, como destaca DOMINGO (2006: 165, nota 6). Así pues, no se trataría tan solo de representar un modelo tal y como se sabe que es en la realidad, sino de representarlo como lo percibe un observador (individual o colectivo) que es capaz de identificarlo de acuerdo con el mundo ideológico al que pertenece, de manera que la figura (entendida como «forma») no solo cuenta con un contenido visual, sino también conceptual.

En cuanto a la perspectiva tendente a la tridimensionalidad, o profundidad de campo, entendida como el rango de distancias planteadas en una escena concreta, los artistas levantinos trataron de darle solución mediante dos procedimientos básicos: la superposición y la diferenciación dimensional progresiva de las figuras, o perspectiva menguante, un mecanismo gráfico al servicio de la acción representada, según RUIZ LÓPEZ (2007: 225). Algunos autores han manifestado que la postura de cada personaje, por ejemplo, un arquero tensando el arco, trataría de reproducir la sensación de profundidad (SANCHIDRIÁN, 2001: 384), aunque es la lectura concreta de esa figura plana la que permite suponerle esa profundidad, y no tanto una verdadera búsqueda de esta mediante un recurso técnico.

Al hilo de lo comentado con anterioridad, la superposición otorga una posición concreta a cada una de las representaciones con un procedimiento costoso: se representa una a una cada figura, superponiéndose sucesivamente, componiendo la escena, en lugar de pintar una única figura completa y realizar parcialmente el resto de la misma yuxtaponiéndose a la primera, mediante una especie de elipsis selectiva, tal y como se constata en diversos ejemplos dentro del ciclo paleolítico⁴ en un fenómeno que se ha defi-

⁴ En este sentido cabe destacar los espectaculares conjuntos de caballos, leones y rinocerontes de la cueva Chauvet; algo similar a lo representado en el bastón de El Pendo con las dos cabezas de ciervas; la manada de renos de La Mairie/Teyjat, o la de caballos representada sobre una placa de piedra en Chaffaud. Estos ejemplos no deberían confundirse con aquellos otros en los que se manifiesta la existencia de un proceso gráfico de descomposición del

nido como «ocultamiento parcial» o «recubrimiento reservado».

Como modelos de superposiciones levantinas en los que se pretende representar una cierta profundidad en el espacio podemos citar el desfile de arqueros del abrigo del Cingle de la Gasulla o los de los abrigos de los Trepadores y Cova Remigia, sin olvidar la escena principal del abrigo de Muriecho, en la que hasta 37 antropomorfos forman parte de una actividad de carácter lúdico-ritual con la captura de un ciervo vivo (BALDELLOU *et alii*, 2000; UTRILLA y MARTÍNEZ BEA, 2005).

La diferencia en el tamaño o el formato de las representaciones también puede marcar un intento de plasmación de la profundidad de la escena, de manera que las figuraciones que ocuparían un plano más alejado serían representadas con tamaños más reducidos. La problemática existente en la identificación de la profundidad mediante este procedimiento resulta evidente, toda vez que no existen otros elementos figurativos, paisajísticos esencialmente, que permitan esta posibilidad⁵. La diferencia de tamaños de representaciones que componen una misma escena podría igualmente responder a cuestiones de importancia jerárquica o a verdaderas diferencias en las dimensiones (estatura) de los elementos representados, que en determinados casos se podrían interpretar como asociaciones padre-hijo, madre-hija o adulto-infante desde una perspectiva más neutra (abrigos de Gavidia, Racó dels Sorellets, Minateda, La Vieja o La Risca).

Como hemos apuntado, el uso de la tinta plana restringe la representación de la profundidad, de manera que resulta imposible servirse para la consecución de la misma de otros sofismas gráficos, como la perspectiva aérea, la perspectiva de color, el *sfumato* o determinados tipos de perspectivas angulares. En este mismo sentido, la citada limitación técnica influye negativamente en la representación del volumen, si bien se trató de plasmar parcialmente mediante el tratamiento más o menos naturalista, y en ocasiones exagerado, de determinadas partes anatómicas, como las pantorrillas de los antropomorfos en diversas variedades tipológicas (Val del Charco del Agua Amarga, El Garroso, Civil, Cen-

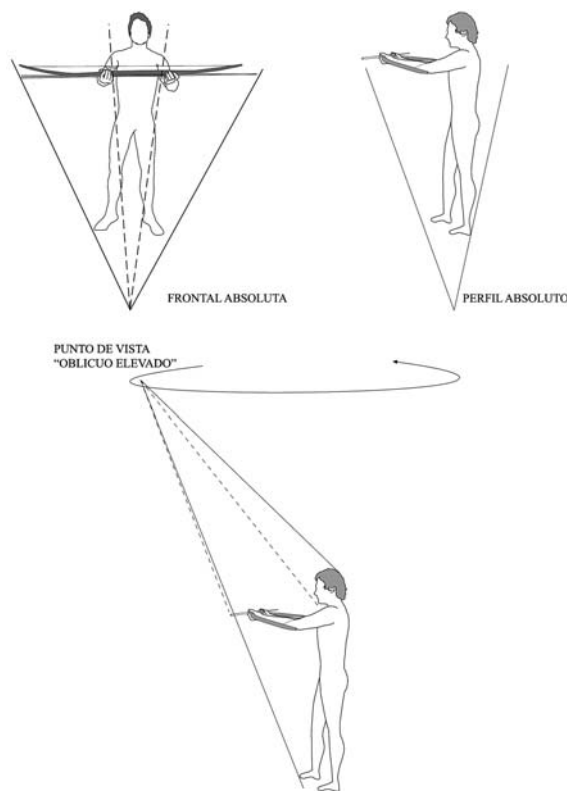


Fig. 1. Perspectivas o puntos de vista aludidos en el estudio.

telles) o las melenas (El Garroso, La Risca), aunque siempre aparecen como imágenes planas.

Resulta manifiesta la dificultad de representar un elemento con una serie de rasgos establecidos exclusivamente mediante el empleo de las tintas planas con una perspectiva ortogonal⁶. De esta manera, para ayudar a reconocer lo representado o a subrayar la importancia de partes específicas, el artista levantino se vio abocado al empleo de la perspectiva frontal y de perfil para facilitar la lectura global de la representación, lo que se ha definido como «perspectiva biangular recta». La novedad en este sentido aparece con el uso, absolutamente minoritario⁷, de una tercera perspectiva que podría ayudar a leer una escena concreta del abrigo de La Vacada (Castellote, Teruel) y

movimiento, como ocurre con los caballos grabados en dos plaquetas de Limeuil y otra en La Marche (AZÉMA, 2005 y 2007).

⁵ Este recurso compositivo podría interpretarse como una verdadera búsqueda de la profundidad escénica si además se constata en la propia composición una ordenación de las figuras en diferentes sentidos, aunque con una orientación convergente, lo que permitiría deducir una cierta profundidad de campo (SANCHIDRIÁN, 2001: 260).

⁶ El empleo de esta perspectiva ortogonal resulta menos complejo en su lectura con el uso de la bicromía o policromía, tal y como se evidencia en el arte paleolítico (EASTHAM, 2000).

⁷ Convenimos en que los rasgos muy minoritarios de cualquier estilo artístico, si bien nunca desdeñables, no deberían tenerse en cuenta a la hora de definir un «holotipo» con el que se pretenda identificar las expresiones que determinan un estilo. La definición de un «arquetipo» solo resultaría válida, por tanto, dando preferencia a los convencionalismos y normas que aparecen generalizadas, globales.

que se nos aparece como la adopción, por parte del artista levantino, de un punto de vista audaz. Nos referimos a la posible aplicación de una perspectiva casi cenital, u «oblicua elevada», entendida como la visual obtenida con la vertical del punto de observación o bien un enfoque alcanzado desde un punto de vista en un plano superior y oblicuo con respecto al elemento observado (fig. 1), constatándose el uso simultáneo de varios puntos de vista.

Esta particularidad se aprecia en la representación de un arquero del abrigo de La Vacada que interactúa con otro antropomorfo, conformando una escena en la que el empleo de la perspectiva comentada parece ayudar en la interpretación de su significado. En este sentido la representación del antropomorfo no responde solo a la de un modelo tal y como se ve, sino también a una figuración mental, que responde a la concepción que de esta se ha hecho el artista, intentando superar en cierta medida la convención levantina de representación del mundo bajo dos dimensiones, y destacando el extraordinario sentido de la composición del artista para superar la limitación impuesta de un arte esencialmente plano.

3. LOS MOTIVOS 68 Y 69 DEL ABRIGO DE LA VACADA

Se trata de una escena en la que las dos representaciones humanas que la componen (motivos 68 y 69 del abrigo) se realizaron sincrónicamente y en la que destacan dos elementos importantes que la convierten en una escenificación de gran importancia, al estar cargada de simbolismo.

El primero de esos elementos descansa en la propia temática. Son dos los arqueros de estilo levantino estilizado los que protagonizan la acción, aspecto este interesante, ya que no resultan muy abundantes las escenas sincrónicas en las que exclusivamente figuras humanas levantinas desarrollan la actividad y, cuando así ocurre, se definen, normalmente, como acciones en las que participa un gran número de individuos: escenas bélicas de la Cova del Civil o Les Dogues; la captura del ciervo vivo de Muriecho; escenas de marcha, como la de Centelles (GUILLEM y MARTÍNEZ VALLE, 2004; VILLAVARDE, GUILLEM y MARTÍNEZ VALLE, 2006), o de arqueros lanzados a la carrera, como en Val del Charco del Agua Amarga (BELTRÁN, 2002).

El segundo elemento interesante de esta escena es la propia acción desarrollada, en conjunción con una serie de rasgos que le imprime un carácter especial y singular. La primera de las figuraciones se identifica como la representación parcial de un arquero, que conserva solo la mitad superior del cuerpo, realizado en posición vertical estática, que mantiene asido con la mano derecha un arco y un haz de flechas, mientras que en la otra mano porta una única flecha en posición ligeramente inclinada cuyo extremo distal apunta a la representación humana a la que se encara. El otro arquero, de menor tamaño, que tampoco conserva las extremidades inferiores, ocupa una posición de inferioridad con respecto al anterior cuya figura se eleva más de una cabeza por encima de la de este (fig. 2).

Ambos arqueros, al menos el situado a la derecha de la escena, parecen llevar una especie de adorno en forma de cola de caballo que parte de la zona inferior de la espalda, convirtiéndose en un ingrediente de marcado carácter simbólico. No obstante, existe una

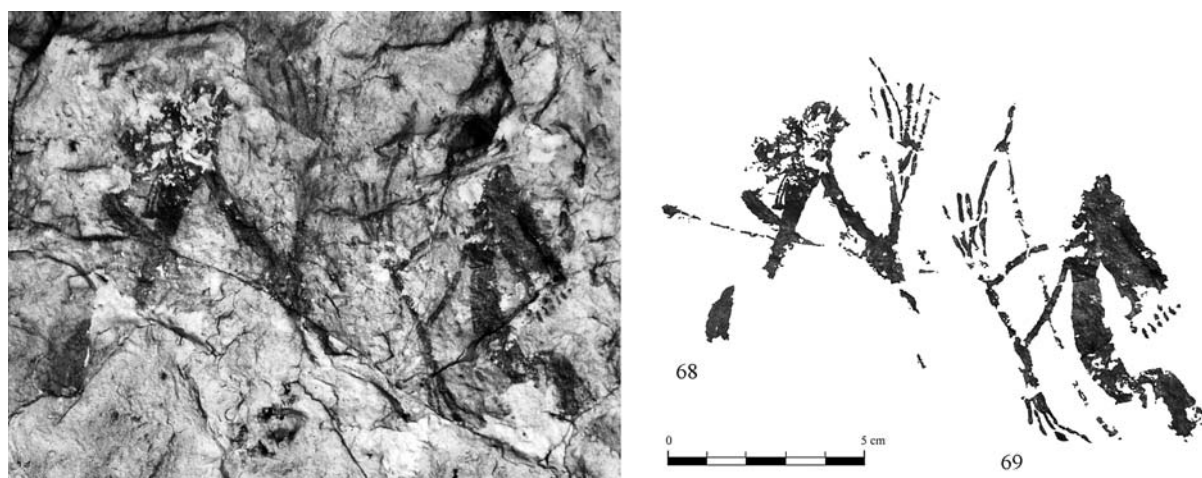


Fig. 2. Motivos 68 y 69 en el sector III del abrigo de La Vacada.

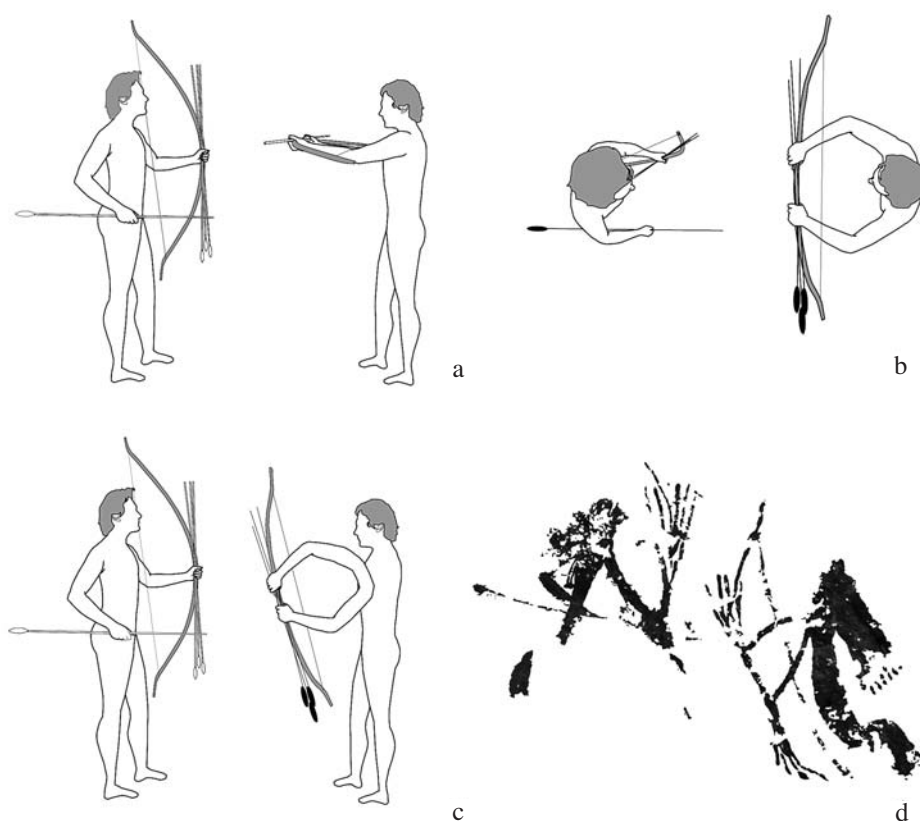


Fig. 3. Proceso de adopción de las perspectivas de perfil y cenital en el conjunto de La Vacada. a) Esquema en perspectiva de perfil correcta. b) Esquema en perspectiva cenital u oblicua elevada correcta. c) Adopción simultánea, en la figura de la derecha, de la perspectiva de perfil y de la cenital u oblicua elevada. d) Motivos 68 y 69 del abrigo de La Vacada.

serie de elementos y convenciones estilísticas que los diferencian. Las dos figuraciones llevan melena, siendo esta más larga en el antropomorfo de la derecha, a quien le termina en siete pequeñas trenzas, atributo visual que le diferencia de la otra representación humana. A esta, por el contrario, se le asignan una serie de elementos visuales diferenciadores, como unos brazos más naturalistas, más gruesos y fuertes, así como un objeto que le cuelga del hombro izquierdo, que podría tratarse de una honda.

Ripoll traduce la escena como una danza, llegando a reivindicar «un carácter conmemorativo para las llamadas ‘escenas de lucha’ de otros abrigos levantinios», que también interpreta como danzas (RIPOLL, 1961: 33). Su razonamiento lo justifica básicamente por la supuesta posición contorsionada del cuerpo del antropomorfo (motivo 69), si bien ya hemos apuntado que esa exageración del cuerpo es solo una impresión óptica debido al postizo en cola de caballo con el que se adorna el personaje y a la pérdida total de las extremidades inferiores.

No obstante, sí que aparece una extraña conven-

ción en la realización de los brazos de este arquero, que se muestra forzada, ya que ambas extremidades parten de un único punto común situado en la zona alta del cuerpo y no de ambos lados del mismo, como es la norma en las representaciones levantinas.

Se trata de una convención extraña, poco naturalista y muy diferente de la empleada en el otro arquero, con el que comparte estilo, técnica, espacio y, sin duda, escenificación. La cuestión radica en llegar a una explicación convincente de por qué se representaron los brazos del arquero de esa manera, siendo que la figuración pierde el naturalismo y detallismo que impregna el resto de la pintura.

En nuestra opinión la dificultad, y la propia solución, se encuentran en la perspectiva. Consideramos que, en el caso que nos ocupa, el artista levantino solucionó el problema empleando perspectivas diferentes en la misma figuración, con la finalidad de que el observador fuera capaz de reconocer la acción concreta que lleva a cabo la figura. Así, el cuerpo, el adorno en cola de caballo y la cabeza se plasmaron de perfil, ya que no existe problema a la hora de inter-



Fig. 4. 1. Motivo 25a del abrigo II de la Cova dels Cavalls, en el que las piernas habrían sido realizadas desde un punto de vista «oblicuo elevado» (calco según VILLAVERDE *et alii*, 2002). 2. Motivo 11 del abrigo de El Garroso (calco según BELTRÁN, 2005). 3. Perspectiva cenital de una trampa-agujero en cuyo interior se representó una cierva muerta y los elementos vegetales que cubrirían el hoyo (calco según ALONSO y GRIMAL, 1996).

pretarlos como tales. La dificultad radica en la representación de la tercera dimensión, cuestión que resuelve el artista con la perspectiva cenital u oblicua elevada que muestra de frente al espectador tanto la larga melena como los brazos, el arco y las flechas, en lo que se ha denominado «realismo intelectual». Esta idea viene dada no solo por la forma en que los brazos parten de un mismo punto, sino también porque el arquero sujeta el arco con ambas manos, y no solo con una, como es habitual (fig. 3).

El empleo de distintas perspectivas en una misma figura se constata en diversos contextos cronoculturales. La denominada perspectiva torcida, la semitorcida, la biangular recta o la oblicua resultan bastante comunes en el arte paleolítico hasta el Magdaleniense III, sobre todo en las representaciones de los cuernos de bóvidos y de pezuñas o cascos de ungulados (AUJOULAT, 1993). Estas mismas convenciones las encontramos en diversas manifestaciones levantinas, cuestión ya apuntada por Breuil (BREUIL y CABRÉ, 1911; BREUIL, 1920), sobre todo de bóvidos con los cuernos en media luna, es decir, con cuerpo de perfil y cornamenta en perspectiva frontal, en los abrigos del Prado del Navazo, Barranco de las Olivanas, la Ceja de Piezarrodilla, Cingle de Mola Remigia, Mas d'en Josep, los motivos 24, 38 y 61 del propio abrigo de La Vacada o el motivo 21 del mismo abrigo, en el que la pezuña de la pata más adelantada se representó con una perspectiva oblicua para permitir apreciar su carácter bisulco (PIÑÓN, 1982; UTRILLA, 2000; DOMINGO *et alii*, 2003; MARTÍNEZ BEA, 2005 y 2009).

La fórmula consistente en el empleo de distintas perspectivas en la configuración de una misma representación se observa en algunas figuraciones pintadas

celtibéricas, como ocurre con la plasmación cenital de un lobo con las fauces abiertas pintado en una cerámica numantina (BLANCO, 1997), si bien el arte egipcio aparece como el paradigma en el uso de estas convenciones estilísticas (JAMES, 1999). Este mismo procedimiento técnico resulta, hasta cierto punto, común en las representaciones animales levantinas; sin embargo, su uso se reduce de manera significativa en el tratamiento de la figura humana. En cuanto al empleo de la perspectiva cenital, u «oblicua elevada», en el arte levantino, siquiera de forma parcial en la figura del arquero descrito, resulta en cierta medida novedoso.

Si bien minoritario, el recurso del artista levantino a la perspectiva «oblicua elevada» se aprecia en algún otro conjunto, aunque en estos casos la lectura de la figura atendiendo a esta particular perspectiva no determina el significado de la escena. Nos referimos a las representaciones de dos arqueros de la Cova dels Cavalls, motivos 23a y 25a (VILLAVERDE *et alii*, 2002: 104-107), o al motivo 11 del abrigo turolense de El Garroso, que cuenta con las mismas convenciones formales que las representaciones anteriormente aludidas, evidenciándose su fuerte paralelismo estilístico, temático y compositivo (figs. 4.1 y 4.2).

En ambos casos se considera la posibilidad de que los arqueros fueran representados sentados, de manera que la plasmación de las piernas tal y como aparecen dispuestas únicamente resulta posible recurriendo a una perspectiva «oblicua elevada».

El empleo de la perspectiva cenital también se constata en un conjunto levantino, evidenciándose además el aprovechamiento de accidentes naturales que ayudan a aclarar la composición y permiten leer la escena de forma correcta. Un ejemplo paradigmático

se encuentra en el abrigo del Torcal de las Bojadillas I (Nerpio, Albacete) (ALONSO y GRIMAL, 1996). En este se representó un cuadrúpedo caído en una trampa, recreándose el cuerpo del animal, de perfil, con las patas quebradas. Sin embargo, la correcta lectura de la representación solo se consigue gracias a la presencia complementaria de otros elementos pictóricos, como las ramas que aparecen esparcidas alrededor del animal, y que constituirían el ramaje que recubriría el agujero en el que caería este. Asimismo, el conjunto se completa con el aprovechamiento de un rehundido natural de la pared, en cuyo «fondo» se plasmaron los elementos pintados, y que se interpreta como el hoyo, o la trampa propiamente dicha. De esta manera, el artista levantino representó, mediante una perspectiva cenital, el contenido del artificio (fig. 4.3).

4. CONCLUSIONES

Como se ha puesto de manifiesto de manera sucinta, el arte rupestre levantino, en cuanto a las representaciones humanas, aparece como un arte esencialmente bidimensional o plano, una restricción condicionada por la técnica generalmente empleada en su ejecución, la tinta plana. Con todo, es posible observar ciertos intentos por parte del artista levantino de superar esas convenciones mediante el recurso de la superposición o el de la perspectiva menguante de las figuraciones. Sin embargo, estas iniciativas se reconocen cuando se recrean escenas formadas por un nutrido número de figuras, sin que la búsqueda de la profundidad aparezca de forma tan manifiesta en una única representación. Consideramos, por tanto, que el motivo 69 del abrigo de La Vacada aporta una interesante lectura interpretativa acerca de la complejidad en el empleo de diferentes tipos de perspectivas en el arte levantino, en lo que podríamos definir como imágenes superpuestas en planos paralelos a la superficie, lo cual ayuda en la comprensión de la escenificación pintada que resultaría ser una escena simbólica, aunque no podamos precisar el sentido de la misma (rendición, ofrenda, rito de paso...), ni tampoco el contexto religioso, mitológico, ideológico o histórico en el que se confeccionó. Nos mostramos de acuerdo con Hernando cuando argumenta que «no podemos entender a los grupos de la Prehistoria si aplicamos los principios positivistas de la Arqueología procesual, o los subjetivistas de la postprocesual puesto que, [...], ambos proyectan al pasado la propia mente del investigador» (HERNANDO, 1999: 34). Sin embargo, y sin abogar por una vertiente hermenéutica, consideramos pertinente

la lectura propuesta para el motivo 69 de La Vacada, sin que, obviamente, podamos asignar una interpretación concreta a la actividad desarrollada en la escena.

Como ocurre con el *ibérico*, nos acercamos a la lectura formal, aunque ignoramos el contenido del escrito. La correcta lectura del «texto» es el primer paso, siempre imprescindible, para poder llegar a conocer su significado. En cualquier caso, consideramos interesante la posibilidad de interpretar el uso de la perspectiva «oblicua elevada» o cenital en el ejemplo que presentamos como una búsqueda de la tridimensionalidad sobre una superficie «plana», con la intención de recrear la profundidad y ayudar al lector en la interpretación de lo representado.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, A., y GRIMAL, A. (eds.) (1996). *El arte rupestre prehistórico de la cuenca del río Taibilla (Albacete, Murcia). Nuevos planteamientos para el estudio del arte levantino*. 2 vols. Barcelona.
- AUJOULAT, N. (1993). La perspective. En *L'art pariétal paléolithique. Techniques et méthodes d'étude*. París, pp. 281-288.
- AZÉMA, M. (2005). Et si... les hommes préhistoriques avaient inventé le dessin animé et la bande dessinée?. *Préhistoire, Art et Sociétés* LIX, pp. 55-69.
- AZÉMA, M. (2007). La décomposition du mouvement dans l'art paléolithique: répose à Juan María Apeñaniz. *INORA* 48, pp. 23-28.
- BALDELLOU, V., et alii (2000). Las pinturas rupestres de la partida de Muriecho (Colungo y Bárcabo, Huesca). *Bolskan* 17, pp. 33-86.
- BELTRÁN, A. (1965). Breve nota sobre el grupo de tres figuras negras del abrigo de la Saltadora, en el barranco de la Valltorta (Castellón). *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa* III, pp. 89-93.
- BELTRÁN, A. (dir.) (2002). *Las pinturas rupestres del abrigo de Val del Charco del Agua Amarga de Alcañiz*. Prames. Zaragoza.
- BELTRÁN, A. (dir.) (2005). *Corpus de arte rupestre del Parque Cultural del Río Martín*. Asociación Parque Cultural del Río Martín. Zaragoza.
- BLANCO, J. F. (1997). Zoomorfos celibéricos en perspectiva cenital. A propósito de los hallazgos de Cauca y El Castro Cuesta del Mercado (Coca, Segovia). *Complutum* 8, pp. 183-203.
- BREUIL, H. (1920). Les peintures rupestres de la péninsule ibérique, XI: les roches peintes de Minateda. *L'Anthropologie* XXX, pp. 2-50.
- BREUIL, H., y CABRÉ, J. (1911). Les peintures rupestres

- d'Espagne. III. Los Toricos de Albarracín (Teruel). *L'Anthropologie* xxii, pp. 641-648.
- DOMINGO, I. (2006). La figura humana, paradigma de la continuidad y cambio en el arte rupestre levantino. *Archivo de Prehistoria Levantina* xxvi, pp. 161-191.
- DOMINGO, I., *et alii* (2003). Las pinturas rupestres del Cingle del Mas d'en Josep (Tírig, Castelló). Consideraciones sobre la territorialización del arte levantino a partir del análisis de las figuras de bóvidos y jabalíes. *Saguntum* 35, pp. 9-49.
- EASTHAM, M. (2000). Landforms and the interpretation of scan procedures embadded in paleolithic parietal images. En NASH, G. (ed.). *Signifying place and space. World perspectives of rock art and landscape*. BAR International Series, 902, pp. 71-81.
- GUILLEM, P., y MARTÍNEZ VALLE, R. (2004). Las figuras humanas del abrigo del Barranco Hondo en el contexto del arte levantino del Bajo Aragón-Maestrazgo. En UTRILLA, P., y VILLAVERDE, V. (2004). *Los grabados levantinos del Barranco Hondo (Castellote, Teruel)*. Diputación General de Aragón. Zaragoza, pp. 105-122.
- HERNANDO, A. (1999). Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socioeconómica en los grupos humanos. *Trabajos de Prehistoria* 56, pp. 19-35.
- JAMES, T. G. H. (1999). *La pintura egipcia*. Akal. Madrid.
- MARTÍNEZ BEA, M. (2004). Un arte no tan levantino. Perduración ritual de los abrigos pintados: el ejemplo de La Vacada (Castellote, Teruel). *Trabajos de Prehistoria* 61, pp. 111-125.
- MARTÍNEZ BEA, M. (2005). *Variabilidad estilística y distribución territorial del arte rupestre levantino en Aragón: el ejemplo de La Vacada (Castellote, Teruel)*. Tesis doctoral. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- MARTÍNEZ BEA, M. (2009). *Las pinturas rupestres del abrigo de La Vacada (Castellote, Teruel)*. Universidad de Zaragoza. Monografías Arqueológicas, 43. Zaragoza.
- MARTÍNEZ VALLE, R., y VILLAVERDE, V. (coords.) (2002). *La Cova dels Cavalls en el Barranc de la Valltorta*. Museu de la Valltorta. Monografías del Instituto de Arte Rupestre, 1. Tírig.
- MATEO, M. A. (2004). Consideraciones sobre el arte rupestre levantino en el Alto Segura. *Cuadernos de Arte Rupestre* 1, pp. 57-81.
- PIÑÓN, F. (1982). *Las pinturas rupestres de Albarracín (Teruel)*. Ministerio de Cultura. Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira, 6. Santander.
- PORCAR, J. B. (1944). El valor expresivo de las oblicuas en el arte rupestre del Maestrazgo. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* xx 1, pp. 7-16.
- PORCAR, J. B.; OBERMAIER, H., y BREUIL, H. (1935). *Excavaciones en la cueva Remigia (Castellón)*. Junta Superior del Tesoro Artístico. Sección de Excavaciones. Madrid.
- RIPOLL, E. (1961). *Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel)*. Monografías de Arte Rupestre. Arte Levantino, 1. Barcelona.
- RUIZ LÓPEZ, J. F. (2007). Teatro de sombras. La modulación espacial de las figuras en el arte rupestre levantino. *Cuadernos de Arte Rupestre* 4, pp. 207-228.
- SANCHIDRIÁN, J. L. (2001). *Manual de arte prehistórico*. Ariel. Barcelona.
- SORIA, M., y LÓPEZ, M. (1999). *Los abrigos con arte rupestre levantino de la sierra de Segura. Patrimonio de la Humanidad*. Arqueología Monografías. Jaén.
- UTRILLA, P. (2000). *El arte rupestre en Aragón*. Colección CAI 100, 56. Zaragoza.
- UTRILLA, P., y CALVO, M. J. (1999). Cultura material y arte rupestre «levantino»: la aportación de los yacimientos aragoneses a la cuestión cronológica. Una revisión del tema en el año 2000. *Bolskan* 16, pp. 39-70.
- UTRILLA, P., y MARTÍNEZ BEA, M. (2005). La captura del ciervo vivo en el arte prehistórico. En *Homenaje a Jesús Altuna. Munibe* 57 (3), pp. 161-178.
- UTRILLA, P., y MARTÍNEZ BEA, M. (2007). La figura humana en el arte rupestre aragonés. En *Homenaje a Antonio Beltrán. Cuadernos de Arte Rupestre* 4, pp. 163-205.
- UTRILLA, P., y VILLAVERDE, V. (2004). *Los grabados levantinos del Barranco Hondo (Castellote, Teruel)*. Diputación General de Aragón. Monografías del Patrimonio Aragonés, 1. Zaragoza.
- VILLAVERDE, V.; GUILLEM, P., y MARTÍNEZ VALLE, R. (2006). El horizonte gráfico Cenelles y su posición en la secuencia del arte levantino del Maestrazgo. *Zephyrus* LIX, pp. 181-198.
- VILLAVERDE, V., *et alii* (2002). Descripción de los motivos pintados del *abrig* II de la Cova dels Cavalls. En MARTÍNEZ VALLE, R., y VILLAVERDE, V. (coords.). *La Cova dels Cavalls en el barranc de la Valltorta*. Monografías del Instituto de Arte Rupestre, 1. Valencia, pp. 83-133.

Nota sobre una arenisca atípica aparecida en excavaciones en el casco antiguo de Huesca

José Antonio Cuchi^{*} - Julia Justes^{**} - María Pilar Lapuente^{***} - Hernando Royo^{****}

RESUMEN

Se ha realizado un estudio petrológico para caracterizar un sillar de arenisca atípica de color gris, encontrado en los cimientos de un edificio oscense, datado entre los siglos III y I a. C. Es claramente diferente a la parda arenisca local, de edad miocena. Es posible que proceda de un afloramiento del Garumniense, tal vez del congosto del río Isuela, aproximadamente a 15 kilómetros al norte de Huesca.

SUMMARY

A petrological study has been done in order to characterize an atypical grey ashlar of sandstone founded in the foundations of a building dated between the III and I century b C. at Huesca. Clearly, it is different of the local brown sandstone of Miocene age. It is possible that comes from an outcrop of the Garumniense. Perhaps from the Isuela gorge, located nearby 15 kilometres north of Huesca.

INTRODUCCIÓN

La caracterización de las materias primas en general, y de los materiales de construcción en particular, es un tema de creciente interés para la arqueología.

En lo referente a la ciudad de Huesca, poco se ha hecho en esta línea, con la excepción del trabajo de CUCHÍ *et alii* (2005), que dedicó alguna atención a los materiales geológicos utilizados históricamente en Huesca. La gran mayoría de las construcciones oscenses en piedra, desde época ibérica hasta la actualidad, han utilizado areniscas de la Fm. Sariñena del Mioceno continental de la cuenca del Ebro, extraídas de canteras cercanas¹. También se han utilizado, en mucha menor medida, calizas lacustres de las canteras de Almudévar, de la misma edad geológica. En época romana se usaron para pavimento de calles. A finales del siglo XIX, para edificios como el asilo de las Hermanitas de los Pobres.

En 2007 Julia Justes realizó la excavación del solar situado en el chaflán de la plaza de Lizana, entre la costanilla de Ricafort y la calle Aínsa, conocido popularmente como de *Casa Paco*, por el restaurante que allí hubo. Entre los restos arquitectónicos que aparecieron a la luz, se encontró un bloque de piedra de aproximadamente 1 x 0,4 x 0,4 m. Destacaba por su color y dureza (fig. 1). Inicialmente considerado una caliza, una primera revisión *in situ* determinó que se trataba de una arenisca de origen desconocido, no detectada en otras excavaciones oscenses. Sugería un origen lejano, un transporte intencionado y algo costoso, y sorprendía su utilización para la cimentación de un edificio, que podría haberse resuelto mediante materiales locales. Por ello despertó cierta curiosidad y, con el fin de arrojar alguna luz sobre el tema, se deci-

^{*} Instituto de Investigación en Ingeniería en Aragón. GTE. Grupo de Tecnologías en Entornos Hostiles. I3A. cuchi@unizar.es.

^{**} Directora de la excavación. juliajustes@hotmail.com.

^{***} Universidad de Zaragoza. Área de Petrología y Gequímica. Departamento de Ciencias de la Tierra. plapuente@unizar.es.

^{****} Universidad de Zaragoza. Área de Petrología y Gequímica. Departamento de Ciencias de la Tierra. hroyoplu@unizar.es.

¹ Una excepción es el edificio de la delegación de Hacienda, cuya fachada se realizó con arenisca de Ayera, aunque se finalizó con piedra de las canteras de Apiés (SANZ, J. M., comunicación personal). Para la restauración de la catedral de Huesca se utilizó piedra de las canteras de Agüero (desembocadura del barranco Subián).



Fig. 1. Vista parcial de las excavaciones en el solar de la antigua Casa Paco, plaza de Lizana, Huesca. La flecha señala el bloque de arenisca atípica.

dió hacer un estudio petrográfico con el fin de conocer sus características y sugerir un posible origen. También se decidió compararla con una muestra de arenisca normal.

EL MARCO ARQUEOLÓGICO

La arenisca objeto del presente artículo, denominada *atípica*, formaba parte de una alineación de mampuestos de gran tamaño y talla muy tosca (en el proceso de excavación se le asignó la unidad estratigráfica 3007). Se localizó en el sector oeste de la excavación, en un área que ofreció una superposición estratigráfica muy amplia y representativa de la estructura urbana de la ciudad desde el siglo IV a. C. al II d. C. La alineación de la que formaba parte la arenisca se apoyaba sobre un nivel arqueológico fechado entre los siglos IV-III a. C., a la vez que se introducía bajo una estructura viaria de época altoimperial. Por lo tanto, la UE 3007 se encuadra entre los siglos III y I a. C.

La arenisca de comparación, denominada *normal*, apareció como un canto aislado en una excavación realizada a inicios de 2008 en la parte posterior del Círculo Oscense.

ESTUDIO PETROGRÁFICO

Como se ha señalado, se han estudiado dos muestras de roca. Una, atípica del entorno de la ciudad de Huesca, es una arenisca gris claro en corte fresco y en superficie, de poca facilidad para retener agua, poco arenizable y bastante dura. Al golpe con pico desprendía chispas. La segunda es una arenisca parda, en corte fresco y superficie, porosa y con facilidad para retener humedad, relativamente blanda y bastante arenizable.

A partir de muestras adecuadas se realizaron sendas láminas delgadas en el Servicio de Preparación de Rocas y Materiales Duros de la Universidad de Zaragoza. La arenisca *normal* requirió un proceso de en-

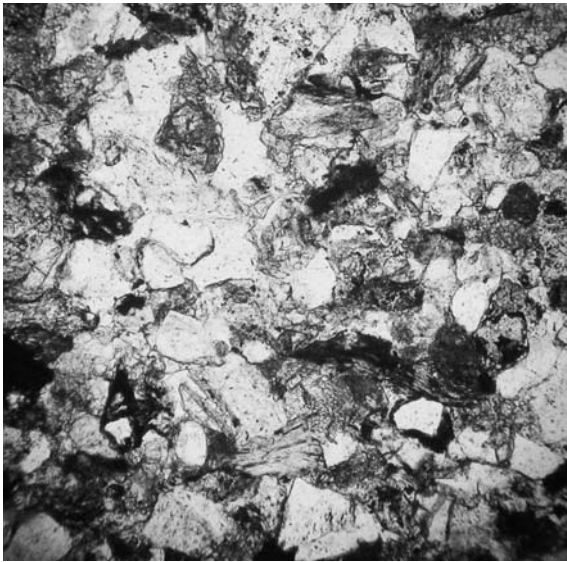


Fig. 2a. Arenisca local. Nícoles paralelos.

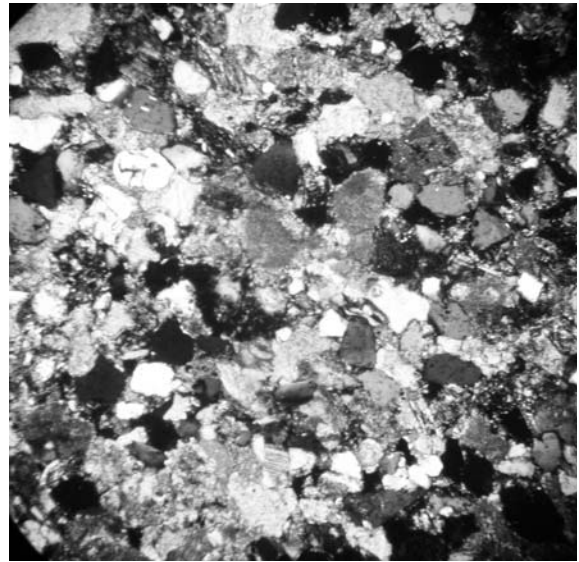


Fig. 2b. Arenisca local. Nícoles cruzados.

endurecimiento mediante resina epoxi. Ambas láminas se estudiaron al microscopio petrográfico y se describieron en el laboratorio del Área de Petrología y Geoquímica del Departamento de Ciencias de la Tierra.

Muestra 1. Arenisca normal de Huesca

Litoarenita calcárea. Diámetro medio 0,25 mm. Fragmentos líticos mayoritarios, abundando las rocas carbonatadas, caliza de grano micrítico y fragmentos lutíticos alterados. Granos de cuarzo subredondeados y subangulosos, algunos monocristalinos. Fragmentos de feldespatos potásicos y plagioclasas. Alguna mica muy alterada. Presencia de óxidos de hierro. Frag-

mentos de opacos. Fragmentos de rodofíceas. Cemento carbonatado.

Muestra 2. Arenisca atípica

Sublitoarenita calcárea. Muy madura. Heterométrica. Diámetro medio 0,4 mm. Gran variación de tamaños, incluso hasta 1-2 mm. Granos de cuarzo angulosos, con recrecimientos e incluso cuarzoes autigénicos sin llegar a idiomorfos. Presencia de fragmentos líticos metamórficos, alguno cloritizado. Presencia de turmalinas, restos fósiles re trabajados (lamelibránquios, globigerinas, nummulites), cantos blandos también re trabajados. Cemento carbonatado,

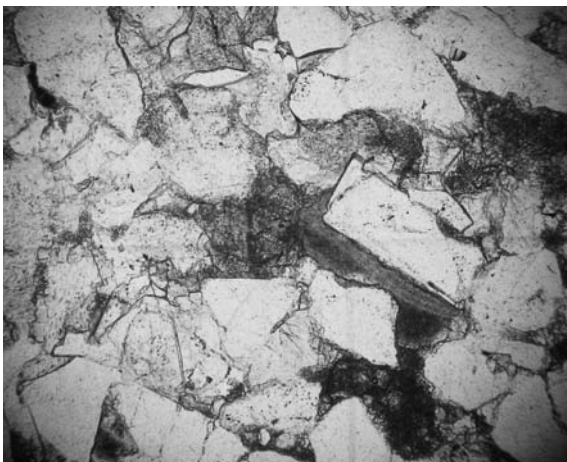


Fig. 3a. Arenisca atípica. Nícoles paralelos.

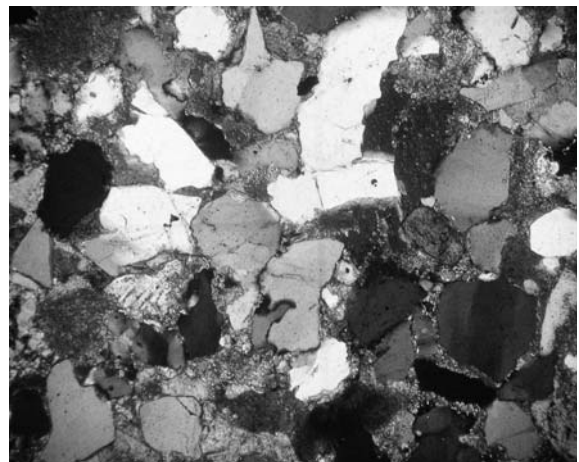


Fig. 3b. Arenisca atípica. Nícoles cruzados.

matriz microesparítica, con cemento poiquilotópico. Recuerda a arenisca de la base de la Fm. Arén, pero más cementada y madura (MANDADO, J., comunicación personal).

DISCUSIÓN DE RESULTADOS

La evidencia visual, de dureza y táctil, que diferenciaba al sillar en cuestión de las areniscas típicas de la zona se corrobora con los resultados del estudio mediante microscopio petrológico sobre láminas delgadas.

Además de determinar su naturaleza, esta técnica ofrece información sobre el origen de la muestra. Previamente se suponía lejano, incluso llegando a sugerirse un cierto parecido con materiales geológicos de las sierras ibéricas al sur de Zaragoza. A la vista de los resultados del análisis petrográfico, con presencia de restos de fauna, y valorando una sugerencia del doctor Mandado, podemos deducir que muy probablemente esta roca procede de la denominada facies Garumniense, también denominada Garumn y facies Arén, presente en el prepirineo. Es una unidad continental intercalada en el tránsito Cretácico-Terciario, entre materiales marinos básicamente calizos. De origen en parte fluvial y en parte lacustre, está compuesta por dos subunidades diferenciadas por el color. Una, gris, de tipo costero, está formada por lutitas grises con intercalaciones de lignitos, calizas con carofíceas y areniscas. En la subunidad roja dominan lutitas y areniscas, de tipo fluvial. Ya reconocida por Lucas Mallada en 1878, ha sido cartografiada en las sierras surpireneicas con detalle por MILLÁN (2006). El afloramiento más cercano y accesible² está en el congreso del Isuela, a la altura del antiguo puente del Escalar, cerca de los restos del molino de Arguis. El talud es algo inestable por descalce. Origina problemas en la N-330, por lo que ha sido parcialmente gunitada. La distancia entre este afloramiento y Huesca es del orden de una quincena de kilómetros.

Sea su origen este u otro punto más alejado, es evidente que su presencia en Huesca indica un transporte intencionado, con cierto esfuerzo, ya que sus grandes dimensiones y forma descartan un acarreo natural. Su tamaño es mucho mayor que la grava, de dominante dimensión centimétrica, que se encuentra en

el cauce actual del Isuela y sus terrazas, así como en el glacis que corona el cerro de Huesca.

Por otro lado, no se conocen las razones para emplearla en algo tan banal como una basta cimentación, que en su práctica totalidad se ha resuelto con materiales locales. Es posible que se la destinara para un uso más noble. Pero, por alguna razón desconocida, acabó como cimentación.

Es evidente que en Huesca, tanto en las construcciones comunes como en muchos edificios de cierta calidad, se han utilizado rocas de origen local. También es suficientemente conocido el habitual empleo de materiales de origen lejano para piezas y edificios singulares. Aunque no es el caso del humilde sillar que se estudia en el presente trabajo, es posible que en el futuro haya sorpresas. A modo de ejemplo, están los diversos mármoles de época romana presentes en los museos provincial y diocesano; el sarcófago reutilizado para tumba de Ramiro II en San Pedro el Viejo y la pieza de caliza, posible basa de apariencia romana, guardada en el almacén del Museo Diocesano.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión, es evidente que permanecerán en las sombras de la historia las respuestas respecto a quien, por qué y para qué se tomó el trabajo de traer el mencionado sillar hasta Huesca. En todo caso su presencia despierta cierto interés sobre las rocas utilizadas en diversas actividades.

Haría falta un estudio más amplio, analizando bien en conjunto, bien de forma sectorial, las rocas que se han utilizado tanto en la construcción cuanto como motivos ornamentales en la historia de Huesca.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos la opinión de los doctores J. Mandado y L. Auque, del Área de Petrología y Geoquímica, en la interpretación de las láminas delgadas.

BIBLIOGRAFÍA

- CUCHÍ, J. A., *et alii*, (2005). Roca y agua. El condicionamiento del entorno y el desarrollo histórico de la ciudad de Huesca. *Salduie* 5, pp. 159-175.
- MILLÁN, H. (2006). *Estructura y cinemática del frente de cabalgamiento surpirenaico. Sierras exteriores aragonesas*. Instituto de Estudios Altoaragoneses. Colección de Estudios Altoaragoneses, 53. Huesca.

² Areniscas rojas de esta formación se utilizaron para los sillares de la valla del parque Miguel Servet de Huesca (MONTES, M., comunicación personal).

Normas de publicación de la revista BOLSKAN

1. Las normas específicas de la revista *Bolskan* se inscriben en el marco más amplio de las normas generales de publicación del Instituto de Estudios Altoaragoneses, las cuales deberán ser tenidas en cuenta en la misma medida.
2. *Bolskan* publicará los trabajos que, en forma de artículos, se centren en una temática arqueológica y se refieran al ámbito geográfico de la provincia de Huesca.
3. Solo en casos excepcionales se aceptarán estudios que atañan a otras provincias, siempre y cuando la edición de los mismos se justifique por razones de proximidad física o porque su contenido tenga una especial repercusión sobre cuestiones de la investigación arqueológica oscense.
4. La selección y aprobación de los diversos trabajos es competencia del Consejo de Redacción de la revista *Bolskan*, el cual actuará colegiadamente al respecto.



**INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES**

Diputación de Huesca